Seix Barral

Eva Cosculluela

El club de las modernas



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

El club de las modernas

1. LYCEUM CLUB FEMENINO ESPAÑOL: EL PRIMER CLUB FEMINISTA Y CULTURAL

2. EL LYCEUM FRENTE A LA SOCIEDAD DE SU TIEMPO

3. NACE EL LYCEUM CLUB

4. QUEREMOS UNA SOCIEDAD MEJOR

5. LA CASA DE LOS NIÑOS

6. COMITÉ DEL LIBRO PARA EL CIEGO

7. LA EFERVESCENCIA DEL LYCEUM

8. UN TIEMPO DE CAMBIOS Y CONQUISTAS

9. EL FINAL DE UN SUEÑO

CENSO DEL LYCEUM CLUB

FUENTES CONSULTADAS

AGRADECIMIENTOS

Créditos

EL CLUB DE LAS MODERNAS

Eva Cosculluela

Seix Barral

Este libro es para mi madre, porque siempre
me ha dado lo más importante: libertad y amor

EL CLUB DE LAS MODERNAS

La primera vez que oí hablar del Lyceum fue a través de la Residencia de Señoritas. Era diciembre de 2015 y se cumplían cien años de la fundación de la Residencia, una institución muy importante para las mujeres del primer tercio del siglo xx. Por aquel entonces yo no sabía nada de ella; mientras que conocía la Residencia de Estudiantes y había leído mucho sobre aquel sitio mítico para la generación del 27, la de Señoritas era desconocida para mí.

Para conmemorar la efemérides, la Residencia de Estudiantes organizaba una exposición titulada *Mujeres en vanguardia* y, una mañana de domingo, me acerqué hasta la Colina de los Chopos a visitarla. Lo que vi en aquella muestra me sorprendió. No solo por los curiosos documentos que mostraba, por los muchos nombres que me resultaban totalmente nuevos y la abundante información que ofrecía, sino por el origen mismo de la exposición. En la España de principios del siglo xx había existido un lugar fundamental para que las mujeres accedieran a la educación superior, para que pudieran obtener un título universitario igual que hacían los hombres, y nunca había oído hablar de él. Un lugar que había sido imprescindible para avanzar en el camino de la igualdad. Con la cantidad de veces que había oído nombrar la Residencia de Estudiantes, ¿cómo era posible que nunca hubiera oído hablar de la Residencia de Señoritas?

Pasé mucho tiempo leyendo, releyendo y tomando notas del catálogo de la exposición que coordinaron Margarita Márquez

Padorno y Almudena de la Cueva. Como sucede con los buenos libros, cada página me llevaba a otros muchos textos, a autoras nuevas, a querer aprender sobre asuntos que hasta hacía poco no conocía. Uno de sus capítulos hablaba de la relación entre la Residencia y el Lyceum Club. Tampoco lo había oído nombrar, y lo que leí sobre él despertó mi curiosidad.

En 1926 había nacido en Madrid un club de mujeres que había sido un foco cultural y un espacio de emancipación decisivo. Sus fundadoras, adelantadas a su tiempo, creyeron en la importancia de la cultura como herramienta transformadora y del feminismo como impulsor del progreso de la sociedad. De nuevo, me pregunté extrañada cómo era posible que fuera una institución tan desconocida, que su nombre no apareciera en los mismos textos que hablan de aquella fértil generación. Estaba considerada la primera asociación feminista moderna y, como sucede tan a menudo con todo lo relacionado con las mujeres, había permanecido invisible.

Me puse a buscar cuanto había publicado sobre él; la mayor parte estaba descatalogado, así que tuve que rastrear librerías de viejo hasta hacerme con algunos libros que hablaban por fin de la Residencia de Señoritas y del Lyceum: *Ni convento ni college*, de Carmen de Zulueta y Alicia Moreno, o *Las modernas de Madrid*, de Shirley Mangini, dos textos que no solo me contaban cómo se había gestado aquel club, sino que me explicaron cómo era la España donde nacía.

Esos libros me llevaron a buscar memorias, diarios y epistolarios donde podía leer las palabras de las protagonistas, de las mujeres que vivieron aquellos años de efervescencia que José-Carlos Mainer acuñó como Edad de Plata. Ahí estaban los recuerdos de Carmen Baroja, de Concha Méndez, de María Teresa León, de Zenobia Camprubí, de Ernestina de Champourcin, de María Lejárraga... Por

entonces surgió también el proyecto transmedia *Las Sinsombrero*, y en él pude escuchar sus voces. Pasé años recopilando información que hablara de ellas, leyendo con avidez, espigando nombres y lugares para seguir buscando. Poco después empezaron a aparecer obras que estudiaban la época y a sus protagonistas; leí las *Autoras inciertas* de Nuria Capdevila-Argüelles y sus ediciones de Elena Fortún; leí *Las republicanas «burguesas»* de Inmaculada de la Fuente; traté de leer todo lo que citaban y me descubrían. Y también por entonces, la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional, que había nacido tímidamente unos años atrás, aumentó notablemente sus fondos y pude acceder a la prensa de la época: no solo podía leer qué habían hecho, sino que podía también ver cómo había sucedido, cómo fueron recibidas, qué reacciones habían suscitado; cómo era el contexto en el que surgió una iniciativa como el Lyceum, que hoy no extrañaría a nadie, pero que en la España donde nacía supuso un acontecimiento tan celebrado como atacado: una verdadera revolución.

El relato del club es también el relato de sus fundadoras, el relato de las mujeres que ofrecieron su talento, su tiempo y su dinero para hacer de él un espacio de libertad. Estas mujeres diversas y heterogéneas supieron vencer sus diferencias. Unas, orgullosas, se quitaron el sombrero; otras, la mayoría, se lo dejaron puesto igual de orgullosas. Se conjuraron en medio de una dictadura, vivieron el nacimiento de una república y el estallido de una guerra civil, lucharon contra una sociedad que no las entendía y defendieron con valentía el derecho a pensar, a crear y a afirmarse como mujeres libres.

A lo largo de este viaje me propongo descubrirlas. Me propongo investigarlas para trazar sus retratos. Me propongo contar lo que

hicieron para pagar una deuda que hoy, cien años después de aquella conjura maravillosa, es hora de saldar.

Lo que cuento en este libro sucedió hace solo cien años. Parece mucho tiempo; ciertamente un siglo lo es. Pero si miramos con perspectiva, estamos muy cerca: es la España en la que creció mi bisabuela, nacida en 1900, una mujer que no fue a la escuela ni aprendió a leer y escribir; la España en la que creció mi abuela, nacida en 1927, que a los catorce años tuvo que dejar de estudiar para trabajar en una sastrería. Solo nos separan dos, tres generaciones de aquella España en la que a las mujeres nos llamaban bestias y anormales, y nos consideraban incapaces de cualquier cosa que no fuera procrear.

El avance que las mujeres hemos vivido en la consecución de nuestros derechos durante este siglo ha sido importantísimo, a pesar de los cuarenta años de sombra que pararon en seco el progreso de este país y, muy especialmente, el nuestro. El trabajo que hizo la generación de mi madre, esas mujeres que durante la dictadura recogieron el testigo de las fundadoras del Lyceum, fue colosal. Pero sin aquellas, sin el camino que abrieron, nuestras madres no habrían llegado tan lejos, no nos habrían legado un mundo de oportunidades en el que nosotras debemos seguir trabajando.

Las fundadoras del Lyceum cambiaron leyes, se rebelaron contra aquella España que las quería relegadas y sumisas. Creyeron en el poder de las redes y del trabajo colectivo como motor de transformación. No se conformaron con ser espectadoras de su propio tiempo, no aceptaron el papel que les imponía la sociedad y pusieron su talento y sus energías para cambiarlo. Para cambiar su destino y el de todas las que vendríamos después.

Aquella exposición me desveló un mundo que ensanchó el mío.

Este libro es el resultado del viaje que emprendí al descubrirlo.

1

LYCEUM CLUB FEMENINO ESPAÑOL: EL PRIMER CLUB FEMINISTA Y CULTURAL

Las mujeres que piensan son peligrosas

En 1926, España vivía bajo la dictadura de Primo de Rivera, un régimen autoritario que había derogado la Constitución y había prometido orden y regeneración, pero que mantenía al país en un clima de censura, control militar y represión política. Aunque se emprendieron proyectos de modernización e infraestructuras, la falta de libertades, el descontento de los intelectuales y el malestar social evidenciaban las limitaciones de un sistema que pretendía imponer la estabilidad por la fuerza, silenciando toda oposición y consolidando un poder centralista ajeno a las aspiraciones democráticas de amplios sectores de la sociedad. Bajo una superficie de aparente orden latía una tensión profunda y contradictoria entre tradición y modernidad: las ciudades crecían, los tranvías circulaban por las calles, los cines traían imágenes de otros mundos, pero esa modernidad incipiente convivía con un conservadurismo que marcaba la vida política y social. La monarquía de Alfonso XIII seguía en el trono, pero debilitada; se había suspendido el parlamentarismo y la agitación obrera había sido contenida mediante la represión. Era una España que se movía a paso lento, atrapada entre el recuerdo de un imperio perdido y las promesas inciertas de parecernos a una Europa que progresaba. España esperaba un cambio que todavía no sabía nombrar. Con esas promesas de

restaurar el orden y regenerar la vida pública, la dictadura, instaurada en 1923, no había hecho sino consolidar un sistema profundamente conservador, opresor y paternalista. Las mujeres en España quedaban aprisionadas en un corsé legal que apenas les permitía respirar: la obediencia, la dependencia y la invisibilidad eran los pilares de su existencia jurídica.

En ese contexto, un pequeño grupo de mujeres cultas comenzó a reunirse en Madrid con un propósito insólito: conquistar un espacio propio en la vida pública.

La chispa había surgido lejos de allí, en el Lyceum Club de Londres y en los que empezaban a crearse en distintas ciudades de Europa. Algunas de estas mujeres habían conocido aquel ambiente cosmopolita y, cuando regresaron, echaron de menos un lugar donde encontrarse, donde compartir inquietudes y experiencias, donde intercambiar ideas y aprender unas de otras, porque en los Lyceums europeos se reunían mujeres muy diversas que se movían en distintas disciplinas. Un lugar donde encontrar actividad intelectual, donde asistir a exposiciones, lecturas, conferencias y conciertos o pasar un rato relajado conversando, leyendo en la biblioteca o formándose con expertos en distintas áreas de conocimiento. Un lugar donde las más veteranas pudieran ayudar a las que empiezan y las que empiezan tuvieran referentes en quienes mirarse. Decidieron que España también merecía un lugar así.

El Lyceum no quería ser un salón frívolo ni una institución de beneficencia donde se hacía caridad, como los roperos de la Iglesia o las mesas petitorias. Aspiraban a algo más audaz: crear un hogar intelectual para las mujeres. Con María de Maeztu a la cabeza, acompañada de otras grandes mujeres como Zenobia Camprubí, Victoria Kent, María Lejárraga, Carmen Baroja, María Martos, Pilar de Zubiaurre, Amalia Galarraga y muchas otras, iniciaron una aventura

que hoy, cien años después, sigue resultando maravillosa y sorprendente. Con ellas, periodistas, doctoras, escritoras, abogadas, traductoras..., un centenar de mujeres, que pronto se convirtieron en medio millar, dispuestas a desafiar el orden establecido. No buscaban damas ociosas, sino mujeres activas, con ganas de demostrar que el talento y la curiosidad no eran patrimonio masculino. De Maeztu, visionaria pedagoga y firme defensora de la educación de las mujeres, sabía que estaban poniendo en marcha algo que era mucho más que un mero lugar de encuentro: el Lyceum sería una experiencia de vida.

Cuando le preguntaron qué se proponían al crear el Lyceum, María de Maeztu explicó que querían promover un movimiento de fraternidad femenina y ayudar a las muchachas que luchan por abrirse camino. Era una declaración sencilla pero revolucionaria en un país donde la mayoría de las mujeres estaban relegadas al hogar, y las pocas que emprendían iniciativas lo hacían cada una por su cuenta y con escasa repercusión.

Desde 1926 hasta que la guerra apagó sus luces, el Lyceum fue un lugar donde no paraban de ocurrir cosas: un día, Alfonsina Storni leía sus poemas; otro, Victoria Ocampo hablaba de las escritoras de América del Sur, o García Lorca disertaba sobre la imaginación y la inspiración, o eran Pedro Salinas, Ramón Gómez de la Serna o Concha Méndez quienes ocupaban el salón. Una tarde, podía oírse el taconeo de Antonia Mercé, La Argentina, bailando al son del piano de cola; otra, en sus paredes podía admirarse el formidable cuadro *Un mundo* de Ángeles Santos. A veces, las reuniones eran discretas; otras, vibraban como un enjambre que presagiaba un futuro prometedor: no se conformaban con cambiar su mundo a través de ese espacio de libertad, sino que se proponían cambiar el de todas

las mujeres de España con acciones que llegarían muy lejos, tanto como que conseguirían modificar leyes injustas.

El gesto de autonomía femenina que supuso la fundación del Lyceum no fue recibido con benevolencia. El sector más conservador de la sociedad acogió el club como un lugar de pecado, un antro de perdición. Se dijo de ellas que no tenían ni virtud ni piedad, que fumaban cigarrillos egipcios, que las mujeres iban con las piernas al aire y que allí perdían la dignidad. El Lyceum era, decían, una verdadera calamidad para el hogar y un enemigo natural de la familia. ¡Desgraciados niños los que tienen una madre liceómana!, escribían en los periódicos, mientras pedían que la sociedad las recluyera como locas o criminales: el ambiente moral de la calle mejoraría si las féminas excéntricas y desequilibradas estaban confinadas. Dijeron que las socias que acudían al Lyceum lo hacían desatendiendo a sus familias, que el hogar y los hijos quedaban abandonados. Llegaron a decir que habían sido los judíos quienes les habían prestado el dinero para hacer las reformas de la sede, que destetaban a sus hijos con cerveza o que cuando llegaban a casa después de pasar la tarde en el club, pegaban a sus maridos. Las acusaron de socavar el orden tradicional. Pero ellas siguieron adelante y respondieron con la solidez de sus logros: el Lyceum se convirtió en un faro cultural y social en medio de la hostilidad. A fuerza de encuentros, de conferencias, de cursos sobre temas esenciales, a fuerza de trabajo callado, demostraron que el Lyceum no era un capricho, sino un anticipo del país que querían construir.

La semilla que plantaron en los salones del Lyceum germinó en las instituciones republicanas. Del club salieron las primeras diputadas en Cortes, destacadísimas intelectuales, la primera embajadora de España... El espíritu de fraternidad femenina se transformó en leyes, reformas y conquistas cívicas. Era la prueba de que las mujeres,

cuando se unen, pueden cambiar el rumbo de la historia. De que podemos cambiar el rumbo de la historia.

El único lugar donde se podía respirar

Para entender la importancia que tuvo el Lyceum en la vida de sus asociadas y en la sociedad en general, lo mejor es escucharlas a ellas.

Para María Teresa León, «el Lyceum Club no era una reunión de mujeres de abanico y baile. Se había propuesto adelantar el reloj de España».

Para Isabel Oyarzábal, el Lyceum «era el único lugar de Madrid donde se podía respirar».

Para Victorina Durán, «ser asociada del Lyceum era como tener un título o "ser alguien"».

Para Zenobia Camprubí, el Lyceum nacía «como resultado inevitable de la vida moderna».

Para María Rodrigo, «el Lyceum era un lugar donde estimular nuestros afanes y crear un ambiente capaz de irradiar arte».

Para Julia Peguero, «el Lyceum representa en la cultura de España una adaptación del espíritu femenino al progreso».

Para Elena Fortún, en el Lyceum «cada una aporta lo que puede y todas recibimos más de lo que damos».

Carmen Baroja, cuando habla de los artistas, científicos y destacados profesionales que invitaban a ofrecer conferencias, dice que «todos se pirraban por el Lyceum».

Espacio de libertad, lugar de prestigio, estímulo de artistas, símbolo moderno y de progreso... Las liceístas describen el Lyceum como un refugio luminoso que abrió puertas y horizontes a las mujeres de su tiempo. El Lyceum no era la primera asociación de

mujeres en España; en 1926 existían asociaciones abiertamente laicas, republicanas y sufragistas, como la Sociedad Progresiva Femenina y la Liga Española para el Progreso de la Mujer —que había llevado ya en 1919 la petición del voto femenino a las Cortes, convirtiéndose en el referente sufragista del feminismo progresista —, la moderada Unión de Mujeres de España o la Cruzada de Mujeres Españolas, presidida por Carmen de Burgos. Por otro lado, la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME), con base católica, propugnaba un feminismo moderado y de acento conservador, y reclamaba reformas en el terreno educativo, laboral y legal, aunque esquivaba los asuntos más controvertidos como el divorcio o el control de la natalidad. También había asociaciones estudiantiles, como la Asociación Española de Mujeres Universitarias o la Juventud Universitaria Femenina. Y, por supuesto, estaban las asociaciones católicas, como las Damas Apostólicas, las Hijas de María o las Acciones Católicas Femeninas. Tampoco el Lyceum era la primera asociación cultural, pues ya había otras como el Ateneo. Entonces, ¿por qué su fundación marcó un hito? ¿Y por qué se la conoce como la primera asociación feminista moderna de España?

La importancia del Lyceum no reside solo en lo que hicieron, sino en el modo en que lo hicieron: el Lyceum Club Femenino Español fue la primera asociación transversal, no adscrita a una ideología ni a una confesión religiosa, cuyo objetivo no era la reivindicación política ni la defensa gremial, sino mejorar la posición de la mujer a través de la formación, la cultura y el intercambio de ideas. Una entidad creada y dirigida por mujeres y para las mujeres. El Lyceum representó un feminismo moderno, urbano y cultural inspirado en los clubes femeninos europeos que aspiraba a crear un espacio propio para sus asociadas, un espacio físico, pero también simbólico de

emancipación que ayudó a cambiar la percepción social de las mujeres y a articular redes de apoyo entre ellas.

En una época marcada por fuertes divisiones ideológicas, el Lyceum defendía que el avance de las mujeres debía situarse por encima de esas disputas: mejorar la condición de la mujer era mucho más importante que esas diferencias, y eso era algo esencial que las atañía a todas, sin importar sus creencias o su ideología; debían estar juntas para conseguirlo. Estaban convencidas de que las herramientas que se lo permitirían eran la base sólida que otorgaba la formación y el enorme poder transformador de la cultura. Este espíritu le otorgó un marcado sello integrador, pues en sus salones convivieron mujeres de procedencias y creencias diversas: monárquicas y republicanas, católicas y laicas, aristócratas, profesionales de clase media y artistas que empezaban en sus carreras, todas unidas por el deseo común de ensanchar el horizonte educativo, cultural y profesional de la mujer. Ese lugar plural, donde se escuchaban conferencias, se organizaban debates y se compartían inquietudes intelectuales, simbolizó un laboratorio de modernidad en el que la diferencia de opiniones no era un obstáculo, sino una riqueza que fortalecía el proyecto emancipador.

El Lyceum visibilizó a la mujer como sujeto activo en la vida intelectual y social y conectó el feminismo español con los movimientos internacionales de la época. Por eso su fuerza y su incidencia en la sociedad y en la vida de las mujeres han trascendido hasta hoy; por eso merece ser considerado como la primera asociación feminista moderna de nuestro país.

Un club de mujeres

No se sabe muy bien de quién fue la idea de crear un club para mujeres. Lo que sí se sabe es que acabó siendo tan brillante que muchas de sus protagonistas quisieron atribuírsela: en sus memorias y en los textos que escribieron, muchas de ellas presumen de haber sido las impulsoras de la fundación del Lyceum.

Si atendemos a la conferencia que impartió Zenobia Camprubí sobre «La mujer española en la vida de su país» en 1936, fue Victoria Kent quien le propuso la idea, y aunque a ella le pareció excelente y necesaria, se mostró escéptica: no estaba muy segura de que una iniciativa así pudiera salir adelante.

Si atendemos a una carta que envía Pilar de Zubiaurre a su amiga Elvira Valentí en enero de 1926, coincide en que es Victoria Kent quien está detrás de la iniciativa. Parece que Victoria se lo ha propuesto a varias amigas, porque Pilar escribe que son unas cuantas las que están hablando para formar «un club de señoras».

Si atendemos a lo que escribe Carmen Baroja en sus memorias, la idea surge de algunas mujeres que habían estado en Londres: ella había viajado allí hacía poco con su cuñada, Carmen Monné, y se habían alojado en el Lyceum Club de Piccadilly.

Si atendemos al diario *La Libertad* en 1927, es María Lejárraga «la verdadera creadora del Lyceum». Llevaba años escribiendo artículos feministas bajo la firma de su marido, Gregorio Martínez Sierra, y ya en 1915 había publicado uno titulado «Clubs de mujeres» dentro de la sección «La mujer moderna» de la revista *Blanco y Negro*, donde habla de los clubes que existen en otros países y de la necesidad de que exista uno igual en España.

Si atendemos a lo que responde María Martos en una entrevista en la revista chilena *Para Todos* en 1931, la idea es suya y se inspira en el Lyceum de Londres. La periodista, que la había conocido en

España antes de la fundación del club, lo corrobora al explicar que ya le había hablado entonces de lo que tenía planeado.

Y si atendemos a las palabras de Carmen Martín Gaite en su conferencia «Elena Fortún y sus amigas», esta última versión se refuerza: afirma que la iniciativa surgió de María Martos, que por aquel entonces daba clases de español a una norteamericana y tal vez, al hablarle de estos clubes, había avivado su deseo de fundar uno en España.

Carmen Baroja menciona que la idea no era nueva, que llevaban tiempo rumiándola, y utiliza el plural: no es descabellado deducir que la idea no partió de una sola de ellas, sino que llevaba tiempo fermentando entre varias de las fundadoras y en la primavera de 1926, por fin, después de algún otro intento que no prosperó, sucedió la magia y estas mujeres atrevidas y adelantadas a su tiempo decidieron que ya no podían esperar más: el Lyceum Club Femenino tenía que ser una realidad.

No hay archivos que custodien las actas, no hay registros que nos confirmen cómo fue, cómo se fraguó. Pero hay memorias, hay diarios, hay cartas que nos permiten conocer algunos detalles y reconstruir aquellos primeros pasos.

Antes de las primeras reuniones formales que se celebrarían en la Residencia de Señoritas y en el Instituto Internacional de la calle Miguel Ángel, cuando esto era solo una idea y un sueño de unas cuantas mujeres, María Martos convocó varios encuentros en su casa de la calle Ayala, 13. Aunque no las menciona, creo no equivocarme si digo que en ese selecto grupo inicial estaban Carmen Baroja, Carmen Monné, María Lejárraga, Victoria Kent y María de Maeztu. En esos primeros encuentros, este grupo de mujeres fue gestando y afinando lo que querían hacer y cómo querían que fuera, aportando cada una sus ideas y su visión de las cosas. También en las cartas

que cruzan Martos y De Maeztu se percibe que había diferencias entre Victoria Kent y el resto sobre cómo debía ser el club, pero parece que María Martos, con mucha mano izquierda y su buen hacer, consigue que la abogada, que quería «algo chic» mientras las demás optaban por algo «más modesto», adapte sus expectativas a las del resto del grupo. Les interesa que Victoria esté con ellas, y no solo porque sea una mujer inteligente y con empuje —«un buen elemento», la llama Martos—, sino porque tiene medios económicos. Lo dicen claro, no se andan con eufemismos ni con paños calientes. Una vez salvadas las diferencias, Martos convoca a Amalia Galarraga, Trudy Graa, Carmen Gallardo, Zenobia Camprubí —que llevará a «dos americanas inteligentes»—, Pilar de Zubiaurre, Isabel Oyarzábal y María Pérez Peix, y ampliará ese grupo inicial para contar con más mujeres que quieran participar de esta iniciativa, con más cabezas pensantes. Concha Espina, convocada por María de Maeztu, no puede asistir, pero le pide: «Considéreme a su lado cariñosamente». «No puedes figurarte lo dificilísimo que es aunar voluntades e interpretaciones», escribe Pilar de Zubiaurre cuando le explica a su amiga Elvira lo que están intentando poner en marcha.

Esas cartas también nos cuentan que ya han propuesto a María de Maeztu que presida el club, y ella ya les ha expresado sus reticencias: sus obligaciones son muchas, está pendiente de emprender un viaje largo a Argentina y no está segura de poder asumir más trabajo. Pero Martos la tranquiliza, le asegura que no le supondrá demasiado tiempo ni requerirá que lleve a cabo muchas tareas: más que trabajo, necesitarán su saber hacer, sus consejos y, abiertamente, su «poderosa influencia».

Puedo entender las contradicciones de De Maeztu: no descansa un minuto, no para de hacer cosas, de emprender proyectos, de desvelarse por los que ya tiene en marcha, y cada uno de ellos le

lleva tiempo y esfuerzo, unas energías de las que no anda sobrada: algunas cartas que escribe unos meses antes las envía desde una clínica suiza donde ha ido a descansar, a recuperarse de un enorme agotamiento. Esa poderosa influencia que Martos le atribuye supone que mucha gente recurra a ella para conseguir contactos, para que les solucione problemas, para llegar hasta otras personas más influyentes aún. Pero, por otro lado, la pedagoga no puede dejar de implicarse en una iniciativa que considera necesaria, que está completamente alineada con sus principios y con el resto de sus proyectos: una iniciativa en la que cree.

Las reuniones siguen adelante y unas mujeres llevarán a otras, hablarán, discutirán, llegarán a acuerdos. Cuando son demasiadas para reunirse en casa de María Martos o de Zenobia Camprubí, pedirán a María de Maeztu que las acoja en la Residencia de Señoritas y en los salones del Instituto Internacional.

Madrid 1 de marzo de 1926

Nos reunimos el lunes a las 5.30 en Fortuny, 53, si no nos echa usted a la calle, para redactar el acta resumiendo los acuerdos de las asambleas anteriores, para enviar los datos necesarios a la Dirección de Seguridad. Como sé que estos días andará vd. de cabeza, si no tiene vd. tiempo para acudir, la someteremos a su aprobación antes de entregarla. Lo esencial es que los estatutos estén aprobados y la cosa formada. Escribí al Lyceum en el momento de irse ustedes de casa, pidiéndoles que tramitaran a la mayor brevedad posible nuestro ingreso en su asociación Internacional.

Mucha suerte en su viaje,

ZENOBIA C. DE J.

Pero ¿qué era esto de un club de mujeres? ¿A qué se refiere Zenobia cuando dice que ha escrito al Lyceum para que acepten su ingreso en una asociación internacional? Para entenderlo, tenemos que trasladarnos al Londres de principios del siglo xx. En 1904, la escritora Constance Smedley pertenecía al Women Writers' Club, un club de escritoras fundado en 1892 por la periodista Frances Low.

Constance Smedley nació en 1876, su padre fue un prestigioso economista miembro del Cuerpo de Contables del Estado y su madre era hija de un comerciante de café, una mujer instruida preocupada por que Constance también lo estuviera. La joven estudió en la Escuela de Artes de su Birmingham natal, donde destacó por su brillante expediente, y desde los dieciséis años publicó sus ilustraciones en revistas de la época. Al acabar los estudios se consagró a la literatura: era novelista y dramaturga, y sus obras tenían una profunda impronta feminista, con mujeres fuertes como protagonistas que se enfrentaban a los dilemas de la vida moderna, que querían rebelarse contra el corsé de la familia tradicional victoriana, ser consideradas igual que los hombres y tener los mismos derechos y oportunidades. Constance sentía que el Women Writers' Club no estaba a la altura de los clubes que tenían los hombres. Mujer de gran empuje, entusiasmo y energía, pese a una enfermedad que la hacía caminar con muletas y que pronto la sentó en una silla de ruedas, presentó a la dirección algunas propuestas para mejorar su asociación y equipararla con las de sus colegas masculinos. Pero sus sugerencias no fueron escuchadas, y Constance, junto con otras compañeras escritoras, decidieron dejar el club y crear uno que de verdad representara un espacio igual que el que disfrutaban los hombres. A instancias de una de ellas —Jessie Trimble—, norteamericana, lo bautizaron como Lyceum: por un lado, así se llamaban los centros de conferencias y debates que habían

surgido en Estados Unidos a lo largo del siglo XIX; por otro, remitía a la palabra griega *Lykeion*, el jardín y *gimnasio* —como designaban los griegos a las instituciones dedicadas a la instrucción tanto física como intelectual— donde Aristóteles impartía sus enseñanzas a sus discípulos.

¿Qué pretendían estas mujeres? Su objetivo principal era fundar un club democrático y horizontal, sin jerarquías, que sirviera de lugar de encuentro y de intercambio intelectual para mujeres con educación, donde pudieran, sin importar si sus ingresos eran altos o escasos, sentirse parte de la aristocracia intelectual. Lo explicó Constance al periódico *Truth*, que de forma elocuente lo publicó en una sección titulada «Chismes de chicas»: quería crear un espacio donde las mujeres pudieran compartir afinidades, conocer a otras escritoras con las que intercambiar experiencias y opiniones y, sobre todo, escribir con privacidad en un ambiente de calma y leer en una biblioteca llena de libros, revistas y periódicos; estaría amueblado pensando en la dedicación de sus socias a la escritura, permitiría dejar preparados los manuscritos para que las editoriales pasaran a recogerlos y recibir allí sus envíos. Un lugar acogedor y útil para los cientos de escritoras de Londres «que tienen que ir de un lado a otro como un perro que busca un rincón tranquilo para despachar su hueso en paz». Contaría además con dormitorios para que pudieran alojarse allí escritoras llegadas de todo el país, incluso de otros países. Constance Smedley quería que el Lyceum Club de Londres fuera «el cuartel general de la intelectualidad europea».

Con la generosa ayuda de su padre, pasaron de reunirse en la propia casa de Constance, detrás de la abadía de Westminster, a un espacio en Piccadilly Street. Esta mejora fue notable y su impacto no puede entenderse solo en términos de comodidad y presencia en el centro de la ciudad. En Piccadilly estaban los clubes de hombres —

los de verdad, los genuinos, los importantes— y establecerse allí era toda una declaración de intenciones: la asociación que se habían propuesto formar no era una cosa «de ellas», no se hallaba en un lugar invisible donde no estorbara. No podían ignorarla. Si querían ser como ellos, tenían que estar en el mismo lugar que ellos, ocupar el mismo espacio. Smedley tenía la ambición y la firme voluntad de poner en marcha un club que diera servicio a las mujeres de Londres y del resto de Inglaterra, pero iba más allá: quería crear una red de clubes que compartieran su misma filosofía por todo el mundo. Y no se limitaría solo a escritoras: extendió la invitación a participar en él a mujeres profesionales y a otras que, aunque no desarrollaran una actividad de este tipo, hubieran recibido educación superior. Para costear la sede de Piccadilly, el padre de Constance le había puesto una condición: que encontrara mil socias que quisieran formar parte de él. Y las consiguió. A pesar de ser la madre de la iniciativa, Constance Smedley no ocupó la presidencia, sino que se la ofreció a la aristócrata y sufragista lady Frances Balfour. Mientras lady Balfour presidía el recién nacido club, su cuñado Arthur, ministro de Asuntos Exteriores británico, firmaba en 1917 la carta que se conoce como Declaración Balfour, donde expresaba el apoyo del Reino Unido al establecimiento de un «hogar nacional para el pueblo judío» en Palestina, entonces bajo dominio del Imperio otomano. Este documento marcó un paso decisivo en el conflicto árabe-israelí y en la historia del sionismo, y hoy todavía marca el debate sobre la legitimidad del Estado de Israel y las reclamaciones territoriales palestinas. ¡Ay, si la hubieran dejado a ella...!

Smedley se adelantó unos cuantos años a Virginia Woolf: hizo patente la necesidad de una habitación propia y la cuota que las socias debían pagar era, precisamente, de tres guineas. Sin abandonar la calle de los clubes, del 128 de Piccadilly pasaron poco

después al 131 y allí empezaron su difusión y su crecimiento: en poco tiempo se habían instituido clubes en otras ciudades y el de Londres ya no era solo un club: era una Asociación Internacional de Lyceums. Ese mismo año abrió el Lyceum Club de Ámsterdam; al siguiente se inauguró el de Berlín; un año después el de París, después llegarían los de Florencia, Nueva York, Melbourne..., una red desplegada por todo el mundo.

De ahí brotó la semilla que veintidós años más tarde, en Madrid, florecería para convertirse en un germen de libertad. El Lyceum Club de Londres sirvió de inspiración y de ejemplo para las fundadoras del club madrileño. Compartían un mismo espíritu y las españolas podían mirarse en el espejo inglés, un referente para lo que pretendían hacer. Cuando les dijeran que su propuesta era una aberración, podían remitirse al resto de clubes que florecían en Europa y nadie podría acusarlas de haber tenido una ocurrencia o de intentar poner en marcha una excentricidad.

Así empezaron. Mirando a Londres, París y Berlín, tomando de sus estatutos los artículos que les parecían replicables y añadiendo otros que los hacían suyos, las fundadoras del Lyceum echaron a andar.

Cuando le pregunten, María de Maeztu insistirá en que su idea es algo que va mucho más allá de un lugar de esparcimiento donde entretenerse o charlar. El propósito de las fundadoras del Lyceum Club Femenino era, según explicaba, crear un espacio donde las mujeres pudieran compartir conocimientos y experiencia: «Se intenta facilitar a las mujeres españolas, recluidas hasta ahora en sus casas, al mutuo conocimiento y la mutua ayuda. Queremos suscitar un movimiento de fraternidad femenina; que las mujeres colaboren y se auxilien... Por ejemplo: asistir a muchachas que en cualquier campo de la actividad estén pugnando por abrirse camino y luchen con los obstáculos con que siempre se tropieza al empezar

a trabajar...». Igual que ella ponía su influencia al servicio del club, las asociadas, muchas de ellas con una posición social destacada o casadas con hombres prominentes, también debían ponerla para ayudar a las más jóvenes, a las que aún no contaban con el reconocimiento o con una carrera sólida en la disciplina intelectual que trabajasen.

Isabel Oyarzábal insiste en el valor de la unión: cada tarea que hace una mujer sola se queda ahí, en el ámbito más cercano; todos los esfuerzos individuales se diluyen y se pierden; mientras que si se suman, la tarea realizada crece. La unión no suma, sino que multiplica. La unión hace la fuerza, y vaya si la necesitan.

Zenobia incide en la riqueza que ofrece la mezcla de tendencias, pensamientos e ideales y, sobre todo, cree que la creación de un espacio como este contribuirá a eliminar las diferencias de clase: lo capital para formar parte del Lyceum debe ser el talento y la valía intelectual, y no tanto el apellido o la posición. Quiere un lugar donde convivan mujeres de un elevado espíritu cívico, amantes del progreso de España, sin distinción de clases ni de ideas.

También coincide en esto Amalia Galarraga, que defiende el valor de disentir. Está firmemente convencida de la importancia de convivir priorizando lo que puede ser bueno para todas y dejando a un lado las diferencias. Lo que importa, cree, es el valor de lo común. El valor de la tolerancia y de la comunidad.

María Lejárraga pone el foco en que una asociación así será una importante impulsora de la cultura femenina, y eso hará que mejore también, de rebote, la masculina; lo ve como una «escuela de justicia», y afirma: «Y es muy de desear, porque mientras las mujeres no sientan la necesidad imperiosa de la justicia, es imposible que los hombres se atrevan a ser justos».

María Rodrigo cree que será un ambiente capaz de irradiar arte, un lugar donde las ideas de las asociadas encuentren calor y apoyo para llevarse a cabo.

Lo que todas destacan y tiene un valor especial en la concepción del club es la idea de conectarlas a unas con otras y de poner el bien común por delante del individual: que las mujeres se sientan acompañadas, valoradas y ayudadas; que tengan un lugar donde puedan compartir sus experiencias, donde comprobar que las cosas que viven no les suceden solo a ellas; para sentirse entendidas, para encontrar referentes —las más jóvenes— y compartir conocimiento —las de mayor trayectoria—; que el prestigio y la presencia de unas multiplique la visibilidad de otras y que el talento de todas ellas se nutra del de las demás.

Ayudar. Cooperar. Extender y expandir. Impulsar. Aunar. Apoyar. Compartir. Potenciar. Proteger. Elevar. Conectar. Estimular. Irradiar. Cuando hablan de los objetivos del club, en el discurso de las fundadoras del Lyceum abundan estos verbos. Y cuando hablan de las razones por las que ha nacido, hay un sustantivo que se repite una y otra vez: necesidad. Era necesario. Hacía falta. Y lo que hicieron estas liceístas valientes, con una mentalidad amplia y la voluntad de mejorar la vida de las mujeres y, con ellas, mejorar la sociedad, fue crear el espacio propicio para que la mujer llegara más lejos y desplegara todo su potencial.

Sororidad, una palabra nueva

Al afirmar que querían «suscitar un movimiento de fraternidad femenina», María de Maeztu había empleado la palabra *fraternidad*, término ampliamente aceptado y utilizado, y no *sororidad*, un término que me parece reciente y que me hace preguntarme si en

1926 aún no existía o si, por el contrario, ya se usaba en la época y María de Maeztu había elegido otro de forma consciente, tal vez para no asustar o darle un sentido más amplio.

La respuesta, como a tantas preguntas que me plantea este libro, está en la hemeroteca.

Me sumerjo en ella para ver cuándo se utilizó en prensa escrita esa palabra por primera vez. Después de algunas confusiones del reconocedor de texto —lo confunde con «seguridad», y me lleva a una noticia sobre una huelga; o con «sonoridad», y me muestra un anuncio de pianos—, encuentro la primera aparición de la palabra y descubro con sorpresa que sí, que ya en 1921 se había utilizado en un artículo. Y lo había hecho nada menos que Miguel de Unamuno.

En un texto que escribió para la revista argentina *Caras y Caretas* sobre *Antígona*, la tragedia de Sófocles, al hilo del servicio fúnebre que ofrece la hija de Edipo a su hermano Polínices, Unamuno reflexionaba sobre la falta de un término semejante a *fraternal* aplicado a las mujeres. Reivindicaba la invención de una palabra que no existía en castellano, pues *fraternal* viene de *frater*, «hermano», y Antígona era *soror*, «hermana», explicaba, y, por tanto, la hermandad femenina debería llamarse *sororidad*. Unamuno concluía: «Así como *matria* no querría decir lo mismo que *patria*, ya que tampoco *maternidad* es igual que *paternidad*, no sería la *sororidad* lo mismo que la *fraternidad*: una hermana no es un hermano». Hago otra búsqueda, esta vez en el corpus diacrónico de la RAE, y encuentro que ese mismo año Unamuno lo utiliza por primera vez en un libro; introduce una reflexión similar en el prólogo de *La tía Tula* —un prólogo que, dice, el lector de novelas se puede saltar—, e insiste en un párrafo que hoy podríamos enmarcar: «Hablamos de patrias y sobre ellas de fraternidad universal, pero no es una sutileza lingüística el sostener que no pueden prosperar sino sobre matrias y

sororidad. Y habrá barbarie de guerras devastadoras, y otros estragos, mientras sean los zánganos, que revolotean en torno de la reina para fecundar y devorar la miel que no hicieron, los que rijan las colmenas».

Así que, aunque no lo utilizaba en el sentido de hermandad entre mujeres que le damos hoy, sino de la ejercida por mujeres en general —Antígona la practica con su hermano muerto—, podemos atribuir al escritor vasco la introducción del término en castellano. Y también podemos librar a María de Maeztu de la elección del término, pues por mucho que la hubiera acuñado Unamuno, no era una palabra que se utilizara hace cien años.

2

EL LYCEUM FRENTE A LA SOCIEDAD DE SU TIEMPO

Feminismo: el viaje de las mujeres

Cuenta Concha Méndez en sus preciosas memorias que cuando era pequeña, un amigo de su padre, de visita en su casa, preguntó a sus hermanos qué querían ser de mayores. Los chicos contestaron, cada uno lo suyo, y Concha, la mayor de los once hermanos, decepcionada al ver que a ella no le preguntaba, le dijo: «Yo voy a ser capitán de barco». Y el hombre, displicente, le contestó: «Las niñas no son nada». Esa respuesta se le quedaría grabada en la cabeza a Concha, que no fue capitán de barco porque prefirió cambiar timones y velas por planchas y ruedas de imprenta, cartas de navegación por versos, pero que de habérselo propuesto seguro que lo hubiera conseguido.

Las niñas no eran nada. Las mujeres no eran nada. A lo largo de la historia nos lo han dicho muchas veces. Por suerte, hubo muchas mujeres que, como Concha, no se conformaron y respondieron en voz alta; que con sus palabras y con sus hechos cambiaron la vida de las mujeres que hemos llegado detrás, al menos en buena parte del mundo occidental, donde sus conquistas abrieron caminos que aún hoy no han alcanzado a todas.

Esa rebelión contra el menosprecio tenía ya una larga historia. Desde finales de la Edad Media, en Europa se había ido fraguando un intenso debate conocido como la *querelle des femmes*, una «disputa sobre las mujeres» que enfrentó durante siglos a quienes

las consideraban inferiores por naturaleza y a quienes defendían su capacidad intelectual y su dignidad moral. Filósofos, teólogos y escritores discutieron en libros, panfletos y salones sobre qué lugar debían ocupar las mujeres en la sociedad, y, aunque muchas veces fueron hombres los que llevaron la voz cantante del debate, poco a poco fueron las propias mujeres quienes tomaron la palabra, convirtiendo aquella controversia en una lucha por la igualdad. De esa larga querella surgirían las primeras voces abiertamente feministas de la modernidad; mujeres que, armadas de razón y de palabras, reclamaron para sí los derechos de ciudadanía y de pensamiento.

La llegada de la Ilustración supuso el triunfo de la razón, la ciencia y la educación como motores del progreso, y lo hizo desafiando la autoridad de la tradición y abriendo el camino a las ideas de libertad, igualdad y modernización social. Si todo avanzaba, si el progreso se extendía como un líquido que todo lo impregnaba, también lo harían las mujeres. Y ahí nacieron las primeras reivindicaciones de su derecho a la educación, a participar en la vida pública y a ser reconocidas como ciudadanas con los mismos derechos que los hombres.

La idea de que la desigualdad femenina no era natural, sino fruto de leyes y costumbres injustas, empezó a abrirse paso en el debate ilustrado, cuestionando los cimientos de una sociedad que las relegaba al silencio. Si en Francia los hombres plasmaron por escrito en 1789 una lista de derechos que ignoraban a las mujeres, hubo una mujer que sintió la necesidad de responder y dejar constancia escrita de que ellas también los exigían. Olympe de Gouges escribió dos años después la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana*. Acabó en la guillotina.

En el ardor de la Revolución francesa, cuando las calles de París vibraban con el clamor de la libertad, Olympe de Gouges alzó una voz inesperada que reclamó no solo la caída de los privilegios feudales, sino también la inclusión de las mujeres en la nueva ciudadanía. En 1791 publicó su célebre texto, un lúcido espejo que devolvía a los legisladores las palabras de 1789, preguntando por qué, si todos los hombres nacían libres e iguales, ellas seguían encadenadas. En sus diecisiete artículos defendió la igualdad civil, el derecho a la propiedad, al divorcio y a la participación política. El primer artículo dice: «La mujer nace libre y goza igual que el hombre de los derechos. Las distinciones sociales solo pueden fundarse en la utilidad común»; estaba reclamando que se reconociera explícitamente que una mujer es tan libre como un hombre y, por tanto, tiene sus mismos derechos y libertades. Porque, de hecho, no era así. Su gesto supuso un acto fundacional para el feminismo moderno, pues desveló la contradicción de una revolución que hablaba en nombre de la humanidad mientras dejaba a la mitad de ella al margen de la ley.

De esta *Declaración*, ha quedado para la historia uno de sus artículos, que dice: «Si la mujer tiene derecho a subir al patíbulo, debe tener igualmente derecho a subir a la tribuna». Ella subió a la tribuna, pero sus opiniones la empujaron al patíbulo. Pagó con la vida aquella osadía —fue guillotinada en 1793—, pero su *Declaración* se convirtió en un hito luminoso, que proclamaba que la libertad es incompleta mientras no abra sus puertas a todas las voces.

En Inglaterra, Mary Wollstonecraft publica la *Vindicación de los derechos de la mujer* en 1792 y en ella ya apunta algo esencial: si los hombres dan por sentado que las mujeres son inferiores, si lo toman como un hecho constatado e incuestionable, es porque ellos

mismos provocan que lo sean. Si se le niega el derecho a la educación, una mujer jamás podrá ser una destacada pensadora —o, si lo es, será una excepción—; si se le repite que no vale, que no es capaz, y se la obliga a estar tutelada en todo lo que hace, jamás será independiente ni pensará por sí misma; si no se le permite estar presente en los ámbitos donde se toman decisiones, esas decisiones la ignorarán —en el mejor de los casos— o perpetuarán su papel subordinado e inferior. En la propuesta de Wollstonecraft ya está la educación como núcleo irradiador imprescindible para conseguir todo lo demás.

En plena conmoción revolucionaria europea, el texto reclamó con lúcida firmeza que la educación, negada durante siglos a las mujeres, era la verdadera llave de la igualdad. Con una prosa apasionada y llena de argumentos, Wollstonecraft desnudó la injusticia de una sociedad que las formaba solo para agradar, privándolas de instrucción y autonomía, y sostuvo que, dotadas de razón como los hombres, debían participar en la vida pública y en la construcción de la moral social. Su obra fue un aldabonazo en la conciencia ilustrada: señaló que la opresión femenina no era fruto de la naturaleza, sino de costumbres y leyes injustas. Aquella *Vindicación* se convirtió en un pilar del feminismo moderno, al situar la educación en el centro de la emancipación y al desafiar, con el vigor de la inteligencia y la esperanza, los cimientos de un orden patriarcal que la sociedad consideraba inmutable.

Mary Wollstonecraft murió de una infección a los pocos días de dar a luz a su hija, bautizada Mary, como ella, en 1797. Esa niña creció y una tarde de 1816 se reunió con sus amigos poetas en Villa Diodati, a orillas del lago Lemán; se resguardaban de una tempestad provocada por la erupción de un volcán que dejó aquel año sin verano, y para entretenerse jugaron a inventar historias de

fantasmas. Aquello fue para la joven mucho más que un divertimento: su relato fue el germen de *Frankenstein o el moderno Prometeo*, que se publicaría dos años después. La joven Mary Shelley recorrió varias editoriales con su manuscrito, para ver cómo lo rechazaba una tras otra. Para que el texto viera la luz, Mary Shelley acabó por borrar su nombre y *Frankenstein* se publicó como un texto anónimo que los críticos atribuyeron a su marido, Percy B. Shelley. Aunque en sus siguientes ediciones sí que figuró como autora, años más tarde Mary se lamentó en sus diarios de no haber logrado lo que un hombre habría conseguido sin ninguna limitación.

Mientras en Francia y en Inglaterra Olympe de Gouges y Mary Wollstonecraft alzaban la voz para reclamar la igualdad de derechos y cuestionar las leyes que mantenían a las mujeres en un lugar subordinado, en España era Josefa Amar y Borbón quien defendía, con la serenidad de la razón ilustrada, el talento y la educación de las mujeres como base de su dignidad y de su contribución al progreso social. La ilustrada zaragozana ocupa un lugar pionero dentro de la tradición feminista española, pues anticipó con su pluma y su pensamiento la idea de que la desigualdad no era natural, sino fruto de la exclusión educativa, y que liberar la inteligencia femenina era condición indispensable para el verdadero progreso de la nación.

Josefa Amar y Borbón fue una de las voces más lúcidas de la Ilustración española, una mujer que convirtió su vida en un manifiesto contra la ignorancia impuesta a su sexo. Nacida en 1749 en el seno de una familia culta —su padre, médico de la corte, y su madre, mujer de buena familia e instruida—, creció entre libros y tertulias eruditas. La educación que recibió fue inusual para una joven de su tiempo. Dominó lenguas clásicas y modernas, tradujo a

autores antiguos y adquirió sólidos conocimientos morales y prácticos. Su vida es apasionante: las crónicas populares la sitúan como una sutil espía en sus últimos años, en plena guerra de la Independencia contra las tropas napoleónicas, cuando su posición y su influencia le permitieron acceder a información que transmitía después con habilidad y convirtió su casa en un refugio, en un mirador desde el que seguir los movimientos del enemigo. Amar y Borbón participó activamente en los debates de su época. Su nombre se hizo célebre al ingresar como socia de mérito en la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, algo excepcional para una mujer del siglo XVIII, y en la Junta de Damas de la Matritense.

Fue precisamente el debate abierto en la Sociedad Económica Matritense en 1786 lo que la empujó a escribir un texto que se considera fundacional. Hacía años que en el seno de la Sociedad discutían la pertinencia o no de admitir a las mujeres como asociadas en una institución reservada exclusivamente a varones ilustrados. Como solía ocurrir en este tipo de discusiones, el debate fue enconado. Y, en respuesta, Josefa Amar y Borbón alzó su voz con el *Discurso en defensa del talento de las mujeres*, un texto que desafió los prejuicios de su tiempo con una valentía poco común y una lógica sólida y razonada que desarmaba las convenciones más arraigadas. En él, la escritora denunció la paradoja que pesaba sobre su sexo: se les negaba la instrucción y luego se las culpaba de ignorancia. Con erudición y firmeza, recordó que la curiosidad y el ansia de saber no conocen fronteras de sexo y que la desigualdad no brota de la naturaleza, sino de los hábitos y las leyes injustos. Amar y Borbón argumentó que excluir a las mujeres era privar al Estado de talentos útiles para el bien común. Recurrió a ejemplos históricos, a la tradición clásica y a la autoridad de pensadores antiguos y

modernos para demostrar que, allí donde se les permitió aprender, las mujeres igualaron o superaron a los hombres.

Su *Discurso* no fue un panfleto airado, sino un argumentado manifiesto de reforma: reclamó una educación que cultivara el juicio, el estudio y el servicio público de las mujeres, convencida de que el progreso moral de la sociedad dependía de ello. Con esta obra, Josefa Amar y Borbón no solo abrió una grieta en los muros del prejuicio, sino que inscribió la causa femenina en el corazón de la Ilustración española, demostrando que el talento no tiene sexo y que la luz de la razón no es patrimonio exclusivo de los hombres. En ese *Discurso en defensa del talento de las mujeres*, y en el posterior *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, escrito en 1790, denunció que la supuesta inferioridad femenina no era natural, sino fruto del destierro educativo al que las tenían sometidas. Defendió con denuedo que las mujeres podían y debían recibir la misma formación que los hombres.

Josefa Amar y Borbón es un ejemplo de lucidez y coraje intelectual en un tiempo que apenas concedía espacio a las mujeres para pensar y expresarse. Su figura encarna el anhelo de razón y reforma que agitó el Siglo de las Luces: la convicción de que la educación es semilla de libertad y que la voz de las mujeres es imprescindible en el concierto de la cultura y de la historia.

Más tarde llegarían las reivindicaciones de Inés Joyes, publicadas en su *Apología de las mujeres* en 1798, que prolongaron el impulso de Josefa Amar y Borbón pero con un tono más íntimo y exhortativo. A modo de carta a sus hijas, Joyes denunció la frivolidad en que la educación había confinado a las mujeres y las instó a reconocerse como sujetos morales y racionales, dueñas de su destino. Su voz, nacida aún en el siglo ilustrado, reclamó que las mujeres

abandonaran la pasividad impuesta y se implicaran en la reforma de las costumbres, sembrando así las primeras semillas de una conciencia crítica femenina.

En el siglo XIX, Concepción Arenal llevó ese legado a un plano más explícitamente social y jurídico. Convencida de que «abrir escuelas es cerrar cárceles», defendió la educación como vía de emancipación y la presencia de la mujer en espacios que hasta entonces le estaban vedados: el derecho, la beneficencia, la Administración pública. Su lucha no fue meramente teórica; la ejerció en campañas, conferencias y artículos que buscaban conmover a la opinión pública y reformar leyes, siempre con el humanismo cristiano como brújula. En 1869 publicaba otro de los textos fundacionales para el feminismo español, *La mujer del porvenir*, donde reflexionó con una lucidez poco común sobre el papel que debía ocupar la mujer en la sociedad moderna. En vez de tratar los asuntos femeninos como cuestiones privadas, Arenal los situó en el centro del debate público, reclamando justicia y reconocimiento para las mujeres. Defendió la idea de que la formación femenina debía orientarse a desarrollar la autonomía, la capacidad de aportar a la sociedad y la dignidad intelectual, en lugar de perpetuar actitudes sumisas. Con un lenguaje sereno pero firme, arguyó que la educación debía formar personas libres, no seres resignados, y que negar a las mujeres el acceso al conocimiento era empobrecer a toda la nación. Su mirada, profundamente moral y humanista, veía en la instrucción femenina no solo un derecho, sino una necesidad para el desarrollo colectivo. Su ensayo propuso que una sociedad avanzada es aquella que reconoce plenamente a las mujeres como agentes activos en la construcción de un futuro común, de una sociedad más justa y más humana.

Pocos años después, Emilia Pardo Bazán aportó un tono distinto: intelectual, combativo y literario. Su exigencia de que las mujeres accedieran a la universidad, su crítica a los estereotipos que las confinaban al hogar y su empeño en demostrar la capacidad creadora femenina con su propia obra y con la difusión de obras de otras escritoras en su proyecto editorial La Biblioteca de la Mujer enlazaron la cuestión de género con la modernidad cultural. Con ella, el feminismo español se hizo más visible, más incisivo, y entró en el debate público de la Restauración.

Así, desde el llamamiento a la razón ilustrada de Amar y Borbón, pasando por la voz pedagógica de Joyes y la lucha jurídica y moral de Arenal, hasta la afirmación intelectual de Pardo Bazán, se traza un hilo continuo de vindicaciones que consolidó la idea de que la igualdad no era solo un derecho natural, sino una necesidad histórica y cultural. Estas figuras, separadas por décadas pero unidas en la voluntad, abrieron el camino que permitió a las mujeres reclamar su lugar en la educación, en la ciudadanía y en la creación de la cultura.

Ese tímido nacimiento del feminismo, que empezaba como una sencilla reivindicación del reconocimiento de los derechos más básicos, preocupó, pero no asustó. O no demasiado.

Sin embargo, estaba sembrando una semilla que crecería hasta convertirse en un tallo fuerte, con ramas cada vez más extendidas que llegarían lejos, se introducirían por ventanas y rendijas, por cada pequeño hueco que encontrara, hasta florecer en todo su esplendor.

A finales del siglo XIX nace la primera ola del feminismo: las mujeres siguen reclamando una educación propia, saben que esa es la llave que les abre las puertas de sus derechos, de su reconocimiento y de la libertad. Pero esta vez van más allá. Insisten

en reivindicar derechos civiles: no quieren ser solo esposas o madres, sino ciudadanas de pleno derecho. Quieren dejar de estar tuteladas por sus maridos para cuestiones tan básicas como ser propietarias, administrar bienes, firmar contratos o recibir herencias: están hartas de depender de ellos, de estar siempre vigiladas, como si fueran niñas, como si no fueran capaces. Quieren poder elegir con quién se casan y tener derecho al divorcio. Quieren que su trabajo esté más allá de las cuatro paredes de su casa, más allá de las tareas domésticas que les están reservadas por ser propias de su sexo, y que su fuerza de trabajo esté remunerada. No quieren ser más que los hombres, pero tampoco menos. Cuestionan que en nombre del progreso, en nombre de la razón, las mujeres deban estar siempre subordinadas al hombre, siempre en una posición inferior. Y, para colmo, quieren estar presentes en los lugares donde se toman las decisiones. Participar en política. Votar. Y eso pasa por ocupar los espacios que siempre han ocupado los hombres.

La primera ola del feminismo preocupó y asustó.

Había que desactivar cuanto antes las pretensiones de estas mujeres que actuaban contra la naturaleza de su sexo y que ponían en peligro la estabilidad y los privilegios que siempre habían disfrutado ellos. Y qué mejor que recurrir a la autoridad de la ciencia y el pensamiento para desacreditarlas.

Los científicos se apresuraron a escribir tratados y dictar sentencia sobre la condición femenina. Claro que no la llamaron así, sino que prefirieron denominarla, eligiendo muy bien las palabras, el problema femenino. Había que dejar claro desde el principio que era un problema, que la Real Academia de la Lengua define como «planteamiento de una situación cuya respuesta desconocida debe obtenerse a través de métodos científicos» pero también, en su cuarta acepción, como «disgusto, preocupación».

El prominente médico psiquiatra alemán Paul Julius Moebius escribió en 1900 un tratado apoyándose en la teoría de la frenología que había enunciado otro alemán, Franz Josef Gaal, con el elocuente título de *La inferioridad mental de la mujer*. Desde luego, tibio no era. Y si el título era contundente, el contenido lo superaba con creces. El científico aseveraba, apoyado en todo tipo de teorías supuestamente demostradas por la medicina y la fisiología, que el cráneo de la mujer es más pequeño que el del hombre y, por tanto, está menos facultado, porque un cráneo pequeño encierra un cerebro pequeño. Y, vaya por Dios, justo ese trozo de cerebro que les falta a las mujeres es de grandísima importancia. El trozo más necesario. El fundamental. Para él, la mujer estaba a la altura de un animal y su única función era la reproductora.

Las siguientes frases están sacadas de su tratado. Este era el pensamiento científico sobre el que se construían las bases de la sociedad: «Muchas de las características femeniles están reconocidas por su semejanza con la bestia; ante todo, la carencia de opinión propia»; la mujer «debe ser sana y tonta», «no tiene facultad para saber distinguir por sí misma el bien y el mal y subordina todas las cosas a lo consuetudinario y al *así lo dice la gente*»; las mujeres «son conservadoras, pero acogen como bueno todo absurdo, por poco que les sea hábilmente sugerido»; «La justicia es para ellas un concepto vacío de sentido»; «No consiguen dominar los afectos y están incapacitadas también para el dominio de sí mismas»; «Si la mujer no fuese débil física y mentalmente, si, por lo demás, no la hicieran inofensiva las circunstancias, sería un ser altamente peligroso». Hay muchas más.

Y por si no ha quedado claro, hacia el final de su tratado concluye: «La mujer, durante un gran periodo de su vida, es un ser anormal».

Anormales, semejantes a las bestias, sin criterio, juicio ni moral, sin capacidad de discernimiento... Una mujer no podía hacer nada más que procrear, pero no tanto porque la sociedad le otorgara una posición mejor o peor, sino porque no estaba capacitada para más. Este era el marco de pensamiento del influyente científico, del que bebían muchos otros hombres de ciencia.

Pero, de repente, la realidad le pasó por encima.

En 1914 estalló la Gran Guerra, un conflicto armado que dejó a Europa devastada: millones de muertos, imperios derrumbados y un profundo trauma social y cultural. Supuso el fin del viejo orden decimonónico y abrió paso a nuevas tensiones políticas, económicas y a la fragilidad democrática que marcaría el siglo XX.

De un modo totalmente inesperado, la Primera Guerra Mundial abrió una grieta en el viejo orden patriarcal europeo: la ausencia de los hombres, que habían sido llamados al frente, obligó a millones de mujeres a ocupar espacios hasta entonces vedados —fábricas, transportes, oficinas, hospitales—, demostrando con hechos su capacidad para sostener la economía y la vida pública. De pronto, quienes habían sido consideradas incapaces desempeñaban tareas esenciales para la vida y para el conflicto como fabricar armamento, transportarlo, encargarse de la logística y de los servicios sanitarios... La incorporación forzosa de la mujer al mercado laboral desmintió, ¡oh, sorpresa!, las teorías imperantes en la época que decían que el trabajo era una actividad enteramente masculina, daba igual de qué tipo fuera, y que ellas, como seres inferiores e incompletos que eran, no tenían la capacidad suficiente para ejercerlo. De repente, su presencia en tareas imprescindibles que siempre desempeñaban los hombres les valió un aumento de la visibilidad pública y el reconocimiento cívico.

Llevaban toda la vida escuchando que no sabían, que no podían, y, de pronto, no solo demostraron que sabían y podían, sino que, a la vez, lograron la independencia económica tantas veces negada antes y que les permitiría, por fin, levantar el vuelo. Así, de aquella tragedia colectiva brotó un impulso de emancipación femenina que marcaría las décadas posteriores y cambiaría para siempre el mapa de las libertades en Europa.

Esa experiencia transformó la percepción social del papel de la mujer, que encontró argumentos irrefutables para reclamar derechos políticos y laborales. Aunque España permaneció neutral durante la Primera Guerra Mundial, el eco de la transformación social que agitó Europa no tardó en sentirse en sus propias calles y tertulias. La visión de mujeres europeas ocupando fábricas, oficinas y hospitales, reclamando después el derecho al voto y la igualdad legal, inspiró a los círculos feministas españoles y fortaleció las voces que ya exigían reformas educativas y civiles. Así, incluso sin haber enviado tropas ni haber sido escenario de la contienda, España recibió de aquella guerra un viento de cambio que avivó la causa de la emancipación de la mujer y preparó el terreno para los avances de la Segunda República.

A eso se sumó de un modo decisivo la irrupción en los años veinte de una nueva imagen femenina que cruzó las fronteras gracias al cine, la moda y la publicidad. Las *garçonnes* francesas, con su cabello corto, su aire libre y su elegancia andrógina, y las *flappers* inglesas y norteamericanas, con su rebeldía alegre y su gusto por el jazz, encarnaban un modelo de mujer moderna, independiente y atrevida. En las pantallas de los cines españoles, en los anuncios de perfumes y cigarrillos, se ofrecía la visión de una mujer que ya no estaba confinada al hogar, sino que trabajaba, bailaba, conducía y decidía sobre su vida. Esta nueva estética y actitud no fue solo una

moda: sembró en muchas españolas jóvenes el deseo de emancipación y reforzó los argumentos de quienes defendían que la igualdad no era una quimera ilustrada, sino una aspiración posible y visible.

La presencia de la mujer en ámbitos exclusivamente masculinos comenzó a crecer. Se empezaron a conquistar espacios hasta entonces vedados y a demostrar que la inferioridad que preconizaba Moebius no era una teoría tan sólida como él defendía, y eso provocó que se cambiaran los términos del discurso y que se buscaran otros flancos para atacarlas: que salieran de casa para trabajar las convertía en destructoras del hogar; que las tareas domésticas y la maternidad no fueran el centro de su vida demostraba su conducta irresponsable, la cual no solo llevaría a la desgracia a la sociedad que lo permitiera, sino que conduciría a la extinción de la humanidad. Demasiada responsabilidad para un ser que, según ellos, apenas estaba capacitado para atarse los zapatos.

En España, las teorías de Moebius habían sido muy bien recibidas por científicos destacados como González Blanco o Nóvoa Santos. Pero si había un nombre importante a la hora de pronunciarse al respecto, un hombre que no solo dedicaba su talento a la ciencia, sino que además era un pensador, un intelectual, ese era Gregorio Marañón.

Primero inferiores, luego diferentes

Gregorio Marañón fue uno de los grandes intelectuales españoles del siglo xx: médico, científico, historiador y humanista, participó activamente en los debates cívicos, culturales y políticos de su tiempo y defendió el liberalismo y la tolerancia. Contribuyó a modernizar la ciencia española y a vincularla con la cultura europea.

Marañón encarna el ideal de un intelectual comprometido con el progreso social, que supo tender puentes entre la ciencia, las letras y la reflexión sobre el ser humano. Es decir, no estamos ante un retrógrado cerril, no era un ultramontano que rechazara cualquier atisbo de modernidad, sino que el suyo representaba el pensamiento avanzado de la época.

Marañón se desvinculó muy pronto de las teorías de sus predecesores basadas en la falta de capacidad de la mujer. Ya no era moderno decir que la mujer era inferior, lo ocurrido en Europa durante la Gran Guerra lo había demostrado. Había que buscar otra táctica, otra vía de pensamiento en la que sustentar su menor consideración: la mujer era DIFERENTE, y esas diferencias biológicas marcaban el contexto social, familiar y político.

Para Marañón, la evolución de la mujer se había detenido en la adolescencia para que su cuerpo concentrara todas sus energías en preparar la función maternal, algo trascendental, su finalidad última. Por eso no se podía comparar su aptitud para el trabajo físico con la del hombre. Tampoco se podía comparar en lo intelectual o lo sentimental: «Su afectividad es más aguda: como que reposa sobre un sistema neuro-humoral mucho más inestable que el del hombre». Para el doctor, el hombre es capaz de disciplinar sus sentimientos con la razón, pero la mujer no y siempre verá la vida a través de ellos. Inestables e incapaces, debían ser protegidas y dirigidas, nunca emancipadas ni colocadas al mismo nivel que el varón.

Fiel a las teorías médicas de su tiempo, Marañón, que además era endocrino, sostenía que las diferencias biológicas entre los sexos —sobre todo las relacionadas con las glándulas sexuales— determinaban por completo sus actitudes y funciones sociales. Y mientras las glándulas sexuales del hombre eran activas y lo habilitaban para el movimiento y la acción, las de la mujer eran

conservadoras porque estaban programadas para proteger. La maternidad era el fin último de una mujer y todo en ella estaba concebido y dispuesto para eso. «Nuestra mujer, como la paleolítica, está hecha para ser madre y debe serlo por encima de todo», escribió en 1920 en su ensayo *Biología y feminismo*, donde desarrollaba su discurso.

No es que no se quisiera considerar a la mujer capacitada para hacer lo mismo que un hombre: era, simplemente, que su cuerpo y su biología no se lo permitían. Destinada por la naturaleza a la gestación lenta y prolongada, concentraba en ese proceso la mayor parte de su energía vital; por eso se demoraba más en los movimientos y la veía tímida y más vulnerable a la emoción afectiva, con una mentalidad que tendía a la rutina y a la estabilidad. En contraste, atribuía al hombre un temperamento más impasible ante las emociones, con mayor disposición física, rapidez y originalidad para el acto mental, rasgos que —según él— respondían a su papel histórico de agente activo de la procreación y protector de la «hembra gestante», funciones que exigían vigor y acción inmediata. Estas ideas, marcadas por el contexto cultural de la época, fueron en su momento un intento de explicar la organización social a partir de supuestas bases biológicas.

Había, además, algo que consideraba importante: si para el hombre alcanzar el éxito social era imprescindible para seducir a una mujer —y de nuevo vuelve a lo mismo, al macho elegido entre todos los demás para procrear—, con ellas sucedía lo contrario: su éxito alejaba a los hombres, y si escogían ese camino —el de desarrollarse intelectualmente— pagarían el precio de quedarse solas. Al respecto escribía: «No puede compararse la atracción que ejerce sobre el hombre la gloria de una novelista o de una pintora —no digamos de una diputada o una ministra— con la del simple taconeo de una

modistilla garbosa. Repásese la historia de las mujeres que se han hecho célebres por motivos puramente intelectuales, y se verá que, en general, fue muy pobre su vida pasional».

Insiste Marañón muchas veces en su ensayo en que él no cree que la mujer sea inferior. Pero en algo estaba de acuerdo con Moebius y con los científicos españoles de su escuela: pensaba, como ellos, que era apta para copiar e imitar, pero no para crear o inventar. Nunca su inteligencia sería original ni tendría capacidad creadora. Da la razón —«algo de razón», dice— al alemán cuando afirma que «la mujer científica o artista es un producto de la degeneración» y concluye que la mujer está capacitada para cualquier ocupación que no exija un esfuerzo intelectual. Y si hay mujeres que destacan en alguna disciplina artística o técnica en la que se requiera de esta cualidad, se debe a que son «poco mujeres, y tienen en sus rasgos físicos, en su sensibilidad, en su mentalidad tonos marcadamente masculinos», una tendencia varonil que las alejaba de su femineidad y, por tanto, de su sagrada misión en la vida. Cualquier actividad que exigiera un esfuerzo intelectual, decía, era ajena a la psicología normal del sexo femenino. Es decir: que si una mujer destacaba en lo artístico, en lo creativo o en lo intelectual, se debía a que era casi un hombre.

Para ilustrarlo, cita como ejemplo singular a Concepción Arenal, de quien dice que «junto con el corazón más femenino de su tiempo, poseía un cerebro enteramente varonil, vistiendo a veces la indumentaria de nuestro sexo, y adoptando tocados y actitudes, dentro de su nobleza, muy de hombre». Lo que no dice es que Arenal tenía que vestirse de hombre para colarse en las aulas de la universidad, pues las mujeres no tenían permitida la entrada.

Santiago Ramón y Cajal, nuestro premio nobel, se atrevió a contradecir este determinismo biológico y lanzó una advertencia:

«Esperad que la sociedad conceda a todas las jóvenes de la clase media el mismo tipo de educación e instrucción que al hombre, dispensando además a las más inteligentes de la preocupación y el cuidado de la prole, y... entonces hablaremos». Lo hizo en la revista *Voluntad*, una publicación católica, y Marañón le respondió de un modo muy elocuente: «¡Ah, no, maestro! Las más inteligentes, precisamente por serlo, si son mujeres normales, no aceptarán esta dispensa, no cambiarán por todo el rendimiento de gloria que da el ejercicio social de intelecto la pura y escondida alegría de ser madres por entero, sin restar un segundo, al vulgar pero inefable cuidado de la prole».

Me hace mucha gracia esa exclamación, ese «¡Ah, no, maestro!» en el que no puede disimular el escándalo que le produce una afirmación así. Que uno de los suyos se atreviera a insinuar que lo único que les faltaba a las mujeres eran oportunidades le provocó el mayor de los desconciertos, sobre todo porque intuía que eso aún bastante desconocido y muy demonizado llamado *feminismo* estaba adquiriendo importancia, «con las huestes más compactas que nunca y con la fe que da el haber vencido ya parte de la batalla».

La mujer de Gregorio Marañón, Dolores Moya, era socia fundadora del Lyceum.

El club de las corzas

«Mire, no nos complique la vida a las mujeres; para eso se basta el profesor Ortega, que nos llama corzas», escribía la liceísta María Luisa Navarro en un artículo satírico en *La Gaceta Literaria*. El apunte, en el que unas líneas más abajo insiste —imagina una conversación en la que su interlocutor la llama «corza infamante»—, hacía referencia a dos textos que el intelectual había publicado en *El*

Sol en 1927, con el título «Paisaje con una corza al fondo». A través de una parábola en la que dos hombres, uno viril y violento, el otro culto y racional, se enamoran de la misma mujer, lady Hamilton, hermosa, frívola y ligera, pero sin talento, educación ni sentido, Ortega compara la dama con una corza, ágil y bella, pero vacía de pensamiento. ¿Por qué se enamoran dos hombres tan distintos de una criatura casquivana, de espíritu volátil, sin juicio ni fundamento?, se pregunta el pensador. La respuesta se la ofrece un cuarto personaje, un intelectual, que aclara que los hombres se enamoran de las corzas: tan lleno como está el varón de racionalidad, busca un alma irracional, animal, absurda y caprichosa que lo complemente. Al hombre inteligente le repugna la mujer con talento: ahí está la explicación.

El texto refleja una visión profundamente esencialista y patriarcal de la mujer, propia del pensamiento de su época. Ortega, a través de su personaje, sostiene que el papel femenino en el amor no es racional ni intelectual, sino intuitivo y emocional; su misión, su fin último, es complementar al varón racional.

Si Marañón validaba la incapacidad de la mujer desde la ciencia, Ortega y Gasset lo hacía desde el pensamiento.

José Ortega y Gasset fue una de las figuras más influyentes del pensamiento europeo de la primera mitad del siglo xx, protagonista activo en el ambiente intelectual y político de su época e impulsor de una renovación cultural basada en la responsabilidad social y el compromiso individual. Fundador en 1923 de la *Revista de Occidente*, un espacio clave para la difusión de ideas modernas en España, su pensamiento sigue siendo una referencia esencial en la filosofía española y europea del siglo xx. Es decir, que igual que sucedía con Marañón, no estamos hablando de un reaccionario rancio, sino de un pensador progresista y avanzado que contribuyó

en gran medida a modernizar el país. De alguien que debía ser un aliado para la causa igualitaria.

Pues bien, este faro intelectual tenía una concepción de la mujer muy pegada a las propuestas de Marañón: condicionada por una biología que la preparaba para la maternidad, su cuerpo y su espíritu eran débiles, estaba guiada por la sensibilidad y la emoción, sin imaginación ni creatividad; las mujeres eran seres caprichosos y faltos de lógica con limitada capacidad racional. A sus ojos, la verdadera grandeza femenina residía en su función como compañera, musa y madre, inspiradora del hombre más que protagonista de su propio destino. Esta concepción, marcada por los ecos de un tiempo anterior, encerraba a la mujer en el ámbito doméstico y privado, le negaba individualidad y la reducía a esencia fija, complementaria del varón. Mientras el mundo cambiaba y las mujeres reclamaban educación y presencia pública, Ortega defendía un ideal de feminidad que parecía inmóvil, casi intemporal, un modelo que velaba con el brillo de las palabras la persistencia de antiguas jerarquías.

Para Ortega, «el fuerte de la mujer no es saber, sino sentir. Saber las cosas es tener sus conceptos y definiciones, y esto es obra de varón. La mujer no sabe». La mujer es un ser irracional y falto de lógica; un ser débil que, además, es feliz de serlo. Y todo ello era debido a la arquitectura natural de la psique femenina. «Volvamos, pues, sin sentir por ello un rubor que sería *snobismo*, a hablar con toda tranquilidad de la mujer como "sexo débil". Es más, proclamémoslo con un sentido más radical», escribió. Proclamó.

La mujer de José Ortega y Gasset, Rosa Spottorno, era socia fundadora del Lyceum.

Así, Marañón por un lado y Ortega por el otro, ciencia y razón de la mano para justificar que las mujeres vivieran en un permanente

segundo plano, siempre tuteladas por un hombre, validaban que la sociedad no cediera un ápice ante las pretensiones de las mujeres que exigían un trato igual.

Una palabra demonizada

La obra de Moebius de la que hablaba antes, titulada *La inferioridad mental de la mujer*, fue traducida en España en 1904 por la editorial valenciana Sempere y Compañía. No sé cómo fue el proceso para elegir a la persona adecuada para trasladar la obra al castellano, si se buscó entre los colaboradores habituales de la editorial, si pesarían otras razones o si fue la propia traductora quien les propuso hacerlo, pero el caso es que encargaron su traducción a Carmen de Burgos.

Carmen de Burgos, conocida también por el seudónimo de Colombine, fue una de las figuras más notables de la España de comienzos del siglo xx: periodista pionera, escritora prolífica, traductora, pedagoga y activista feminista, fue la primera mujer corresponsal de guerra en la prensa española y una voz constante en favor de la educación femenina, el divorcio, la igualdad jurídica y la modernización moral del país. Su obra —que abarca novela, ensayo, crónica, artículos periodísticos y manuales divulgativos— está atravesada por una voluntad pedagógica clara y por un compromiso cívico que nunca se separa del pulso de la realidad. Integrada en los círculos intelectuales del Madrid de la Edad de Plata, cercana al regeneracionismo y a los ambientes republicanos, Carmen de Burgos encarnó una forma de modernidad combativa y lúcida: la de una mujer que hizo de la palabra un instrumento de intervención pública y que entendió la literatura y el periodismo como espacios de emancipación y conciencia social.

Abro el libro de Moebius, que tiene como subtítulo «La deficiencia mental fisiológica de la mujer», con toda la curiosidad del mundo y veo que Carmen de Burgos ha llenado la traducción de notas al pie en las que lejos de aclarar algún concepto difícil de traducir o aportar información de contexto, responde al científico alemán. Son dardos que lanza desde el pie de página. Por ejemplo, cuando Moebius escribe que un cráneo pequeño encierra, evidentemente, un cerebro pequeño, ella le responde: «El cerebro de Voltaire es de los más pequeños que se conocen y basta para contener un mundo»; o cuando él explica que la mayoría de las mujeres viven pendientes de su marido y de sus hijos, y que no se interesan por nada ajeno a la familia, Carmen responde: «Inexacto, pues fanatizadas, prefieren más que nada los intereses de la religión y del sacerdote a los del hogar, con un ahínco que se llama heroísmo entre hombres»; cuando Moebius retrata con detalle la psicología de la mujer, ella apunta sobre lo que el alemán escribe: «Es preciso notar una gran confusión de términos e ideas en todo lo que toca a la psicología. No resiste el más ligero análisis»; y cuando el científico afirma que la naturaleza ha dotado a la mujer de todo lo que necesita para el mejor desempeño de sus nobilísimas obligaciones, pero no le ha concedido la fuerza intelectual del hombre, Carmen le hace notar: «Entonces este libro debe llamarse, no la inferioridad, sino la diversidad de la mujer».

Pero Carmen, además de dialogar con el autor a través de sus notas y puntualizar las incorrecciones que, en su opinión, ha cometido, ha querido ponerle un prólogo en el que admite que el escándalo del que venía precedido el libro era tan grande, y las opiniones sobre él tan encontradas, que sintió un temor paralizante al traducirlo. Entrar en él no debió de resultarle fácil, pues confiesa que ha intentado despojarse de todos los prejuicios al leer el original

y, si alguna idea nublaba su espíritu, interrumpía la lectura para volver a reanudarla pasada la ráfaga de protesta. Es decir, que durante la lectura se enfadó, se indignó, protestó.

Pero no tarda Carmen de Burgos en hacer una declaración que me sorprende: el feminismo militante, escribe, se basa en una idea de desequilibrio y aniquilamiento que tiene que ver con algo místico; «No puede ponerse en duda, lleva consigo los gérmenes de una absurda teocracia que la adula para mejor esclavizarla», afirma, y añade que para ella hay algo sospechoso en el feminismo tal como se está interpretando por las mujeres, y es que «cubierto con el espléndido manto del progreso, ataca solapadamente a la libertad humana». Sabe que lo que está escribiendo es algo polémico, algo que le van a discutir; pero quiere defenderlo, y por eso afirma que ya es hora de hablar con valentía y decirlo en alto.

Que fueran las clases altas —para ella, indisolublemente ligadas a lo conservador— quienes reivindicaran los ideales feministas colocaba al feminismo en un lugar incorrecto. Para ella, las mujeres del pueblo no pueden ser nunca feministas, sino anarquistas: esa es la reivindicación igualitaria que puede satisfacer sus carencias. Aquí Carmen está apuntando a una diana muy especial: el término *feminismo* estaba demonizado y muchas mujeres, a pesar de que su conducta encajaba dentro del feminismo más canónico de ayer y de hoy, no se reconocían en él.

En los años veinte, la palabra *feminismo* estaba marcada por un halo de sospecha y temor, tanto en España como en gran parte de Europa. Tras el aumento en la visibilidad de la mujer y la mejor consideración que trajo la Primera Guerra Mundial, los movimientos sufragistas avanzaban con fuerza en otros países del viejo continente. Sin embargo, a los ojos de amplios sectores conservadores —y también de algunos liberales—, el feminismo se

asociaba con la subversión del orden social, la destrucción de la familia tradicional y el desprecio por la maternidad.

El término se cargó de estereotipos: se lo pintaba como un movimiento estridente, radical, masculinizado, que amenazaba las costumbres y la moral. En la prensa y en el discurso intelectual de la época, el feminismo aparecía a menudo caricaturizado como una moda extranjera, ajena a los valores nacionales. Muchas mujeres de clase media o alta, que defendían mejoras concretas —educación, derechos laborales, acceso a la universidad—, rehusaban llamarse *feministas* porque temían ser tildadas de rebeldes contra el orden familiar o de imitadoras de un modelo anglosajón percibido como excesivo. El rechazo a la palabra *feminismo* no implicaba necesariamente oposición a las ideas que representaba, sino a la imagen social que se le había atribuido, que lo convertía en sinónimo de radicalismo y desarraigo, un estigma que retrasó la articulación de un movimiento feminista explícito en nuestro país.

Las corrientes anarquistas de la época también renegaban del término *feminismo*, pero lo hacían por razones opuestas a las conservadoras. Para gran parte del anarquismo español y europeo, sobre todo en los años veinte y treinta, el feminismo que se visibilizaba en los países anglosajones —centrado en el derecho al voto, la educación y el acceso a las profesiones— se percibía como un movimiento burgués, preocupado por la emancipación de las mujeres de las clases medias y altas, pero ajeno a la explotación económica y a la lucha de clases. Creían que la verdadera liberación de las mujeres solo podía lograrse con la abolición de las jerarquías sociales y económicas, no simplemente con reformas legales o educativas. Por eso, aunque muchas anarquistas lucharon activamente por la igualdad —como Lucía Sánchez Saornil o Federica Montseny—, solían rechazar la etiqueta de *feministas*. Consideraban

que el feminismo tradicional, centrado en la integración de la mujer en la sociedad liberal, no atacaba las raíces de la opresión: el sistema capitalista y el Estado. En consecuencia, defendían un feminismo obrero o libertario, aunque a menudo preferían no usar siquiera esa palabra, para marcar distancia con el feminismo «oficial» de corte burgués.

Muchas de las mujeres que renegaron del término hicieron un feminismo de acción. No se preocuparon por las etiquetas ni por la teoría, sino por defender en su vida y con su ejemplo unos valores de igualdad y justicia, y de llevar a cabo cuantas acciones fueran posibles para conseguir mejoras en la educación, los derechos civiles y la autonomía de las mujeres. Carmen de Burgos fue una de ellas.

Quienes escribieron a favor del club, ponderando sus virtudes y explicando lo necesario que era, se esforzaron en no utilizar el adjetivo «feminista» y, si lo hicieron, se encargaron de separarlo del Lyceum. Querían espantar esa palabra, evitar los demonios que atraía.

Escribe José María Salaverría en *ABC*: «El club que las mujeres han creado en Madrid no será, por lo tanto, ni feminista ni de tal o cual partido. Femenino, y nada más».

Escribe Ernestina de Champourcin en *Cartagena Ilustrada*: «El Lyceum es sencilla y llanamente, ¡no se asusten!, el primer club femenino español. He dicho femenino y no feminista, ¡por Dios, no confundan los términos! Este club es por encima de todo y antes que nada, femenino, dispuesto por mujeres para las mujeres sin que ningún móvil "sufragista" haya pesado en la iniciativa de su fundación».

Escribe Manuel Bastos Ansart, marido de Consuelo Bastos, muchos años después: «Quedaba pues bien claro que aquel club era

femenino, pero no feminista».

Era femenino. Era femenil. Era mujeril. Hasta era mujeriego. Pero no era feminista.

Eso decían.

Por eso, las palabras de María de Maeztu al decir alto y claro que ella siempre ha sido feminista y que la avergonzaría no serlo son una muestra de valentía y carácter. De Maeztu añadió: «Toda mujer que piensa debe sentir el deseo de colaborar, como persona, en la obra total de la cultura humana. Y esto es lo que para mí significa, en primer término, el feminismo: es, por un lado, el derecho que la mujer tiene a la demanda de trabajo cultural, y, por otro, el deber en que la sociedad se halla en otorgárselo». Lo hizo en *La mujer moderna*, un libro donde María Lejárraga, bajo la firma de su marido, invitó a algunos intelectuales en 1920 a escribir lo que pensaban sobre el problema feminista.

También Carmen Baroja, años después, fue muy clara en sus memorias al afirmar que ella era francamente feminista y que la sublevaba los muchos hombres estúpidos que gozaban de más prerrogativas que las mujeres.

Cuando el Lyceum cumple cinco años, escribe Magda Donato en el diario *Ahora* sobre «sus actividades "feministas" (no estará de más recalcar la palabrita por si todavía, agazapado en algún rincón, quedase un "anti-feme" que la confundiese con el marimachismo político)».

Aunque muchos dijeran que no era feminista, cada palabra que escribían ellas, cada puerta que abrían, cada acto que celebraban, lo desmentía con elocuencia. Mientras otros se esforzaban por apartar la palabra, las mujeres del Lyceum ya estaban escribiendo su significado.

Que no sean todas como Nora

Si en la época había un personaje literario que encarnaba la libertad y el desafío a la sociedad patriarcal y concitaba los odios de quienes, asustados, asistían al avance imparable del feminismo, esa era Nora Helmer, la protagonista de *Casa de muñecas*.

Moebius condena a una mujer como Nora, de quien dice que es una criatura degenerada, semiloca, que abandona a sus hijos porque se imagina que su deber es perfeccionar su miserable yo, algo que le parece abominable y odioso. Carmen de Burgos la describe como una mujer degenerada e histérica, que deja su hogar y su familia para satisfacer aspiraciones *cerebrales*. Marañón la desprecia, dice que ha visto representar la obra en tres capitales españolas y que la escena final es acogida por el público femenino con risas o indiferencia. Ir tres veces a ver una obra que desprecias tanto se me hacen muchas, Marañón, pero no voy a contradecir al sabio.

Estrenada en 1879, *Casa de muñecas*, del noruego Henrik Ibsen, es una de las obras fundacionales del teatro moderno y un hito en la reflexión sobre la condición femenina. La historia transcurre en el hogar aparentemente feliz de Nora Helmer, esposa devota y madre cariñosa, cuyo matrimonio con el recto y orgulloso Torvald parece sólido. Sin embargo, esa felicidad se tambalea cuando se revela que, años atrás, Nora había contraído en secreto un préstamo para salvar la vida de su marido, falsificando la firma de su padre para obtener el dinero. Ese sacrificio, oculto por miedo al escándalo, se convierte en el eje del conflicto cuando el prestamista, Krogstad, amenaza con desvelarlo. Torvald, lejos de reconocer el gesto heroico de Nora, reacciona con indignación ante la idea de que su honor pudiera verse manchado por las acciones de su esposa, y su actitud hace que Nora tome conciencia de que ha vivido hasta entonces como una muñeca, tratada como un adorno, sin voz ni autonomía real en

el matrimonio ni en la sociedad. En el desenlace, Nora decide abandonar a su esposo y a sus hijos para buscar su identidad y aprender por sí misma quién es, protagonizando uno de los finales más polémicos de su tiempo.

Casa de muñecas termina con un portazo que retumba en el escenario y en la conciencia del espectador. Nora sale de casa dejando atrás a su marido y a sus hijos, y ese gesto se convirtió en uno de los más célebres y controvertidos de la historia del teatro. Ese golpe seco de la puerta simboliza el rechazo a una vida construida sobre la sumisión y la apariencia, y marca el instante en que la protagonista rompe con el papel de esposa y madre dócil que la sociedad le había impuesto. En la Europa del siglo XIX, aquel portazo resonó como un desafío a las normas establecidas, una declaración de que la dignidad personal exige libertad y autenticidad, aun a costa del escándalo y del dolor. La obra cuestiona las bases de la familia patriarcal y plantea la emancipación de la mujer como condición de su dignidad humana, enfrentándose a las convenciones sociales de finales del siglo XIX y convirtiéndose en un símbolo universal de la lucha por la libertad individual.

Casa de muñecas tuvo un impacto profundo y duradero que se hizo sentir con especial fuerza en las primeras décadas del siglo XX. La obra escandalizó en su estreno —algunos teatros exigieron un final «menos ofensivo» en el que Nora se quedara—, pero con el tiempo encarnó un emblema de la lucha de las mujeres.

En un momento en que los movimientos sufragistas ganaban terreno y las mujeres empezaban a reclamar derechos políticos y educativos, Nora Helmer se convirtió en un referente literario y moral. Su gesto de rebelión fue interpretado como el despertar de la conciencia individual femenina, un eco artístico que acompañó los debates sobre el voto, el trabajo y la igualdad civil. La obra consolidó

la idea de que el arte podía ser un instrumento de crítica social y ayudó a situar en el centro de la escena —literal y figuradamente— la cuestión de la libertad de las mujeres en la modernidad.

A este marco de pensamiento llegaba el Lyceum Club, este era el ambiente que respiraban sus fundadoras. Ser mujer en los años veinte implicaba estar todo el día escuchando a los intelectuales y a los científicos decir que eran seres inferiores. Con todo esto, una mujer tenía dos opciones: respetar los argumentos científicos y creerse esa inferioridad —o las capacidades diferentes, elegante eufemismo— o reivindicarse en la igualdad desafiando a la ciencia y a la razón, pasando por ignorante y cerril. Por suerte, este grupo de mujeres valientes y audaces no vacilaron en desafiar el pensamiento establecido. La ciencia y las ideas tendrían que darles la razón.

3

NACE EL LYCEUM CLUB

Calentando el terreno

Cuando el grupo de fundadoras del Lyceum empieza a reunirse para ver si logran fraguar el nacimiento del club, la iniciativa no resultaba del todo desconocida. Al menos, no en algunos ámbitos. María Lejárraga, escritora y dramaturga, venía abonando el terreno desde mucho antes. Llevaba años, primero en *Nuevo Mundo* y después en *Blanco y Negro*, escribiendo una serie de artículos firmados por su marido, Gregorio Martínez Sierra, en los que abordaba la educación femenina, la igualdad de derechos y la necesidad de que las mujeres participaran plenamente en la vida cultural y social, y que más tarde se recogerían en un libro pionero del feminismo en nuestro país titulado *Cartas a las mujeres de España*. Cuando el semanario anuncia la sección, que se llamará «La mujer moderna», explica que está consagrada a las lectoras y que su autor, defensor de la mujer española y admirador de sus cualidades, siempre imprime a sus obras un sentido francamente feminista. Qué orgulloso debía de estar Gregorio, cómo presumiría de ser un hombre avanzado y de miras abiertas.

Cuando descubrí el Lyceum, y con él a muchas de sus protagonistas, la autoría de los textos firmados por Gregorio Martínez Sierra era difusa. Se hablaba de ellos, en el mejor de los casos, como escritos a cuatro manos por los dos miembros de la pareja. Solo en algunas ocasiones se insinuaba que era María quien

lo escribía todo. Que los textos que él firmaba fueran obra de los dos ya era llamativo, pero afirmar que era ella la única creadora resultaba algo atrevido. Con el tiempo, quienes han estudiado la *colaboración* literaria de la pareja han encontrado las pruebas indiscutibles, sobre todo en las cartas que Gregorio le enviaba: «Niña mía: hoy he recibido los dos envíos de "La mujer moderna" que está muy bien como siempre, e inmediatamente los he enviado a *Blanco y Negro*», escribe en una carta con membrete de su compañía teatral: «Te recomiendo que hagas cuanto antes el próximo número de "La mujer moderna". Conviene de ahora en adelante mandarlo con más anticipación [...]. Por cierto que leyendo anoche lo de este número se me saltaron las lágrimas muchas veces. ¿Cómo te las compones para poner emoción en todo? Es maravilloso. Y qué admirables de doctrina todas las cartas», escribe en otra. No sé si en algún momento la autoría sería conjunta, si al empezar a escribir teatro lo hicieron juntos, pero a juzgar por la correspondencia, los artículos de esta serie fueron obra de ella sola y él se limitó a firmarlos, corregirlos cuando no daba tiempo de enviárselos a María para que lo hiciera ella y ejercer de intermediario con la revista.

La sección «La mujer moderna» no tratará de frivolidades, explican en el semanario, sino que «en ella se hablará a las mujeres de España de sus derechos, de sus esperanzas, de sus altísimos deberes, de sus tremendas responsabilidades, de la gloriosa actividad que la vida moderna exige de ellas, de cómo el porvenir de la humanidad está en sus manos, tanto, y acaso más, que en las de los hombres». Se inauguraba en febrero de 1915 con un artículo titulado «Clubs de mujeres». Faltaban aún once años para que las fundadoras del Lyceum se reunieran e impulsaran el español; pero ya entonces, María había sabido mirar fuera de nuestras fronteras y

se había fijado en los clubes femeninos estadounidenses, puesto que el feminismo que se ejerce en ese país es, a su juicio, de orden práctico, menos idealista que el francés y menos agresivo que el británico. Lo define como «el feminismo de las amas de casa», y destaca cómo un grupo de mujeres decidieron reunirse «después de cumplidos sus deberes, criados y educados sus hijos, reglamentada en perfecta ordenación la rutina del arreglo doméstico» para formar un espacio de estudio y cultura. Encontraremos estas mismas palabras, u otras muy parecidas, en las declaraciones que las fundadoras del Lyceum español ofrecerán a la prensa, en las que insistirán una y otra vez en que acuden al club después de haber cumplido con las labores del hogar. El objetivo de las norteamericanas, según cuenta el artículo, es aprender, ya que cuando eran niñas no se les permitió, y más tarde pasaron a la acción social y la reivindicación de sus derechos. En este artículo, Lejárraga afirma lo conveniente que sería que se fundara uno de estos clubes en España. Tal vez este texto sea el que hace afirmar al periodista de *La Libertad* que María Lejárraga es la verdadera creadora del Lyceum.

En marzo de 1926, cuando ya se habían celebrado los primeros encuentros para compartir la idea de fundar un club de mujeres, la periodista Magda Donato, una de las pocas mujeres que escribieron sobre el Lyceum, publicó un artículo en el *Heraldo de Madrid* que serviría para ir caldeando el ánimo.

El nombre real de Magda Donato era Carmen Eva Nelken y era hermana de Margarita Nelken —escritora y, años más tarde, una de las primeras diputadas en las Cortes republicanas—. Desde muy joven ejercía el periodismo, un campo en el que se abrió paso con firmeza a pesar de ser un territorio inhóspito para una mujer. Empezó escribiendo columnas amables, dedicadas a «cosas de

mujeres», donde contaba pequeñas escenas de la vida femenina, pero en ellas latía ya una rebeldía que buscaba otro horizonte. Con el pretexto de hablar de moda, de sociedad y de asuntos que no molestaban, aprovechaba para reclamar espacios propios donde reunirse, debatir, ser ciudadanas. Donato, que años más tarde sorprendió a los lectores con sus «reportajes vividos» —fue una pionera de lo que hoy conocemos como periodismo *gonzo*: fingió una enfermedad mental para que la internaran en un manicomio de mujeres y comprobar por sí misma cómo trataban a las internas; ingresó en la cárcel fingiendo un delito menor; durmió en un albergue de mendigas; se mezcló en las colas del hambre...—, siempre mostró un compromiso por la situación de la mujer y con alguno de sus reportajes, como el de las mendigas, logró impulsar reformas reales: lavabos nuevos en el albergue, instalaciones dignas y mejores condiciones de vida. Demostró con ello que la palabra podía vencer a la inercia.

Aunque Magda Donato no figura como fundadora en ninguno de los artículos de prensa que hablan del club ni en los censos que se conservan, es lógico pensar que participó en esas primeras reuniones: Donato tiene información abundante y muy precisa de cómo ha sido el proceso y de quiénes han estado involucradas. Conoce los nombres, conoce las dudas y las posibilidades. Escribe para poner su granito de arena, para empujar en la dirección que cree mejor.

El titular ya anuncia que «Se funda en Madrid un club de señoras» y el artículo celebra que un grupo numeroso de mujeres inteligentes, cultas y de ideas amplias se hayan puesto de acuerdo para algo tan necesario. Le llama la atención que Madrid sea una de las pocas capitales del mundo donde aún no existe un club femenino y recuerda la extrañeza que produce ver a una mujer sola en un café

o en un espectáculo público, bastante desagradable de soportar. Le parece que ya es hora de remediarlo, y reclama un club «tan alejado de ser un centro de mera frivolidad como de parecerse a aquellas agrupaciones "feministas" —¡lagarto, lagarto!— que un tiempo abundaron aquí, divididas en tres clases: las de carácter beato, gazmoño e intolerante; las de carácter esencialmente sufragista, y las de carácter... equívoco».

Para Donato es una estupenda noticia que, tras varios intentos infructuosos, haya llegado el momento y comete «una pequeña indiscreción» para pasar a citar los nombres de las mujeres que se han reunido, desvela algunos puntos que han suscitado debate y que aún no han decidido y apunta que a la hora de buscar un ejemplo que les sirva de guía, harían bien en fijarse en uno que está, a su juicio, por encima de todos los demás, pues tiene como principal virtud el internacionalismo. Donato ha visitado el Lyceum Club de Berlín —las fotos que ilustran el artículo son de allí— y sabe que pertenece a la asociación internacional creada por el Lyceum de Londres. Los detalles que ofrece de la organización de los clubes europeos son los que poco más tarde se adoptarán aquí.

Tal vez hubiera división de opiniones entre las fundadoras que quisieran formar parte de la red internacional y las que no; tal vez fueran los detalles prácticos los que las hicieran recelar, sobre todo pensando en la acogida que podría tener un club de mujeres en la España de la época. Pero el artículo de Donato, tal como está redactado ponderando y ensalzando las virtudes de esa red, parece destinado a influir en las fundadoras más que a informar al lector: «Me permito hacer notar desde estas columnas a las fundadoras del primer círculo femenino español que el adherirse a la gran institución ya acreditada, aprovechando su nombre, su experiencia y su

influencia mundial, no ofrecería para ellas más que ventajas, sin menguar en nada el mérito imponderable de su iniciativa», escribe.

Acaba Donato con una anécdota: cuando visitó el club de Berlín, preguntó a su secretaria por qué habían abierto sedes en otras ciudades europeas y no habían pensado en hacerlo en Madrid. «Y ella me contestó con otra pregunta: "¿Cree usted que un club de señoras tendría probabilidades de éxito en España?". Tras de cuyo escepticismo sonriente percibí cierto amable desdén hacia mis compatriotas.»

Esa división de opiniones que se percibe en el artículo de Donato se observa también en las cartas que le escribe María Martos a María de Maeztu, donde menciona que Victoria Kent —y, con ella, supongo que alguna fundadora más, aunque Martos solo la nombra a ella— tiene unas expectativas diferentes a las del grueso del grupo. Ese «algo chic» que María Martos le atribuye en su carta supone, al menos, dos cuestiones que fueron motivo de largo debate. Por un lado estaba el nombre: eso de Lyceum no terminaba de gustar a algunas de las fundadoras; sabían que iba a ser objeto de críticas por el matiz extranjero —como, de hecho, así fue: «Lo de femenino es verdad; lo de español no lo parece», escribía la prensa—, mientras que a otras les parecía moderno y atrevido. Pero si iban a asociarse al Lyceum Club Internacional, debían adoptar ese nombre y eso les convenía: Zenobia recoge este argumento como definitivo y compara el Lyceum con el PEN Club, aunque al Lyceum Club le añaden la coletilla de «Femenino Español» y así intentan hacerlo más castizo. La segunda cuestión era más peliaguda y supuso la mayor diferencia entre ellas: la conveniencia o no de permitir la entrada a los hombres. Victoria Kent, Carmen Gallardo y Trudy Graa defendían que los hombres pudieran entrar, mientras que a María

Martos, y con ella otras mujeres como Carmen Baroja, no le parece adecuado.

Victoria debió de ser muy vehemente, tal vez demasiado a juzgar por el comentario de la propia Martos en una de sus cartas, donde escribe: «Victoria continúa tan absurda. Solo así puede calificarse su actitud». Estas diferencias no responden a un salto generacional, como podría parecer: Victoria era de las más jóvenes, pero no había mucha diferencia de edad: para entonces, tenía treinta y cuatro años y María Martos, treinta y ocho. Sin embargo, Carmen Gallardo, que coincidía en su opinión con Victoria, era de las mayores: tenía cincuenta y dos años. Victoria, tal vez por esa pasión con la que defendía sus convicciones o tal vez por un carácter difícil, tuvo roces con algunas de las fundadoras. Pasados los años, Zenobia Camprubí recuerda en sus diarios con motivo de un viaje de Kent a Puerto Rico que «lo único que hace es exasperarme con su tozudez estúpida, que durante los años del "Lyceum" soportaba para evitar que nos lo barrenara por dentro de pura inutilidad, pero que ahora no tengo ningún motivo para tener que soportar».

Al final, llegaron a una solución de compromiso: los hombres podrían entrar a los actos que organizaran y al salón de té, y siempre acompañados e invitados por una socia, pero no podrían acceder al resto de la casa. Eso, además, les podía convenir: cada consumición que tomaran en el salón de té dejaría en el club unos ingresos que les iban a ser muy necesarios. La entrada que debían pagar para asistir a un té, una actividad muy frecuente para homenajear a figuras relevantes, era de tres pesetas, una cantidad elevada si consideramos que la cuota mensual de una asociada era de cinco.

Los estatutos y la junta directiva

Para fundar este club había que redactar unos estatutos que, como dice Zenobia en su carta, hay que presentar en la Dirección General de Seguridad para su registro en el Gobierno Civil. También hay que elegir una junta directiva y, más adelante, buscar una sede.

Con todas las premisas que han puesto sobre la mesa, con todas las conclusiones de sus debates, han elaborado un texto y consiguen concretar los fines del club en dos artículos, que quedan recogidos en los estatutos:

> ARTÍCULO 1. Se constituye en Madrid una Asociación, cuyos fines generales serán:
>
> A) Fomentar en la mujer el espíritu colectivo, facilitando el intercambio de ideas y encauzando aquellas actividades que redunden en beneficio de la colectividad.
>
> B) Aprovechar todos aquellos esfuerzos, personales, que hoy dan un rendimiento mínimo, por su dispersión, aunando todas aquellas iniciativas y manifestaciones de índole benéfica, artística, científica y literaria que redunden en beneficio de la colectividad, siendo por completo ajeno al fin de la Asociación todo acto con tendencia política o religiosa.
>
> ARTÍCULO 2.
>
> En relación con los recursos de que disponga y las circunstancias en que se encuentre esta Asociación, se organizarán obras de carácter social, en armonía con los fines de la misma; se celebrarán sesiones, conferencias y fiestas privadas o públicas, dentro del carácter de la Asociación.

Con un texto tan breve, con tan pocas líneas, dejan claras sus intenciones.

Entre las fundadoras había monárquicas convencidas y defensoras de la República; católicas fervientes, moderadas y laicas; progresistas y conservadoras... En el corazón de la idea de fundar el Lyceum estaba el hermoso propósito de crear un lugar plural donde confluyeran todas estas diferencias y se pudiera buscar lo que une sin dejarse influir por lo que separa. Para eso, y tal vez también para evitar problemas con el registro de la asociación en la Dirección General de Seguridad, deciden dejar muy claro que el Lyceum no

nace para participar activamente en la escena política del país —a diferencia de otras asociaciones como la Liga Española para el Progreso de la Mujer o la ANME, que habían nacido con ese objetivo —, y tampoco para inmiscuirse en cuestiones religiosas. De ahí esa coletilla del artículo primero que dice que es «por completo ajeno al fin de la Asociación todo acto con tendencia política o religiosa». La toman literalmente del reglamento del Casino de Madrid: si nadie lo cuestiona en esta asociación de hombres, con ellas debería suceder lo mismo. Saben que este tema es un punto muy delicado, un escollo que puede dificultar su fundación; incorporando este artículo, también esperan esquivar las críticas: seguras de que les van a llegar por muchos frentes, quieren dejar pocos resquicios por donde las puedan atacar. No lo conseguirán: el doble rasero habitual al valorar las iniciativas de las mujeres hizo que lo que parecía perfecto en el caso de los hombres fuera un asunto central en el de ellas, y gran parte de los ataques que recibieron llegaron por ese flanco.

Sin embargo, hay un detalle que me resulta llamativo: esa coletilla figura en los estatutos originales de 1926 y supongo que también se encuentra en la modificación del reglamento que hicieron un año después, el 29 de octubre de 1927, porque María Martos presume en 1928 ante un redactor de la revista *Estampa* de que las liceístas eran «equidistantes de los dos extremismos, aunque individualmente cada una mantenga una tendencia». Añade que eso no tiene que ver con la aceptación social del club, sino que se debe a que son muchas las extranjeras que pertenecen a él, unas cuarenta socias y otras veinte que están de paso en ese momento; cree que a ellas no les atañen esos debates y, por eso, es mejor mantenerse apartadas. Sin embargo, el reglamento se modificaría en dos ocasiones más: la primera en abril de 1929 y la segunda en junio de 1934, y aunque en esencia no cambia y en él sigue figurando que las actividades del

club son «de índole exclusivamente económica, benéfica, artística, científica y literaria», ya no se encuentra ningún artículo que establezca que el club es ajeno a la política y la religión.

Queda sin resolver la incertidumbre acerca de si habían incluido inicialmente la cláusula para que no les pusieran problemas en el registro y para que sirviera de blindaje frente a las críticas, con la intención de ignorarla y eliminarla después, o si su desaparición fue el resultado de la evolución natural del club; una vez inscrito, una vez asentado en la sociedad, ya no les hacía falta limitarse.

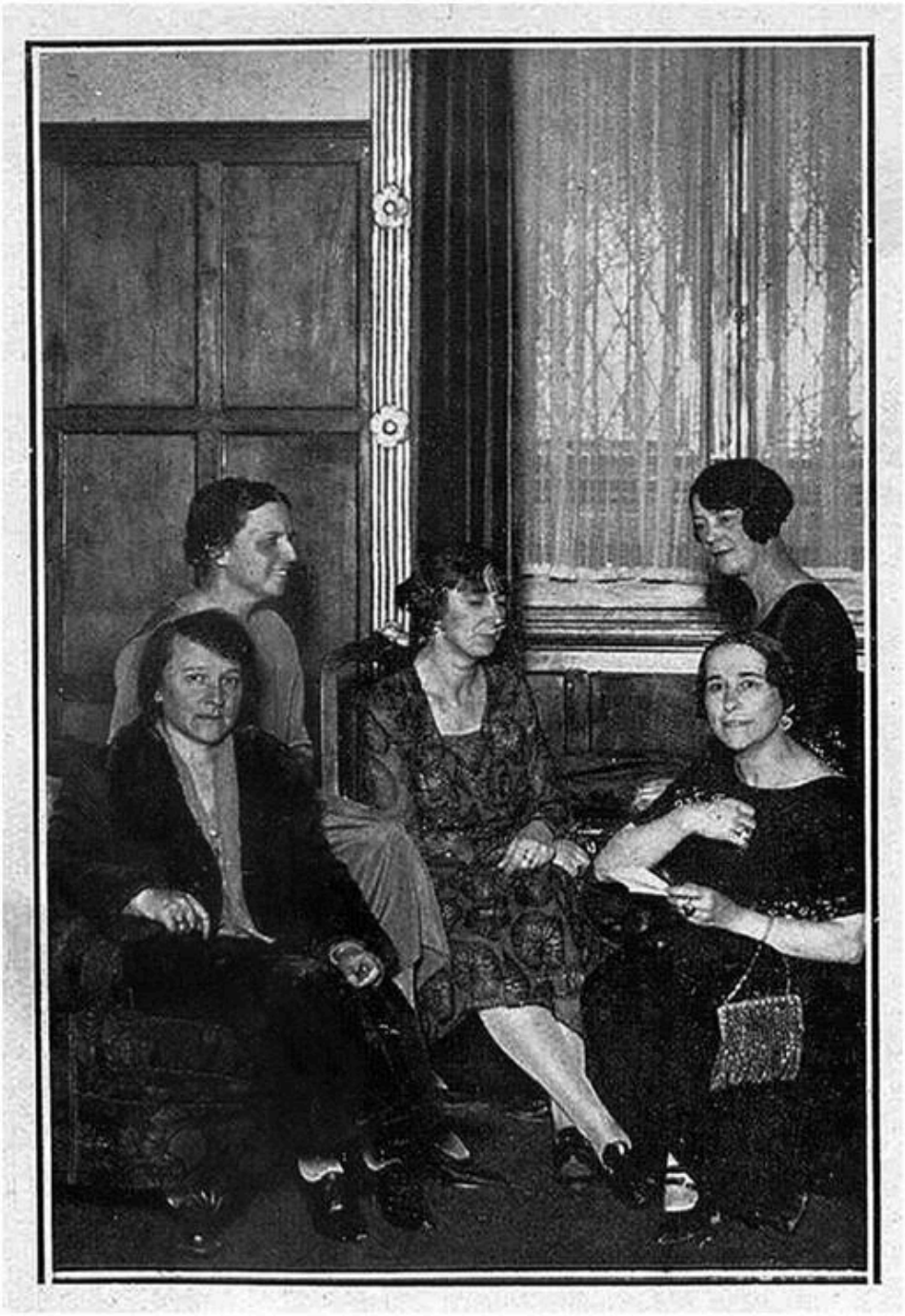
Aunque no figura en los estatutos —que solo hablan de que las asociadas deben ser de total honorabilidad—, también mantienen el criterio de la casa madre a la hora de especificar quiénes podrán ser socias: todas las mujeres que desempeñen una carrera profesional o que cuenten con estudios, que ejerzan una actividad artística o que puedan aportar valor intelectual.

Con los estatutos redactados, el siguiente paso es buscar a quienes lideren el Lyceum. María de Maeztu se resiste a ser presidenta por sus múltiples obligaciones. Zenobia había puesto como condición para participar en la fundación del club no tener un cargo en la junta. Pero acaban por convencerlas, y la directiva queda conformada así: presidirá el club María de Maeztu; habrá dos vicepresidentas, Victoria Kent e Isabel Oyarzábal; la tesorera será Amalia Galarraga y Zenobia Camprubí será la secretaria. También habrá, aunque no figurarán en la junta, una «contadora» o «responsable del Ramo de Finanzas», que será Carmen Monné; y una vicesecretaria que ayude a Zenobia, que será Helen Phillips, norteamericana directora del Instituto Internacional. Se ocupará de la biblioteca María Lejárraga.

Los estatutos establecen que la cualidad de fundadora será indispensable para ocupar cualquier cargo de la junta al menos

durante los primeros cinco años desde la fundación del club y, una vez pasado ese plazo, podrán hacerlo también las socias protectoras y las inscritas el primer año. Sin embargo, la gestión del Lyceum debía de dar mucho trabajo y más de un quebradero de cabeza, porque en 1929 relajan estas exigencias: ya no hace falta que sean socias fundadoras, sino que basta con que tengan un año de antigüedad —dos en el caso de la presidenta—. Y también amplían un poco la junta y pasan a formar parte de ella de forma oficial la bibliotecaria, la contadora y la vicesecretaria, además de añadir dos vocales; más manos trabajando y más cabezas pensando: algo que agradecen y necesitan. Los cargos se renovarán cada año, en la asamblea que se celebrará durante el mes de abril: mandatos breves que permitirán compartir y repartir la responsabilidad y el trabajo.

A pesar de haber convencido a María de Maeztu para que presidiera el club, lo cierto es que las gestiones para la puesta en marcha del Lyceum las firma Isabel Oyarzábal, que en el libro de registro de asociaciones del Gobierno Civil de Madrid no figura como vicepresidenta, sino también como presidenta. Tal vez fuera la condición de De Maeztu para dejarse convencer: no hará trabajo efectivo, pero será la cabeza visible, su nombre dará prestigio y seriedad al proyecto y pondrá esa «poderosa influencia» al servicio del Lyceum. Y eso, de verdad, funciona: cuando la prensa anuncia el nacimiento del club, siempre menciona la garantía que supone su presencia al frente. De Maeztu atenderá a los periodistas para aclarar cuáles son los principios que persiguen y tranquilizar las voces que alertan contra una organización que saca a las mujeres de sus hogares y se presume libertina. También más adelante, cuando reciban ataques serios por parte de organizaciones católicas, será ella quien redacte y firme la respuesta.



Además de valerse del prestigio de De Maeztu, las fundadoras —entre las que había varias condesas y marquesas— jugaron muy bien otra carta: nombraron presidentas de honor a la reina Victoria Eugenia y a la duquesa de Alba; el duque de Alba, además, donó

parte de su biblioteca al Lyceum. Tener con ellas a la reina y a la duquesa, dos mujeres que no es que fueran influyentes, sino que encarnaban la influencia misma, suponía contar con un respaldo y una protección que sabían que iban a necesitar.

Una vez formada la junta, se crean seis secciones y cada una de ellas necesita alguien que se ponga al frente, que gestione, que proponga proyectos, que recoja las actas de sus reuniones, que prepare los presupuestos y que lleve los libros de cuentas donde anotarán cada gasto en el que incurren, por pequeño que sea. No todas se formarán desde el principio: la primera que se crea es la sección de Artes Plásticas e Industriales, presidida por Carmen Baroja y que empieza inmediatamente a programar exposiciones. La sección de Literatura echará a andar en 1928 dirigida por Pilar de Zubiaurre; al frente de la sección social estará Consuelo Bastos, que con Victoria Kent tirará de dos proyectos importantes, de mucha envergadura, y que pondrán en marcha en pocos meses; Ela de Arbós presidirá la sección de Música; la de Ciencias la dirigirá María Luisa Navarro y en la internacional, encargada de la relación con los clubes de otros países, de estrechar lazos con las asociadas extranjeras y de ofrecer hospitalidad a las que se encuentren de paso en España, estará Zenobia Camprubí, quien escribió por primera vez a Londres para decirles que en España, por fin, estaban preparadas para formar parte de su federación internacional. Años más tarde se añadiría la sección hispanoamericana, encargada de fortalecer vínculos con escritoras y artistas del otro lado del océano, organizar actos con ellas y atenderlas en sus visitas a Madrid.

Cuando el Lyceum cumple un año, la junta se renueva sin cambios, lo cual es muestra de la confianza que inspiraron en las asociadas. En adelante, las responsables de la junta y de las secciones irán cambiando: la biblioteca pronto será María Martos

quien la dirija; cuando se marche a Chile siguiendo a su marido, a quien nombran embajador, la sustituirá Asunción Madariaga, y más adelante la dirigirá Elena Fortún; en la sección de Música será la compositora María Rodrigo quien se ponga al frente; Victorina Durán, Ernestina de Champourcin, Rosario Lacy y un buen número de mujeres generosas y enérgicas irán pasando por la junta directiva y por las secciones del Lyceum.

En sus diez años de vida, el Lyceum tendrá tres presidentas: María de Maeztu entre 1926 y 1928, Isabel Oyarzábal entre 1928 y 1933 y Ángeles García-Mauriño en su época final, entre 1934 y 1936. Aunque María de Maeztu pronto se retira de la junta y pasa a ser presidenta de honor, nunca se desvinculará del todo de la gestión y velará por la buena marcha del club, proponiendo cargos y animando a alguna de las liceístas a que asuman más responsabilidades. En 1933, aprovechando una invitación que la Residencia de Señoritas hace a Victoria Kent para que ofrezca una conferencia, le propone que se presente a la presidencia del Lyceum. Sabe que hay otra candidata apoyada por un grupo de asociadas, pero está convencida de que Victoria obtendría la mayoría. Sin embargo, la abogada lo descarta: si hay otra candidata no quiere competir, aunque imagino que también pesan las responsabilidades políticas que para entonces tenía.

En las cartas que se conservan se aprecia que estar en la junta o al frente de una de las secciones debía de ser una labor intensa y no exenta de críticas. Pilar de Zubiaurre está a punto de renunciar en dos ocasiones a la presidencia de la sección de Literatura: de la primera, en junio de 1929, se desconocen los detalles, pero es posible que se deba a razones personales que no tienen que ver con el club: estaba a punto de emprender un viaje por Europa para ejercer de marchante de arte de las obras de sus hermanos pintores;

de la segunda, en octubre de 1935, da fe la carta que le dirige María de Maeztu para pedirle que no dimita.

Parece que una socia, desde el anonimato, ha lanzado un ataque a Pilar que a las demás les parece injusto y vergonzoso y ella se ha disgustado tanto que ha presentado su renuncia. De Maeztu le escribe, en nombre de toda la junta directiva, para pedirle que retire la dimisión. No sabemos quién fue la autora del anónimo, aunque María aventura que es una sola persona y que «seguramente padece un estado enfermizo»; tampoco sabemos qué le dijo, pero de la carta se desprende que era ofensivo y que a Pilar le hizo tanto daño que tomó la decisión de abandonar. Tanto María como el resto de miembros de la junta entienden el disgusto y la apoyan, creen que tiene razones para estar molesta y califican de «bastardos» los motivos que han ocasionado el disgusto, pero le piden que se quede y le anuncian que van a ir a su casa en un par de días para convencerla.

La carta, más allá de los detalles, deja ver la dinámica de las relaciones entre las fundadoras, las mujeres que están ahí desde el principio y se han apoyado unas en otras cuando lo han necesitado. Pilar es una de las responsables de que el club exista y ha colaborado desde el primer momento, tanto personal como económicamente; pero no es solo eso lo que De Maeztu elogia, sino un trabajo ingente que siempre ha encarado con entusiasmo y generosidad, su energía y esfuerzo constantes, la eficacia en sus tareas y, algo que valora mucho, la capacidad de resistencia en los momentos difíciles. Pilar ha sido en esos años más que unas manos para trabajar: ha sido una pieza fundamental en la difícil empresa de sacar adelante el Lyceum, y a De Maeztu le cuesta mucho pensar en el club sin ella. Además, le dice, no sería justo que fuera el Lyceum quien saliera perjudicado de una acción particular tan despreciable y

cobarde que ni siquiera va firmada con su nombre. De Maeztu le recuerda a Pilar el espíritu con el que pusieron en marcha el club, la voluntad de caminar unidas por el empeño de construir una sociedad mejor. No puede abandonar ahora y dejar al resto sin un apoyo esencial, sin alguien que da ejemplo con su modo de hacer las cosas. La correspondencia de Pilar muestra que era una mujer querida que mantuvo relación con muchas de las liceístas, como Concha Méndez, Zenobia Camprubí o María Martos, a lo largo de su vida.

«Más o menos todas hemos tenido que sufrir cosas análogas en aquella Casa», le dice De Maeztu; sabemos por otra carta suya que a ella le pasó algo parecido, aunque tal vez, por la fecha en la que escribe a María Martos, esos roces tengan más que ver con la situación política que con su gestión en el club, pues en septiembre de 1931, pocos meses después del advenimiento de la República, escribe: «No voy al Lyceum por no encontrarme con algunas personas de quienes yo no sospechaba que me tuviesen tal odio... pues no les hice más que bien». Algunas de las fundadoras, como Trudy Graa, fueron un apoyo importante para ella.

Vuelvo a la carta que De Maeztu dirige a De Zubiaurre. Mas allá del fin de la carta, más allá del cariño que transmite, hay algo que me parece muy hermoso: «Piense Vd. Pilar, que España, nuestra España, la que estamos labrando con nuestras manos, no tiene aún tradición de Asociaciones o Corporaciones de mujeres del tipo que el Lyceum Club representa. Hay, pues, que inventarlo todo de nuevo; hay que crear nuevas maneras, nuevas formas, nuevos gestos y actitudes». Esta frase recoge de un modo inmejorable el espíritu de lo que estaban haciendo en el Lyceum. Estaban inventando algo nuevo, creando desde la nada un mundo posible más moderno, inédito hasta entonces, una nueva forma de pensar y de entender la

vida. Estaban provocando un cambio en la sociedad, un cambio que mejoraría el lugar de la mujer en el mundo y ensancharía el horizonte cultural del país: esa fue la poderosa influencia de estas mujeres, ese es el valioso legado que nos dejan.

El club de las maridas

A pesar de la insistencia de Zenobia en que el Lyceum sea un lugar donde se diluyan las diferencias de clase, que los estatutos no tengan en cuenta la renta ni la posición social y que las cuotas sean lo bastante moderadas como para que no solo puedan asociarse las mujeres de clase alta, gran parte de las fundadoras del club y de las socias posteriores eran mujeres que destacaban en sus profesiones, casadas con hombres prominentes o que tenían un título nobiliario. Eran mujeres burguesas ilustradas: ¿cómo si no podrían destinar sus energías a una iniciativa así? ¿Cómo podrían destinar un dinero mensual si fueran obreras y les llegara justo para vivir? ¿Cómo podrían dedicar su tiempo si tuvieran que trabajar de sol a sol para dar de comer a sus hijos?

Tanto pesó esta condición que Concha Méndez, por aquel entonces una joven poeta que empezaba a introducirse en los círculos intelectuales, las llamó «las maridas de sus maridos». Y no fue la única que las consideró así: con tristeza constato que, sobre muchas de las liceístas, la única información que ha trascendido es con quién estaba casada; en el censo del club y en los periódicos de la época se refieren a ellas por el apellido de su marido, y no por el suyo o, como mucho, con una combinación de los dos.

También hubo quien afirmó que estas mujeres se limitarían a repetir en los salones del club lo que oían en sus casas —es decir, lo que decían sus maridos—: precisamente era ese uno de los

prejuicios que con la fundación del Lyceum querían combatir, el de quienes insistían en que las mujeres no sabían pensar por sí mismas. Las fundadoras del club pusieron a su servicio la influencia que podían tener por sí mismas o gracias a sus maridos. Quienes las acusaron de ser burguesas no tuvieron en cuenta lo avanzado de su mentalidad: lo habitual en su posición era colaborar en obras de caridad promovidas por la Iglesia: acudir al ropero, organizar rifas benéficas, participar en cuestaciones, presidir mesas petitorias... Que muchas de ellas, católicas practicantes, eligieran formar parte de una institución desvinculada de la Iglesia era, en sí misma, una decisión atrevida.

En el Lyceum se afianzaron amistades largamente cultivadas, como las que mantenían muchas de las socias fundadoras, y se forjaron nuevas relaciones, sobre todo las liceístas más jóvenes, entre las que pronto surgió la afinidad e incluso llegó a formarse un Comité de Juventud. Una de ellas era Ernestina de Champourcin, que empezó a asistir al Lyceum como invitada porque era demasiado joven para poder hacerse socia y, además, sus padres, a quienes no les gustaba nada la idea, no se lo permitían. Ernestina se quejaba de que no abundaban las muchachas asociadas y de que no tenía amigas entre las mujeres que asistían; a las mayores las ve alejadas de su mundo, de las vanguardias a las que empieza a abrirse, de su forma más moderna de ver la vida; incluso en algún momento las llama «cotorras». Visto con los ojos de hoy, parece curioso que nos refiramos a muchas de las fundadoras del Lyceum como mayores, cuando gran parte de ellas estaban entre los treinta y nueve años de Zenobia Camprubí y los cincuenta y dos de María Lejárraga o Carmen Gallardo. Qué chocante me resulta pensar que esas cotorras mayores no habían cumplido aún la edad que tengo yo ahora.

Ernestina acudía con mucha frecuencia al club y pronto cambiaron las cosas para ella: trabó amistad con Zenobia, que la acercó a Juan Ramón y enseguida se convirtió en un gran valedor suyo —aunque el poeta, dice Ernestina, le tenía mucha manía al club—; con Pilar de Zubiaurre, con la que conecta especialmente —la llama su «compañera de juerga intelectual»— y muy pronto, en cuanto pudo asociarse, le prestaría ayuda en la sección de Literatura; tal vez las percibe más cercanas a ella por su mentalidad y porque son de las más jóvenes del grupo fundador, las dos rondan los cuarenta. Allí conoció a Concha Méndez y a Maruja Mallo, con quienes creó lazos duraderos; también en el Lyceum entabló contacto con muchos periodistas y escritores que fueron fundamentales para recibir encargos de colaboraciones periodísticas y para difundir su obra y la de muchas de las poetas con las que tenía relación.

«Cuéntame, sí, esas extraordinarias cosas de las chicas que tratas», le pide Carmen Conde en una carta desde Cartagena, cuando aún no se conocían. En 1927 Ernestina había reseñado muy elogiosamente un poema de Carmen que Juan Ramón Jiménez había publicado en su revista *Ley*, y le había enviado la reseña con una escueta nota dándole la enhorabuena. Esa carta sería la primera de un largo intercambio de confidencias, de poemas y de consejos. En la correspondencia que mantuvieron se aprecia cómo Ernestina, que decía que no quería convertirse en una «asidua club-woman» porque «eso es feo», en realidad acudía cada tarde al Lyceum y no se perdía una conferencia ni un concierto, y no para de hablarle de las mujeres que allí conoce. También se aprecia cómo las relaciones que hizo Ernestina en el club le permitieron introducir a su amiga en los ámbitos literarios. Sus cartas están llenas de menciones a las gestiones que ha hecho para que los poemas de Carmen se publiquen en periódicos y revistas y, más adelante, en libros: habla

con editores, lleva sus poemas a otros poetas para que la respalden, los comenta con Juan Ramón Jiménez y con gente que cree influyente —«Ayer aproveché bien la tarde; conseguí aproximarte a la Sra. De Luzuriaga; le interesas muchísimo y desea ponerse en relación contigo. Dice que la [sic] escribas explicando lo que ella puede hacer por ti», le escribe—; la orienta sobre cómo publicar su poemario, sobre cómo proceder: lo mejor es llevárselo al librero León Sánchez Cuesta, más económico y con una comisión más reducida que la que pide Giménez Caballero, elevadísima y con gastos de impresión mayores. También intercambian zozobras y se dan ánimos: «Nadie cree en mí», se lamenta Ernestina, que en el Lyceum encontró, por fin, quienes la entendieran y creyeran en ella. Para cuando se escriben esas cartas, Ernestina tiene veintitrés años y Carmen, veintiuno. Son jóvenes y se están abriendo a la vida y al arte.

Después de intercambiar palabras durante años, a veces varias cartas escritas el mismo día, Ernestina y Carmen por fin se encontraron en 1929. Para conocerse, Ernestina eligió los salones del club: «He pensado mucho en nuestro primer encuentro. Quiero que sea bello, claro y solo de las dos. *Quiero* que sea en el "Lyceum". Allí no seremos más que *nosotras*. Allí puedo ser plenamente *yo*». Años más tarde, en 1933, Carmen Conde por fin se trasladó a la capital durante una temporada y fue socia del club.

Ernestina es uno de los mejores ejemplos del espíritu que las fundadoras quisieron dar al Lyceum desde su creación: lugar de encuentro y de conocimiento, lugar donde las asociadas con más experiencia ayudaran a las más jóvenes, donde encontrar lo necesario para crecer, tanto personal como profesionalmente. Un lugar para ensanchar el mundo.

Había que ser atrevida y tener carácter, además de una posición social desahogada, para ponerse al frente de un proyecto así. Antes de seguir viajando por la historia del Lyceum, quiero detenerme en ellas, en saber quiénes fueron y cómo llegaron hasta ahí, hasta ese salón en el que se conjuraron para ser protagonistas de un cambio en la historia de las mujeres.

El Lyceum se fundó con ciento quince socias, y cuando inauguraron su sede en noviembre, antes de que la prensa les diera la visibilidad que alcanzarían más tarde, en cuanto la noticia corrió de boca en boca ya eran ciento cincuenta. Tan pronto como la sociedad supo de su existencia, las inscripciones crecieron rápidamente y en menos de dos años ya eran cuatrocientas cincuenta, de las cuales cuarenta eran extranjeras que vivían en España mientras que otras veinte estaban solo de paso.

Para saber quiénes fueron las fundadoras, además de consultar el censo que conservó Zenobia Camprubí, el que guardó Pilar de Zubiaurre y los nombres que completó Concha Fagoaga, una de las primeras investigadoras sobre el Lyceum, rastreo la hemeroteca y encuentro un artículo que firma Eusebio de Gorbea y Lemmi en *La Libertad*, donde cuenta quiénes son algunas de ellas:

> Y aquí algunos nombres de las fundadoras, a cuya cabeza, y como ama de casa, por ser ella, quien la ha amueblado deliciosamente, debe figurar el de la señora de Ucelay.
>
> María de Maeztu, presidenta del club, directora de la Residencia de señoritas estudiantes, fundadora del Instituto Escuela, inteligencia cumbre entre las inteligencias eminentes (femeninas y masculinas) de España, cuyas recientes conferencias sobre Pedagogía en Norteamérica han sido un gran triunfo para nuestro país; María Martínez Sierra, cuya reconocida y fecunda colaboración literaria con su esposo ha hecho de ella la primera escritora española que ha podido ser, *de verdad* y al mismo tiempo, comediógrafa y novelista; Isabel Oyarzábal, «Beatriz Galindo», escritora ilustre, que mostrando por el extranjero las costumbres y virtudes de nuestra patria la enaltece con una cultura y un amor jamás superados; Zenobia Camprubí, delicadísima traductora de Rabindranath Tagore; Victoria Kent, primera abogada que actuó en nuestros

> tribunales, secretaria del Instituto Escuela; la condesa de San Luis, notable escritora; Benita Asas Manterola, verdadera eminencia en Sociología, directora del *Mundo Femenino*, fundadora del desayuno escolar; María Rodrigo, compositora, autora de admirables obras de concierto que ha llevado a la escena partituras como *Becqueriana*, *Diana cazadora* y últimamente la ópera de cámara *Canción de amor*, pero cuyo idealismo no se aviene a descender al plano de la música populachera; Mercedes Rodrigo, la más alta autoridad de la enseñanza de anormales, discípula y traductora del célebre doctor Claparède, profesora del Instituto de Reeducación de Inválidos del Trabajo; Aurora Riaño, vicepresidenta e ingeniosa conferenciante de la Sociedad de Abolicionismo, que con tanto acierto dirige el doctor Juarros; la doctora Aleixandre, cuyo nombre ilustre no necesita comentario alguno; la doctora Rosario Lacy, ginecóloga, profesora de Fisiología en la Enseñanza de la Mujer; la doctora Nieves González Barrio, del Instituto de Puericultura; Ascensión Madariaga, directora que fue del Preventorium para pretuberculosos, a cuya fundación dedicó todas sus ilusiones y a cuyo resurgimiento dedica hoy todas sus actividades; las señoritas Quiroga, profesoras de la Institución Libre de Enseñanza, las señoras de Álvarez del Vayo, Araquistain, Baeza, Baroja, Besteiro, Caro Raggio, Díez Canedo, Fabra Rivas, González Martínez, «Juan de la Encina», Marañón, Mesa, Pérez de Ayala, Pittaluga, Salaverría, Tapia, etc., etc.
>
> [...]
>
> De estas mujeres, cuya inteligencia emana tanto de su corazón como de su cerebro, ¿no es verdad que puede esperarse un resurgimiento cultural asombroso? ¿No parece que acaban de encender una antorcha vivísima a la puerta de un nuevo hogar, donde una nueva madre va a dar a luz unos hijos que España hace ya mucho tiempo que espera?

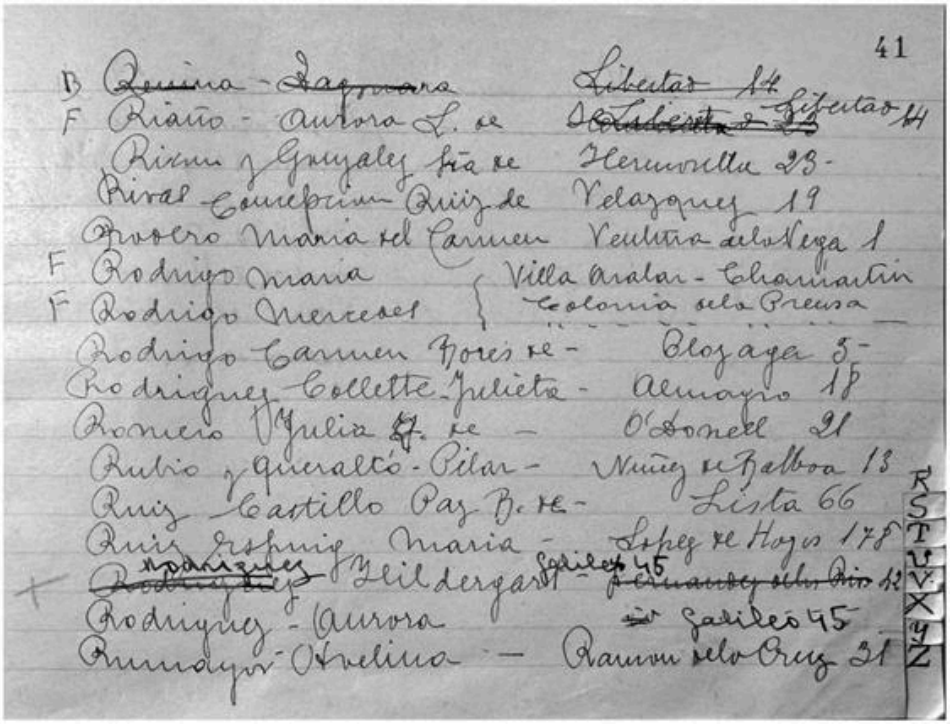
Aunque también fue una de las fundadoras y el artículo firmado por Magda Donato unos meses antes sí que la nombra, De Gorbea no menciona aquí a su mujer, Encarnación Aragoneses. No sé si lo haría por pudor, por tratarse de su esposa, o porque aún no era «un nombre ilustre». De ella aún no podía decir que era la escritora que sería pocos años después, que inventaría un personaje inolvidable que ha trascendido a generaciones de lectores. La creadora de la gran Celia. La gran Elena Fortún.

Al ver esta lista con la escueta descripción de su perfil detrás de cada nombre pienso en la enorme deuda que tenemos con estas mujeres: no las podemos reconocer porque nadie nos ha contado lo

que hicieron. Trabajaron, cada una en su ámbito, con dedicación y compromiso, muchas veces con más empuje y llegando más lejos que los hombres, pero siempre a su sombra.

Muchas más mujeres interesantes fueron socias del Lyceum: Concha Méndez, Ernestina de Champourcin, Clara Campoamor, Victorina Durán, María Teresa León, Elisa Soriano, Marcela de Juan, Matilde Huici, Halma Angélico, Matilde Ras, Carmen Conde, Hildegart y su madre, Aurora Rodríguez...

Sobre Hildegart, Victorina Durán cuenta en sus memorias que una tarde en el club, Clara Campoamor percibió el enorme control que ejercía sobre ella su madre, que la llevaba «de niña prodigio», y comentó a Victorina que tenían que hacer algo para «salvar a la niña. Podíamos llevarla en tu coche a cualquier parte, pero sin mamá». Cuando explica el trágico final de Hildegart, Victorina bromea diciendo: «Por suerte no lo hicimos [...]. Si Clara Campoamor y yo hacemos el chiste de llevárnosla, desde luego no lo contamos».



Al ver todos estos nombres, me pregunto cuánto sé de ellas. En algunos casos, pocos, las conozco bien; pero a la mayoría solo las he oído nombrar o son desconocidas para mí. Y pienso en lo curioso que es que hayan trascendido hasta hoy los nombres de hombres con muchos menos méritos y, sin embargo, no hayamos oído el de ellas.

Pienso en Nieves González Barrio, figura pionera de la pediatría y la nutrición infantil; en Benita Asas Manterola, fundadora de una revista y promotora de los Desayunos Escolares; en Rosario Lacy, la primera mujer ginecóloga en España, licenciada en 1913 con sobresaliente; en Matilde Huici, una de las primeras abogadas colegiadas de España y miembro de la Academia de Jurisprudencia; en Magda Donato, periodista de raza que practicó el periodismo inmersivo mucho antes de que Hunter S. Thompson lo «descubriera»; en Consuelo Bastos, que no estudió, pero se formó de forma autodidacta en enfermería y asistiría en quirófano durante

toda su vida profesional; en Pilar de Zubiaurre, marchante de arte y promotora y difusora de la obra de sus hermanos pintores...

Pienso también en las muchas socias del Lyceum que eran traductoras. Para una mujer que buscaba independencia económica y desarrollo profesional en aquella época, esta profesión era ideal; la podían ejercer sin salir de casa, sin la obligación de acudir a una oficina o tener un horario estricto y podían adecuar su ritmo de trabajo a sus circunstancias y necesidades. Es significativo que un oficio en el que hay que hacerse invisible, «borrarse» para que brillen el texto y el autor, como es la traducción, lo ejercieran tantas mujeres: un trabajo que les permitía no llamar demasiado la atención ni tener mucho protagonismo. Para las liceístas, además, parece perfecto porque tienen mucho en común: es un arte que conecta, en el que se tienden puentes entre ideas, entre autores y lectores, entre culturas: un oficio que se basa en comprender e interpretar el mundo y que ayuda a que los demás lo hagan. Una filosofía que coincide en muchos aspectos con el espíritu del club.

Tal vez fuera determinante el origen familiar de muchas de ellas: el segundo apellido de María de Maeztu era Whitney; el de Isabel Oyarzábal era Smith; el de Zenobia era Aymar, su madre era portorriqueña y se había criado en Estados Unidos; los apellidos reales de Magda Donato eran Nelken y Mansberger; los apellidos de Victoria eran Kent Siano, la familia de su padre tenía origen inglés y la de su madre, italiano; los de María Martos, que nació en Manila, Filipinas, eran Arregui O'Neill; los apellidos de Ernestina eran Michels de Champourcin, su familia provenía de Francia. Pero también, aunque no tenían origen familiar extranjero, traducían María Lejárraga, Concha Méndez, María Teresa León, Carmen Gallardo o Clara Campoamor. Y, por supuesto, las liceístas que vivían en España como las suizas Trudy y Luisa Graa o las estadounidenses Carmen

Monné, Mabel Rick o Helen Phillips. El Lyceum tenía una relación constante con la Residencia de Señoritas y con el Instituto Internacional, y eso suponía que tenían fácil acceso a sus cursos de idiomas, que más tarde también pondrían en marcha en el club, y un contacto directo con mujeres extranjeras, sobre todo inglesas y norteamericanas, que contribuirían seguro a ampliar su conocimiento de otras lenguas y de otras culturas. Gracias a algunas de ellas, como Isabel Oyárzabal, fue posible leer en español textos importantes para el feminismo, pues tradujo los estudios sobre educación sexual de Havelock Ellis.

Y pienso también en otras muchas mujeres que he ido descubriendo en esta investigación de las que no he encontrado más que un dato aquí y otro allá, información poco relevante, detalles escasos, a menudo más relacionados con sus maridos que con ellas. Las he buscado en hemerotecas y archivos, he rastreado memorias de compañeros de generación, ensayos sobre la época. Y nada.

Pero no quiero dejar de buscarlas, quiero saber qué hicieron, cómo fueron sus vidas. De algunas encontraré biografías, tesis doctorales y referencias en mil y un sitios; de otras, apenas una línea. Sé que en muchos casos la búsqueda será infructuosa, que por más que me queme las pestañas rastreando documentos, por más horas que invierta y más pasión que le ponga, no lograré conocer los aspectos importantes de su vida. Pero quiero intentarlo: será mi forma de saldar esa deuda de la que hablaba al principio, aunque sea en una pequeñísima parte. De devolverles una visibilidad que no merecieron que les hurtaran.

Llevamos ya muchas páginas hablando de María de Maeztu, y es el momento de presentarla, de contar quién fue y por qué si hay un

nombre que resulta capital para la educación de la mujer en España, es el suyo.

Los padres de María se conocieron en París: Manuel era un cubano propietario de varios ingenios azucareros en la isla; Juana, una inglesa de buena familia educada en Francia. La pareja se estableció en Vitoria y tuvo cinco hijos —la tercera, María, nació en 1881— a los que dieron toda clase de comodidades. Pero la muerte de Manuel en 1898 dejó a la familia en la ruina, y Juana, mujer de fuerte carácter, se trasladó con sus hijos a Bilbao y abrió la Academia Anglo-Francesa para señoritas. María, que para entonces tenía diecisiete años y ya había obtenido el título de maestra elemental, ayudó a su madre a ponerla en marcha, pero dentro de ella estaba instalado el ferviente deseo de aprender, de seguir estudiando, de progresar. Estudió Magisterio Superior en la Universidad de Salamanca y al graduarse, tras un breve periodo en Santander, obtuvo una plaza de maestra en el barrio más pobre de Bilbao, Las Cortes, una zona de prostitución y pobreza. Tal vez observar de cerca la dureza de la vida de estas mujeres fuera lo que la hizo tomar conciencia de la importancia de la educación.

Su formación coincidió con el despertar de un proyecto intelectual decisivo: la Institución Libre de Enseñanza, una entidad privada impulsada en 1876 por Francisco Giner de los Ríos que bebía del krausismo alemán y buscaba renovar moral e intelectualmente la sociedad española. Defendía una enseñanza activa, laica y profundamente ética basada en la libertad de conciencia, el respeto a la naturaleza y el cultivo de la curiosidad. Bajo su auspicio, el Ministerio de Instrucción Pública constituyó la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) —precursora de lo que es hoy el CSIC—, presidida por Ramón y Cajal, que creó centros que marcarían el rumbo de la ciencia y la cultura, como laboratorios,

institutos de estudios o seminarios de investigación, y que en 1907 puso en marcha un programa de becas para enviar a jóvenes españoles —tanto hombres como mujeres— a estudiar en Europa, con el convencimiento de que solo el contacto con otros países podía regenerar el nuestro. Visto hoy, que estamos acostumbrados a que los jóvenes se formen fuera de España con becas Erasmus o Leonardo, tal vez no parezca tan importante como realmente fue, pero en una época en que solo podían estudiar en el extranjero los varones de familia adinerada, las becas de la JAE fueron una poderosa herramienta de igualdad y de transformación de la sociedad.

María perteneció a aquella «primera hornada» de pensionados que debían traer a España un aire nuevo: gracias a la JAE viajó a Londres en 1909 para estudiar Pedagogía y observar de cerca las escuelas infantiles inglesas, y después a Bélgica, Suiza, Italia y Alemania, donde estudió con Natorp y Cohen; con ellos descubrió un modo nuevo de entender la escuela, más atento al individuo y a la vida real, con métodos que educaran en lo visible y lo invisible —la inteligencia, la sensibilidad, el carácter—, e incorporó a su pensamiento la idea de que la educación debía ser una forma de justicia social. Le gustaba repetir que «es verdad que la letra con sangre entra, pero no con la del alumno, sino con la del maestro», y esa consigna explica a la perfección su modo de entender la educación.

En 1910, la Institución Libre de Enseñanza había creado la Residencia de Estudiantes, un lugar a imagen de los *colleges* ingleses donde pudieran alojarse los muchachos que llegaban a estudiar a Madrid y que tan célebre se haría por ser el lugar donde se conocieron y convivieron Luis Buñuel, Salvador Dalí y Federico García Lorca. Pronto, los hotelitos de la calle Fortuny donde había

estado la Residencia —me encanta que llamaran así, hotelitos, a esos chalets de una o dos plantas con jardín, casas señoriales sin llegar a ser palacetes— se quedaron pequeños y se trasladó a los Altos del Hipódromo —o, como lo llamaba Juan Ramón Jiménez, la Colina de los Chopos—, donde sigue estando hoy. La JAE decidió que uno de esos hotelitos se destinara a crear un grupo femenino de la Residencia: si en 1910 el conde de Romanones había modificado la ley y las mujeres ya podían estudiar en la universidad sin tener que pedir permiso, necesitarían también un lugar donde alojarse. Lo bautizaron así, Grupo Femenino o Grupo de Señoritas —es elocuente que ellos fueran *estudiantes* y ellas, *señoritas*; la forma de designarlos dice bastante de cómo consideraban a unos y a otras—, y el secretario de la JAE, José Castillejo, encargó la dirección a María de Maeztu. No es de extrañar, pues había sido ella quien había propuesto la idea; sabía lo que era estudiar fuera de casa sin tener recursos económicos: cuando cursaba la carrera superior de Magisterio y su doctorado en Letras en Madrid, se había alojado en una pensión de la calle Carretas en la que había un ambiente que no facilitaba nada el estudio, con ruido a todas horas, discusiones a gritos y hasta chinches, y eso la hizo darse cuenta de lo necesario que era un lugar que ofreciera el entorno adecuado a las muchachas que querían estudiar. La JAE entendió la necesidad, aunque no tenían demasiadas expectativas: el primer curso se abrió con solo tres estudiantes —todas de Magisterio—, pero al acabar el curso ya eran diecisiete; el segundo año, había cincuenta alumnas de distintas disciplinas; y el quinto año eran un centenar. Tanto creció que en 1932 hubo que construir otro pabellón para albergar a las casi trescientas que llegó a acoger. En la Residencia de Señoritas recitó Lorca por primera vez su *Poeta en Nueva York*; allí se alojaron Marie Curie y Maria Montessori durante sus visitas a España; en ella

residieron Victoria Kent y Josefina Carabias, allí enseñaron María Zambrano, Maruja Mallo o Clara Campoamor... Pasear por sus jardines, subir los escalones que conducen a la entrada y contemplar desde ahí la fuente que tantas veces vería María me produce hoy una profunda emoción: estoy en un lugar donde se gestaron muchas cosas importantes para la historia de España y la historia de las mujeres, entre ellas el Lyceum.

El éxito de la Residencia de Señoritas, su verdadera importancia, no consiste solo en lo que significó, sino en cómo se articuló. Y en eso fue clave María, su forma de ver y entender el mundo, sus ideas avanzadas y su complicidad con el vecino Instituto Internacional —institución estadounidense de educación femenina—, con el que estableció fuertes lazos de cooperación, indispensables para el desarrollo y crecimiento de la Residencia. Sin ella, estoy segura, el lugar habría sido un colegio mayor para chicas, más parecido a los que conocemos hoy. Con ella, fue un motor de modernidad y de progreso donde las jóvenes aprendieron a ejercer la libertad.

Quienes se alojaban en la Residencia de Señoritas debían cumplir unas normas estrictas en cuanto a horarios, orden, higiene, comportamiento, etc., pero siempre con un espacio de autonomía personal; la pedagoga quería que lo hicieran asumiendo su responsabilidad, no acatando órdenes, y esa disciplina hizo que las muchachas la apodaran cariñosamente María la Brava. Debían estudiar y sacar buenas calificaciones —si no era así, aunque pudieran pagarla se les retiraba la plaza—, asistir a las tertulias y conferencias que se organizaban al caer la tarde, leer libros en la biblioteca —llevaban un registro de quien no lo hacía—, participar en las salidas culturales al teatro o a los museos, practicar deporte... Con esa disciplina, consiguió ganarse la confianza de los padres que mandaban a sus hijas a la capital, algo que no era nada fácil. De

Maeztu no solo quería que las muchachas se graduaran y pudieran ejercer una profesión: quería que estuvieran preparadas para la vida.

Otra de las preocupaciones de María era que las muchachas estudiaran carreras más allá de las que se consideraban adecuadas para chicas, como Magisterio o Letras; que eligieran también Derecho —que ella misma empezó a estudiar, pero abandonó al encontrar el rechazo frontal de sus futuros colegas— o carreras científicas, como Químicas o Medicina. Para ello, buscó la complicidad de Mary Louise Foster, química vinculada al Instituto Internacional, que costeó un laboratorio donde las estudiantes pudieran hacer prácticas e incluso examinarse que resultó ser de los más avanzados de España. María consagró su vida a la Residencia de Señoritas, y el espíritu con el que la dirigió y la hizo crecer es el mismo que volcó en el Lyceum. Entre las dos instituciones siempre existió complicidad y colaboración.

La vida de María de Maeztu se desplegó en múltiples frentes más allá de Fortuny. A la vez que dirigía la Residencia de Señoritas, fundó y presidió el Lyceum, fue profesora del Instituto Escuela —dirigió su sección de Primaria— y formó parte del patronato de la Junta para Ampliación de Estudios, del cual era la única mujer. También fue una de las quince mujeres —entre los 429 miembros— de la Asamblea Nacional Consultiva, una especie de consejo asesor del Gobierno de Primo de Rivera en 1927; presidió la Federación Española de Mujeres Universitarias y representó a España en congresos internacionales. Invitada por la Universidad de Columbia, viajó a Estados Unidos, donde impartió cursos y conferencias que revelaron la solidez de su pensamiento pedagógico; regresaría varias veces al país, reforzando la red de becas y colaboraciones con *colleges* femeninos. También recorrió Argentina, Chile, Uruguay, Cuba, México y otros países

latinoamericanos, donde sus conferencias tuvieron un eco notable y donde dejó una impresión de rigor, claridad y modernidad que le valió prestigio y admiración.

De Maeztu fue mucho más que una pedagoga avanzada; fue una pensadora que hablaba de educación, feminismo, ética y cultura con una autoridad reconocida a ambos lados del Atlántico. Ortega y Gasset, su maestro, la definió como «la mujer más capaz de intelecto y corazón que conozco»; Carlos Morla Lynch, embajador de Chile en España e íntimo amigo de Lorca, dijo de ella que era «una mujer de calidad excepcional, en extremo culta y de una actividad asombrosa [...]. Su actuación en la Residencia de Señoritas es sencillamente prodigiosa y no cabe duda de que ninguna mujer ha hecho lo que ella por la cultura femenina en España». Morla Lynch, que compartió con María cenas y tertulias, destacó la agudeza y la solidez con las que argumentaba en cualquier discusión: «Rubia, de estatura menuda, nerviosa, vibrante, se expresa con una locuacidad tal, que, a veces, es casi imposible seguirla. Es inconcebible la cantidad de cosas que hilvana en tan breve periodo. Es una tarabilla, pero llena de criterio y de buen sentido: una tarabilla que sabe lo que dice». Sus controversias debían de ser tan rápidas y contundentes que una noche que Lorca había estado muy callado, Morla Lynch le preguntó el porqué de su silencio y él contestó: «Sois demasiado inteligentes».

Pese a haber estado siempre vinculada a la República, el asesinato de su hermano Ramiro —muy próximo a ella, aunque alejado en lo ideológico— por milicianos republicanos en una de las «sacas» de la cárcel de Ventas, al poco de estallar la guerra civil, la alejó de unas ideas en las que había creído y de la confianza en que la razón pudiera imponerse al fanatismo. Aquel final simbolizó para María la devastación moral de un país dividido: no solo perdía a su hermano,

sino que se imponía la certeza de que el diálogo y la cultura que tanto se había esforzado en defender se desmoronaban ante la brutalidad y la intolerancia. En 1936 se exilió, como tantas inteligencias brillantes que la guerra y la dictadura expulsaron.

María de Maeztu no se quitó el sombrero; al contrario, lo llevó siempre puesto —era tan característico que hasta Lorca le hizo una copla «al sombrerito de María»—, pero eso no significa que no fuera rabiosamente moderna y avanzada para su época. Fue una mujer sabia que puso su vida y su talento al servicio de la igualdad y del progreso. Las mujeres españolas le debemos mucho: ella nos abrió unas pesadas puertas que hoy cruzamos con soltura, pero que sin ella no hubiéramos podido siquiera empujar.

Otra de las protagonistas de esta historia, fundamental en la fundación del Lyceum y en el vuelo que tomó nada más ponerse en marcha, fue Isabel Oyarzábal. Aunque la presidencia inicial la ostentó De Maeztu, fue Oyarzábal quien la ejerció de facto y quien sucedió a María en el cargo cuando la pedagoga pasó a ser presidenta honoraria.

Isabel Oyarzábal Smith fue una niña rebelde. Así se define y así abre sus memorias, describiendo una rebeldía que nace del sentimiento de ser cuestionada. El motivo de tanta desconfianza no era otro que su madre, una mujer escocesa, protestante, veinte años más joven que su padre y de talante mucho más moderno que fumaba, bailaba y remaba en el puerto. Lo nunca visto en una mujer en la Málaga de 1878, cuando nació Isabel. Sin proponérselo, Ana Smith desafió las rígidas costumbres de la sociedad y provocó el rechazo dentro y fuera de la familia. El matrimonio del culto comerciante con la muchacha extranjera, que tuvo que convertirse al catolicismo para ser aceptada, originó una mezcla muy poco habitual

para la época que situó a Isabel desde el principio en un territorio intermedio: entre dos lenguas, dos religiones y dos modos de habitar la libertad. Desde niña entendió que su mera existencia provocaba recelos. Y en esa intuición primera se forjó el germen de la rebeldía.

A los siete años, presionada por la familia paterna, la niña vivaz que había crecido entre dos culturas fue enviada a estudiar interna en el convento de la Asunción, donde la obligaron a observar una férrea disciplina. Fue encerrada en un mundo donde no se podía hablar ni siquiera durante las comidas, donde el más leve gesto espontáneo se castigaba con humillaciones como besar el suelo delante de las demás niñas, donde el uniforme no llevaba bordado su nombre, sino un número para borrar cualquier rastro de identidad. Isabel sintió que estar alejada de su madre y obligada a acatar unas normas tan estrictas suponía una negación de la vida, que ella intuía más ancha. Y fue precisamente en ese ahogo donde nació su pensamiento independiente: en el deseo secreto de hablar cuando no se lo permitían, de comprender cuando solo le pedían obedecer, de ser dueña de su conciencia cuando todo allí estaba dirigido a someterla. La experiencia en el convento la hizo detestar, desde muy joven, a quienes pretenden moldear a las personas suprimiendo la voz propia. Allí aprendió, por contraste, lo que significaba no tener libertad, no poder hablar, no poder preguntar. Aquella infancia disciplinada hasta el extremo, lejos de domesticarla, la preparó sin saberlo para una vida entera de insumisión. Y esa vivencia fue la semilla de su inconformismo intelectual.

Hubo algo más que ayudó a que esa rebeldía germinara: Ana Smith quiso que sus hijas pasaran los veranos de su adolescencia en Escocia e Inglaterra, y allí Isabel descubrió con asombro que las mujeres británicas discutían sobre literatura y política, participaban

en asociaciones, reclamaban derechos inimaginables en la España de fin de siglo y se movían con una libertad impensable en su país. Ellas le hablaron por primera vez de la gran lucha por los derechos de la mujer. No se imaginaba a ninguna de sus amigas, a ninguna de las mujeres que conocía en su ciudad, haciendo algo parecido. El contacto con los movimientos sufragistas abrió en ella un horizonte distinto y despertó la urgencia de pensar por sí misma. Allí descubrió que la palabra podía ser herramienta y refugio, y que la educación —aquello que en su entorno se reservaba a los varones— era la llave para una existencia más ancha.

El padre de Isabel murió en 1903 y eso, a pesar de ser doloroso, resultó clave para poder llevar una vida alejada de las convenciones sociales que estaban reservadas a su prominente familia. Decidió que quería dedicarse al teatro y, para ello, debía trasladarse a Madrid, donde trabajaría con la compañía de María Tubau. Contra la fuerte presión de toda la familia, su madre la apoyó y la acompañó en su aventura. La experiencia sobre las tablas no duraría demasiado: el teatro primero la deslumbró y luego la desencantó, pero le enseñó a mirar la vida con una sensibilidad nueva. Ya con la inquietud de la escritura dentro de ella, en 1907 fundó junto a su hermana la revista *La Dama*, la primera publicación dirigida a las mujeres en nuestro país, donde empezó a ejercer el periodismo. Observó que las mujeres no leían la prensa porque los periódicos, que se consideraba que solo interesaban a los hombres, no les ofrecían nada de interés y quiso remediarlo. Desde el principio se propuso hacer algo que rompiera las costuras de lo que se consideraba femenino, pero sabía —lo había vivido en casa, observando a su madre— que para conseguirlo debía hacerlo de un modo discreto, con cuidado, sin asustar a nadie, ni a las lectoras ni a los censores, con discursos radicales. Pensó que la revista debía ser

«suficientemente frívola para ser atractiva, sin dejar de ser edificante, y plegarse a las costumbres lo justo para no provocar desaprobación». Es decir, sabía que debía disfrazar su discurso lo bastante como para que lo aceptara una sociedad muy conservadora con las mujeres, pero no por ello debía dejar de decir lo que quería decir. En la revista hablaba de moda y de labores, pero también de música y «notas del mundo social, deportivo y artístico». Ese fue el inicio de Isabel en una profesión que ejercería toda su vida tanto en revistas y periódicos españoles como en agencias de noticias y diarios británicos, para los que fue corresponsal en nuestro país. Firmó sus artículos como Isabel de Palencia —en 1909 se casó con el pintor Ceferino Palencia, hijo de María Tubau— o con el seudónimo de Beatriz Galindo; qué elocuente que eligiera como firma el nombre real de la Latina, una mujer culta e instruida a pesar de haber vivido en el siglo xv, escritora, traductora y dama de la corte de Isabel la Católica, con quien conversaba en latín.

Su casa se convirtió en lugar de reunión y tertulia frecuentada por escritores, artistas e intelectuales, y donde ella era, en muchas ocasiones, la única mujer. Su voz se afianzó en la prensa madrileña, en tribunas públicas y en charlas donde abordaba sin rodeos la desigualdad que sofocaba a la mujer española. Fue una de las primeras en hablar en el Ateneo de Madrid —«la primera mujer joven» en ofrecer una conferencia en la sección de Literatura, recuerda en sus memorias—, un espacio que hasta pocos años antes estaba vedado a las mujeres. Formó parte de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, de la que fue vicepresidenta, y a quien representó en el Congreso de la Alianza Internacional para el Sufragio de la Mujer celebrado en Ginebra en 1920 como delegada española. Allí constató que la lucha por la ciudadanía femenina no

era un gesto aislado, sino parte de un movimiento más vasto que atravesaba fronteras.

Además de periodista, Isabel fue traductora y mantuvo a la familia con su trabajo durante años mientras su marido buscaba triunfar en la pintura sin demasiado éxito. La llegada de la Segunda República le ofreció por fin un contexto en el que la acción política cobraba sentido. Isabel se afilió al Partido Socialista, se presentó a las elecciones de 1931 y, aunque no obtuvo escaño, su figura fue adquiriendo resonancia. Para ella, participar en política no fue un gesto táctico, sino una extensión natural de su conciencia. En 1933 superó unas oposiciones históricas y se convirtió en la primera mujer inspectora de trabajo en España. Viajar por fábricas y talleres, observar de cerca la explotación infantil y las condiciones de las obreras confirmaron lo que ella llevaba años denunciando: la idea de justicia era letra muerta si no alcanzaba a las mujeres y a los niños.

Su dominio del inglés y su capacidad de análisis la llevaron pronto a los escenarios internacionales. En Ginebra, representando a España ante la Organización Internacional del Trabajo, defendió la necesidad de establecer límites a la jornada laboral y de impulsar legislaciones protectoras para la maternidad obrera. Más tarde, como miembro de la Comisión de Expertos sobre la Esclavitud de la Sociedad de Naciones, fue la única mujer en un foro dominado por diplomáticos. Allí, su voz se alzó contra el trabajo forzoso, la prostitución y las formas modernas de servidumbre: luchas que ella vinculaba a un mismo origen, la desigualdad estructural.

Al poco de estallar la guerra civil, Isabel vivió su reto más decisivo. En 1936 fue nombrada ministra plenipotenciaria en Suecia y Finlandia. Se convirtió así en la primera embajadora de España. Su labor fue intensa y complicada: explicar ante gobiernos remisos la

tragedia de su país, pedir ayuda para una República que perdía terreno y sostener la dignidad del exilio que ya se anunciaba.

En mayo de 1939 embarcó en Sète, Francia, rumbo a México en el *Sinaia*. Aquel viaje, que para tantos significó el desgarro, se convirtió en su nuevo punto de partida. En México reconstruyó su vida con su marido y sus hijos desde la libertad, sin ocultar el dolor del desarraigo, pero sin renunciar a una idea firme que plasmó en sus libros: la de que la memoria es un deber frente a la injusticia.

Isabel —o Ella, como la llamaban sus amigos— escribió sus memorias en 1940 y las tituló *He de tener libertad*. La rebeldía que germinó en ella de niña fue el motor que la impulsó durante toda su vida para trabajar en favor de la igualdad.

Algo que descubro en la biografía de estas dos mujeres y me resulta curioso es la coincidencia entre María de Maeztu e Isabel Oyarzábal en que la pérdida de su padre y la determinación y la fuerza de su madre fueron fundamentales para que las muchachas encontraran el camino que querían, muy alejado del que les estaba impuesto. Sin el apoyo de la madre, ninguna de las dos hubiera llegado tan lejos.

De la tercera presidenta del Lyceum, Ángeles García-Mauriño, poco puedo contar. La prensa solo la menciona para anunciar su boda con el ingeniero Leonardo Pueyo en marzo de 1932 y en unas pocas noticias relacionadas con el club. Pero encuentro dos anuncios que me hacen imaginarla como una mujer emprendedora y con dotes para la ingeniería —tanto su hermano como su marido eran ingenieros—: por un lado, el *Diario de Comunicaciones* —una especie de boletín del Cuerpo de Correos y Telégrafos— informaba en mayo de 1926 de que Ángeles era dueña de la patente de los «sobres monedero» y que había presentado una mejora que

subsanaba algunas deficiencias iniciales, de la que daba cuenta con detalles técnicos; estos sobres eran el sistema que había establecido el Ministerio de Hacienda para enviar dinero en efectivo por correo, unos estuches donde se guardaban tanto billetes como monedas. Ángeles no solo los fabricaba, sino que los había diseñado, supongo, pues la patente está a su nombre. Por otro lado, una búsqueda en *La Gaceta* muestra varias entradas relacionadas con otras actividades muy distintas: explotaciones mineras. Al menos desde julio de 1936 hasta mayo de 1948, Ángeles fue la gerente —también aparece como consejera— de una sociedad anónima llamada Minas de Gádor, en la que fabricaban productos químicos en Almería. En alguna de esas entradas se informa de que Ángeles está pidiendo créditos para la empresa de cuantías muy elevadas: cuatrocientas mil pesetas de la época eran muchísimo dinero. Que ella gestionara presupuestos tan altos en un sector tan masculino me resulta muy llamativo; la imagino con mucho carácter y dotes de mando: pero esto es una elucubración, porque no consigo encontrar información que lo corrobore o lo desmienta, que me cuente quién fue Ángeles, qué otras cosas hizo en la vida.

Decididos los principios del club, elaborados los estatutos, acordado el nombre y elegida la junta directiva en una asamblea celebrada dos días antes, la fecha que quedará registrada en el libro de registro de asociaciones de la provincia de Madrid es esta: 28 de abril de 1926.

Ese día se reporta una epidemia de sarampión en la provincia de Badajoz que deja ya siete defunciones, el mar arrastra hasta San Juan de Luz el cuerpo tatuado del fogonero de un pesquero naufragado en San Sebastián y una plaga de hormigas blancas causa estragos en Zamora. También ese día un obrero de Bilbao

descubre que el hermano de su suegra, al que ni siquiera conoció, ha fallecido en América y que por eso recibirá en herencia siete millones de pesetas.

Ese día, Primo de Rivera come en el Ritz con el embajador de Estados Unidos y a continuación preside un Consejo de Ministros.

Ese día, Clara Campoamor defiende en los tribunales, con singular acierto y competencia según la prensa, a un secretario de ayuntamiento acusado de cohecho al que un tribunal ya había condenado a casi quince años de cárcel, logrando con su recurso que se anule la sentencia y se dicte otra mucho más favorable de solo cuatro meses.

Ese día, el alcalde y el sacerdote de El Toboso anuncian que han encontrado pruebas que atestiguan que Dulcinea existió de verdad, documentos que prueban de manera evidente que el amor de don Quijote fue una hermana del doctor Zarco llamada Ana, lo que calma el debate entre cervantistas, que no se ponían de acuerdo acerca de si el personaje de Cervantes era fruto de su fértil imaginación o estaba inspirado en una mujer real.

Ese día, Alfonso XIII firma el real decreto que nombra general de la primera brigada de Infantería de la primera división al general de brigada Francisco Franco Bahamonde.

Y ese día, tras haberse reunido días atrás en la calle Miguel Ángel, 8, sede del Instituto Internacional, para formalizar este club de mujeres que tanto las ilusiona, las fundadoras del club presentan la inscripción en el Gobierno Civil de Madrid y queda registrado como asociación. Lo inscriben como Lyceum, aunque hay una anotación en el libro de registro que indica que después añaden «Club Femenino Español»; especifican que su fin es «Artístico-científico-literario», establecen su dirección en la Residencia de Señoritas, en la calle Fortuny, 53, y figuran como presidentas María de Maeztu e Isabel

Oyarzábal. Parece que presentan la documentación de manera impecable, porque no hay requerimientos: en una semana, el 6 de mayo de 1926, la asociación está autorizada y plenamente constituida.

No deja de ser una enorme ironía que el día en que se registra el Lyceum en Madrid, el día que nace oficialmente este espacio de libertad y tolerancia, sea el mismo en que asignan Madrid en su primer destino como general al hombre que diez años más tarde acabaría con el club y con tantas esperanzas en España.

Las modernas se ponen en marcha

Para arrancar el Lyceum hacía falta dinero, y la financiación del club se obtendría de las cuotas de las asociadas. Eso sería suficiente para el funcionamiento diario, pero no era lo bastante para empezar, para alquilar el local donde abrirían su sede y acometer las reformas que lo adecuaran. Las fundadoras se volcaron en recaudar fondos: Pilar de Zubiaurre medió para que su hermano Ramón donara un cuadro al óleo valorado en cinco mil pesetas, que rifarían en julio. Y Carmen Monné, al frente del «ramo de finanzas» —lo que podría ser el departamento de administración—, propuso organizar algunas funciones del pequeño teatro de cámara que habían formado en su hogar, en casa de los Baroja, cobrando una entrada algo más alta de lo habitual cuya recaudación donarían al Lyceum.

Todo había empezado una noche de difuntos. Esa tarde se habían reunido, como de costumbre, unos cuantos amigos de los Baroja en la casa de la calle Mendizábal. A la tertulia solían acudir Valle-Inclán, Manuel Azaña —por entonces escritor y periodista, que ese mismo año había ganado el Premio Nacional de Literatura y que aún no era

el carismático político que llegaría a ser: todavía tendría que esperar cinco años para presidir el Consejo de Ministros del Gobierno republicano y otros cinco para ser presidente de la República— o Cipriano Rivas Cherif, escenógrafo y dramaturgo, que solo tres años más tarde, cuando Azaña se casó con su hermana, se convertiría en su cuñado. Alguien sugirió la idea de recitar fragmentos del *Tenorio*: quienes los supieran de memoria, como Valle-Inclán, los podían declamar y los que no, los leerían. Debieron de pasarlo muy bien, porque Carmen Monné, mujer de Ricardo Baroja, propuso hacerlo un poco más en serio: crearían un grupo de teatro aficionado y representarían las obras allí, en el comedor de la planta baja de la casa, con decorados, vestuario y obras creadas al efecto o adaptadas de textos existentes.

A la pequeña compañía de teatro de cámara la bautizaron como El Mirlo Blanco y pronto se les unirían más amigos, como Isabel Oyarzábal, que había sido actriz y escribía obras dramáticas; Herminia Peñaranda, actriz en activo; Josefina Blanco, que lo había sido hasta poco antes; Gustavo Pittaluga, respetado médico que había destacado en la lucha contra el paludismo, o el poeta Francisco Vighi. Carmen Baroja habla de El Mirlo Blanco con entusiasmo, se nota que es algo con lo que todos disfrutan, tanto en la preparación como en las representaciones: formando la compañía, repartiendo los papeles, viendo divertidos como Pío Baroja escribe papeles a su medida, discurriendo la forma de hacer el atrezo y los efectos de luces y sombras que inventa Carmen Monné, que se convierte en electricista, escenógrafa y tramoyista.

El comedor de la casona de los Baroja debía de ser grande, pero no tanto como para albergar un teatro: el escenario era diminuto, no había espacio para bastidores ni un lugar discreto en los laterales para que los actores y actrices esperaran su entrada a escena. Pero

todo se lo toman bien, todo los divierte: hasta tener que esperar con sus trajes, muertos de calor y apiñados en un pequeño rincón, su salida a escena.

Para las funciones que representarán a beneficio del Lyceum, preparan un programa con tres obras: *Marinos vascos*, cuadro dramático en un acto de Ricardo Baroja y Nessi «con coros en Vascuence» que harán sus hermanos, Pío y Carmen; *Ligazón*, una obra de estreno aportada por Valle-Inclán; y una tercera obra de Pío Baroja, el sainete titulado *Arlequín, mancebo de botica oLos pretendientes de Colombina*. Además, en los entreactos algunos autores recitarán sus poemas: anuncian a Federico García Lorca, pero finalmente no recitará; lo hará en su lugar la actriz Herminia Peñaranda.

Al pequeño escenario tienen que acceder los actores por la parte frontal, pasando entre el público. Para mantener la sorpresa y que los espectadores no los vean caracterizados antes de tiempo, Monné hace apagar la luz y la encienden una vez que están en escena. De los decorados se encargan Ricardo Baroja y Carmen Monné: para *Ligazón*, preparan un paisaje de noche con una casa a lo lejos. Para los *Marinos*, recrean una taberna vasca con *kupelas*, toneles de sidra pegados a la pared, y barcos colgados del techo, y Carmen logra reproducir el sonido de la lluvia agitando un puñado de lentejas dentro de un cubo de cartón; la sirena del buque que suena a lo lejos la logrará con el motor de un secador de pelo que amortigua con una almohada.

La dirección de escena corrió a cargo de Rivas Cherif y sobre las tablas actuaron Josefina Blanco —mujer de Valle-Inclán, actriz de prestigio «hoy consagrada a su casa y alejada voluntariamente de la escena en que la aguardaban los mayores triunfos», según la prensa, que no explica que la razón de haberse alejado

«voluntariamente» de las tablas tenía nombre, apellido y barba—, Isabel Oyarzábal o los propios Baroja, Valle y Rivas Cherif.

Al «pequeño teatro íntimo» de los Baroja, como lo llamaba Carmen Monné, llegaron doscientas personas el sábado 8 y el domingo 9 de mayo de 1926, repartidas de cincuenta en cincuenta en cuatro funciones. Ese fin de semana, parece, no fue ni muy pequeño ni muy íntimo. Tanto el público como los críticos que acudieron a verlos les dedicaron una gran ovación con largos aplausos; la prensa de los días siguientes publicará muchos elogios, contará que estuvieron inmejorables, destacará la sobriedad al actuar de Ricardo Baroja, la calidad del texto de Valle, la fuerza dramática de esta compañía, que se había puesto, gracias al empuje y la iniciativa de Carmen Monné, al servicio del Lyceum.



BUEN HUMOR 5

BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS

En el Infanta Isabel, «Las de Abel».

¡Los hermanos Quintero son, hoy como pocos; la gracia les viene por partida doble—don del cielo y de su tierra—y en punto a observación son unos entomólogos precisos que cazan con alfiler y dejan clavado en la pared todo cuanto la humanidad contiene de bicharraquillo pintoresco y divertido. Saben como pocos hacer una comedia y saben guardar intacta su dignidad de escritores.

Pero sospecho que la gente, en general, torcerá el gesto al ver esta comedia, *Las de Abel*, que los autores sevillanos han estrenado—con gran éxito—el sábado de Gloria en la barquillera de la Viuda de Serrano.

Y es natural. Por mucha que sea la gracia de los autores, a la gente no le hace maldita la gracia que le recuerden una verdad tan monstruosa, odiosa, repugnante y aborrecible como la verdad de que se queden solteronas muchas chicas que tienen tantos méritos o más que cualquier otra, no digo yo para casarse una vez, sino para no plantarse hasta siete, o incluso hasta treinta, si las autoridades canónicas aplicaran al casorio las leyes de la treinta y una en vez de aplicar, como lo han hecho, las de las siete y media.

Háganse cargo los insignes autores. *Las de Caín* van al teatro y son muchas, muchísimas las de Caín o las que van al teatro con las de Caín. Puede decirse que todas las muchachas casaderas que van al teatro no van por ver las comedias; van porque la que más y la que menos piensa y espera—ya lo dicen los mismos hermanos Quintero en *Las de Abel*—que en cada butaca hay un príncipe ruso capaz de hacerse esposo de ellas y no un español capaz de hacerse el sueco. Esta es la fija. Vemos por ahí a las muchachas y parece que hablan de todo y que no piensan en nada; pues no, señor; hablen de lo que hablen están pensando siempre en una sola cosa: en ver si hay alguien que les cambie la manzana por la media naranja.

Ir en estas condiciones a recordarles que cada vez se casan menos y que se da con frecuencia el caso de que muchas medias naranjas se quedan partidas por la mitad, sin que haya nadie que al verlas diga: «¡Esta es la mía! ¡A esta la estrujo yo y me la sorbo!» ir a decir eso y decirlo en Sábado de

El doctor Pantaleón (Pío Baroja) leyendo a Arlequín (Rivas Cherif) aforismos farmacéuticos.

Doña Carmen Baroja de Caro, gran actriz del teatro El Mirlo Blanco.

por hoy, dos columnas de Hércules—o dos columnas nada más, o dos hércules sin columna; como quieren—de la literatura dramática presente; poco prestigios mejor consolidados y con mayor justicia. Saben su oficio

Estrenar una obra de Valle-Inclán eran palabras mayores, todo un acontecimiento que se convirtió en un evento artístico de primer orden. Y ver sobre las tablas a Pío Baroja haciendo reír al público también sorprendió: nadie esperaba encontrarse a un Baroja cómico, dada su fama de hombre reconcentrado y huraño.

Tanto Baroja como Valle-Inclán ya eran figuras reconocidas. Para entonces, Valle tenía sesenta años y una carrera sólida; ya había jugado a deformar la realidad y convertirla en esperpento, ya había publicado *Luces de bohemia*, *Divinas palabras*, las *Comedias bárbaras* o las *Sonatas*; ese mismo año de 1926 publicaría *Tirano Banderas*. Pío Baroja, a sus cincuenta y cuatro años, también era ya un escritor prestigioso y consolidado; hacía años que había publicado *El árbol de la ciencia*, *Las inquietudes de Shanti Andía* o *Zalacaín el aventurero*. Quienes asistieron a esas funciones sabían que estaban junto a figuras literarias de gran importancia, pero ¿serían conscientes de la dimensión que llegarían a tener? ¿Intuirían siquiera que esos nombres iban a perdurar en la historia de la literatura? ¿Que hoy, un siglo después, los seguimos leyendo y admirando y forman parte de un canon incuestionable?

Las entradas para la función costaban veinte pesetas, una cantidad elevada, pues las entradas para el teatro solían costar entre setenta céntimos —las más populares— y seis pesetas. Para que esas funciones se llenaran, y llenaran también la hucha del Lyceum, Carmen Monné escribió una carta a las fundadoras, que eran unas cien, para que cada una de ellas hiciera «lo posible por colocar dos o tres entradas» a sus conocidos y amistades; de esa forma, estimaba Monné, conseguirían mil pesetas por función. Eso sí, advierte en la carta que si alguna socia no contaba con amistades en Madrid o no tenía capacidad económica para adquirir una entrada, no debía sentirse obligada, y le aseguraba la mayor discreción. Las liceístas se pusieron manos a la obra, las funciones se llenaron —finalmente se vendieron doscientas entradas, suficientes para hacer cuatro representaciones— y el Lyceum recaudó cuatro mil pesetas.

La voluntad de las fundadoras era que nadie que quisiera pertenecer al club se quedara fuera por no poder pagarlo, así que las cuotas debían ser asumibles. Para ello crearon varias modalidades de membresía: por un lado estaban las socias fundadoras —las que firmaron el acta de constitución— y las socias de número, que se inscribirían a partir del momento de su fundación avaladas por tres asociadas que garantizasen su honorabilidad. Por otro lado, estaban las socias protectoras. No había diferencias entre ellas, más allá del dinero que aportaban: fundadoras y de número, una entrada de veinticinco pesetas y una cuota de cinco pesetas al mes. Las protectoras pagaban setenta y cinco pesetas de entrada. Muchas de ellas, aunque no lo establecieran los estatutos, hicieron una aportación especial de quinientas pesetas: en 1926 eso era mucho dinero, una cantidad considerable si tenemos en cuenta que, por ejemplo, una dependienta de comercio o una tapicera cobraban entre cinco y siete pesetas de jornal, lo que implicaba que para conseguir esas quinientas pesetas hicieran falta entre setenta y cien jornadas de trabajo; o el jornal de una peluquera o de una obrera industrial oscilaba entre las cuatro pesetas con cincuenta céntimos y las seis, lo que supondrían entre ochenta y ciento diez jornadas. Además, muchas de las fundadoras quisieron contribuir a ese primer empujón y pagaron la cuota mensual doble, diez pesetas. Por último, también pensaron en las socias que no vivían en Madrid, aquellas que estaban de paso y querían formar parte del club cuando estuvieran en la ciudad, y crearon una modalidad de socia transeúnte, que podía disfrutar del club, pero no tenía voto en las asambleas.

Infantas, 31

No debió de resultar fácil encontrar el lugar adecuado donde establecer el club. Lo encontró, tras mucho buscar, Carmen Gallardo y, a pesar de que lo negoció muy bien, el alquiler era elevado: pagaban quinientas pesetas al mes. El local estaba en la calle Infantas, detrás de la Gran Vía, en un edificio llamado la Casa de las Siete Chimeneas y que tenía mucha historia.

Cuenta la leyenda que el edificio estaba habitado por el fantasma de una hermosa dama llamada Elena, que en tiempos de Felipe II llegó a la casa para vivir con su marido, un capitán del ejército. Pero, al poco de casarse, el capitán fue enviado a luchar en Flandes y falleció en el frente; Elena, desolada al saberse viuda, murió de pena. Pero aún hay más: se dijo que antes de morir había tenido una niña, y que en realidad era hija del rey, de quien la joven era amante; sus sirvientes contaron que había muerto asesinada, pues habían visto su cuerpo lleno de cuchilladas; se dijo que la había matado su propio padre, que poco después se quitó la vida colgándose de una viga de la casa. El misterio siguió creciendo cuando las autoridades quisieron estudiar el cadáver, pero nunca lo encontraron. Dice la leyenda que el fantasma de Elena vaga por el caserón y se asoma por las ventanas en las noches oscuras. Carmen Baroja bromeó al proponer que la nombraran presidenta de honor, aunque no debió de aceptar el cargo, porque no la vieron nunca.

En 1766 vivía en la Casa de las Siete Chimeneas Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache y ministro de Carlos III, y en ella se amotinó el pueblo la noche del Domingo de Ramos para protestar contra la prohibición de vestir capa y chambergo, o sombrero de ala ancha, que había dictado el marqués para evitar que bajo los ropajes se escondieran armas con las que delinquir. En el siglo XIX, la casa fue hogar de embajadores y en las primeras décadas del siglo XX, la sede del Banco de Castilla, que fue asaltada por sus

acreedores cuando se enteraron de que había presentado suspensión de pagos.

A unos pocos pasos de la Casa de las Siete Chimeneas, en Infantas, 40, vivió toda su vida Enrique Jardiel Poncela. Su madre, Marcelina Poncela, de quien dicen que heredó su talento artístico, fue una pintora reconocida, premiada en exposiciones nacionales e internacionales y llegó a ocupar la cátedra de Dibujo y Pintura de la Escuela Normal. Pero Marcelina no lo tuvo fácil: tras morir su padre, en 1882 dejó su ciudad, Valladolid, y se mudó a Madrid, con el título de maestra bajo el brazo; en la capital, tras cursar el magisterio superior, quiso estudiar lo que de verdad le gustaba e intentó matricularse en la Real Escuela de Bellas Artes, pero le negaron el acceso por ser mujer. Marcelina no se conformó, movió Roma con Santiago y emprendió una campaña que la llevó a transmitir su protesta al propio Alfonso XII. El rey la escuchó, intercedió y permitió que la Escuela admitiera a Marcelina y, con ella, a todas las mujeres que llegarían detrás. Algo debía de respirarse en el aire de la calle Infantas que empujaba a las mujeres a perseguir sus derechos.

A pesar de eso, la zona en la que estaba la sede del club no tenía muy buena fama: en las calles de alrededor se concentraban las tabernas donde se reunían periodistas y literatos, se ejercía la prostitución —había varios burdeles «buenos» en la calle San Marcos y en la cercana calle Gravina estaba Madame Teddy Maison Française, el elegante prostíbulo del que Camilo José Cela escribiría años más tarde en *San Camilo, 1936* que «de puertas adentro goza de un ambiente muy culto y liberal. [...] A la tertulia de madame Teddy van periodistas, escritores y hasta bibliotecarios, a veces si se cierran los ojos puede creerse que está uno en el Ateneo de tanta cultura como se derrama en la conversación»—; y en la plaza del

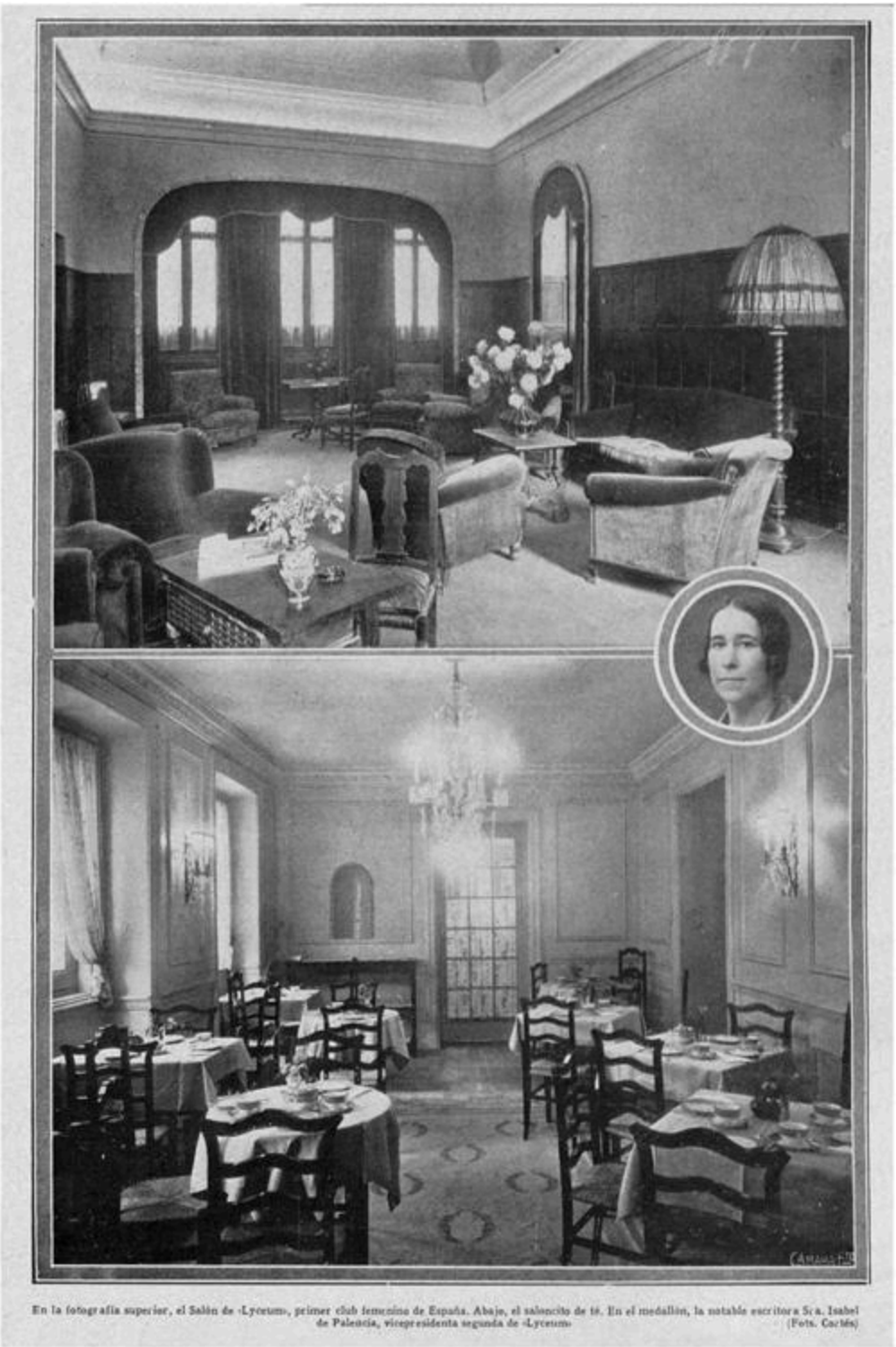
Rey, con la que hacía esquina la Casa de las Siete Chimeneas, se alzaba el Teatro-Circo Price —Alberti apunta, con sorna, que tal vez no fuera casualidad la cercanía de los dos lugares— y otros teatros y cines que se extendían por la Gran Vía. La mala fama del barrio hizo que algunos miraran el club con ojos sospechosos.

La inauguración de la sede del Lyceum es un acontecimiento y la prensa le dedica noticias y reportajes, algunos en portada. Las revistas gráficas muestran fotos del amplio espacio del que disponen: tenían un salón que dedicarían a las exposiciones y conferencias con un precioso piano de cola, un salón de té con un saloncito de recreo, donde se podía jugar a las cartas, y una biblioteca en el altillo. Pura Maortua se puso al frente de un grupo de socias que trabajaron durante todo el verano para acondicionarlo, y su sensibilidad hizo que todo el mundo elogiara su trabajo. Querían que fuera un lugar íntimo y acogedor, a la vez que funcional, y se esmeraron en conseguirlo: se destacó la sobriedad y la elegancia de esos salones alfombrados, de los cómodos sillones, de las imponentes lámparas, las cortinas estampadas enmarcando los grandes ventanales y los bellos jarrones con flores. Hasta pusieron un precioso farol de forja en la fachada, junto a la puerta, con la inscripción LYCEUM para que no tuviera pérdida. Las imagino eligiendo las volutas que lo coronan, decidiendo el mejor lugar para colocarlo, a la izquierda de la puerta, para que se viera bien. Y las imagino también, a ellas y al resto de fundadoras, trabajando sin descanso las vísperas de la inauguración. Lo que muestren al público, lo que la prensa retrate y sus declaraciones serán su carta de presentación en sociedad. Esa tarde, además de anunciar sus principios y darse a conocer, informarán del primero de los muchos

actos que organizarán, una exposición de pintura y escultura de Elena y María Sorolla, hijas del prestigioso pintor.

El 4 de noviembre de 1926, por fin, se inauguró su sede. El lugar donde se conversaría, se debatiría y se tomaría la decisión de trabajar con firmeza para mejorar la situación jurídica de la mujer en España. El lugar donde nacerían importantes proyectos sociales, como la Casa de los Niños o el Comité del Libro para el Ciego. El lugar donde leerían sus obras los mejores escritores, donde expondrían cuadros que hoy admiramos en grandes museos, donde se impartirían cursos y conferencias para que las mujeres aprendieran más, fueran mejores. El lugar donde esa red tejida entre mujeres daría sus frutos.





En la fotografía superior, el Salón de «Lyceum», primer club femenino de España. Abajo, el saloncito de té. En el medallón, la notable escritora Sra. Isabel de Palencia, vicepresidenta segunda de «Lyceum» (Fots. Cuchés)

Las liceístas disfrutaron de la sede de la calle Infantas hasta febrero de 1931. El dueño del edificio, agente comercial de la

empresa que distribuía en España la sal de frutas Eno y que ocupaba parte del inmueble, quería expandir su negocio y quedarse con todo. Su petición al Lyceum para que se marcharan de su local no debió de dar resultado, porque el empresario utilizó toda clase de tretas para echarlas. Cuenta Zenobia en sus diarios que trataba de enfadarlas por todos los medios, por ejemplo, fabricando una enorme botella de sal de frutas en cartón, con la etiqueta dibujada de la marca, que colocaba junto a la puerta del Lyceum para llevar a error a quienes buscaban la entrada del club.



Miércoles, 8 de enero de 1930

S DE TODA

LAS FEMINISTAS DESAHUCIADAS

El Lyceum Club deberá abandonar los locales que ocupa

LA ABOGADA SEÑORA HUICI DEFENDERA AL LYCEUM EN LOS TRIBUNALES

MADRID. — El dueño del edificio donde está instalado el Lyceum Club Femenino ha decidido desahuciar a dicha entidad de los locales que ocupa, con objeto de dedicarlos a otros menesteres.

La decisión del propietario del inmueble ha provocado entre las asociadas al club femenino gran revuelo, habiendo acordado llevar el asunto a los tribunales, donde será defendido con gran tesón por la abogada señora Huici.

FANTASIAS FRANCESAS

Al final fueron a juicio y fue una de las abogadas socias del club, Matilde Huici, quien las defendió en el litigio, pero sin éxito. En 1931, las liceístas debieron abandonar el lugar que con tanto mimo habían preparado y trasladarse al antiguo local de la Asociación de la Prensa

de Madrid, en el número 44 de la cercana calle de San Marcos. De acondicionarlo y decorarlo se encargará esta vez Victorina Durán, ayudada por otras socias de la sección de Arte. A pesar del trastorno de tener que abandonar un local que habían puesto a su gusto, el nuevo es más grande y les permitirá desplegar una actividad aún mayor. Para inaugurarlo, el 9 de febrero, hicieron una celebración a la que invitaron a miembros del Gobierno y a poetas como Juan José Domenchina o Pedro Salinas. Un par de días más tarde estrenarían la temporada de actos en la nueva sede con una exposición colectiva de escultura.

El número 31 de la calle Infantas y el 44 de San Marcos, que más tarde renumeraron y ahora es el 42, están, prácticamente, a la vuelta de la esquina uno del otro. Solo hay que cruzar la plaza del Rey y subir un pequeño tramo de la calle Barquillo para llegar. Apenas trescientos pasos los separan: los recorro una luminosa mañana de junio y, mientras ando y trato de imaginar cómo serían esas calles hace cien años, pienso en la importancia del camino que recorrieron estas mujeres: lo lejos que llegaron salvando todo tipo de obstáculos para que nosotras hoy podamos andar con paso firme por senderos que a ellas les estuvieron vedados, para que podamos ocupar el espacio público sin tener que justificarnos, para que podamos opinar y decidir con la libertad que ellas solo pudieron soñar.

La hora de la mujer

El Lyceum tuvo una presencia importantísima en la prensa de la época, tanto en su inauguración como a lo largo de los años. Tal vez ahora nos cuesta darnos cuenta del valor que tuvo el nacimiento de una entidad así, pero en 1926 era algo inaudito. Se llenaron muchas

páginas en periódicos y revistas anunciando su fundación, reportajes —casi todos escritos por hombres— donde los periodistas visitaban el club, conversaban con alguna de las fundadoras y empezaban hablando del miedo que suscitaba una idea como esta, para después argumentar lo equivocados que estaban esos temores y elogiar la obra puesta en marcha.

El día siguiente a la inauguración de la sede, el *Heraldo de Madrid* lo llevaba a primera plana y el periodista, Sánchez Ocaña, retrocedía nada menos que a la Edad de las Cavernas para introducir una entrevista a María de Maeztu. Intentaba ponderar la modernidad de las fundadoras del club haciendo una broma con la situación de las mujeres hasta entonces, aunque con un éxito bastante escaso; en su relato, desde las cuevas de Altamira hasta hoy, las mujeres solo han pensado en encontrar marido y, mientras tanto, los hombres han desarrollado toda una sociedad colectiva y próspera; han sabido unirse para pelear, para trabajar, para divertirse..., mientras que ellas solo eran capaces de juntarse para «capturar tenientes y abogados y para hablar mal de las criadas». Por fin, escribe el periodista, algo ha cambiado y se inaugura una sociedad femenina que no tiene las intenciones tradicionales. El artículo está encabezado con la foto de las cinco mujeres de la directiva y recoge las declaraciones de su presidenta. Tanto ella como Victoria Kent e Isabel Oyarzábal en otros artículos explican el espíritu del club, los pormenores de su fundación y su voluntad de servir de lugar de encuentro e intercambio de experiencias, insisten en que se mantendrán alejadas de religión y política y anuncian las muchas iniciativas que se proponen llevar a cabo.

En *La Época*, una columna en portada firmada por Mascarilla repasa los méritos de las fundadoras y concluye: «Eso no es la Junta

directiva de un círculo de recreo, sino una Academia estilo Goncourt».



estampa

Una visita al Lyceum Club Femenino

Una tertulia en los salones del Lyceum Club. (Foto Zapata.)

El matrimonio Elorrieta, tan simpático como culto, me invita a tomar el te en el Lyceum. Así, según me dice, podré ponerme en comunicación con los elementos organizadores de la Casa: damas que, en general, llevan ilustres apellidos de sus maridos y que dan un elevado tono espiritual al primer casino español de mujeres.

A las seis y media llego, cuando las nueve mesas de un salón reducido y coqueto van llenándose de gente. Es un ambiente amable, en el que las conversaciones adquieren un tono confidencial que le diferencia a las más conocidas salas de te madrileñas.

Don Tomás Elorrieta y yo somos en aquel momento los únicos hombres. Se oye hablar en inglés. Frente a nosotros, en pequeñas tertulias, que forman un conjunto distinguido, veo el rostro extranjero y simpático de la señora de Araquistain, la interesante estampa de Rosario Suárez-Cantiello, la pintora notable que exhibe sus últimos cuadros en el Club; la figura jarifa y morena de Guadalupe García-Quevedo...

—Este es el único sitio en que el reglamento autoriza la presencia de los varones—me dice Elorrieta.

Las señoras de Mesa, el gran poeta, y de Baeza, el escritor culto, inteligentes y resueltas, que acaban de serme presentadas, intervienen. La de Mesa me explica:

—No hace aún dos años, cuando se organizaba el Casino, dibujáronse dos tendencias: la de un Club exclusivamente de señoras y la de una agrupación de carácter mixto.

—¿Y quiénes defendían cada uno de los dos criterios?

—Yo, Victoria Kent y la de Araquistain, éramos partidarias de la intervención de los hombres. María Martos de Baeza, en unión de otras, acentejaba la exclusión del elemento masculino.

—Y finalmente...

—Se acordó que ustedes sólo pudieran estar en el salón de te y asistir a las conferencias.

—¿Ofreció muchas dificultades la constitución de la Sociedad?

—No. O mejor dicho; el entusiasmo de las organizadoras allanó todo obstáculo.

—Diga usted—exclama con vehemencia María Martos—que se ha conseguido realizar un verdadero milagro. Se ha murmurado hasta que nos habían prestado ayuda económica los judíos. ¡Figúrese usted! Y todo lo hemos logrado con sólo la modesta aportación de las socias: un duro o dos mensuales, a voluntad, de la cuota, y la pequeña cantidad de cinco duros como ingreso. Hay que hacer constar que el Club se inauguró con ciento cincuenta socias nada más. El único apoyo que tuvimos fué el de la Compañía «El Midi Blanco», que dió unas fiestas a beneficio de esta colectividad.

—Entonces todos los gastos de instalación...

—Se hicieron utilizando el crédito. Por cierto que, espontáneamente, muchos ofrecieron para ello su garantía económica.

—¿El Lyceum es copia de los Lyceums de París y de Londres?

—Está inspirado en aquellos Clubs—me dice la señora de Elorrieta—. En Londres, por ejemplo, además del Lyceum existen varios casinos femeninos; los hay también de carácter marcadamente político. En Norteamérica, igual. Y es que, en esos países, la actividad de la mujer tiene un mayor desarrollo. Nuestro Lyceum es muy parecido a las sociedades que en el Extranjero llevan este mismo nombre y está en relación con ellas. Claro que el de Londres, por ejemplo, dispone de mayores medios para desenvolver su actividad; tiene—y este es un detalle—habitaciones donde pueden albergarse las socias que, temporalmente, residen fuera y se ven obligadas a acudir a la capital. Como ocurre aquí en el Casino Militar. Nuestras costumbres no exigen aún con apremio estos servicios. Casi todas las que viven fuera, cuando llegan a Madrid por unos días, buscan refugio en casa de los parientes o de los amigos. No obstante, nuestro ideal es ponernos al nivel de las agrupaciones más adelantadas.

—Lo que hace falta—me dice María de Martos, que piensa en el rápido progreso del Casino—es que se nos concedan subvenciones, ya sean de carácter oficial o privado; que, entre las mismas consocias, surjan las personas que cedan cantidades importantes. De este modo todo llegará.

—Por lo pronto—exclamo—la sociedad ha tomado ya un firme impulso, según tengo entendido.

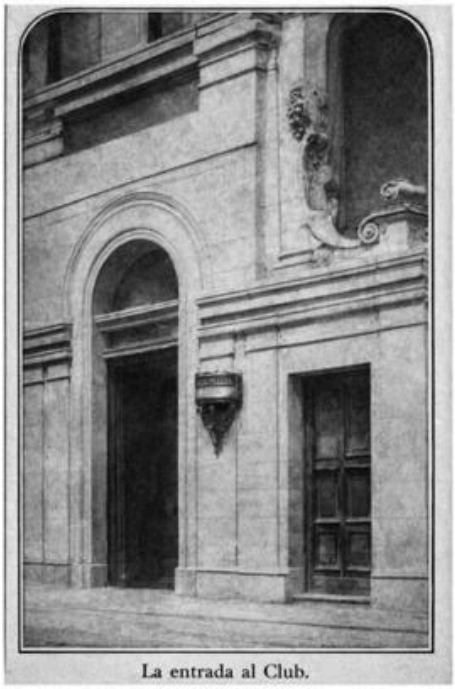
—Sí; ya somos cuatrocientas cincuenta socias. Esto constituye un éxito.

—Y esas campañas que algunos elementos alentaron contra el Casino, ¿no creen ustedes que contribuyeron a detener su desarrollo?

—No. Además fueron injustas. Lo que alarmó a algunas personas que no quisieron tomarse la molestia de enterarse del espíritu de nuestro Club, fué el artículo del reglamento que prohibe discusiones de car-



La excelente biblioteca adonde acuden con asiduidad las señoras y señoritas del Lyceum. (Foto Zapata).



La entrada al Club.



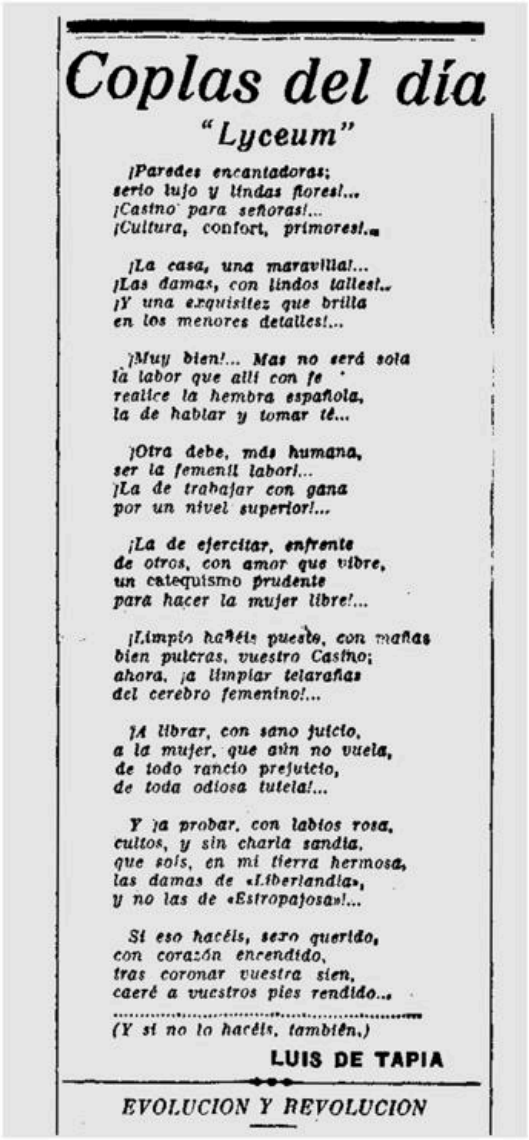
El farol del Lyceum.

En la revista *La Esfera*, Julio Romano reflexiona sobre las grandes virtudes de la mujer y, adelantándose a lo que hoy llamaríamos *mansplaining*, les explica lo que debe ser su club. Le parece bien, empieza, que las mujeres rompan con su tradicional aislamiento, una

costumbre nociva y egoísta; le parece bien que se asocien y que desarrollen su espíritu solidario; le parece bien que aporten a la sociedad «sus grandes virtudes: la moralidad, la clemencia, la delicadeza, la dulzura y la generosidad. Ella es la gracia, la ligereza, lo pulido, fino, suave y estricto, y su intromisión en los afanes varoniles quitará un poco de aldeanismo y grosería a nuestras luchas», escribe. Pero, a continuación, les advierte: en el club deben acoger a todas las mujeres, y no debe ser «una agrupación donde predomine la catedrática y marisabida, la doctora redicha y petulante. ¡No, por Dios! Ese tipo extranjero de señora de anteojos de concha, carpeta debajo del brazo, estirada y seca como un sarmiento que hace la exégesis de Kant o Hegel, mientras su marido empuja el carrito del bebé, o limpia los cacharros de la cocina; esa mujer de caricatura humorística recuerda con su antipática presencia el axioma de que las "demasiadas letras secan el corazón", y el tesoro de la mujer española es su dulzura, su piedad, su comprensión humanitaria de todos los dolores, y cualquier cosa que pueda cegar estas fuentes lo creemos un sacrilegio». A Romano le preocupa que caigan en los mismos defectos de los hombres y que formen «un cotarro donde predomine la "intelectualidad"».

En *ABC*, José María Salaverría, marido de la tesorera del club, Amalia Galarraga, felicita a las mujeres por haber sabido crear un lugar que una las distintas tendencias políticas y creencias religiosas, dando un valioso ejemplo a los hombres, y destaca que es un club femenino, pero no feminista, pues «la política ha capturado el vocablo hasta convertirlo en bandera de una campaña que puede llegar a fines tan extremados como los que sustentan, por ejemplo, las feministas inglesas: la exclusión del hombre en el proceso de la continuidad de la especie».

En el semanario satírico *Buen Humor*, Manuel Abril escribía: «LYCEUM —*Club femenino español*— dice el membrete de la galante invitación que recibimos. *Lyceum:* latín. *Femenino:* derivación erudita del latín. *Club:* inglés. *Español:* 25 %. Quien vaya al Club femenino español en busca de proporciones, ya sabe la proporción que le espera. Las *clubwomen* poseen varias lenguas. Eso les honra. El peligro no está en la pluralidad de las lenguas, está en su longitud».



Coplas del día

"Lyceum"

¡Paredes encantadoras;
serio lujo y lindas flores!...
¡Casino para señoras!...
¡Cultura, confort, primores!...

¡La casa, una maravilla!...
¡Las damas, con lindos talles!...
¡Y una exquisitez que brilla
en los menores detalles!...

¡Muy bien!... Mas no será sola
la labor que allí con fe
realice la hembra española,
la de hablar y tomar té...

¡Otra debe, más humana,
ser la femenil labor!...
¡La de trabajar con gana
por un nivel superior!...

¡La de ejercitar, enfrente
de otros, con amor que vibre,
un catequismo prudente
para hacer la mujer libre!...

¡Limpio habéis puesto, con mañas
bien pulcras, vuestro Casino;
ahora, ¡a limpiar telarañas
del cerebro femenino!...

¡A librar, con sano juicio,
a la mujer, que aún no vuela,
de todo rancio prejuicio,
de toda odiosa tutela!...

Y ¡a probar, con labios rosa,
cultos, y sin charla sandia,
que sois, en mi tierra hermosa,
las damas de «Liberlandia»,
y no las de «Estropajosa»!...

Si eso hacéis, sexo querido,
con corazón encendido,
tras coronar vuestra sien,
caeré a vuestros pies rendido...

.....

(Y si no lo hacéis, también.)

LUIS DE TAPIA

EVOLUCION Y REVOLUCION

En *La Libertad*, Luis de Tapia —marido de una de las fundadoras, Pilar Bolívar— les dedica su Copla del Día, que aparece en portada.

Dentro del lenguaje florido, de los labios rosas y los lindos talles, De Tapia apunta, como el que no quiere la cosa, que van a trabajar juntas por un bien superior y retrata con gracia los fines del Lyceum: librar de prejuicios y de tutelas a las mujeres y, sobre todo, quitar las telarañas del cerebro femenino.

De nuevo en *La Esfera*, Cristóbal de Castro escribe que es la hora de la mujer y que esto justifica que salgan del hogar para reunirse en el club. Ha llegado el momento, para él, de celebrar las conquistas de la mujer en todos los ámbitos, en las cátedras y en los empleos públicos, escribe, y que desaparezca «casi por completo el tipo subalterno y precario de la solterona parásita [...] y la viuda vergonzante, atenida exclusivamente a la pensión de clases pasivas». Celebra que la mujer española haya dejado de ser una carga para el hombre —padre o marido— y para el Estado, que ya no tengan que escribir «Profesión, la de su sexo» cuando se lo requieran. «Sentimos y palpamos el advenimiento de un feminismo triunfador, avasallador», concluye.

La noticia del nacimiento del Lyceum llegó a todos los rincones del país. En *Teruel Diario*, el periodista Rodríguez de León elogia el club, pero no cree en su pervivencia y se detiene en el artículo que permite la entrada a los hombres al salón de té. De nuevo, da una pista a las fundadoras para que la cosa funcione: si dejan entrar a los hombres al club, aunque solo sea al salón de té, ellos apreciarán el buen gusto y la sabiduría con la que lo han preparado todo y caerán rendidos a sus pies, y el club vivirá una larga vida donde todo será de color de rosa: el hombre «acabará casándose con una asociada del "Lyceum". Ese pícaro hueco que brinda el reglamento es la arteria que dará vida rozagante y magnífica al Club femenino»,

que será «una especie de agencia de matrimonios». Pero si no lo dejan entrar, la mujer no habrá ganado nada y el hombre tampoco, dice —como si eso, que el hombre perdiera algo, fuera uno de los objetivos del Lyceum—; al contrario, será una clausura más de la mujer. Para ese viaje, no hacen falta alforjas, parece decirles: les bastaría, escribe, con reunirse cada día en casa de una de ellas para tomar el té, charlar y recitar versos. Después de explicarles cómo deben proceder en el club, concluye tajante: «Así, sí. De la otra manera, no».

En noviembre de 1926 coinciden con la inauguración del Lyceum dos eventos importantes: la inauguración del Círculo de Bellas Artes en la calle de Alcalá, muy cerca de Infantas, y la declaración de la Real Academia Española anunciando que permitirá a las mujeres ocupar un sillón en su histórica institución. La revista *Nuevo Mundo* lo cuenta así: «Se abre el Lyceum, simpático club femenino, y se concede entrada a las señoras en la Real Academia de la Lengua. ¡Cuán lejos aquellos días de la masculina intransigencia, cuando se aconsejaba a doña Emilia el cotidiano cuidado del puchero y no se escuchaba el noble acento de Rosalía de Castro!». Era un pequeño paso, el primero de los muchos que haría falta dar para recorrer el camino de la igualdad.

El diario *La Libertad* celebra la existencia del club. A raíz del artículo de Eusebio de Gorbea, las semanas finales de 1926 y las primeras de 1927 dará voz a las fundadoras del Lyceum y publicará los testimonios de quince de ellas, que responden a las preguntas que proponen: por qué ha nacido el club, qué creen que supone para la cultura de España y qué puede llegar a ser en el porvenir. Ellas aprovecharán muy bien esta cobertura excepcional para dar a conocer el Lyceum. Para contar lo necesaria que era su existencia y

hasta dónde quieren llegar. Contar sus sueños, sus ambiciones. Sus esperanzas.

Inaugura la sección Carmen Monné y destaca, como harán muchas de ellas, el valor de la red, lo mucho que ganan estando en contacto unas con otras en un espacio de complicidad y entendimiento; abundarán en la fortaleza de la comunidad Isabel Oyarzábal, Carmen Baroja, Amalia Galarraga, Zenobia Camprubí, Julia Peguero y Carmen Gallardo. Pero algunas van un poco más allá y abren nuevas perspectivas, añaden ideas nuevas que dejan ver los intensos debates que se dan dentro del club, las distintas visiones y expectativas.

Para Dolores Cebrián, profesora de ciencias en la Universidad Central, el feminismo está en una fase experimental y ya se ha pasado el tiempo de discutir si el hombre es superior a la mujer; a su juicio, ese es un debate trasnochado, y ahora hay que poner el foco en que la mujer pueda actuar sin prejuicios ni limitaciones: eso, para ella, es el progreso, y ese es el espíritu del Lyceum, que debe ser un laboratorio donde se investigue, con inteligencia y rigor, hasta dónde puede llegar.

Para la socióloga Benita Asas Manterola, las españolas ya se han dado cuenta de que la sociedad sigue rigiéndose por códigos masculinos atávicos y eso hace que tengan el espíritu envuelto en las telarañas del pasado. Habla del Lyceum como impulsor del progreso, de la felicidad nacional y universal y del perfeccionamiento humano, y define su feminismo como una brisa capaz de «apagar los candiles que alumbraban los cerebros del bello sexo, para sustituirlos por arcos voltaicos que hacen huir las intensas sombras que producían su frágil mentalidad». Asas Manterola celebra la esperanza que supone la dosis de europeización que trae el club.

Aurora Lanzarote, fundadora de la Sociedad de Abolicionismo, cree que el Lyceum dignificará el trabajo de sus asociadas y se convertirá, y aquí coincide con Dolores Cebrián, en un fecundo laboratorio del que surgirán obras científicas, sociales, artísticas y benéficas.

Dice la actriz Herminia Peñaranda que las mujeres ya se han dado cuenta de que son tratadas como muebles y no se conforman; para ella, la cultura es la herramienta que les permitirá llegar lejos, elevarse y corregir muchas de las ásperas equivocaciones del hombre.

Para Pura Maortua, directora teatral, el Lyceum ha nacido impulsado por la necesidad que sienten las españolas de conquistar sus fueros, y reivindica que se las considere igual que a los hombres: con los mismos derechos, con las mismas capacidades. Que se las considere como a un ser humano.

La compositora María Rodrigo cree que será un ambiente capaz de transmitir la pasión por el arte y «un acicate poderoso para las artistas y hasta para "los" artistas».

La escritora María Lejárraga explica que «El Club ha nacido de la voluntad de unas cuantas mujeres que sienten la necesidad del trato humano y aborrecen el visiteo; que gustan de la conversación y detestan el chisme; que son aficionadas a la crítica y abominan de la maledicencia, y que para descansar de la fatiga, desde luego dulce y sabrosa, pero fatiga al cabo, de su hogar sentimental, han querido tener un hogar intelectual en el que cobrar ánimo a fuerza de pensar serenamente, como es su derecho, un poco alejadas de los suyos, para seguir amándolos lealmente, como es su deber». Asegura Lejárraga que quieren librarse de galanterías e intolerancias, dos actitudes con las que siempre se recibe la inteligencia de las mujeres, y continúa: «Hemos querido tener un sitio en que poder afirmar nuestras opiniones, desenvolver nuestras deducciones,

clamar nuestras exaltaciones, gritar nuestras indignaciones, sin encontrar la sempiterna sonrisa masculina que nos acuse o de pedantes o de insuficientes, intrusas en el reino de la inteligencia. Harto sabemos que no lo somos; pero a fuerza de oírnoslo decir, hemos llegado a avergonzarnos de nuestras capacidades, y cuando hablamos con los hombres atenuamos y utilizamos la expresión de nuestro pensamiento». La escritora concluye tajante: «En nuestro club queremos aguzar nuestras armas, luchando entre iguales».

Pilar Bolívar resume las razones del nacimiento del Lyceum en una escueta frase: «Porque nos hacía falta».

En estas respuestas aparecen apuntes que dan idea de la modernidad de estas mujeres: por un lado, recurren a la ciencia —arcos voltaicos, laboratorios, investigación— para asimilar la creación del club con el progreso, un término que repiten y que consideran fundamental. Por otro, insisten en que el avance de la mujer supondrá también el avance del hombre y, por tanto, el de toda la sociedad. No solo quieren tener una posición mejor: quieren hacer un país mejor. Y saben que eso solo lo conseguirán juntas.

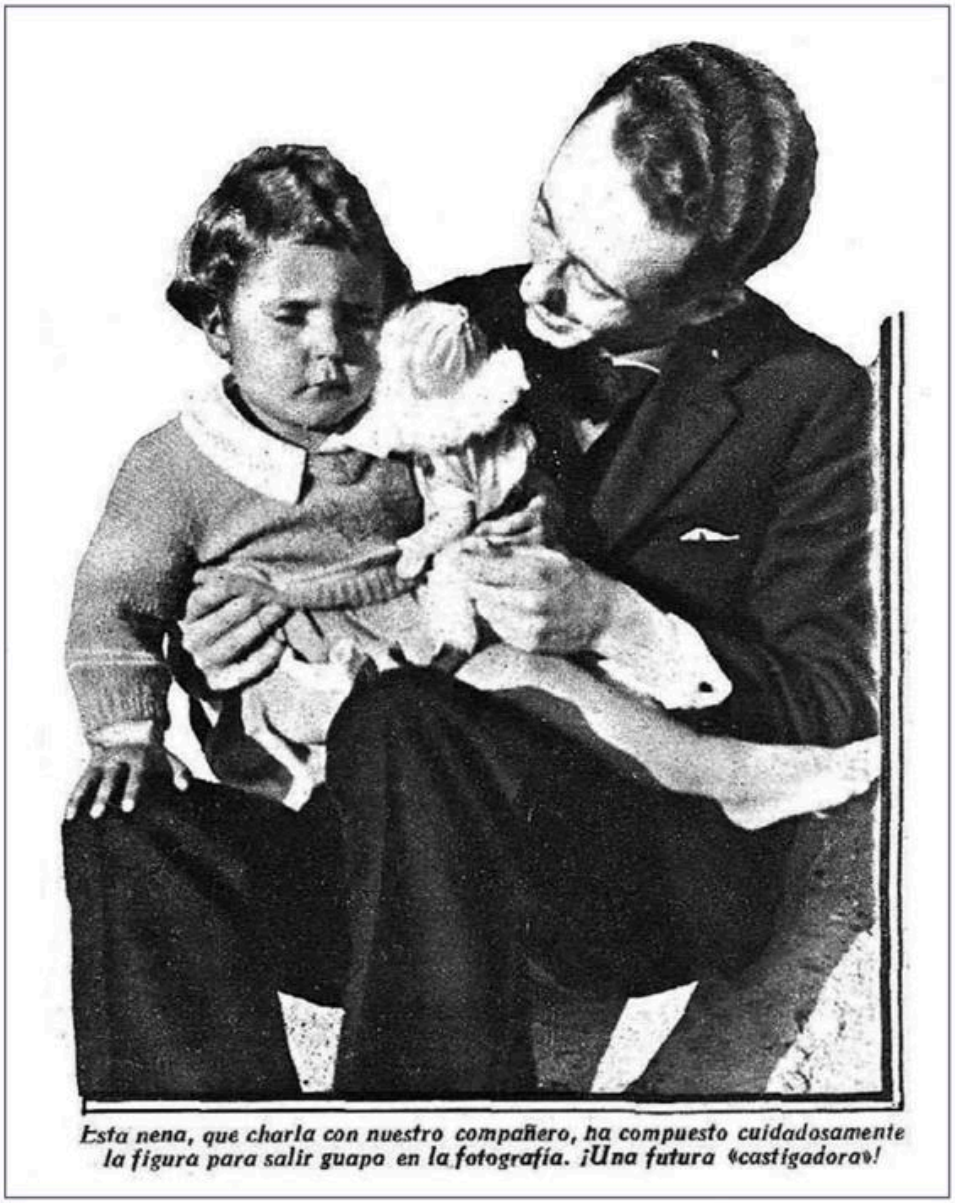
Hasta la prensa más favorable, que publicó artículos elogiosos sobre el Lyceum y justificó la existencia de una asociación así, no pudo evitar hablar del club y de sus fundadoras con una enorme condescendencia y una mirada tremendamente paternalista.

Algo tan complicado y tan poderoso como que un grupo de mujeres de distintas ideas se pusieran de acuerdo para fundar una asociación enormemente rompedora en aquellos años se definió en muchos medios como «una simpática iniciativa»; las asistentes a los actos eran «el bellísimo auditorio que llenaba la sala»; lo bien que habían administrado los fondos para la puesta en marcha del club era «un admirable ejemplo de aplicación de la virtud femenina»; la

seriedad de sus principios hace que lo definan como un «salón del que ha sido proscrita la frivolidad sin que haya huido la gracia»; las declaraciones de sus fundadoras son «simpatiquísimas y admirables contestaciones»; El buen gusto con que lo habían acondicionado hace afirmar al periodista de *La Voz* que «no tiene el Lyceum la instalación opulenta de los casinos ricos de los hombres. Mas en su sencilla elegancia se ve la huella de los dedos finos del hada doméstica, que al salir de su casa conserva el instinto del adorno de la mansión, el arte de los matices y de las pequeñeces delicadas, que es parte del encanto de los lugares y de las cosas». Todos los artículos les dan consejos, todos intentan guiar a estas mujeres y decirles lo que tienen que hacer, cómo tienen que dirigir algo que han puesto en marcha ellas solas y que han demostrado saber hacerlo a la perfección.

Siempre me ha llamado la atención la prosa tan adornada de la época, el lenguaje campanudo y las imágenes tan líricas y empalagosas. Si esto es así en las secciones de nacional, política o deportes, cuando hablan de mujeres redoblan la apuesta. Parece que con ellas tienen que hacerlo aún con más énfasis, aludiendo a cualidades etéreas, destacando la delicadeza, la dulzura, la belleza y las virtudes típicamente femeninas, y en los artículos que hablan del Lyceum, donde tienen que conjugar lo femenino con la modernidad y la osadía de sus fundadoras, la retórica alcanza un tono casi caricaturesco. Así, para el *Heraldo de Madrid* el Lyceum es un «claro engarce de almas de mujeres semejantes [...] donde la fémina en el Club, sin dejar de ser muy femenina y muy española, ha encauzado su avance individual de un modo favorable al espíritu colectivo». Y aún va más allá: «En realidad, Lyceum es como un rayo de Apolo en una fuente orlada de los tiernos laureles españoles: es el reflejo de las glorias nacionales de hoy refractado en la dulce actividad

femenina». Para Gil de Escalante, en *ABC*, todo se resume en que la cocinera era guapa y no puede evitar bromear al respecto. Los periodistas siempre intentan ser graciosos cuando hablan del club, tal vez piensan que ese desenfado va bien con una información sobre un club de señoras. Y lo hacen, a veces, de un modo que hoy nos parece inaudito, como este pie de foto sobre uno de los proyectos del Lyceum, la Casa de los Niños.



Esta nena, que charla con nuestro compañero, ha compuesto cuidadosamente la figura para salir guapa en la fotografía. ¡Una futura «castigadora»!

Las fundadoras del Lyceum sabían que su club iba a ser cuestionado por la parte más conservadora de la sociedad, que muchos hombres lo verían como una amenaza —mujeres organizándose sin que ellos tuvieran nada que decir, menudo atrevimiento— y que muchas mujeres, influidas por la Iglesia, desconfiarían de aquella iniciativa, temiendo que atentara contra las tradiciones. Estaban en lo cierto: los ataques empezaron en cuanto se inauguró la sede y aunque los más virulentos procedían de medios conservadores y entidades católicas, lo sorprendente fue ver que llegaban también por otros flancos, incluso por algunos que debían ser afines. No creo que contaran con que algunas mujeres progresistas que siempre se habían manifestado a favor de sus derechos también lo miraran con recelo o con reservas, pero así fue: no solo tuvieron que enfrentarse a los ataques de quienes las acusaban de ser excesivas, de subvertir el orden social y de querer llegar demasiado lejos; también tuvieron que aguantar las voces de quienes las acusaban de quedarse cortas, de haber sido tibias en sus planteamientos, incluso de no ser las adecuadas para abanderar una iniciativa como esta por ser demasiado burguesas.

Teresa de Escoriaza es una de las periodistas que no aprobaron la llegada del Lyceum. Publicaba sus artículos en *La Libertad*, el mismo periódico que había hecho un gran despliegue entrevistando a las fundadoras del club, pero eso no fue ningún obstáculo para que publicara dos artículos en portada dando su opinión negativa al respecto. De Escoriaza había viajado, hablaba inglés y francés —se había formado en Francia e Inglaterra—, enseñó idiomas en Nueva York, había sido corresponsal de guerra en Melilla, desde donde escribió crónicas sobre el terreno; trabajó como maestra, traductora, periodista de prensa escrita y también de radio, novelista y biógrafa... No se puede decir que fuera alguien sin amplitud de

miras. Más bien al contrario, Teresa de Escoriaza tenía el perfil perfecto para querer formar parte del Lyceum. Sin embargo, no le gustó.

En el primero de sus artículos define el Lyceum como «un proyecto femenil con apariencias de feminista»; «¡Un Club de mujeres! [...] Humareda pestífera de tabaco, tazas de mal café y discusiones estúpidas», escribe; tilda de esnobs a las liceístas, se burla —«Solo os indicaré que imaginéis vosotras mismas las bonitas posturas en que os veréis colocadas dentro de los salones del futuro Club de las mujeres. ¿Estaréis como los clásicos "clubmen", con la copa en una mano y el cigarro en la otra? A no ser que penséis ocupar el corrillo de la polémica y la murmuración haciendo calceta...»— y les avisa de que no será la única que lo haga. Acaba el artículo proclamando exigente: «El Club de las mujeres no puede existir, no debe existir, no existe en ninguna parte». En el segundo artículo, ha estado visitando el club y, al repasar cada estancia, no puede evitar que le parezca mal el uso que se le va a dar: el salón de té ofrece «exquisitas *delicacies*», mientras sería mejor comida sana y abundante a precios económicos; el salón de conferencias le parece pequeño, insuficiente para su función; la biblioteca «parece más destinada al esparcimiento espiritual que al trabajo intelectual»... Todo mal.

Para De Escoriaza, el feminismo que proponía el Lyceum no era el adecuado. Con la fundación de un club parecido a los que disfrutaban los hombres, las liceístas los estaban imitando y ese, a su juicio, no era el camino. Coincide con esta tesis el escritor Wenceslao Fernández Flórez, que abordó la creación del club en varias columnas de *ABC.*

Llama la atención que estas opiniones vengan de una mujer que se considera feminista —con lo demonizado del término—, de

alguien que afirma dedicar sus artículos a hacer «propaganda del feminismo»; de una periodista que se queja de las constantes recriminaciones que recibe por profesar un feminismo extremado.

Tampoco Carmen de Burgos recibe bien la llegada del Lyceum. Es otro perfil que lo tiene todo para formar parte de él; tenía estudios superiores, leía en varios idiomas y había traducido a Anatole France y a Tolstói; había viajado y visitado los Lyceums de otros países; escribía artículos en prensa en los que reflexionaba sobre los derechos de las mujeres y sus condiciones laborales, creó una tertulia, abanderó la Cruzada de Mujeres Españolas, impartió conferencias sobre el sufragio femenino; también fue corresponsal de guerra —la primera mujer en España en enviar crónicas desde el frente— para el *Heraldo de Madrid*. En su vida personal, abandonó a un marido que la maltrataba y defendió el divorcio y el matrimonio civil. Para cuando nació el Lyceum, ya había publicado sus obras más reivindicativas: ensayos como *El divorcio en España* o *La mujer moderna y sus derechos*, o novelas como *La rampa*, *La malcasada* o *El artículo 438*. Incluso veinte años atrás había escrito artículos en prensa reclamando la existencia en España de clubes como el Lyceum. Sin embargo, una vez que había nacido en España, Carmen de Burgos no quiso saber nada del club; se mantuvo alejada, no escribió sobre él ni le dio ningún apoyo, y cuando le preguntaron si pertenecía al club femenino recientemente abierto en Madrid, se despachó con un displicente «No soy partidaria de los clubs. Ni de los de hombres ni de los de mujeres... Eso tira del hogar y yo voy hacia él...».

Cuando leo a Carmen Baroja escribir en sus memorias que lo único que no se toleraba en el Lyceum era la conducta «non sancta», pienso que tal vez ese fuera el motivo por el que Carmen de Burgos no quiso acercarse a él y prefirió despreciarlo como las

uvas verdes de la fábula de Esopo: separada, con una hija y amante por aquella época de Gómez de la Serna, veinte años más joven que ella, tal vez De Burgos tuviera claro que no la iban a aceptar y prefirió ahorrarse el desplante. Pero esto de la conducta non sancta no lo escribía Carmen Baroja refiriéndose a la sin par Colombine, sino a Margarita Nelken, de quien decía que «le tenía un odio horrible al Lyceum» y conjetura que tal vez fuera por no poder entrar en él: era madre soltera, tuvo al segundo de sus hijos con un hombre casado, y parece ser que presumía de llevar una vida disoluta. Despreciando al club se evitaba, igual que Carmen de Burgos, la humillación de ser rechazada.

Rosa Chacel ni siquiera contestaba a las invitaciones para dar conferencias; Ernestina de Champourcin decía que era antifeminista y enemiga del Lyceum.

Por otro lado, también Federica Montseny —la dirigente anarquista que en 1936 sería la primera ministra de la historia de nuestro país— dio un mandoble al club a través de la publicación *La Revista Blanca*. En su artículo, Montseny lo acusa de estar ajustado a la rancia moral española y de responder al mismo espíritu que separa los sexos en las iglesias; afirma que sus fundadoras, poco valientes para sobreponerse al ambiente y para despojarse de rémoras oscuras, no son lo bastante audaces para crear un club donde se dé verdadera y bella camaradería entre sexos. No le parece adecuado llamarlas intelectuales, pues no son sino mujeres generosas y esforzadas que tratan de envolver la educación y la cultura con su instinto embellecedor y materno. Para Montseny, el Lyceum, desde el momento en que estaba fundado por burguesas, no podría nunca atender las verdaderas necesidades de las mujeres, que empezaban por ser luchas de clase.

Las liceístas tendrán que sortear muchos ataques a lo largo de los años de vida del club, pero estos, los que provenían de otras mujeres que, en teoría, debían ser sus aliadas, serán los más complicados de entender.

Pero todos estos artículos se quedan en nada si los comparamos con lo que vino a continuación.

¡Desgraciados niños los que tienen una madre liceómana!

En junio de 1927, el semanario religioso de los misioneros claretianos *El Iris de Paz* dedicaba al Lyceum su sección «La charla semanal» en cuatro números consecutivos, firmada con el seudónimo de Lorvent, y encendía los ánimos de las fundadoras del club por la repercusión que tuvo más allá del semanario. Aún no habían cumplido un año de existencia y ya eran el blanco de todas las iras católicas.

Para descalificar al club, Lorvent empezaba por descalificar a sus fundadoras, «damas cuyos nombres no nos eran desconocidos, aunque su notoriedad no fuera precisamente la que dan la elevada alcurnia, ni la virtud y piedad, ni siquiera la sabiduría». Cargaba contra la decisión exótica de llamar al club Lyceum y no Liceo, y para afear la costumbre de utilizar términos en otros idiomas, elige un ejemplo donde muestra sus intenciones: «Aun hablando en castellano, llaman *chiffon* al trapo vulgar, y *renard* a la zorra».

Las llama «el club de las descontentas» y define el Lyceum como un casino mujeriego —más tarde se utilizará el término *casino* para denostarlas, pues tenían una sala en la que se podía jugar a las cartas— donde las mujeres van con las piernas al aire; es una verdadera calamidad para el hogar, enemigo natural de la familia y de la autoridad del marido, «sin la cual el hogar es una república

soviética, un caos»; insiste en que es un centro de diversión y frivolidad, y, puesto que es un club femenino, «no hace falta explicar que es forzosamente un centro oficial de murmuración y cotorreo» de mujeres que no tienen dignidad, que hablan de lo que quieren y leen lo que quieren —alude aquí a «novelas indecentes» escritas por El Caballero Audaz, seudónimo de José María Carretero Novillo, autor de novelas eróticas, con títulos tan elocuentes como *Una cualquiera*, *La bien pagada*, *La virgen desnuda* o *De pecado en pecado*—, e incluso pone en boca de las liceístas proclamas como «¡Abajo la tiranía marital!».

«¿Qué autoridad le queda al marido si la mujer se parapeta en el Lyceum? Ninguna», afirma horrorizado el autor; pero si el club es enemigo del marido, mucho más es de los niños, porque para asistir al club las mujeres tienen que abandonar el hogar: «¿Qué interés inspirará el propio hijo a una madre que frecuente el Lyceum cuando lo deja en manos de personas mercenarias, para darse ella el gustazo de pasar una hora hablando de cosas insustanciales, viendo danzas exóticas y quizá fumando cigarrillos egipcios?». Para las socias del Lyceum, afirma, los hijos son un estorbo y prefieren «olvidarse completamente del chico durante unas horas, y entregarse al ejercicio de la gimnasia sueca, o al ejercicio del parlamentarismo, o sencillamente a ejercicios coreográficos, bailando el charlestón o el paso del dromedario». Lorvent concluye tajante: «La sociedad haría muy bien recluyéndolas a ellas como locas o como criminales, en lugar de permitirlas clamar en el club contra las leyes humanas y las divinas... El ambiente moral de la calle y de la familia ganaría mucho con la hospitalización o el confinamiento de esas féminas excéntricas y desequilibradas».

Para Lorvent, y para los periódicos que reprodujeron este artículo, el Lyceum es una institución antifamiliar y anticristiana que se

esconde tras una apariencia inofensiva para recabar apoyos y lograr un fin tan oscuro como sus medios. Insisten en que no era necesario que una institución se declarara laica para ser abominable: con que fuera neutral ya no podía recibir el apoyo de ningún católico. Por eso, que algunas mujeres «buenas y piadosas» se hubieran dejado seducir por los cantos de sirena del club y, peor aún, que una vez que la Iglesia les abrió los ojos, decidieran seguir apoyándolo era inconcebible: «Las autoridades eclesiásticas no han dado, no podían dar, su aprobación a una obra de esa naturaleza. La conclusión es obvia: No puede una señora católica pertenecer al Lyceum Club Femenino. Tampoco debe apoyar esa obra con su prestigio ni con su dinero. Es una institución "neutra" y "aconfesional", que todos los católicos deben combatir». El artículo lo reproducirán otros medios en portada y suscitará la respuesta de la parte más conservadora de la sociedad.

La diatriba del semanario claretiano azuzó las aguas de los periódicos católicos, que ya estaban escamados con la noticia de la existencia de un club de mujeres no vinculado con la Iglesia y que tenía una biblioteca que no había sido revisada por la censura. No había semana en que el periódico *El Siglo Futuro* no dedicara un artículo en portada firmado por Antonio Sanz Cerrada, un sacerdote que había vivido treinta años en México y había vuelto a España con una energía furibunda. Íntimo amigo de Escrivá de Balaguer, firmaba algunos artículos como Fray Junípero, y por eso en la prensa más progresista se referían a él como «el Frailazo». Era todo un personaje y tenía continuas disputas con los periodistas de otros medios, a quienes respondía cuando no le gustaba lo que escribían y estallaba una especie de guerra de columnas en la que se iban atacando el uno al otro durante largo tiempo. Sanz Cerrada era un

hombre de opiniones contundentes: en una entrevista en el diario *Ahora*, donde lo definían como «el más popular de los escritores de ultraderecha», no le temblaba el pulso a la hora de decir que habría que quemar todos los periódicos de la «prensa enemiga» y añadía: «Al contrario en ideas, guerra sin cuartel... Todo lo que no sea el exterminio es una táctica equivocada». Para qué iba a andarse con chiquitas.

Con tan tolerante actitud, no es de extrañar que una vez que mordió el hueso del Lyceum no consintiera en soltarlo. Con la existencia del club, para él poco menos que se acababa la civilización, se venía el mundo encima de los honrados creyentes que observaban costumbres decorosas. Los títulos de los artículos que publicó hablan por sí solos: «Lyceum Club, se le debe combatir», «Un grave mal que amenaza España» o este, que deja entrever su desesperación por no haber logrado acabar con él: «Todavía el Lyceum».

En ellos compara al club con organizaciones que estafaban a sus socios para robarles, lo define como «un gravísimo peligro, un grave mal que amenaza a nuestra fe y a nuestra sociedad, que tiende a ganarse a la mujer española para distraerla, divertirla, halagarla y hacerla perder su religiosidad y hasta la fe» y acusa a sus socias de «emancipación del deber y desastroso abandono del hogar». Para Sanz Cerrada, todo lo que tiene que ver con el club es diabólico y así se lo hace ver a sus lectores, alertando del peligro: «¡Ah, las mujeres solas, libres de la presencia y de la autoridad del marido!».

Pero aún habría de llegar más. La campaña iniciada por *El Iris de Paz* y continuada por *El Siglo Futuro* desembocó en una acción que impulsó la Unión de Damas Españolas en agosto de 1927; enviaron una circular a sus asociadas, con la bendición del obispado y las

instituciones católicas procedentes, que publicaron también en la prensa conservadora y que instaba a toda mujer de bien a que repudiara los centros de recreo y de cultura femeninos «neutros», pues estaban abiertos a todas las creencias, aceptaban a todo el mundo siempre que pagara una cuota y en ellos se podían leer cosas como el Corán; decía que «en esos centros, bajo el antifaz de obras culturales, económicas, benéficas y sociales, se cultivan los trabajos demoledores contra la sociedad y la familia católica, apostólica romana» y que «en estos tiempos de verdadera confusión es preciso luchar contra los enemigos de la Iglesia a "bandera de Cristo desplegada"», afirmaba que las liceístas «están indirectamente gobernadas por los primeros enemigos de Nuestro Señor Jesucristo, activos perseguidores de la Iglesia Católica» e instaba a darse de baja de ellos, no contribuir a su sostenimiento y «trabajar con celo por la gloria de Dios, para que no se funden en España nuevos centros análogos a los que combatimos y clausuren los existentes». Acusaban también al club de estar afiliado a una orden internacional, lo que para ellas parece representar el mal, pues «apoyados en esos centros, en Madrid se prometen grandes triunfos los miembros del Comité internacional de obras "anticatólicas"».

La circular era la punta de lanza de su campaña, que consistió en insultar, difamar y hacer lo posible por entorpecer la labor del club. Aunque no mencionaban el Lyceum de forma explícita, estaba claro —y la prensa lo entendió así— que el término *club neutro* no era sino un eufemismo para referirse al Lyceum. Pedían a sus asociadas y a todas las mujeres de bien que dejaran de frecuentarlo, si es que habían sido seducidas por la modernidad de estas depravadas; que lo repudiaran e hicieran lo posible por que las siguieran todas las mujeres a su alrededor. Querían ensuciar su imagen tanto como

pudieran. El escrito apareció publicado en la prensa católica, pero también en periódicos liberales como el *Heraldo de Madrid*, que añadía: «Las convicciones firmes son siempre respetables, y más cuando se declaran tan calurosamente como lo hacen esas dignísimas señoras de la Unión de Damas del Sagrado Corazón. Aunque no encontremos justo todo lo que dicen en su escrito, no ocultaremos que nos ha producido una emoción romántica».

La respuesta del Lyceum la redactó María de Maeztu. Puedo imaginarme a las socias de la junta y a muchas de las fundadoras apuntando ideas, matizando detalles, afinando bien lo que quieren decir. Las imagino enfadadas: por mucho que esperaran ataques, responder supone una pérdida de tiempo y de energía que podrían dedicar a otras cosas.

El escrito es sobrio y contenido: una elegancia que las diferencia de la bajeza de las damas católicas. El borrador de la carta son cuatro folios llenos de tachaduras y de añadidos, muestra de lo mucho que pensaron y repensaron la respuesta, el cuidado que tuvieron al elegir cada argumento. En ella, la junta directiva empieza expresando su extrañeza por que las autoras de la circular muestren «una ignorancia perfecta de las limitaciones que la Iglesia Católica apostólica romana impone a sus fieles. Todo lo cual no parece probable, tratándose de una agrupación de damas, católicas, obligadas por ser damas y por católicas, a no juzgar, sin previo conocimiento de lo que se juzga». Continúan las liceístas que si se siguiera al pie de la letra lo que la Unión de Damas propone, «ningún católico podría asistir a los congresos internacionales, ni formar parte de ningún parlamento, ni cooperar en la Sociedad de Naciones y debiera asimismo pedirse la clausura de todos aquellos centros que, como la Sociedad de Amigos del Arte, el Golf Club y el Ateneo de Madrid, admiten a personas de todas las creencias y de

todas las nacionalidades. Y, sin embargo, nadie ha pensado, hasta ahora, en recomendar a sus asociadas que se den de baja, porque las respectivas entidades a que pertenecen no llevan la denominación expresa de católico». Tras repasar de nuevo los principios del club y recordar que en los ocho meses que lleva en marcha han demostrado sus nobles propósitos, acaban su carta afirmando que van a continuar con su tarea «inspirada en los más altos ideales que, desoyendo las voces de los ilusos y los descreídos, contribuirá con la fe que las mujeres españolas ponen siempre a sus empresas al renacimiento, intelectual y artístico, que los días que corren se advierte en nuestra patria».

Antes de que la respuesta del Lyceum apareciera publicada, Isabel Oyarzábal firmaba un artículo anticipando la posición oficial de la junta. Pero no sería la única contestación que llegaría afeando la conducta de unas damas que se proclamaban piadosas. La circular de las damas católicas provocó lo que ahora conocemos como *efecto Streisand*, aunque en 1927 faltaban quince años para que naciera la actriz: Andrenio en *La Voz*, Eusebio de Gorbea en *La Libertad*, Ricardo Baeza en *El Sol* y Magda Donato en *El Liberal* publican artículos haciendo una defensa cerrada del Lyceum, ponderando sus virtudes y recordando sus principios y objetivos; toda una campaña de publicidad que, a decir de Magda Donato, llevó un aluvión de nuevas inscripciones y funcionó como un reclamo para que muchas mujeres se asociaran. «¡La mujer española leyendo! ¡Y leyendo de todo! ¡Qué pensar de semejante aberración!», se burla Donato, reflejando el sentir de muchas mujeres hartas de que, entre los hombres y la Iglesia, sus lecturas, sus costumbres y su vida estuvieran permanentemente tuteladas.

De Gorbea y Baeza conocían bien el Lyceum, pues eran los maridos de Elena Fortún y de María Martos. Magda Donato lo

conocía aún mejor, pues era socia. Pero hay un artículo de alguien que no lo conoce de primera mano y sorprende: Teresa de Escoriaza, quien escribiera en contra de la fundación del Lyceum, titula su texto «Ante un ataque» y en él explica que aunque sigue convencida de sus reparos, toma la palabra «para protestar llena de indignación contra la persecución que se viene haciendo objeto a esa institución y contra los insultos repugnantes, groseros y soeces dirigidos a sus miembros», y aunque no abriga ninguna intención de hacerse socia, afirma: «No quiero eludir la parte que me corresponde al ver a mis hermanas inicuamente atacadas y vengo, según tenemos aquí por costumbre, a poner la pluma, nuestra arma, del lado de la justicia». Un hermoso ejemplo de solidaridad entre mujeres capaces de dejar a un lado sus diferencias y coincidir en lo fundamental.

Además de todos estos artículos firmados por periodistas o colaboradores habituales de los periódicos, en los días siguientes al envío de la circular de las damas católicas dos liceístas mandaron cartas al director al respecto. Una está a nombre de María Ruiz Espuig, socia 407 del Lyceum; la otra la firma «Una de las solteras "imposibles" que integran el conjunto del Lyceum» y responde tanto a la campaña de la Unión de Damas como a la de *El Iris de Paz*. Esta segunda liceísta titula su carta «Más respeto, señores clericales», asegura que los aviesos insultos que les han lanzado son propios «del chulo más incorrecto y grosero que pueda hallarse», cuestiona que la ley de imprenta los ampare, y recuerda que las socias del Lyceum no piden galantería, sino el respeto a que tiene derecho todo ciudadano y toda entidad honrados. Parece que esta liceísta envía la carta a varios periódicos, pero solo la publica *La Libertad*, que además se posiciona con el Lyceum.

Hay otra carta que no viaja a la redacción de un periódico, sino hacia el palacio de Liria, dirigida al duque de Alba. La envía Georgina Porrúa y Moreno del Villar, que no conoce al duque, y tras disculparse por su atrevimiento le cuenta su historia: es una de las primeras socias del Lyceum, y por aquel entonces vestía el hábito del Carmen y era asociada también de la Unión de Damas; explica Georgina que es fervorosa creyente y, como católica y como española, protesta por la circular que las damas han propagado. Puesto que la duquesa de Alba es presidenta honorífica junto con la reina Victoria Eugenia, pide al duque que las defienda. De palacio, aunque no del de Liria sino del de la Magdalena en Santander, sale la carta de respuesta, donde el duque le confirma que la iniciativa de las damas es «algo disparatada» y le promete que, a la vuelta del verano, tratará «de poner las cosas en su lugar sin dar motivo a protestas de nadie».

Al margen de los ataques en la prensa y las campañas católicas, el Lyceum estuvo todo el tiempo bajo sospecha. En la correspondencia que mantuvo Ernestina de Champourcin con su amiga Carmen Conde, cuando ella todavía estaba en Cartagena, se aprecia cómo a lo largo del tiempo fueron muchas las ocasiones en que se sintieron amenazadas de cierre. Cuando Conde está preparando su visita a Madrid y Ernestina la cita en el club, le dice: «El salón del Lyceum es muy acogedor. ¡Si está abierto para entonces!... porque la persecución arrecia de lo lindo. Ahora dicen que tenemos un fumadero de opio»; cuando está preparando la conferencia de Federico García Lorca, escribe: «El sábado que viene habla García Lorca en el club, si el Gobierno o el cardenal no nos dan un disgusto antes. Tenemos el alma en un hilo. Ven antes de que nos cierren por R. O. [real orden]»; y el mismo día de la conferencia, insiste: «Lo

malo es que esto va a durar poco. El ambiente y la opinión nos son cada día más hostiles. Acabaremos por tener algún disgusto gordo. Y yo, en casa, varios más gordos aún. Hoy habla Lorca; ya te contaré... Si no interrumpen la conferencia para llevarnos a la delegación...».

4

QUEREMOS UNA SOCIEDAD MEJOR

Iguales ante la ley

Tengo una conciencia clara de cuándo fue la primera vez que me castigaron. Tenía cuatro o cinco años y estaba en la guardería —creo que es uno de mis primeros recuerdos y supongo que lo conservo por excepcional: era la niña más buena del mundo—. Habíamos salido al recreo y se formaron dos grupos: los niños por un lado, las niñas por otro. En medio, un muro invisible nos ponía a cada uno en nuestro sitio.

Durante las horas de clase no existía esa separación —si hubiera sido así, no dudo que mi madre hubiera preferido llevarme a otra guardería—, pero a la hora del recreo, quién sabe por qué, nos separaban; me cuesta creer que aquello fuera espontáneo.

Los niños se pusieron a jugar al tren en una larga fila que echó a andar con alegría y llegó a explorar todos los rincones del patio. Y las niñas nos cogimos de la mano, formamos un círculo y empezamos a girar en un perfecto corro de la patata —hasta que no me he sentado a escribirlo no me he dado cuenta del evidente simbolismo que encierra: ellos de uno en uno, aventureros, en movimiento. Hacia delante. Nosotras en círculo, de la mano, sin salirnos del camino marcado. Dando vueltas para llegar al mismo sitio—. El caso es que yo, no sé por qué, y no sé por qué ese día —supongo que no sería un día especial ni diferente a los otros—, protesté. No quería dar vueltas, no quería quedarme en mi sitio.

Quería subirme a ese tren que recorría un territorio que entonces me parecía inmenso y que hoy compruebo que apenas abarcaba unos metros. Quería hacer lo que hacían los chicos.

No recuerdo qué dije ni cuánto insistí, pero debió de ser bastante, porque me castigaron. Mi memoria salta de ese momento al de justo después: pasé el resto de la mañana de cara a la pared en un rincón del aula mientras los niños y las niñas, de nuevo todos juntos, jugaban con la plastilina.

Con cinco años, tuve conciencia por primera vez de que me habían tratado de forma distinta por ser niña. Acababa de descubrir la desigualdad y lo que ya en aquel momento sentí como una injusticia, aunque aún no supiera que se llamaba así. Y descubrí también que protestar llevaba consigo un castigo. Que si señalaba lo injusto y pedía que me trataran igual que a los demás, acabaría sola en un rincón mientras los demás seguían con su vida. El mensaje estaba claro y se me quedó tan grabado que aún hoy, casi medio siglo después, continúa en mi memoria. Es uno de mis primeros recuerdos y un valioso aprendizaje: no para dejar de protestar, sino para ser consciente de las consecuencias que tiene hacerlo.

Las fundadoras del Lyceum sabían bien que sus iniciativas tendrían consecuencias. Los ataques recibidos por distintos flancos no se habían hecho esperar, y no habían sido lanzados por ninguna acción concreta: las habían atacado solo por existir, por el atrevimiento de crear un espacio que reivindicaba su derecho a pensar. Aun así, conscientes de que las miraban con lupa y sabiendo que tendrían que dedicar gran parte de su tiempo y sus energías a defenderse, desde el club promovieron proyectos de hondo calado para la sociedad.

La sección social del Lyceum empezó con cuarenta socias y, a lo largo de los años, pusieron en marcha iniciativas como la Casa de los Niños, un lugar donde las madres obreras podían dejar a sus hijos mientras trabajaban, precursor de las guarderías públicas —que levantó ampollas por no contar con personal religioso para el cuidado de los niños—; el Comité del Libro para el Ciego, que creó una biblioteca circulante de «libros blancos», para que los invidentes tuvieran libros en braille para leer; proyectaron otros como la Liga de Amas de Casa, que aspiraba a abaratar los precios de los productos de subsistencia, a organizar colonias infantiles para niños cuyas familias no pudieran costearlas y a formar a las mujeres en asuntos como economía doméstica para desempeñar mejor su día a día; o el proyecto de formar a las mujeres para ser «guía para forasteros», unos estudios adelantados a la carrera de Turismo. Algunos salieron adelante, y con gran éxito; otros se quedaron en un sueño. Pero si hubo una acción impulsada desde el Lyceum que por su relevancia y su influencia directa en la vida de las mujeres —de todas, no solo de sus socias— resultó importantísima fue la petición presentada al Gobierno para promover una reforma legal.

Las leyes en 1926 eran denigrantes para las mujeres. El código civil y el código penal vigentes se habían aprobado en 1870 y trataban a la mujer como un ser inferior y dependiente; un ser de segunda clase sometido a la tutela masculina, primero del padre, después del marido, que estaba lejos de ser una ciudadana libre. Como afirmó Clara Campoamor en una entrevista, más que personalidad jurídica tenía «impersonalidad».

Los distintos artículos de las leyes reconocían al hombre como única autoridad efectiva en el matrimonio. El código civil le otorgaba poder para exigir obediencia a la mujer, administrar los bienes

comunes o fijar el domicilio conyugal. Al casarse, la mujer perdía el control de sus bienes, aunque fuera ella quien los hubiera aportado al matrimonio; perdía su identidad, pues el mismo código establecía que la mujer adoptara la condición y la nacionalidad de su marido, y perdía su independencia económica, porque aun en el caso de que trabajara no podía disponer libremente de su salario. También perdía la tutela sobre sus hijos, incluso si había enviudado y los hijos eran de su matrimonio anterior. Podía ser desheredada si su conducta se consideraba licenciosa y, si era soltera, no podía solicitar a un tribunal que investigara la paternidad de un hijo ilegítimo.

«El marido debe proteger a la mujer y esta obedecer al marido», decía el artículo 57, y es un buen resumen de lo que era la vida de una mujer en esa época: el marido, en aras de esa protección, disponía de un poder ilimitado. La mujer debía obedecer: si no lo hacía, estaba cometiendo un delito.

Si el código civil resultaba asfixiante, el código penal era todavía peor, y uno de sus artículos en particular fue el caballo de batalla de las fundadoras del Lyceum. El artículo 438 era el más injusto de todo el código. Merece la pena reproducirlo aquí para dejar constancia de su nula dignidad: «El marido que, sorprendiendo en adulterio a su mujer, matare en el acto a esta o al adúltero o les causare alguna de las lesiones graves, será castigado con la pena de destierro. Si les causara lesiones de otra clase, quedará exento de pena». Años atrás, en 1901, Emilia Pardo Bazán había llamado a los asesinatos de mujeres amparados en este artículo «mujericidios», y opinaba que debían ser castigados con mayor severidad que los «homicidios». La escritora se preguntaba: «¿No son los hombres nuestros amos, nuestros protectores, los fuertes, los poderosos? El abuso del poder, ¿no es circunstancia agravante? Cuando matan, a mansalva, a la mujer, ¿no debería exigírseles más estrecha cuenta? Y sin embargo,

los anales de la criminalidad abundan en mujericidios impunes muchas veces, por razones especiosas, mejor dicho, por sofismas que sirven para alentar al crimen. [...] el hombre, en general, cree vagamente que por ser hombre tiene el derecho de vida y muerte sobre la mujer. Los resultados de esta creencia los vemos diariamente. ¿Hasta cuándo durará esta racha de *pasión* tan útil para los cuchilleros y los armeros que venden revólveres baratos?».

Al artículo 438 lo llamaban «el artículo rojo», tal vez por la sangre derramada para limpiar el honor del marido que, mancillado en su hombría, podía herir gravemente a su mujer e incluso matarla, sin más castigo que el destierro en el peor de los casos. El peor de los casos para él, no hace falta decirlo. Como tampoco hace falta decir que a este artículo no se le podía aplicar ninguna reciprocidad: si era la mujer quien causaba daños de cualquier clase a su marido, el peso de la ley caía sobre ella con toda su contundencia.

Era tan evidente la injusticia y tan grande la indignación de las mujeres por que la ley protegiera a sus asesinos que Carmen de Burgos, Colombine, le dedicó una novela donde mostraba del modo más descarnado posible el infausto final que les aguardaba si la ley protege al marido agresor. La publicó en 1921 dentro de la colección «La Novela Semanal» de Prensa Gráfica con ilustraciones de Salvador Bartolozzi y se titulaba justo así, *El artículo 438*. La acción transcurre en Granada y cuenta la historia de María de las Angustias —qué bien eligió Colombine el nombre de su protagonista—, una mujer que, tras heredar un buen capital y varias propiedades de sus padres, está casada con Alfredo, un vividor de vida licenciosa a quien lo único que interesa de su mujer es el dinero. Cuando está en casa, la maltrata, la humilla y la amenaza para que se pliegue a su voluntad —las amenazas siempre tienen que ver con alejarla de su pequeña hija—; cuando está fuera, Alfredo dilapida la fortuna

familiar y una vez consumida empieza a vender las propiedades de sus difuntos suegros. Cuando las cuentas están vacías y ya no queda mucho que vender, Alfredo se marcha de casa y María de las Angustias, lejos de entristecerse, descansa. Y en ese tiempo en que él está fuera, la protagonista conoce a un hombre bueno, Jaime, que se enamora de ella, la trata bien y la quiere tal cual es, sin dinero ni propiedades. Por fin es feliz. Pero Alfredo no tarda en descubrir que su mujer tiene un amante, regresa despechado a la casa de madrugada y se planta ante ellos con un revólver en la mano. «No era un hombre lo que tenía frente a sí. Eran la ley y la sociedad, todas hechas carne», escribe Colombine al relatar la escena. Alfredo hiere de gravedad a Jaime y mata a su mujer. Los tribunales lo absuelven: «Alfredo estaba incluido por entero en el artículo 438. Había matado para lavar su honor mancillado, en el paroxismo de la pasión y de los celos, exasperado al descubrir la traición de su mujer y su amigo», escribe Colombine, y continúa: «La ley, promulgada por hombres, favorecía siempre a los hombres y humillaba a las mujeres. [...] Los jueces se cuidarían mucho de no quebrantar aquel principio de autoridad que era como su privilegio, la lección indirecta que daban ellos mismos a sus propias mujeres».

Este era el contexto que rodeaba a las mujeres que se asociaron al Lyceum con la pretensión, como dejó registrado María Teresa León en sus memorias, de adelantar el reloj de España.



Agitando el avispero: Clara Campoamor llama a la acción

En las páginas del diario *La Libertad*, Clara Campoamor publicó a finales de enero de 1927 un artículo expresando su temor a que la Comisión de Códigos, que trabajaba en una propuesta de reforma del código penal, ignorara el artículo 438 y lo dejara tal cual estaba,

o que, como mucho, propusiera alguna modificación que no alterara su esencia.

La Comisión de Códigos era —es, pues hoy sigue existiendo— un órgano técnico de carácter consultivo que asesora al Ministerio de Justicia. Fue creada en 1843 con la misión de elaborar y revisar los códigos legales fundamentales del país, preparar proyectos legislativos y emitir informes sobre reformas legales. El ministro de Gracia y Justicia había encargado a la comisión un año atrás que revisara el código penal de 1870 y la abogada expresaba una inquietud que no era solo suya, sino de muchas: han consultado acerca del artículo y el hermetismo es absoluto; y eso, escribe, ha despertado la alarma en su espíritu: nadie se niega a conversar acerca de aquello que interesa, afirma.

Campoamor explica que si ya está definido y penado el delito de adulterio, no se entiende que un artículo que califica de «torvo, brutal, enrojecido por la pasión, la injusticia y la venganza» justifique mayor violencia contra la mujer. Este apunte no es gratuito: tenía que insistir en que las mujeres no estaban en contra del delito de adulterio, sino solo del desigual castigo. Lo más importante de la columna de Campoamor es que llama a la acción. Invita a todo aquel que se sienta concernido a manifestar su repulsa por este artículo «insostenible científica, moral y socialmente» y agita muy en especial a las mujeres con toga: son ellas quienes deben lidiar en los tribunales con la complacencia de las leyes.

Matilde Huici la sigue dos días después en una columna titulada «No matarás...» en el diario *El Sol* y se pregunta cómo es posible que cualquier persona con pensamiento sereno considere justo el derecho a vengarse matando. En aquel momento solo había tres mujeres colegiadas en el Ilustre Colegio de Abogados de Madrid: Victoria Kent, Clara Campoamor y ella, y recoge el sentir de su

compañera de toga. Manda también un recado a la Comisión de Códigos y advierte que en esto no caben discrepancias: al margen de la diferencia de ideas, las mujeres deben actuar unidas y hacerse oír tanto como puedan para que a la comisión le resulte imposible ignorarlas.

Un club ajeno a la política... pero poco

A pesar de haber incluido en los estatutos esa coletilla que decía que el club se mantendría ajeno a la religión y a la política, las socias del Lyceum no esperaron para ponerse manos a la obra: desde la misma fundación del club se pusieron a trabajar para intentar que la consideración política y jurídica de la mujer cambiara. La sede del Lyceum se inauguraba en noviembre de 1926, y solo tres meses después, el 5 de febrero de 1927, ya se reunía la junta a instancias de la sección social para aprobar la propuesta que elevarían a la Comisión de Códigos del Gobierno en la que solicitaban una reforma de la ley. Lo rápido que actuaron deja ver que era una preocupación latente.

No he encontrado actas que den fe de cómo transcurrió la tarde del 5 de febrero en el salón principal del Lyceum. Todo lo que sabemos sobre esa reunión hay que reconstruirlo como un puzle que tuviera sus piezas desperdigadas: la prensa de la época, las memorias de las socias, cartas, archivos... Reuniendo esas piezas podemos imaginar a las socias del club recorriendo la acera de la calle Infantas envueltas en la luz gris del invierno, iluminada por los faroles de gas. Era sábado y podemos suponer más actividad por la calle que un día entre semana, gente yendo y viniendo, tal vez camino de alguno de los cines de la cercana calle de Alcalá o de los teatros de la plaza del Rey. Las ventanas de Infantas, 31 dejarían ver

una agitación especial. Aquella tarde no se celebraba una velada más de las que acostumbraban a organizar: no se inauguraba una exposición, no las visitaba un escritor notable para leer sus poemas o hablar de literatura; tampoco sonarían los acordes del piano de cola: en el gran salón de techos altos y gruesas alfombras se celebraba la junta general extraordinaria que debatiría la propuesta presentada por la sección social. Llevaban tiempo trabajando en ella y querían someterla a la aprobación de la junta para presentarla oficialmente en nombre del Lyceum.

Dada la trascendencia de la propuesta, parece sensato suponer que estaría la junta directiva al completo: María de Maeztu, Zenobia Camprubí, Victoria Kent, Isabel Oyarzábal, Amalia Galarraga y Helen Phillips, al igual que otras fundadoras que aunque no estaban en la junta estaban muy implicadas, como María Martos, María Lejárraga, Encarnación Aragoneses —que aún no firmaba como Elena Fortún—, Carmen Baroja...

Me gusta imaginar a Victoria Kent y a Benita Asas Manterola, que habían sido las encargadas de redactar la propuesta, los días previos: sus reuniones con Clara Campoamor y Matilde Huici, también abogadas, debatiendo la mejor manera de presentarlo, afinando el texto, leyéndolo con mil ojos para no dejar resquicios por los que pudieran atacarlo. Asas Manterola tenía experiencia: en la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, que ella presidía, ya habían presentado ante el Gobierno algunas peticiones en este sentido años atrás. Debía ser un escrito sobrio e irreprochable, no contener ni un ápice de sentimentalismo ni nada que apelara a las emociones o les echarían en cara la sensiblería que siempre atribuían a su sexo.

Esa tarde explicarían con voz firme el resultado del trabajo al que han dedicado su tiempo, en el que han puesto su experiencia como

letradas, su talento y su buen hacer. El trabajo en el que han puesto sus ilusiones. El documento que propondrán al Gobierno es escueto y relaciona sus peticiones, que exigen una reforma de la ley que libere a la mujer de las ataduras jurídicas de la sumisión marital, de la obediencia ciega al esposo, de la incapacidad para administrar su propio destino. Uno por uno, irían desgranando los once puntos redactados, advirtiendo que eran algo esquemáticos, sí, pero era importante enviar su solicitud cuanto antes: la comisión está a punto de reunirse y querían presentar la instancia antes de la siguiente sesión, que acabaría celebrándose el 16 de marzo, pocas semanas después.

Puedo imaginar el silencio respetuoso en que las asistentes a la junta aguardan sus palabras y lo contundentes que suenan, a la altura de sus esperanzas: que la patria potestad sobre los hijos se ejerza en común, que los bienes gananciales del matrimonio se administren entre ambos cónyuges y las decisiones sobre ellos requieran el consentimiento de los dos; que los motivos de desheredación sean idénticos para ambos sexos; que se reconozca el derecho de la mujer casada a disponer libremente del producto de su trabajo; que la mujer casada conserve su nacionalidad; que se modifique la redacción de ese infame artículo que obligaba a obedecer a la mujer por otro que indique que los dos cónyuges se deben protección y consideraciones mutuas; que se pueda investigar la paternidad; que se modifiquen también el resto de artículos injustos.

Y, por supuesto, que se elimine el abyecto artículo 438.

Cuando han terminado de leer sus peticiones, añaden una coda que incluirán al final de su instancia. Recordarán al presidente, les parece necesario insistir, que lo que piden alude a los derechos humanos más básicos y que para redactarlo no se han inspirado en

bellas teorías liberadoras, sino que se basan en preceptos legales justos que, además, llevan tiempo ya admitidos en otros países.

Cuando terminaron de hablar, las asociadas votaron, como era preceptivo, y aprobaron por aplastante unanimidad una iniciativa que hablaba de justicia y de derechos, pero también, y sobre todo, hablaba de dignidad. En la sala estalló un gran aplauso, un reconocimiento lleno de júbilo y entusiasmo que celebraba el importante paso que estaban a punto de dar. Igual que en otros asuntos las mujeres del Lyceum tenían diferencias importantes, estaban de acuerdo en lo injusta que era la ley.

Fuera, Madrid seguiría con su actividad y el bullicio al que acostumbraba un sábado al caer la tarde. Pero en el interior del Lyceum las mujeres acababan de escribir una nueva página llena de esperanza para ellas y para las que vendrían después. Estaban dando un paso fundamental en el camino de la igualdad, un camino que se extendía largo por delante. Tan largo que se perdía en el horizonte. Tan largo que hoy, cien años después, aún no hemos acabado de recorrer.

Solo con esta reunión en la que deciden cambiar las cosas, solo con esta petición y sus consecuencias para el futuro de las mujeres se justifica la existencia del Lyceum, su importancia, la falta que hacía, como había afirmado Pilar Bolívar, y el homenaje que quiero rendirle en este libro.

Corrieron ríos de tinta

Los días siguientes, la prensa recoge la iniciativa y es Victoria Kent quien ejerce de portavoz y atiende al periodista del *Heraldo de Madrid*. El diario publica primero un artículo en portada que titula «¿Son injustas las leyes con las mujeres?», donde relaciona uno

detrás de otro, sin añadir juicios ni comentarios, los artículos que la iniciativa del Lyceum pide cambiar. Leerlos todos seguidos sobrecoge y la pregunta que preside el texto interpela a la sociedad.



¿SON INJUSTAS LAS LEYES CON LAS MUJERES?

«La madre que pase a segundas nupcias pierde la patria potestad sobre sus hijos.» (Artículo 168 del Código civil.)

«No pueden ser tutores ni protutores: ...las mujeres..» (Artículo 237 del Código civil.)

«Las causas que... inhabilitan... a... los tutores y protutores son aplicables a los vocales del consejo de familia.» (Art. 298 del Código civil.)

«No podrán ser testigos en los testamentos: primero, las mujeres...» (Artículo 681 del Código civil.)

«Además de las facultades que tiene el marido como administrador, podrá enajenar y obligar a título oneroso los bienes de la sociedad de gananciales sin el consentimiento de la mujer.» (Artículo 1.413 del Código civil.)

«La mujer no podrá obligar los bienes de la sociedad de gananciales sin consentimiento del marido.» (Artí 1.416 del Código civil.)

«Serán también justas causas para desheredar...: Tercera, haberse entregado la hija o la nieta a la prostitución...» (Art. 853 del Código civil.)

«El marido debe proteger a la mujer y ésta obedecer al marido.» (Artículo 57 del Código civil.)

«La mujer casada sigue la condición y nacionalidad de su marido.» (Art. 22 del Código civil.)

«El padre está obligado a reconocer el hijo natural en los casos siguientes:

Primero. Cuando exista escrito suyo indubitado en que expresamente reconozca su paternidad.

Segundo. Cuando el hijo se halle en la posesión continua del estado de hijo natural del padre demandado, justificada por actos directos del mismo padre o de su familia.» (Art. 135 del Código civil.)

«...No se admitirá en juicio demanda alguna que, directa ni indirectamente, tenga por objeto investigar la paternidad de los hijos ilegítimos en quienes no concurra la condición legal de naturales.» (Art. 141 del Código civil.)

«El marido que sorprendiendo en adulterio a su mujer matare en el acto a ésta o al adúltero, o les causare alguna de las lesiones graves, será castigado con la pena de destierro.

Si les causare lesiones de otra clase quedará exento de pena.

Estas reglas son aplicables en iguales circunstancias a los padres respecto de sus hijas menores de veintitrés años y sus corruptores mientras aquéllas vivieren en la casa paterna.» (Art. 438 del Código penal.)

«Serán castigados con la pena de cinco a quince días de arresto y reprensión:

...Segundo. Los maridos que maltrataren a sus mujeres, aun cuando no les causaren lesiones de las comprendidas en el párrafo anterior

Tercero. Las mujeres desobedientes a sus maridos que los maltrataren de obra o de palabra.»

Estos son algunos de los preceptos de la Legislación española que a las mujeres no les parecen justos. Hace ya bastantes años que bracean contra

Al día siguiente aparece publicada la entrevista. En ella, Kent detalla la propuesta que han preparado y explica que sus peticiones

no pretenden conseguir derechos políticos, sino lograr que se modifique la personalidad jurídica de la mujer para igualarla a la del hombre, considerando que existen preceptos legales que la esclavizan socialmente. La abogada enumera algunas de las peticiones; didáctica, justifica con ejemplos reales muchas de ellas y a lo largo de la conversación tiene que recordar que para los muchos actos civiles en los que la ley la discrimina, la mujer tiene la misma capacidad intelectual y moral que el hombre sin que afecte su estado civil. En la fotografía que ilustra la entrevista, Kent mira seria a la cámara, con expresión desafiante, aun a riesgo de lucir un aspecto demasiado severo. Ni un esbozo de sonrisa que la haga parecer frívola. No quiere que utilicen con ella expresiones como «rostro angelical», que la traten con la misma condescendencia y galantería paternalista que acostumbran a aplicar a sus compañeras del club.



¿SON INJUSTAS LAS LEYES CON LAS MUJERES?

La señorita Victoria Kent, presidenta del Club Lyceum, nos habla de las peticiones formuladas en pro de la emancipación femenina

En ausencia de la señorita Maeztu desempeña interinamente las funciones de presidenta del Club Lyceum la señorita Victoria Kent, notable abogado. A ella nos hemos dirigido para que nos hable de las peticiones que el Club ha dirigido al presidente de la Comisión de códigos.

—Todas nuestras peticiones —nos dice la señorita Kent— tienden a hacer resaltar la personalidad jurídica de la mujer, que creo más importante que conseguir derechos políticos, y a defenderla de algunos preceptos legales que la esclavizan socialmente.

Una de ellas es que se reconozca, sin limitaciones de ningún género, la facultad de la mujer, sea soltera o casada, para una infinidad de actos civiles, para los cuales tiene, indudablemente, una capacidad intelectual y moral tan perfecta como la del hombre: para ser testigo en los testamentos, para formar parte del consejo de familia, para ser tutor, protutor, curador, albacea...

—¿También quieren ustedes repartirse la patria potestad con el hombre, no?

—Naturalmente. La vida en común de un hogar requiere una igualdad tanto en el cariño mutuo como en el cariño a los hijos. ¿Por qué entonces ha de ser distinta la autoridad?

—¿Ah, sí? Que sean los mismos para el hombre y para la mujer. Nuestro Código civil señala un curioso motivo de desheredación para la mujer: cuando ésta haga una vida deshonesta. ¿Es que el hombre no puede hacer también una vida deshonesta? Pero claro es que no queremos que este motivo se extienda también al hombre, sino que se suprima para ambos.

—Pero las peticiones que más sus-

ca a la mujer casada el derecho a disponer libremente del producto de su trabajo.

—También hablan ustedes de los motivos de desheredación.

sa el solicitar que la mujer no pierda su nacionalidad al casarse.

—¿Y de esas reformas que solicitan en el Código penal?

—¿La supresión del artículo 438, por ejemplo? ¿Hay quien pueda defender ese precepto brutal, supervivencia de costumbres bárbaras? Es verdad que el Código no autoriza en él para que se mate a la esposa adúltera o a la hija deshonesta; pero concede al marido o al padre la pena de destierro. Esto, en el caso del marido, es protegerle, porque quita ocasiones de venganza a los parientes de la víctima.

—Pero es preciso estimar el arrebato natural del hombre al sorprender...

—¡Eso es diferente! Nosotras no queremos que se deje de estimar el arrebato; es más: queremos que también se estime en la mujer en circunstancias análogas. Lo único contra lo que vamos es contra la violencia, determinada por la imbecilidad y por la incultura.

—¿Cree usted acaso que el marido que sorprende a la esposa en adulterio tenía preparada la sorpresa desde hace tiempo?

—No, no puedo creer eso. Se me hace demasiado fuerte pensar que un hombre puede meditar con esa frialdad el asesinato de su mujer. Ya le digo que creo que el hecho es obra de la brutalidad y de la incultura; por eso no hay razón para considerar este parricidio con caracteres distintos a los otros.

—¿Y esas otras modificaciones del artículo 603?

—Si no queremos más que se suprima el párrafo tercero, en el que se condena de cinco a quince días de arresto y reprensión a las mujeres desobedientes a sus maridos, que les maltraten de obra o de palabra, y que en cambio en el párrafo segundo, en el que se condena a la misma pena a los maridos que maltraten a sus mujeres, aun cuando no las causasen lesiones que las impidan dedicarse a sus trabajos habituales ni exijan asistencia facultativa, se extienda también a las mujeres que maltraten a sus maridos.

—¿...?

—Por último, pedimos la investigación de la paternidad. Ya saben ustedes que el Código civil lo prohibe taxativamente. Más que reivindicar un derecho de la mujer, queremos con esto proteger a las cria-

El mismo día en que el *Heraldo de Madrid* publica la primera de sus piezas, el diario conservador *El Debate* lleva a portada un editorial donde afirma que la modificación del artículo que establece obediencia debida de la mujer «entraña un grave ataque a los principios en los que descansa la institución familiar, [una modificación] impregnada de un falso y demoledor igualitarismo

contrario a la naturaleza» y añade que las peticiones del Lyceum «repugnan a la gran masa de la sociedad española». Un artículo en *El Imparcial* le responde cuestionando el espíritu cristiano de los conservadores.

En *La Libertad*, el penalista Luis Jiménez de Asúa afirma «adelantar su simpatía a su loable empresa» y está de acuerdo en que el artículo 438 no tiene defensa, pero pide que se tenga en cuenta que «el marido que confiaba ciegamente en su esposa puede experimentar, en presencia del adulterio evidente, un dolor tan acerbo que mate entonces en un estado emocional que casi volatiliza momentáneamente su imputabilidad». Casi. Momentáneamente. Demasiados matices para dulcificar lo que está diciendo: el hombre engañado puede matar a su mujer y hay que entenderlo. A Jiménez de Asúa no le parece mal derogar el artículo 438, pero pide que el nuevo texto «considere con ademán benigno todo homicidio emocional», pues en ellos interviene una «emoción violenta, hija del justo dolor».

La audaz propuesta del Lyceum había llegado fuera de Madrid y la reacción más contundente la encontramos en un artículo de Ricardo García Vinuesa en *La Voz de Soria*. En la portada del diario castellano, el periodista titula su texto «¡El artículo 438...!», con unos signos de exclamación que en los tipos de molde pesan negros y contundentes.

Al escritor, el artículo 438 tal como está le parece poco y pide a la Comisión de Códigos que suprima toda pena para el matador ofendido, pues el marido que mata para lavar su honor mancillado no es culpable de nada. Opina que un hombre debe vengar su honor con la sangre de quien lo ha ofendido, pues ese gesto arrogante y gallardo, escribe, es la única manera de sentir la satisfacción de una venganza justa. Quien hizo la ley, afirma, debía conocer muy a fondo

el corazón femenino, porque en ella se refleja el espíritu de la justicia con pleno conocimiento de la materia. Continúa el texto dejando salir toda la rabia que debió de provocarle la iniciativa del Lyceum y afirma, por ejemplo, que si la ley no permitiera que el marido despechado matara, el descalabro social femenino sería horroroso: habla de desenfrenadas pasiones, de concupiscencias carnales y de una transformación degradante en el orden de la vida. No en vano, dice, la ley natural establece que la superioridad del hombre sobre la mujer se basa en un principio de libertad para él y de sumisión y obediencia para ella. Termina su furibunda diatriba cargando contra Clara Campoamor y Matilde Huici, a quienes define como «perfumes embriagados del foro español»: habla de razones artificiales faltas de lógica, de teorías absurdas e incomprensibles y opina que representan el débil eco de una minoría feminista.

La lentitud de la burocracia y una campaña por delante

Reacciones aparte, la propuesta del Lyceum se presentó mediante una instancia al presidente de la Comisión de Códigos, el antiguo ministro de la Guerra Juan de la Cierva. Esta institución era la responsable de valorar la petición que elevaba el Lyceum y decidir si incorporaba o no esas propuestas a la reforma de la ley en la que estaba trabajando. Pero como todo lo que tiene que ver con burocracia y legislación en España, ese informe aún iba a tardar en llegar. Aquella tarde de febrero, el aplauso y la respuesta unánime fueron la semilla, pero su fruto aún tardó en brotar.

A partir de ahí, el Lyceum siguió trabajando. Junto con otras organizaciones que también se habían implicado —de nuevo, si se lograba sería estando unidas—, iniciaron una campaña que duraría mucho tiempo. Clara Campoamor y Matilde Huici, a las que se sumó

María Lejárraga, se multiplicaron para impartir conferencias y participar en actos que concienciaran a la sociedad de la importancia de esta reforma legal. No dejaron de insistir, allá donde las dejaron hablar, en la necesidad de cambiar la ley y la enorme injusticia que sería que no lo hicieran.

En septiembre de 1928, el Gobierno aprobó el nuevo código penal, que entraría en vigor con el nuevo año. El artículo 438 no desaparece, pero cambia su redacción —y su numeración—: ahora es el artículo 620, establece el mismo castigo para la mujer adúltera que para el marido adúltero y ya no justifica que uno de ellos pueda matar al otro o causarle lesiones graves. Finalmente queda así: «La mujer casada que yace con varón que no sea su marido, y el que yace con ella sabiendo que es casada, aun cuando se declare posteriormente nulo el matrimonio, incurrirán en la pena de uno a tres años de prisión. En la misma pena incurrirán el marido que tuviere manceba en la casa conyugal o fuera de ella, con escándalo, y la manceba». Además, la pena no se impondrá de oficio, sino solo si hay querella por parte del cónyuge agraviado.

Habían conseguido que las escucharan y que tuvieran en cuenta sus propuestas. Habían conseguido hacer de su reivindicación un asunto presente en toda la sociedad, implicando en los actos públicos a distintos estamentos como la Academia de Jurisprudencia o el Tribunal Supremo para que prestaran su apoyo. Habían conseguido que les dieran la razón y modificaran el artículo injusto. Y habían conseguido, por fin, que el país diera un paso enorme hacia la igualdad.

Ahora faltaba el código civil. En 1930, con la llegada al Gobierno de Dámaso Berenguer, se volvió a elevar una propuesta para cambiar los artículos de este código que seguían intactos. Pero ya no dio mucho tiempo a más: con el advenimiento de la República y la

nueva Constitución de 1931, que reconocía la igualdad de los españoles ante la ley, dejaban de tener sentido los artículos que arrinconaban a la mujer y la supeditaban a la autoridad de su marido.

Con el enorme trabajo llevado a cabo, las socias del Lyceum demostraron que no había nada que se les pusiera por delante. Aquella tarde, las fundadoras del club empezaron a escribir el prólogo invisible a muchas de las reformas que vendrían décadas después.

Rompiendo el techo de cristal: las primeras abogadas

Todo lo que ocurrió con esta petición de reforma de la ley solo puede entenderse si hablamos de las primeras mujeres que ejercieron la abogacía en Madrid, y que tan importantes fueron en esta campaña.

En 1910, las mujeres habían conseguido que se les permitiera estudiar en la universidad y obtener un título que las facultara para trabajar. Desde 1888 podían examinarse siempre que se hubieran preparado por libre, fuera de las aulas, y para asistir a clase necesitaban un permiso especial y estar acompañadas por un hombre, pero ahora ya se había normalizado su acceso. Atrás quedaban los tiempos en que Concepción Arenal debía esperar encerrada en una sala hasta que un profesor iba a buscarla, la acompañaba al aula y volvía a escoltarla al terminar la clase. Ahora podían ser universitarias, sí, y María de Maeztu había puesto un empeño especial en que las muchachas de la Residencia de Señoritas cursaran todo tipo de estudios, no solo los tradicionalmente destinados a las mujeres, que solían estar

relacionados con la enseñanza o con los cuidados, con Magisterio y Enfermería como estudios más habituales.

Ahora podían ser universitarias, pero una cosa era licenciarse en Derecho y otra muy diferente era ejercer. Que una mujer pudiera desempeñar este oficio en los tribunales era un techo de cristal grueso y pesado que Victoria Kent, Clara Campoamor y Matilde Huici lograron romper.

Victoria Kent fue la primera colegiada en el Ilustre Colegio de Abogados de Madrid. Presentó su solicitud en diciembre de 1924 y fue aceptada en enero de 1925. Solo un mes después lo hizo Clara Campoamor, «la humilde costurerita» —así la llamaron en el *Ahora* por su origen humilde—; las dos serían las primeras diputadas del Parlamento español en octubre de 1931. Y en julio de 1926 se incorporaría al ejercicio de la abogacía Matilde Huici.

Cuando en 1934 Josefina Carabias entrevistó a Clara Campoamor, se sorprendió al llegar a su despacho y encontrarla cosiendo. Para entonces Clara era directora general de Beneficencia y, mientras duró la entrevista, no paró de sonar el teléfono —cincuenta veces, explica la periodista: «El ministro, el presidente del Consejo, los "altos cargos" de la República y un gran número de personas desconocidas tienen que resolver asuntos importantes con esta mujer»—; la abogada le habló de su origen humilde y de lo mucho que tuvo que coser cuando a los once años entró de aprendiza en un taller de costura del barrio de Maravillas. Su padre, periodista en *La Correspondencia de España* y republicano convencido —a su casa los regalos no los llevaban los Reyes Magos, sino la República—, había muerto un año antes y aunque su madre, costurera también, hizo todos los sacrificios posibles para que siguiera estudiando, las cuentas en casa no salían y Clara tuvo que cambiar los libros que tanto le gustaban por la aguja y el dedal para aportar a la familia los

tres reales de jornal. Más adelante trabajó de dependienta en una lujosa boutique, y aunque la retribución aumentó hasta las dos pesetas, Clara tenía otras inquietudes. Que eso significara mucho esfuerzo no la asustó: cada noche, después de haber pasado doce horas trabajando de pie en la tienda, se ponía a estudiar al llegar a casa. Se presentó a unas oposiciones de telefonista y las aprobó a la primera; luego opositó al Cuerpo de Telégrafos y de nuevo sacó la plaza a la primera. Mientras cumplía sus destinos en Zaragoza y San Sebastián, se propuso estudiar bachillerato. Corría 1920 y tenía treinta y dos años, pero eso no fue ningún impedimento. Siguió estudiando, siguió intentando progresar. Opositó para ser profesora de taquigrafía y mecanografía en las escuelas de adultas y sacó una plaza en Madrid con el número uno; allí, de vuelta en casa, Clara se matriculó en la carrera de Derecho y en diciembre de 1924 ya era licenciada.

Cuando se habla de ella, se mencionan sus logros políticos, lo mucho que trabajó y consiguió en favor de la igualdad; pero me llama poderosamente la atención lo que viene antes, una trayectoria que muestra una insólita brillantez: una mujer que apenas había podido ir a la escuela terminaba el bachiller a los treinta y cuatro años y lograba licenciarse en Derecho solo dos años después, mientras, pluriempleada, trabajaba como profesora y como secretaria del director del diario *La Tribuna*, traducía del francés y empezaba a firmar artículos en prensa. Fue una mujer que debió vencer muchas dificultades, luchar contra viento y marea para llegar donde llegó, para demostrar una solidez intelectual fuera de lo común. Era un prodigio.

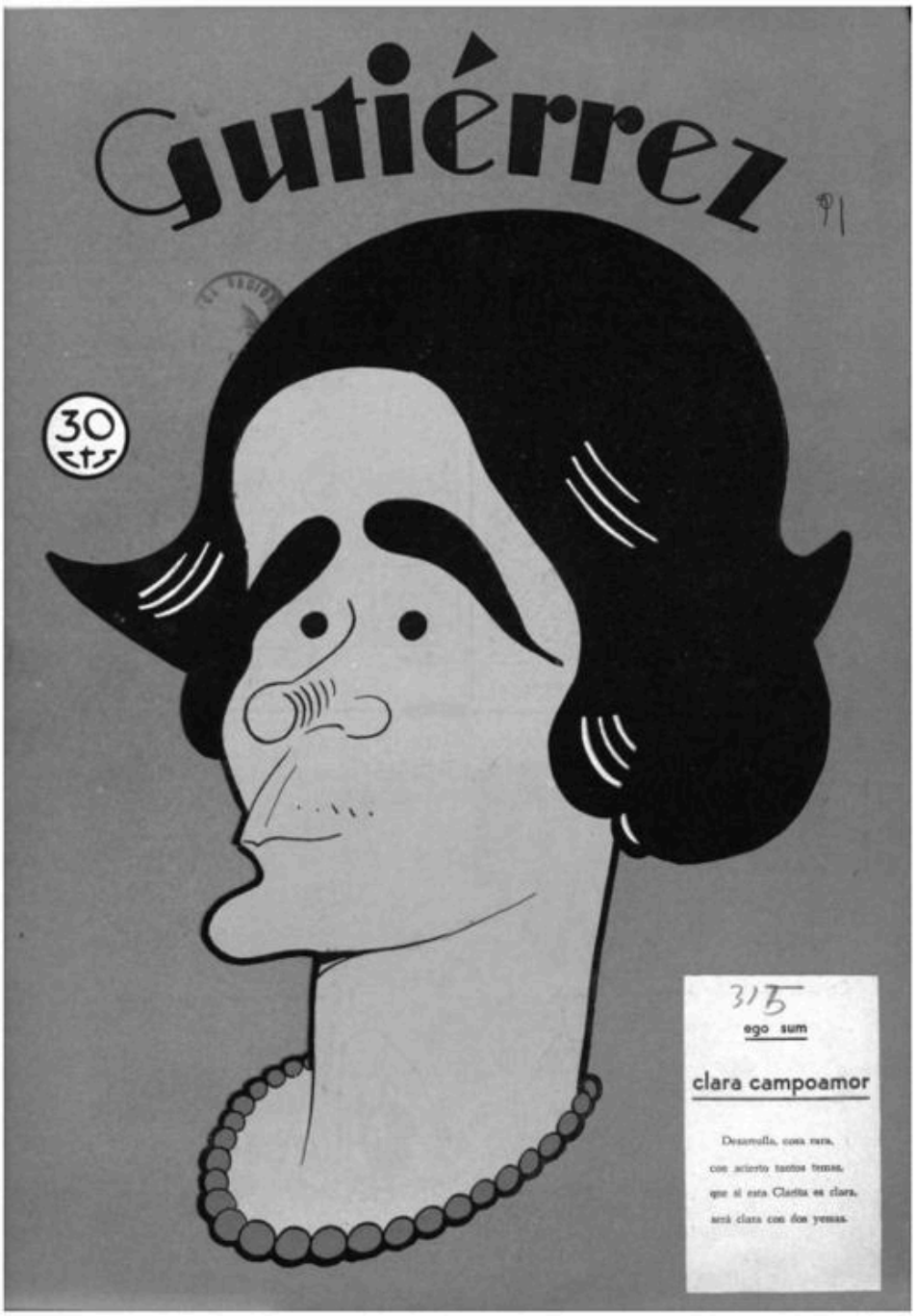
Antes incluso de licenciarse, Clara impartió varias conferencias acerca de la situación jurídica de la mujer en la Academia de Jurisprudencia; en cuanto acabó la carrera, se colegió en Madrid y

empezó a ejercer un oficio que la apasionaba. Su primera defendida fue una mujer que había sufrido rapto y estupro; víctima del abuso, había tenido un hijo y solicitaba al padre una pensión; no se celebró el juicio, pues llegaron a un acuerdo en el acto previo de conciliación. Desde aquel primer caso, Clara se implicó siempre en la defensa de las mujeres y en contra de las injusticias sociales. Abrió camino en la alta jurisdicción al ser la primera jurista en llevar ante el Tribunal Supremo debates vinculados a los derechos y a la condición legal de las mujeres.

Tras el advenimiento de la República, Clara se involucró en política: si llevaba años participando en asociaciones que reivindicaban derechos fundamentales, si llevaba años defendiendo en los tribunales causas relacionadas con los abusos laborales y la dignidad civil de las mujeres, solo había un lugar que le permitiría seguir luchando por esos derechos al más alto nivel: el Parlamento. Obtuvo un escaño en las Cortes Constituyentes por el Partido Radical y allí trabajó en la redacción de la nueva Constitución, se extenuó hasta conseguir el sufragio femenino, intervino de un modo muy activo en la aprobación de la ley del divorcio en 1932, en la ley que posibilitaba el matrimonio civil, trabajó con denuedo para que se aboliera la prostitución... Desde su posición política hizo de la coherencia un principio rector de la democracia representativa: se empleó a fondo en mejorar la vida del país que la había elegido, anteponiendo lo que creía bueno para España a su propia estabilidad política y conveniencia personal.

Clara Campoamor se implicaba al máximo en cada caso que defendía: para demostrar la inocencia de un hombre acusado de robar en el depósito del Canal de Isabel II donde trabajaba, dado que su jefe aducía que nadie que no conociera el lugar podía haber encontrado ese material, y menos sacarlo del recinto por su gran

volumen, Clara se coló dentro, robó una herramienta similar y se presentó en casa del director con ella; en cuanto la ley lo permitió, divorció a su compañera en el Lyceum Concha Espina y defendió a Josefina Blanco en su separación de Valle-Inclán: no solo logró que el juez diera la razón a Josefina —declaró a su marido culpable de desamparo de la familia y conducta inmoral y deshonrosa—, sino que le concediera la custodia de sus hijos, algo verdaderamente extraño en la época, y obligara al literato a pasarle una pensión —algo que, por otro lado, él nunca hizo—; la actriz, que había abandonado las tablas obligada por su marido, volvió a actuar con gran éxito.



Cuando repaso la trayectoria y los logros de esta mujer, me sonroja comprobar lo mal que se la trató. Tras lograr que la Constitución reconociera el derecho al voto de la mujer, Clara Campoamor obtuvo una enorme notoriedad, pero, a la vez, fue víctima del aislamiento político: celebrada como símbolo, quedó al

mismo tiempo marcada por haberse enfrentado a la disciplina de su propio partido y contra buena parte de la izquierda republicana. Durante la legislatura defendió con coherencia otras reformas civiles, pero en las elecciones de 1933, las primeras en las que votaron las mujeres, perdió su escaño, convertida paradójicamente en chivo expiatorio del giro conservador. Aceptó entonces la Dirección General de Beneficencia, cargo del que dimitió tras la dura represión de la Revolución de Asturias, negándose a avalar la violencia del Estado. Tras romper con su partido y sin encaje en las nuevas alianzas políticas, publicó *El voto femenino y yo. Mi pecado mortal* como defensa ética de su trayectoria. Cuando estalló la guerra civil, aislada, amenazada y sin protección política efectiva, abandonó España y emprendió un exilio definitivo del que nunca se la permitió regresar: aunque lo intentó varias veces, sobre ella pesaba una orden de busca y captura por pertenecer a la masonería.

Con su modo de actuar defendió la conciencia democrática sobre la lealtad partidista. No le importó enfrentarse a su propio partido. No le importó que la atacaran, que la insultaran, que renegaran de ella. Sabía, y así lo escribió, que el tiempo le daría la razón. Su exilio fue la consecuencia última de una lealtad sin concesiones a la democracia y a la conciencia individual. El precio que tuvo que pagar fue demasiado alto.

Todos los preceptos relacionados con la igualdad y los derechos fundamentales que se recogieron en la Constitución de 1931 siguen figurando hoy en nuestra Carta Magna de 1978. Así que cuando hoy se habla de los padres de la Constitución, no estaría de más recordar que también tuvo una madre que puso su talento al servicio del país, y no fue otra que Clara Campoamor.

Si Clara Campoamor era hija de una costurera, Victoria Kent era hija de un comerciante de tejidos. Sus padres eran un matrimonio liberal, de clase media, católicos pero no practicantes. Victoria nació en Málaga en 1892; no fue a la escuela, la educó su madre en casa y se preparó por libre el bachiller; en su ciudad estudió Magisterio Superior, pero al acabarlo quiso continuar estudiando y se inclinó por Derecho. Pensaba que los problemas sociales tienen una base jurídica y que para trabajar en su favor había que dominar esa disciplina. Para ello se trasladó a Madrid, y allí se alojó en la Residencia de Señoritas, donde se ocupó de la biblioteca; pronto se convirtió en discípula cercana y colaboradora de María de Maeztu, que la llevó con ella también como secretaria al Instituto-Escuela.

Victoria se graduó en 1924 y empezó a ejercer inmediatamente. Fue la primera mujer inscrita en el Ilustre Colegio de Abogados de Madrid. Lo hizo en enero de 1925 y en España solo se le adelantó Ascensión Chirivella, que se había colegiado en Valencia en 1922. En su estreno en los tribunales el 1 de mayo, la prensa contaba la noticia como un gran acontecimiento. Si los titulares son elocuentes —«La primera señorita que ejerce la abogacía en España logra un éxito forense», «Por primera vez en España, una señorita informa, como abogado, ante los Tribunales»—, los desarrollos de las noticias aún lo son más: destacan la voz tierna y aterciopelada de Victoria, su grácil cuerpo femenino y su elocuencia «brotada del corazón suavemente apasionado de una mujer». Los diarios siguieron el pleito como si se estuviera juzgando un caso mayor, cuando, en realidad, Victoria defendía a un acusado de atropello; pero la expectación de ver una mujer con la toga actuando en los tribunales era grande. En ese primer pleito, en el que Victoria Kent logró la absolución de su defendido, la sala se llenó de mujeres, amigas y compañeras —«una selecta representación de las mujeres

intelectuales»— que quisieron arropar a la letrada en su estreno. Las imagino protestando, silbando tal vez, cuando el abogado de la otra parte afirmó que el verdadero lugar para una mujer era el hogar.

Victoria Kent ejerció la abogacía con un claro compromiso social, sobre todo defendiendo a colectivos vulnerables y trabajadores; fue la abogada de los pescadores en la Confederación Nacional de Pósitos Marítimos y del Sindicato Nacional Ferroviario. Con la llegada de la República obtuvo un escaño en las Cortes Constituyentes por el Partido Radical Socialista. Su enfrentamiento con Clara Campoamor en el debate parlamentario ha hecho que Victoria haya pasado a la historia, de algún modo, como la mala de la película; esa actuación ha opacado su gran labor humanista, que desarrolló, por ejemplo, cuando fue directora general de Prisiones o durante la guerra civil.



EL SIGLO DE LAS MUJERES

Por primera vez en España, una señorita informa, como abogado, ante los Tribunales

MARIA VICTORIA KENT, INFORMANDO EN LA AUDIENCIA DE MADRID
(Fotografía obtenida por nuestro compañero Alfonso durante el juicio oral celebrado ayer.)

«Nada me puede ofrecer que me complazca más», respondió Victoria al presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, cuando la llamó por teléfono a casa para preguntarle si aceptaba ser directora general de Prisiones. Se convertía en la primera mujer en ejercer el cargo y su paso por él dejó huella. Haciendo suya la máxima de «odiar el delito y compadecer al delincuente» de Concepción Arenal, a quien admiraba profundamente, Kent humanizó las cárceles y las convirtió en lugares dignos: suprimió las celdas de castigo, las cadenas y los grilletes con que inmovilizaban a los reclusos; mandó cambiar los camastros inmundos donde dormían por colchones adecuados, puso calefacción —imaginemos lo que debía de ser pasar la noche sin calefacción en prisiones como la de

Burgos, donde encontró a un hombre con las manos totalmente llagadas por el frío en una de sus visitas—, llevó el agua corriente; aumentó el presupuesto para la alimentación de los presos, eliminó la obligatoriedad de asistir a la misa católica y estableció la libertad de culto; concedió permisos de salida a los reclusos que cumplieran ciertas condiciones, dispuso la liberación forzosa a los reclusos mayores de setenta años, colocó buzones para que los presos le enviaran sus quejas y sugerencias, llevó a las cárceles actividades culturales, como conferencias y conciertos... Todas estas medidas que hoy vemos básicas, razonables y exigibles, cuando las promulgó Victoria levantaron muchas ampollas: una parte del Cuerpo de Prisiones, y con ellos también una parte de la sociedad, la miraba con recelo, pues les parecía demasiado blanda; si una persona delinquía y tenía que pagar con cárcel, merecía un trato indigno y denigrante, y no era necesario velar por su bienestar. Su gestión fue breve: en 1932 renunció al cargo por la creciente oposición interna y la falta de respaldo político a unas reformas que, para muchos, resultaban excesivamente avanzadas, en un clima cada vez más hostil dentro del propio Cuerpo de Prisiones y de la Administración republicana.

Magda Donato escribió sobre ella en 1938: «En mis diversas actividades periodísticas he tenido repetidas ocasiones de hablar con delincuentes que fueron "huéspedes" de alguna cárcel de España cuando Victoria ocupaba el cargo de directora de Prisiones. Y todos, sin una sola excepción, evocan con agradecimiento las mejoras que en su existencia aportó aquella intervención femenina; todos la recuerdan con emoción y pronuncian su nombre con respeto». Su popularidad fue tan grande que hasta se la menciona en el famoso chotis del Pichi, de *Las Leandras*, que cantaba Celia Gámez: «Anda y que te ondulen / con la *permanén* / y *pa* suavizarte que te den *col-*

crem. / Se lo *pues* decir / a Victoria Kent, / que lo que es a mí / no ha nacido quién».

Victoria fue la primera mujer española que abrió bufete de abogados propio, la primera en actuar ante un consejo de guerra y en ocupar un cargo público. Aún volvería a ser diputada una vez más, en las elecciones de 1936, esta vez con las siglas de Izquierda Republicana; en 1937 fue nombrada secretaria de la embajada de España en París y desde allí llevó a cabo una intensa labor humanitaria, organizando la evacuación de niños y atendiendo a refugiados. En 1939, después de haber pasado diez meses escondida de la amenaza nazi, se exilió: primero viajó a México —donde siguió trabajando en la reforma penitenciaria— y después a Nueva York, donde acabaría su vida.

Del grupo de mujeres que impulsaron el Lyceum, de aquellas primeras fundadoras que se reunieron para poner en marcha el sueño de un club de mujeres, Victoria Kent es la que más tarde murió, en 1987. Vivió hasta los noventa y cinco años, y, activa hasta el final, en 1979 visitó España desde su exilio neoyorquino para presentar un libro de memorias. De otras fundadoras del Lyceum hay entrevistas escritas, biografías y alguna grabación de audio. Pero de Victoria hay una grabación en vídeo, todo un programa *A fondo* donde conversa con Joaquín Soler Serrano durante una hora. Me sorprende encontrar en ella, que tenía fama de dura y distante, una mujer cálida y risueña; es muy segura de sí misma, pero resulta cercana a la vez. Esa entrevista me parece un testimonio valiosísimo: es un privilegio escuchar a una de las protagonistas del debate parlamentario sobre el sufragio contar cómo transcurrió y, entre risas, concluir: «Clara Campoamor quería sacarlo a todo trance y en las siguientes elecciones, ella no salió y yo tampoco»; Victoria matiza su posición e insiste en que nunca estuvo a favor de suprimir

por completo el derecho al voto femenino, pero creía firmemente, y lo sigue creyendo tantos años después, que en 1931 la mujer no estaba capacitada para ejercer ese derecho. Cuando Soler Serrano le pregunta si en el momento de la entrevista ya lo estaba, Victoria dudó y, riendo, contestó: «Se va capacitando». Para la abogada malagueña, en 1979 aún era un proceso en curso.

Es muy revelador escuchar a Victoria responder con un tajante «¡no!» a la pregunta de si es feminista, para a continuación contradecirse y añadir: «Mi feminismo es...», y explicar que cree firmemente en la igualdad de derechos y deberes entre sexos. Tal vez no le gustara esa etiqueta, pero su ejemplo y su trayectoria vital la sitúan dentro del feminismo más comprometido.

La tercera pionera en el ejercicio de la abogacía en Madrid fue Matilde Huici. Nació en Pamplona en 1890, y se formó en dos disciplinas que le interesaban profundamente y la preocupaban en igual medida, con una convicción que nunca abandonó: la educación, y muy especialmente la infancia, era el lugar donde se jugaba el porvenir moral de la sociedad. Maestra primero, inspectora después, llegó a Madrid para completar su formación en la Escuela Superior de Magisterio y encontró en la Residencia de Señoritas un espacio de exigencia intelectual y disciplina interior, bajo la influencia decisiva de María de Maeztu y del ideario institucionista.

Pronto amplió su campo de trabajo hacia la sociopedagogía y el derecho penal, disciplinas que entendía no como saberes abstractos, sino como instrumentos para intervenir en la realidad. Se licenció en Derecho y se especializó en la protección de menores, ámbito en el que desplegó una actividad incansable: tribunales, asociaciones, informes, propuestas de reforma… En el Tribunal de Menores, donde pudo ver de cerca la tragedia que rodeaba a muchos de los niños

que delinquían, defendió una justicia atenta a la persona y no solo al delito, y sostuvo que la educación, el afecto y la responsabilidad social debían sustituir al castigo ciego. Su paso por la Junta de Ampliación de Estudios, con estancias formativas en Europa y Estados Unidos, consolidó una mirada comparada y avanzada, siempre orientada a la aplicación práctica.

Igual que otras liceístas, Matilde estaba convencida de que la formación era la clave para la igualdad efectiva. Su militancia política fue sobria y constante: republicana sin concesiones, rechazó cargos durante la dictadura de Primo de Rivera y, llegada la Segunda República, asumió responsabilidades en la reforma de menores. Formó parte de la Comisión Jurídica Asesora del Ministerio de Justicia y participó en la redacción del código penal de 1932. También fue delegada de España en la Comisión de Protección a la Infancia y a la Juventud.

Durante la guerra civil, trabajó en la protección y evacuación de niños. Al acabar la contienda se exilió en Francia, donde colaboró con organismos de ayuda a los refugiados antes de emprender el viaje definitivo a Chile. Allí, Matilde volvió a empezar: no pudo ejercer la abogacía, pero encontró el espacio donde culminar su vocación pedagógica. Se dedicó de lleno a la formación de educadoras de párvulos, convencida de que la primera infancia era el cimiento de toda sociedad justa. Desde la Universidad de Chile y otras instituciones públicas, contribuyó decisivamente a la modernización de la educación preescolar en el país. Allí su trabajo dejó una huella duradera que aún perdura hoy.

5

LA CASA DE LOS NIÑOS

La sección social se pone a trabajar

Desde que tengo memoria recuerdo mi casa llena de libros. Mi madre es una gran lectora y mi abuela también lo era. Fui una niña privilegiada: nunca me dijeron que no a un libro y durante muchos años seguimos el ritual, casi una liturgia, de ir los sábados por la mañana mi madre y yo a la librería, elegir una pila de libros cada una y volver a casa a leer. En cuanto abríamos la puerta, no había niña: con una avidez voraz me refugiaba detrás de los libros nuevos, promesas de historias emocionantes y de horas felices, y me tenían que arrancar de mi habitación para sentarme a comer o hacer cualquier otra cosa que no fuera devorar palabras.

Tendría cinco o seis años cuando mi madre trajo a casa dos preciosos cuentos: uno se titulaba *Rosa caramelo* y contaba la historia de una pequeña elefanta que vivía en una manada donde los elefantes eran grises y las elefantas de color rosa. Eso no era así desde que nacían: para lograrlo, ellas tenían que comer anémonas y peonías, que sabían fatal pero aclaraban la piel y ponían los ojos muy brillantes. Para embellecerlas aún más, sus mamás les ponían zapatitos, cuellos y lazos del mismo rosa al que se tenían que parecer, porque si no, no encontrarían un elefante guapo que quisiera casarse con ellas. Las flores crecían dentro de un jardín vallado, y allí, dentro de la cerca pasaban el día las elefantas, mientras que los elefantes jugaban en el río, se revolcaban en el

barro y paseaban por la sabana. Pero una elefanta, Margarita, era distinta a las demás y por más flores que comiera no se ponía ni un poquito rosa. Margarita miraba a los elefantes con envidia desde dentro del cercado, hasta que un día se atrevió: salió del jardín, se quitó lazos y adornos y se fue a jugar en el barro con ellos. Sus compañeras elefantas no daban crédito a semejante transgresión, temerosas de lo que pudiera pasar. El miedo se transformó en recelo, después en asombro y, por último, en una envidia tan grande como la que Margarita había sentido antes de desobedecer. Y, poco a poco, ellas también se atrevieron a salir. Ninguna quiso volver a entrar a ese jardín que las encerraba.

El otro cuento era *Arturo y Clementina*, dos tortugas que se enamoran mientras pescan su cena al borde de un estanque y empiezan una vida juntos. Clementina es entusiasta, sueña con hacer nuevos amigos, viajar y descubrir lugares nuevos, conocer Venecia. Pero en cuanto empieza la convivencia, es Arturo quien sale a pescar para los dos y hace que ella se quede descansando. Una tarde, Clementina se atreve a contarle a Arturo cuánto se aburre todo el día sola, pero él le contesta que solo se aburren los tontos y ella piensa que, si se aburría, tal vez lo fuera. Cada día, Valentina idea algo que la haría feliz: aprender a tocar la flauta, pintar, leer. Y cada día, cuando se lo cuenta a Arturo, él le dice lo absurda que es su idea y le repite que no será capaz de aprender. Para demostrarle su amor, le lleva regalos: en lugar de la flauta que quería tocar, le regala un tocadiscos que ata a su caparazón; en lugar del caballete y las pinturas, le regala un cuadro que también le ata encima; en lugar de su ansiado viaje a Venecia, le regala un jarrón de cristal de Murano. Clementina cada día se siente más tonta: si se lo decía Arturo, que sabía tanto, debía de ser verdad. Y cada día le cuesta más arrastrar su pesado caparazón cargadísimo de regalos valiosos

para Arturo e inútiles para ella. Cuando Arturo le pregunta qué haría sin él, Clementina no puede menos que darle la razón: sentía que no valía para nada. Hasta que un día, nuestra heroína se arma de valor, deja atrás su caparazón y sale a dar un paseo. Y ese corto paseo se convierte en otro más largo al día siguiente, y en otro más largo aún a los dos días, hasta que se siente tan bien y tan libre que no vuelve. Arturo, claro, no lo entiende y piensa que es una ingrata por no saber apreciar todos los regalos que le ha hecho, por no valorar su amor y lo mucho que la cuidaba.

Las autoras de los cuentos son Adela Turin y Nella Bosnia. Los dos pertenecen a una colección que a principios de los años setenta crearon las autoras italianas, *«Dalla parte delle bambine»*, y que en España publicó la modernísima editora Esther Tusquets en Lumen, con el título «A favor de las niñas». Tal vez hoy no parezcan tan avanzados, pero en 1976 eran rompedores.

Esto, para mí, fue parte de la magia. ¿De las niñas? ¿Una colección de cuentos a favor de las niñas? Busco hoy, ya con ojos adultos, el significado de la expresión y pienso que ojalá hubiera podido apreciar entonces todos los matices: «a favor» significa en beneficio y utilidad de alguien, pero «favor», a secas, también significa ayuda o socorro, auxilio y amparo.

Adela Turin, Nella Bosnia y Esther Tusquets entendieron que una de las grandes herramientas para cambiar la sociedad en la que vivimos es la educación para la igualdad. María de Maeztu lo había entendido mucho antes de fundar el Lyceum, y lo estaba poniendo en práctica en la Residencia de Señoritas y en el Instituto-Escuela. También lo sabía Consuelo Bastos, la principal artífice de ese proyecto maravilloso, importantísimo para las madres obreras y para sus hijos, que fue la Casa de los Niños.

A finales de los años veinte, cada pocos días la prensa traía una noticia que hablaba de delincuencia infantil. Puedo imaginar a este grupo de mujeres poco después de inaugurar el club comentando las noticias de los periódicos en uno de los salones; por ejemplo, una tarde de mediados de enero, con el diario *El Sol* en la mano, preguntándose unas a otras si han leído la información que habla de los casos más pintorescos de estos niños delincuentes, raterillos los más, que empleaban métodos muy imaginativos para cometer sus hurtos.

Me imagino, en esa tarde invernal, a Consuelo Bastos leyendo en voz alta, indignada, la historia de esos niños: unos recogían las frutas y verduras que los descargadores del mercado de la Cebada, chavales solo un poco mayores que ellos, dejaban caer a propósito mientras llevaban la mercancía al almacén: hurtaban al cabo del día, decía el periódico, kilos de naranjas, tomates, patatas, pimientos, alcachofas o berenjenas, que luego vendían en la puerta de otros mercados a un precio más bajo que el de los puestos. A otros niños eran sus propios padres quienes los alquilaban a los carteristas, que les enseñaban a robar carteras, relojes y alfileres de corbata mientras los llevaban en brazos. Había hasta una cotización: cuanto más bajos y más menudos, más pagaban por ellos. Y había también niñas timadoras: salían a la calle llevando en la mano una botella de agua mezclada con almidón que hacían pasar por leche; tropezaban con los viandantes y en el choque la botella se hacía añicos contra el suelo, ellas rompían a llorar y el viandante, compadecido, les pagaba la leche. Llegaban a romper diez o doce botellas al día. Eran niños, diría Consuelo enfadada, manipulados por los adultos para delinquir.

Victoria Kent le contestaría que el número de casos que se reportaban era alarmante: en el último año y medio se habían

instruido en el Tribunal Tutelar para Niños más de dos mil expedientes.

Podría llegar en ese momento Julia Peguero, otra de las fundadoras del club y vocal del Tribunal, y contarles que la tercera parte de los niños procesados, más de doscientos cincuenta, eran menores de diez años, y casi doscientos eran menores de ocho. Y los delitos no eran meros hurtos o mendicidad, qué va, a pesar de la muchísima que había. Los procesaban también por falsificación de moneda, por disparo de arma de fuego e incluso por alcoholismo. ¡Con ocho años!

Tal vez ahí sería Matilde Huici, que además de ser licenciada en Derecho era maestra y había sido inspectora escolar, la que intervendría para preguntarles si habían leído la noticia que traía la prensa unos días atrás sobre una mujer que tenía veinticinco años y diez hijos. Ese era, diría, uno de los factores que empujaban para que se llegara a esta situación: el número exagerado de hijos en las familias, pues ocho de cada diez tenían más de cinco criaturas; por otro lado, también ayudaba el elevado porcentaje de niños que no iban a la escuela o, si lo hacían, tenían una alta tasa de absentismo escolar, y en la calle se juntaban con chavales mayores o con adultos que los maleaban. Las madres tenían que ocuparse más de ellos. Pero ¿cómo iban a hacerlo si se pasaban el día entero trabajando? Y, aun así, en muchos casos no les llegaba para alimentar a sus hijos, para vivir con un ápice de dignidad.

Consuelo Bastos, enfermera, tomaría de nuevo la palabra y les contaría, aún reponiéndose del espanto, lo que veía a diario en el hospital donde trabajaba: niños que se habían caído al brasero y tenían el cuerpo lleno de cicatrices, o que llegaban escaldados por haberse tirado por encima el puchero de agua hirviendo; niños que habían bebido lejía y se habían abrasado la garganta; niños a los

que había mordido un perro o habían sufrido la coz de una mula; niños atropellados...

—¿Sabéis lo que se encontró el otro día una de mis visitadoras? —preguntaría Nieves González Barrio—. Un niño que por falta de camas tenía que dormir con su padre, y el hombre es tuberculoso. Era cuestión de días que se contagiara. Y a la Escuela de Puericultura llegó hace unos meses una mujer con el único hijo que le vivía; se le habían muerto tres, uno de meningitis y los otros dos de raquitismo, y este que traía llevaba el mismo camino. Cuando llegó, el crío pesaba dos kilos y en dos meses, con la alimentación que le dimos en la Escuela, llegó a los ocho.

Tal vez fuera Rosario Lacy, ginecóloga, quien continuara contando que las tasas de desnutrición y de mortalidad infantil eran altísimas, muy superiores a las del resto de Europa; por cada mil niños que nacían en España, morían ciento quince. En Europa eran setenta. Aquí morían muchos más niños que en otros países europeos.

En una conversación como esa, donde cada una compartiría su conocimiento y su experiencia, habrían llegado a la clave del problema. Los niños estaban desatendidos, ya fuera porque las madres estaban criando a otros muchos hijos o bien porque tenían que trabajar fuera de casa, porque estaban solas o el jornal de su marido no alcanzaba para vivir. La solución no pasaba por aumentar la vigilancia ni por la existencia de tribunales específicos para niños, que, aunque eran necesarios, llegaban cuando ya era tarde. Había que poner remedio antes, cuando los niños eran muy pequeños. Y ayudar a los niños pasaba por ayudar a las madres.

Había que hacer algo, y Consuelo Bastos tenía una idea.

En 1927, las socias que formaban la sección social del Lyceum —muchas de ellas madres, destaca la prensa, que no puede evitar

incidir en el instinto maternal— no tardaron mucho en proponer una iniciativa verdaderamente innovadora para la España de la época: un lugar donde las madres trabajadoras pudieran dejar a sus hijos durante su jornada laboral, con la seguridad de que allí serían atendidos y cuidados.

No se trataba de un parvulario como los que ya existían ni de una guardería como tal; tampoco de un sanatorio ni de un hospicio: lo que proponían era una institución laica, sin presencia de las sempiternas monjas que regían en cualquier centro educativo en aquellos años, que acogiera a niños que aún no podían ir a la escuela, desde los dos años —prácticamente bebés—, que no separara a los niños por sexos y que abriera en un horario mucho más amplio que los centros escolares para que las madres obreras pudieran dejar a sus hijos antes de entrar a trabajar y los recogieran a última hora, ya cenados. Porque allí, además, les darían sus tres comidas —desayuno, comida y merienda-cena—, los sacarían a jugar al jardín para que les diera el sol, y un médico supervisaría que crecieran fuertes y sanos. Visto con los ojos de hoy, tal vez no nos parezca tan innovador: estamos acostumbrados a que existan guarderías públicas, a dejar a los niños en el turno de «madrugadores» antes de ir a trabajar o a que se queden allí a comer; pero en 1926, los pocos grupos escolares que contaban con parvulario —privados y religiosos la mayoría de ellos— no admitían a los niños antes de los cuatro años, no todos tenían comedor, y los que lo tenían ofrecían solo el almuerzo, no el desayuno ni la merienda-cena; estaban segregados por sexos, el horario escolar era el habitual y no había supervisión médica ni se observaban hábitos de higiene más allá de lo básico en una escuela. Hace un siglo, una propuesta como la que estaban gestando en el Lyceum Club era algo absolutamente rompedor.

Tenían ideas. Tenían un objetivo. Y tenían un nombre: la Casa de los Niños.

En su artículo de *El Sol*, Victoria Kent explicaba la motivación del club apelando a que, en algunos hogares, la vida era una maldición: «Queremos tomar a nuestro cuidado niños de malas viviendas, [...] para darles algo de lo que les falta; queremos hacerlos fuertes, que es hacerlos alegres; queremos tenerlos limpios, que es tenerlos sanos; queremos arrancar vidas a la muerte; queremos tributar a la vida lo que la vida reclama: optimismo, vigor para la lucha, alegría en el trabajo».

El del Lyceum no era el primer intento que se hacía en esta dirección: diez años atrás, Margarita Nelken había participado en la puesta en marcha de otro proyecto llamado igual que no prosperó por falta de medios. También estaba el Asilo de Lavanderas para los hijos de las mujeres que lavaban en el Manzanares, regido por monjas de la caridad.

Pero esto era otra cosa, mucho más moderna y ambiciosa. Y el empuje de estas mujeres, que ya habían logrado un hito como poner en marcha su controvertido club resistiendo insultos y ataques, era lo bastante grande para intentarlo. Sabían que era posible. Esta vez sí. Y serían ellas quienes lo iban a conseguir.

Dentro de la sección social se formó un comité presidido por Consuelo Bastos, principal impulsora del proyecto, con Victoria Kent como secretaria y Gloria de Luna como vocal.

En el proyecto anuncian que la casa acogerá a niños de dos a seis años —aunque luego lo incumplirán y permitirán la entrada de niños aún más pequeños, después de ver la necesidad de las familias— y estará abierta muchas horas, de ocho de la mañana a ocho de la noche, para abarcar los distintos turnos de trabajo y «reemplazar los

hogares tristes sin pan y sin sol por otro más sano, más limpio y más alegre». También ponen especial acento en que los niños recibirán un «cuidado maternal» en tres ámbitos igual de importantes: la educación, la alimentación y la higiene.

Tengo en mis manos el documento y me emociona ver la sobriedad con la que lo han preparado. Es un folio, no está pensado aún para servir como material publicitario, sino, de momento, como texto informativo: saben que para recibir apoyos van a tener que hacer una intensa labor de difusión y se ofrecen a explicar su proyecto todos los días, mañana y tarde, en la sede de la calle Infantas. Aun sin ser un folleto publicitario, el diseño es elegante: está impreso a dos tintas, con el texto en azul y encabezado por el logo naranja del Lyceum, color que también destaca en mayúsculas LA CASA DE LOS NIÑOS cuando se la menciona dentro del texto. Ese color distinguiría tanto al club que cuando el escritor Ricardo Baeza mencionó en un artículo sobre China «el peligro anaranjado», hubo periodistas que lo entendieron como una referencia velada al club del que su mujer, María Martos, era socia fundadora.

El reglamento del Lyceum recogía un apartado interesante que decía mucho de su voluntad: establecía que cuando un proyecto nacido en el seno del club adquiriera una entidad que excediera su capacidad, se podría crear una fundación gestionada por un patronato con personalidad jurídica propia y con total independencia a la hora de tomar decisiones. Las fundadoras del Lyceum querían que sus proyectos volaran, que no se quedaran constreñidos por su capacidad económica o por falta de personal. Eso hicieron con la Casa de los Niños: una vez que el proyecto tomó cuerpo y se hizo oficial, aunque seguiría vinculado al club, el comité tendría entidad jurídica propia. Para entonces, Victoria Kent se descuelga del comité, Consuelo Bastos seguirá al frente, Gloria de Luna continuará como

vocal y entran otras asociadas dispuestas a implicarse: María Güell, Elvira Gancedo, Luz Sela y Camila Ventura.

Para poner en marcha la Casa de los Niños hace falta dinero. Por un lado, el comité buscará donaciones puntuales y suscripciones que aporten soporte económico todo el año, pero necesitan un empujón extra para empezar. Lo primero que hacen es organizar una fiesta para recaudar fondos. El lugar elegido es de ensueño: una hermosa mansión propiedad de una de las liceístas, la hispanista holandesa Nonnie Reineke de Van Eeghen, en la Quinta de la Fuente del Berro.

La convocan la tarde del 20 de mayo y para que todo el mundo pueda asistir, a pesar de lo alejado que está del centro, ponen un servicio de autobuses que sale desde la plaza de Cibeles cada quince minutos y circularán hasta las diez de la noche, para devolver a los asistentes de vuelta al centro de Madrid. Eso es poderío: debieron de invertir un buen dinero en ello, además de hacer un importante esfuerzo organizativo, sabedoras de que lo que iban a obtener lo compensaría con creces. Para que nadie quiera perdérselo anuncian «varietés», que organizaría Carmen Monné, refrescos, baile y una actuación muy especial: la de la bailarina gitana Custodia Romero, la Venus de Bronce, que se había prestado a actuar gratis para un fin tan noble.

La dueña de la casa construyó un escenario semicircular al aire libre, enmarcado por los árboles y rosales de la finca, donde la bailarina mostró su arte y lució coloridos vestidos, mantones de Manila y un sombrero calañés. Tras la actuación se sirvió una merienda y unas muchachas vestidas de holandesas vendieron flores cortadas de la finca, que había donado generosamente su propietaria —Van Eeghen era una experta en horticultura y cultivaba tulipanes; había hecho traer de Holanda a diez jardineros

para sembrarlos y cuidarlos— para aumentar la recaudación, mientras actuaba una *jazz-band*.

En el inmenso parque que rodeaba la casa, nada menos que trece hectáreas a las que años atrás habían llamado los «nuevos Campos Elíseos» y que hoy es un parque público, Van Eeghen aprovecha una gruta que existe bajo una escalinata, la adorna con calaveras, búhos y gatos, y coloca pequeños braserillos en los que quema incienso y maderas aromáticas, para que Elena Fortún, que por entonces estaba aprendiendo quiromancia, disfrazada con una toca que le cubría la cara y gafas ahumadas para que no la reconocieran, leyera el destino en las líneas de la mano a cambio de un donativo. «En un momento se reunió un buen montón de duros», recordó la escritora años después, cuando en 1936 la entrevistaron con motivo de la publicación de su libro sobre quiromancia titulado *El mapa del destino en la palma de la mano*.

A continuación, organizan una exposición de juguetes en los salones del club, que reúnen a partir de donaciones desinteresadas de socias y de los artesanos de Arganzuela y la Ribera de Curtidores, y que pondrán a la venta desde cincuenta céntimos. En cuanto reciben una preciosa casa de muñecas, donada por Adela y Lolita Rivas Cherif y hecha por ellas mismas con todo detalle, se dan cuenta de que despierta la admiración de los visitantes y, como no se les escapa nada, deciden retirarla e imprimir unas papeletas para rifarla; también sortearán un cuadro del pintor valenciano Enrique Simonet. Además, el día de la rifa organizarán una fiesta para la que cobrarán entrada: dos pesetas por cada niño que acuda, al que darán un número para el sorteo y un regalo; los mayores que lo acompañen tendrán que pagar una peseta por entrar. A juzgar por los resultados, debió de ser un éxito, porque, tras la exposición, la

rifa y los primeros donativos, el comité responsable de la Casa de los Niños había reunido siete mil pesetas.

En la España de 1927 era una cantidad considerable, pero bastante alejada de lo que necesitaban siquiera para empezar: solo para la construcción necesitaban veintinueve mil. Y eso por no hablar de que les hacía falta un lugar donde construirla. Así que tocaba mover algunos hilos, y eso hicieron. Para ello tenían a la mejor líder que podían encontrar.

Consuelo Bastos pasó su infancia en una casa con jardín.

La información que encuentro sobre ella me hace dibujarla en mi imaginación como una mujer muy inteligente y con mucho empuje, con una fuerte personalidad de la que hizo gala desde joven, cuando con veinte años sorprendió a sus padres anunciando que estaba enamorada de su tío, once años mayor que ella, y que se iban a casar. Trabajó toda su vida como enfermera, a pesar de que no se había formado para ello: aprendió el oficio ayudando a su marido, cirujano militar, en un quirófano improvisado en el Hospital Civil de Málaga durante el desastre de Annual, y lo ejerció hasta el final, incluso cuando en los últimos años de su vida sufrió una enfermedad del corazón que la debilitó.

En mi dibujo también la veo como una mujer muy maternal, con un fuerte instinto —crio cinco hijos—, pero sin renunciar por ello a los continuos viajes al extranjero en los que acompañaba a su marido para asistir a congresos y cursos. Disfrutaba de toda la ayuda que le permitía su posición, pero también tenía la voluntad y el afán de salir, de ver mundo, de relacionarse con los médicos y científicos de otros países, que le aportaban una enorme riqueza intelectual y profesional que ella absorbía.

Por las mañanas, Consuelo ejercía de enfermera instrumentista hasta pasado el mediodía, y dedicaba el resto de la tarde al Lyceum. Y eso que, si hacemos caso a *Una vida de mujer*, el libro que le dedicó su marido tras su trágica muerte —Consuelo se cayó por unas escaleras en Asturias antes de empezar una cena en homenaje al doctor Bastos, se dio un fuerte golpe en la cabeza y murió nada más ser intervenida, a los sesenta y cinco años—, no era muy dada a participar en reuniones femeninas y sentía «franca repulsión por los tés de señoras distinguidas». No se explica, escribe él, cómo es que a su mujer le interesó un club —un casino, decía citando a las malas lenguas— donde se reunían mujeres ociosas. Ahí haría falta poner un asterisco y explicarle a Manuel Bastos que lo que a su mujer no le gustaba era la conversación banal, las encorsetadas convenciones sociales, la pantomima que había que fingir en esos encuentros. Consuelo se dio cuenta desde el primer momento de que el Lyceum no era un sitio más donde tomar el té, sino algo muy afín a su carácter y a su forma de ver la vida, un espacio que le permitiría desarrollar sus ideas y opiniones, un lugar donde no se pondría en tela de juicio su valía o lo atinado de su pensamiento: allí estaría rodeada de mujeres como ella, que pensarían que los sueños son posibles y la apoyarían en su empeño.

Pero Manuel, después de cuestionar que su mujer se sintiera atraída por un club así, se apresura a explicar que no, que el Lyceum no era ese lugar que los malintencionados difamaban, pues sus propósitos eran nobles. Se queda más tranquilo al comprobar que sus socias son esposas de intelectuales y de hombres con profesiones liberales, mujeres que suelen colaborar con ellos en sus trabajos igual que Consuelo lo hace con él. Eso sí, no puede evitar tildar de solteronas a las que no estaban casadas.

Sigo leyendo ese capítulo y veo que Consuelo logró convencer a su marido de las bondades del club, aunque no tengo claro que llegara a entenderlo del todo, a tenor de su explicación: «Quedaba, pues, bien claro que aquel club era femenino, pero no feminista. No se había creado con miras reivindicatorias, ni mucho menos con fines políticos. No era ni tenía por qué ser un club de sufragistas y para nada entraba en sus fines la defensa de lo que se llaman los derechos de la mujer». ¿Sería una táctica para que su marido no se preocupara y rechazara su pertenencia? ¿O tal vez él prefirió entenderlo así, pasar por encima lo que le parecía cuestionable y apoyar los proyectos de su mujer, a la que adoraba y a la que siempre respaldó? El Lyceum estaba en los periódicos un día sí y el otro también, no parece probable que no se enterara de que desde el club se estaban pidiendo unos cambios en la ley que no le parecían en absoluto necesarios.

Tan bien lo hizo Consuelo al frente de la Casa de los Niños que el alcalde de Madrid, Rafael Salazar Alonso, le propuso ser concejala en la corporación que presidió cuando se suspendieron los ayuntamientos de izquierdas tras la Revolución de 1934 —bueno, más bien se lo propuso a su marido, a quien escribió pidiéndole permiso, igual que se pedía la mano de una mujer a su padre— y se comprometió con ella a crear más Casas de los Niños en otros barrios de Madrid que gestionarían desde el comité que ella presidía, pues lo harían, no tenía duda, mucho mejor que los funcionarios municipales. Estuvo en la corporación muy poco tiempo; en principio su presencia allí se iba a limitar a lo relacionado con los niños, pues formaba parte de varios patronatos relacionados con la protección de la infancia y con la educación especial, pero cada vez le demandaban que se implicara en nuevos asuntos en los que no tenía más competencias que su sentido común, lo que la abrumó y la llevó

a renunciar. Este breve paso por el ayuntamiento radical le traería funestas consecuencias: al estallar la guerra civil, su nombre estaba en una lista negra que la acusaba de derechista intolerable y merecedora de castigo, y eso la obligó a dejar de trabajar y a confinarse en su casa durante meses, a vivir escondida y temerosa de que en cualquier momento la fueran a buscar.

Consuelo demostró su enorme coraje durante la guerra: durante su confinamiento estableció una red de captación de alimentos, enviaba a sus hijos a las colas para conseguir comida y productos básicos; abrió su piso, en el bajo del edificio, como refugio para los vecinos durante los bombardeos, e hizo todas las gestiones posibles para mejorar la situación de su marido, caído en desgracia y sometido a un consejo de guerra una vez acabada la contienda; de nuevo ella fue clave en retrasar todo lo posible la fecha de celebración del juicio, recurriendo a influencias de amigos y conocidos, porque sabía que si lograba recabar testimonios de personas relevantes acerca de su marido, conseguiría aligerar la pena; y una vez que fue condenado a prisión, logró, de nuevo valiéndose de sus influencias, que los médicos certificaran que la depresión en la que había caído el cirujano era tan severa como para no poder estar recluido en un penal, y que a cambio lo ingresaran en un manicomio donde ella se hizo internar también para estar con él. «Aquel dechado de feminidad era al mismo tiempo viril de corazón», escribe su marido para destacar su fortaleza. Y no deja de ser curioso que para hacerlo, retomando las tesis de Marañón, destaque que ese valor es gracias a una presunta virilidad: si no fuera por esa parte masculina, una mujer nunca lograría ser valiente.

El mismo arrojo que demostró Consuelo Bastos para ayudar a su marido durante la guerra lo había probado también cuando hubo que conseguir apoyos para poner en marcha la Casa de los Niños. A

Consuelo le bastó «una visita al mandamás de entonces», que era el conde de Vallellano, para conseguir que el municipio le cediera un amplio terreno en los jardines del Canal de Lozoya, junto a los depósitos del Canal de Isabel II, en Cuatro Caminos, para levantar la Casa de los Niños. Ya la tenía en la cabeza: sería blanca, con una franja roja de ladrillo que rodearía su contorno. Sería grande y espaciosa, aunque todo en ella iba a ser pequeñito, del tamaño de los niños. Sería su paraíso en miniatura.

Y tendría jardín.

Un buñuelo caliente o un viaje en tranvía

Cuatro Caminos era entonces un barrio popular, obrero. Si el siglo XIX llevó hasta él varios cementerios, en el primer tercio del siglo XX se instalaron fábricas y se construyeron casas donde pudieran vivir los trabajadores. Hasta allí llegaba el tranvía desde 1880 y desde 1919 estaba conectado por el metro con la Puerta del Sol; los separaban solo tres kilómetros y medio, pero en ellos cabía un mundo. Cuatro Caminos era el extrarradio de la ciudad: donde acababa el barrio comenzaba Tetuán, que ya no pertenecía al término municipal de Madrid, sino a Chamartín de la Rosa, municipio vecino. Era un barrio obrero, de jornaleros y peones de la construcción, de casas bajas, de una o dos plantas, lleno de fábricas y de solares, y lleno también de tabernas donde los obreros se reunían y soñaban con un futuro mejor, con mejores trabajos y con más derechos.

Cuatro Caminos es el barrio donde vive Matilde, la protagonista de *Tea Rooms*. De su autora, Luisa Carnés, decía Ernestina de Champourcin que era una obrera que escribía de noche, cuando llegaba a casa del taller.

Al principio de *Tea Rooms*, Matilde ha ido a hacer una prueba para trabajar en una oficina en uno de esos barrios buenos lejos del suyo. El anuncio ya avisa de que, en caso de ser la elegida, el jornal no sería muy alto: «Urge mecanógrafa modestas pretensiones», dice. Al salir de la prueba, mientras piensa en la cantidad de oficinas parecidas que ha visitado sin éxito en los últimos diez meses, pasa por la puerta de un bar donde fríen buñuelos, y su estómago, que ya no se acuerda de las patatas viudas que ha comido a mediodía, ruge con el olor de la mantequilla y el anís. En su cartera solo hay diez céntimos, que guarda para coger el tranvía de vuelta a casa, y en ese momento, la joven tiene que decidir si gastar esas monedas en comer o en aligerar el largo camino de vuelta en esa tarde de lluvia que se cuela por los agujeros de sus zapatos rotos y le moja los pies. La casa de Matilde bien podría ser la de una de las familias que acuden a la Casa de los Niños: madre y cinco hijos, Matilde la mayor de ellos, que como toda cena comparten un trozo de queso en esta primera escena de la novela.

La propia Carnés podría haber vivido eso que le sucede a Matilde. Nació en 1905, en una familia muy humilde del barrio de Las Musas —hoy barrio de las Letras— que pronto se mudó a Chamberí; era la mayor de seis hermanos, y en cuanto cumplió los once años —edad legal para trabajar—, tuvo que dejar la escuela para ayudar a su familia. Mientras trabajaba como aprendiza en un taller de confección de sombreros, la lectura era su forma de escapar de la realidad; devoraba los folletines que salían en la prensa y los clásicos rusos que sacaba de la biblioteca popular del barrio.

Carnés volcó en su literatura su experiencia personal, la vida humilde que conoció y una conciencia de clase que adquirió desde muy joven. *Tea Rooms* es un retrato certero y crudo de la dureza de la vida para quien nace en el lado menos favorecido. También otras

de sus obras, como *Natacha* o «La ciudad dormida» —uno de los cuentos de *Peregrinos de Calvario*—, tienen como protagonistas a muchachas jóvenes que provienen de familias humildes y deben trabajar desde que son niñas. ¿Sabría Luisa Carnés que con su literatura, que había aprendido de forma autodidacta, estaba dejando un valioso testimonio de la vida que le había tocado vivir? ¿Qué no solo estaba contando historias hermosas, escritas con una gran calidad literaria, sino que también estaba retratando una época? ¿Intuiría que hoy, casi un siglo después, seguiríamos leyéndola?

«En su cerebro, dos perspectivas: un buñuelo caliente o un viaje en tranvía hasta los Cuatro Caminos», escribe Carnés. En el cerebro de muchas de las madres que dejaban a sus hijos en la Casa de los Niños ni siquiera tendría cabida esta disyuntiva: volverían andando, recorrerían medio Madrid hasta llegar a la Casa, justo antes del cierre, y el trozo de queso compartido, como el de Matilde y sus hermanos, sería lo único que se podrían echar al cuerpo antes de irse a dormir.

La construcción de un sueño

En noviembre de 1927 ya tenían el lugar donde se levantaría la Casita, como se la empezó a conocer popularmente, pero hacía falta construirla, y para ello contaron con un arquitecto que entendió la dimensión de lo que querían hacer y se brindó a dirigir el proyecto de forma altruista. Y no eligieron a cualquiera.

Ignacio de Cárdenas no era un nombre desconocido en el mundo de la arquitectura: acababa de firmar uno de los edificios más emblemáticos del Madrid de la época —y del actual—, nada menos que la sede de la Compañía Telefónica, en la esquina de la Gran Vía

con Fuencarral, en aquel momento en plena construcción. Cárdenas había viajado a Nueva York en 1925 para conocer de primera mano las últimas tendencias y los avances en la construcción de estas gigantescas estructuras, y así proyectar en el corazón de Madrid el que fuera el primer rascacielos en España, uno de los primeros en Europa y el más alto de todo el continente en aquel momento. Un edificio de quince pisos y casi noventa metros de altura lleno de ventanas, con pisos retranqueados para no dejar la calle sin sol, algo nunca visto antes en la ciudad. Un edificio norteamericano, moderno y símbolo del progreso.

Desde el edificio de la Telefónica, durante la guerra civil, Isabel Oyarzábal enviará sus crónicas al *Daily Herald*, del que era colaboradora; John Dos Passos dictará a *Esquire* sus reportajes, en los que relata la barbarie y el horror; Ernest Hemingway contará en una conferencia internacional con la NANA —la Alianza de Prensa Norteamericana— que en el hotel donde se aloja ha caído un obús y lo ha oído acercarse silbando, hasta convertirse en un estruendo igual que si un tren hubiera chocado contra la fachada y lo hubiera regado todo de cristales rotos; desde allí Martha Gellhorn contará a *Colliers* que en Madrid solo se oye el gemido de los obuses y que ha visto morir a un niño con la garganta reventada por la metralla de una bomba cuando cruzaba de la mano de su abuela la plaza Mayor; o Antoine de Saint-Exupéry relatará a *Paris-Soir* que la ciudad parece un navío en alta mar que navega lleno de hombres, mujeres y niños, y concluirá: «Quieren hundir Madrid como un barco».

Al edificio de la Telefónica llega cada noche Arturo Barea en el verano de 1936 para censurar los despachos de estos periodistas extranjeros, una tarea que le ha encomendado el jefe de la sección de Prensa y Propaganda del Gobierno de la República por cuatrocientas pesetas al mes. Allí revisará los telegramas y lo que

dicen por teléfono los corresponsales de medios internacionales a sus redacciones para que no salga del país ninguna imagen contraria al bando republicano, y acabará por ser responsable de la oficina de censura pocos meses después.

Al edificio de la Telefónica llegará en noviembre de 1936, contra todo pronóstico, una mujer, Ilsa Kulcsar: austriaca, socióloga y licenciada en Derecho, socialista, implicada en la lucha política desde hacía casi veinte años y que hablaba cinco idiomas; Barea, antes de enamorarse de ella, maldijo su suerte: le había caído encima una buena pieza, revolucionaria, intelectual y sabihonda.

Al edificio de la Telefónica le dedicará Ilsa una novela donde contará cuatro días, del 16 al 19 de diciembre de 1936, en el cerco de Madrid; contará que los estallidos de las granadas ponen los puntos y las comas a los artículos de los periodistas, contará que los sótanos del rascacielos están hacinados de familias que han perdido sus casas en los bombardeos, de mujeres solas, con sus maridos en el frente o viudas, muchas de ellas con niños.

En la quinta planta del edificio de la Telefónica, una telefonista —a la que Barea bautizará como Lolita en uno de sus cuentos— se jugará la vida en medio de un bombardeo para conectar la clavija que habilita una conferencia con París y que el corresponsal del *International News Service* cuente al mundo cuanto antes lo que estaba pasando en Madrid.

En la cuarta planta del edificio de la Telefónica establecerán Arturo Barea e Ilsa Kulcsar su dormitorio: allí un obús —la Gran Vía se conocería como *la avenida de los obuses*— provocará un incendio, chamuscará las cortinas y los zapatos azules de Ilsa, que eran nuevos. En ese cuarto, sobre la mesa, quedarán intactos los dos huevos que les habían servido para comer.

Al edificio de la Telefónica lo atacarán las tropas sublevadas, lo harán su objetivo, querrán acabar con ese centro neurálgico de comunicaciones que, al ser tan alto, contemplan desde el frente las tropas que avanzan al oeste, en el cerro Garabitas.

Al edificio de la Telefónica irá cada día mientras dure la guerra su arquitecto, su padre, su creador, para evaluar los daños. Orgulloso de ver cómo su rascacielos resiste, Ignacio de Cárdenas anotará cuidadosamente sobre sus planos los lugares dañados, los huecos que han dejado los obuses y que necesitarán ser reparados, los que tendrá que rehacer cuando el horror acabe.

De Cárdenas, de firmes convicciones republicanas, se encontraba todavía inmerso en las obras del rascacielos, que ya había entrado en funcionamiento en 1928 pero no estaría acabado por completo hasta enero de 1930, cuando construyen la Casita. Era otro adelantado a su tiempo que puso su talento y su experiencia al servicio del club.

Cuando contactó con De Cárdenas, Consuelo Bastos tenía muy claro lo que quería: un interior amplio y diáfano, muy luminoso, con grandes ventanas que dejaran entrar mucha luz y permitieran una buena ventilación, para evitar que los niños sintieran la misma atmósfera lóbrega que tenían en sus casas; sería muy alegre y colorido: una vez construido pintarían las paredes de un vivo amarillo y el suelo de verde, y pondrían flores por todas partes. Fuera, el jardín debía tener unas mesas con bancos corridos, un espacio para sacar las cunitas plegables de los niños y que pudieran dormir la siesta al sol, pero también espacio para que los niños jugaran, para que estuvieran en contacto con las plantas y los pájaros que bajaban a picotear las migas que dejaban en el desayuno. Y tendría una pequeña piscina con una playa de arena. Al

fin y al cabo, decía, el aire puro es la cocina de los pobres. El arquitecto lo entendió a la perfección y levantó la Casita tal como Consuelo la había soñado.

Contaron, pues, con uno de los mejores profesionales del momento, un arquitecto brillante y reconocido para su pequeña gran obra. Esto da idea, creo, de la altura de miras del club. La Casa de los Niños empezaba como un proyecto humilde y modesto, pero la ambición de sus creadoras era que llegara muy alto. Tan alto como ese otro edificio que De Cárdenas había levantado para ser orgullo del mundo.

Las obras de construcción de la Casa de los Niños empezaron en julio de 1928 y la inauguración tuvo lugar solo seis meses después, el 24 de enero de 1929. Estaba lista un poco antes, pero Consuelo Bastos estaba a punto de dar a luz a su tercera hija y prefirieron retrasarla un poco: no podía faltar en la inauguración la artífice del proyecto. Aunque estaba pensada para cuarenta niños, las finanzas de la institución al empezar solo permitieron acoger a doce, seis niños y seis niñas; a medida que los ingresos aumentaban, también lo hacían las plazas y en un año ya eran más de treinta los pequeños que acudían cada día, y pronto serían sesenta. En un año habían pagado la construcción entera de la casa —la constructora, mostrando también gran implicación con el proyecto, les permitió abonarla a plazos una vez entregada—, las suscripciones y donaciones eran estables e incluso años más tarde, ya con el Gobierno de la República, consiguieron subvenciones estatales y del ayuntamiento que permitieron ampliar el número de niños, que llegaron a ser ochenta.





Asistentas, obreras y costureras: imperiosas necesidades de la áspera vida

Para llevar a su hijo a la Casita, podía solicitar el acceso toda madre vecina de Cuatro Caminos, Chamberí y Universidad; se tenía en cuenta el número de hijos y el jornal, y tenían prioridad los hijos de asistentas, empleadas, obreras o costureras; así como los gemelos, los hijos de viuda y los niños con padre ausente. También mencionaba el reglamento que no se admitirían recomendaciones de ningún tipo. Una comisión creada al efecto visitaba la casa de la familia que solicitaba una plaza para su hijo y redactaba un informe.

A la Casa llegó Carmen Santos Richard, madre de siete criaturas, que para llevar dinero a casa pide limosna, porque hace dos años que no tiene trabajo.

Llegó Teresa Domínguez, madre de tres hijos y embarazada del cuarto, sin trabajo ella y sin trabajo su marido, no tienen dinero ni para comprar velas con las que iluminar el sótano en el que viven. «Miseria absoluta», dice su ficha.

Llegó Angelita Torremocha, enferma de cáncer, con un marido paralítico. Vende churros por las mañanas en el puesto de la abuela para dar de comer a sus cinco hijos, su jornal es de una peseta y veinticinco céntimos. Para aligerar la carga, ha confiado a una de sus hijas a su hermano, que es titiritero y se ha llevado a la niña con él. Al niño que lleva a la Casa lo llamarán «el churrerín».

Llegó Dionisia García, asistenta cuando tiene la fortuna de encontrar una casa donde asistir, madre de cinco hijos. «Mucha miseria», dice su ficha. Se ve que en la miseria también hay grados.

Llegó la madre de Josefina, que limpia en una oficina por una peseta y media; su marido está sin trabajo, tiene que estirar su jornal para dar de comer a sus cinco hijos. Josefina entró anémica a la Casita; su hermana mayor, Araceli, es tuberculosa.

Llegó la madre de Pepito, que sirve en una casa dos días a la semana; tiene cinco hijos y un marido en el manicomio. «Con siete

pesetas viven siete días seis personas», anotan en la ficha del niño.

Cada niño costaba dos pesetas al día a la Casa. Por mucho que lo intentemos, es difícil hacerse una idea real de cómo sería la vida de Angelita, Teresa, Dionisia o Carmen, los apuros que pasarían para alimentar tantas bocas sin apenas dinero, solas o cargando a la espalda con maridos enfermos, con la miseria, con el hambre, con la vida.

La vida en la Casita

Cuando un niño era admitido en la Casita, un médico —el doctor Jaime Cárdenas, pediatra de la Escuela de Puericultura, que colaboró también de forma desinteresada con la institución— le hacía un reconocimiento, completaba las vacunas que le faltaran y llevaba un registro de pesos y tallas que consignaban cada mes. También revisarían a diario cualquier signo de enfermedad, y esto era algo que se vigilaba con lupa.

En la Casa trabajaban una directora, una auxiliar, tres muchachas, una cocinera y dos responsables de la administración; las mujeres del comité se turnaban y siempre había una de ellas supervisando. Cada día, el personal recibía a los niños y nada más llegar los aseaban: solo hay que ver las fotos que publicó la prensa para comprobar lo pulcros y repeinadísimos que están. A partir de ahí, ya estaban listos para tomar el desayuno en las mesitas y sillitas —todo en la Casa era de un tamaño adecuado para niños que apenas caminaban, un mundo mágico diminuto— y para salir a tomar el sol en las cunas plegables, para jugar en el césped y para escuchar los cuentos que les cuentan en grupo todos los días.



En las memorias que publican cada año para sus suscriptores y donantes, el comité explica con todo detalle cómo se organiza la vida en la Casa: los menús variados, el coste de cada servicio, el número de niños atendidos. Cuentan como bañan a los niños todos los días y, en verano, los duchan al aire libre con mangas de riego («Gran trabajo nos costó el primer verano convencer a los familiares de la utilidad de estas prácticas», recogen). En estas Memorias constatan que las enfermedades que los primeros años eran habituales —diarreas, infecciones respiratorias, etc.— se atenúan los años siguientes, sin duda producto de la higiene y la mejora en la alimentación que reciben. Si de algo están especialmente orgullosas es de esto: eran muchos los niños que llegaban a la casa con raquitismo, víctimas del hambre y la escasez de todo, y con las tres comidas que reciben en la casa, con las sopas de leche del desayuno, las legumbres —un benefactor anónimo donó «mil kilos

de magníficos garbanzos» en 1934—, las frutas y verduras, carne y pescado blanco y un litro de leche cada cinco niños, se recuperan y esquivan las enfermedades derivadas. Cuando la prensa le pregunta por la marcha de la iniciativa, Gloria de Luna cuenta con orgullo, como un gran logro, que ese verano no ha muerto ninguno de los niños que acuden a la casa.





Mes	Días	Niños	Pesetas	Coste de cada niño
Enero	26	700	1.242,45	1,77
Febrero	24	595	1.210,35	2,03
Marzo	25	803	1.504,80	1,87
Abril	23	814	1.993,55	2,44
Mayo	23	851	1.383,55	1,62
Junio	25	604	1.362,30	2,25
Julio	25	874	1.483,70	1,75
Agosto	25	852	1.595,45	1,87
Septiembre.	26	920	1.605,30	1,74
Octubre	27	931	2.146,15	2,35
Noviembre.	24	685	1.596,80	2,33
Diciembre .	24	738	1.699,05	2,30
TOTALES ...	297	9.367	18.823,45	

Como dato incluímos la Cuenta detallada de los artículos alimenticios consumidos en La Casa de los Niños en el mes de septiembre de 1930, y lo gastado en ellos

Kilogramos	Litros		Precio	TOTAL
	26	Aceite	1,70	44,20
	464	Leche	0,65	301,60
16,800		Azúcar	1,65	27,80
1,300		Café	9,—	11,85
5,500		Galletas	2,60	14,30

Kilogramos	Litros		Precio	TOTAL
1,600		Tapioca	2,50	4,10
1,200		Sémola	1,20	1,40
26,350		Judías pintas para puré	1,20	31,65
15,550		Judías blancas para puré	1,40	21,70
16,700		Lentejas para puré	1,40	23,35
10,450		Guisantes secos, partidos, para puré	2,20	22,90
7,500		Sal	0,20	1,50
119,500		Patatas	0,32	38,24
2,500		Harina	0,90	2,25
		Pan		116,45
		Carne		76.45
		Pescado		55,10
		Fruta y verdura...		153,00
		Seis sesos de ternera	2.25	13,50
6,500		Hígado de ternera.	4, -	26,00
		Trescientos veinticinco huevos.....	22,—	71,50
		Un cuartillo de vino		0,35
		Cuatro sacos de astillas	3,75	15,00
		Media tonelada de antracita		65,00
		TOTAL.		1.139,19

Esta alimentación variada y completa está supervisada por el médico de la Casita y por la doctora y fundadora del club Nieves González Barrio. La pediatra, que preparaba con mimo los menús para recuperar a esos niños que llegaban desnutridos, es otra de esas mujeres brillantes, valiosas y adelantadas a su tiempo que merecen ser retratadas aquí.

Su expediente académico ya dice mucho de la inteligencia y del tesón de esta mujer: todo sobresaliente en el bachiller, sobresaliente en la carrera de Medicina y sobresaliente en su doctorado. Pero cómo no dejarse la piel estudiando para conseguir esas notas, para ser irreprochable. Sabía que iba a ser cuestionada todo el tiempo por ser mujer: no podía permitirse ni un resquicio por donde pudieran entrar los ataques que sabía que le iban a dirigir. Y no se equivocaba.

Nieves nació en 1884 y creció en Vegacervera, León. En 1910, apenas unos meses después de que cambiara la ley y las mujeres pudieran acceder a la universidad sin tener que pedir permiso, se matriculó en Medicina en Salamanca. Salir de casa era caro, y sus padres ya habían hecho el esfuerzo de mandarla a estudiar el bachiller fuera, a Palencia, donde estudió también Magisterio Superior; el salario de maestra de su madre, de quinientas pesetas al año, y el de su padre en la tienda que regentaba no daban de sí para criar nueve hijos. Así que pidió una beca de estudios, que en aquel tiempo se concedían por oposición, y no flaqueó al ver que era la única mujer entre la docena de muchachos que se presentaban. ¿Qué pensaría al verse allí, rodeada de hombres? Para entonces ya era maestra y había renunciado a una plaza en Cervera de Pisuerga, Valladolid, por seguir su vocación. ¿Tendría sentido dejar de lado la seguridad de un sueldo para estudiar una disciplina que, ya lo estaba viendo, no era adecuada para una mujer? ¿No tendría que

haberse conformado con ser maestra, una profesión que sí que parecía destinada para ellas? Pero no era la única: antes, y en peores circunstancias, se habían matriculado en Medicina otras pioneras, aunque cuando lo hicieron su título no las facultaba para ejercer; mirarse en el espejo de esos referentes seguro que le infundió el valor necesario para seguir adelante.

Tal vez fuera por esas mujeres que lo habían logrado antes que ella, o tal vez fuera la aplastante seguridad en sí misma que tenía, pero en esa oposición Nieves quedó la número uno, por delante de todos los hombres. A pesar de tener que trabajar a la vez que estudiaba para completar el dinero de la beca, Nieves aprobó todas las asignaturas en primera convocatoria y fue la segunda licenciada en Medicina en su universidad, un año después de que lo hiciera Teresa Iglesias, y de las primeras en España: en 1914 se graduó con unas notas brillantísimas.

Por fin lo había conseguido. Por fin iba a ejercer la profesión que soñaba, a demostrar que ella era tan válida o más que cualquier hombre: lo había probado ya en repetidas ocasiones desde aquel día en que decidió opositar para su beca. Pero antes, mientras esperaba su plaza, quería completar sus estudios con un doctorado, que terminó en un año mientras trabajaba en el Instituto Nacional de Higiene Alfonso XIII y daba clases en un colegio femenino en Madrid. Lo hizo también, por supuesto, con sobresaliente en cada asignatura y varias matrículas de honor, y eso le valió un premio de cuatro mil pesetas de la universidad. En ese tiempo, además de sumergirse en el ambiente de la Residencia de Señoritas, donde vivió un tiempo, y de impartir clases de Fisiología en el Instituto Internacional, descubrió que le gustaba mucho el trabajo de laboratorio. Pero también descubrió el desprecio de una sociedad donde los hombres se sentían humillados al ser superados por una

mujer. Nieves sufrió constantes burlas y menosprecios por distintos flancos, hasta en la prensa, que le causaron un gran sufrimiento que tardó en olvidar. ¿Cómo era posible que alguien menospreciara una inteligencia como la suya, que no admiraran su talento? ¿Cómo era posible que lo que para cualquier hombre era una esperanza, una garantía de futuro, en una mujer fuera algo dudoso?

En todo caso, en 1917 ya tenía su título, su doctorado y su primer destino: una plaza de médico de la Beneficencia en Tetuán. Ese destino tan lejos de casa, en un lugar tan diferente, puede parecer un castigo, pero para ella no lo era: un año antes de acabar la carrera había solicitado, sin éxito, una beca a la Junta para Ampliación de Estudios para ir a estudiar «las condiciones higiénicas y patológicas en que vive la mujer marroquí, así como la manera de asistir al parto, alumbramiento y puerperio en esos países». Además, en la carta que acompaña la solicitud explica que tiene conocimientos de árabe vulgar, además de traducir del inglés y del francés —en esa época estudiaba también alemán y llegaría a traducir también del italiano—, que ha acabado cuarto de Medicina con sobresaliente y que ha sacado matrícula de honor en obstetricia. Lejos de ser un castigo, parece que logró el destino que tanto había deseado. Allí asistió sobre todo a mujeres y niños, y hasta fue nombrada médico del harén de Su Alteza Imperial el Jalifa. Años más tarde, ella misma se encargaría de decir en una entrevista que no era algo que hubiera pedido, dando a entender que no fue algo que le gustara especialmente y que tampoco la consultaron.

En Tetuán aprendió mucho de las enfermedades que provocaban el hacinamiento y la miseria, pero echaba de menos el trabajo de laboratorio y también seguir formándose. De vuelta en Madrid trabajó en el Instituto de Biología y Sueroterapia, pero no tardó mucho en solicitar otra beca, que esta vez sí conseguiría, para salir a

estudiar fuera de España. Sería el primero de una larga lista de viajes para formarse en centros tan prestigiosos como la clínica Mayo en Minnesota, el Babies Hospital de la Fundación Rockefeller y la Universidad de Columbia en Nueva York o el Instituto Pasteur en París.

Al regreso de todos esos viajes, Nieves trabajó en el Instituto Rubio y en la Escuela Nacional de Puericultura, cuando se creó. Fue una activa divulgadora de su especialidad: impartió conferencias en universidades, en el Lyceum y en todo tipo de centros que la requiriesen; tuvo una sección en Unión Radio donde daba consejos de higiene, nutrición y crianza... Su trabajo fue clave para implantar en España una figura que ella había conocido de cerca en otros países: la visitadora sanitaria, una profesión que ahora recuerda a la de trabajadora social, que se aseguraba, visitando los hogares, de que se cumplieran unas normas básicas higiénicas, a la vez que conocía bien los contextos familiares para adaptar a cada caso las medidas necesarias. Su nombre es reconocido como una de las pioneras de la pediatría en España y su labor fue clave en la preparación y profesionalización de las enfermeras.

A lo largo de su carrera profesional, Nieves tuvo que enfrentarse a muchos obstáculos e injusticias: por un lado, las burlas y trabas de una sociedad intransigente; por otro, en 1922 la nombraron auxiliar honorario y gratuito en el Laboratorio de Enfermedades de la Infancia del Hospital San Carlos, cargo que ejerció sin percibir ninguna retribución durante nueve años; cuando la cesaron, nombraron a otro auxiliar sin preparación y a él sí que le pagaron un sueldo: de nuevo, ser mujer la penalizaba; y, por último, el revés más fuerte: en 1931 la apartaron de su trabajo cuando destituyeron al director del laboratorio por cuestiones políticas y, con él, cesaron a

todo su equipo. Nieves fue repuesta en su plaza, junto al resto de sus compañeros, en 1935.

Nieves no se reincorporó a su plaza y ya no volvió a ejercer ningún cargo en la salud pública. En la entrevista que concede a *ABC* en 1935, la doctora, que entonces tiene cincuenta y un años, echa la vista atrás y se reivindica como una mujer del siglo pasado que ama la soledad, sus libros y su laboratorio; dice también que está soltera porque el destino no hizo que se cruzara en su camino un hombre que de verdad sintiera que estaba enamorado de ella; se pregunta si tal vez se debe al medio hostil en que pasó su juventud, y eso me hace pensar que después de aguantar ataques y menosprecios, después de tener que demostrar su valía durante toda su carrera mucho más que cualquier hombre mediocre, lo que esas palabras significan de verdad es que no encontró ninguno que la respetara por completo como mujer y como profesional, que respetara su carrera, lo importante que era para ella su oficio, su dedicación casi absoluta a la investigación y a la enseñanza.

Los años en que Nieves González Barrio estuvo apartada de su trabajo se implicó por completo en la Casa de los Niños, pudo dedicar su tiempo, su conocimiento y su experiencia a un lugar donde no solo podía ser útil, sino que podía cambiar la vida de unos niños que no merecían la miseria que les había tocado vivir.

Si la alimentación, la higiene y los hábitos saludables eran puntales básicos de la Casa de los Niños, la educación no lo era menos. Para unos niños tan pequeñitos, que apenas sabían hablar, los conocimientos que les impartían eran muy sencillos: les enseñaban canciones, así trabajaban con ellos el ritmo y la melodía; les enseñaban los colores y nuevas palabras, y a pronunciar correctamente las que ya sabían; les enseñaban a vestirse, a

abotonarse el abrigo, a comer sin mancharse; les enseñaban en su precioso jardín el respeto por los animales y las plantas. Consuelo Bastos, seguidora de los métodos pedagógicos más modernos, se ocupó de ofrecer a los niños un plan de educación semejante al que utilizaba ella en casa con sus hijos, un precepto que era una de sus máximas.

En 1933 se crea una biblioteca infantil en colaboración con la Residencia de Señoritas. La gestiona el grupo «Libros» del curso de Biblioteconomía de la Residencia y es una biblioteca circulante, está abierta todas las mañanas de los días festivos. Con su carnet, niños y niñas de todas las edades pueden leer libros y revistas en el comedor convertido en sala de lectura o llevárselos prestados a casa y devolverlos la semana siguiente. Esta biblioteca es una verdadera revolución para el barrio: el primer día había sesenta niños, el segundo domingo había cien y el siguiente trescientos, que se acostumbran a guardar la fila, a tratar con respeto los libros y a devolverlos puntualmente. Muchos de ellos no podían creerse que les dejaran llevarse un cuento a casa sin tener que pagar, sin que su madre les dijera que no podían permitírselo.

Y algo que también les fascinaba era que no solo podían leer o tomar prestados los cuentos, sino que también se los contaban: era «La hora del cuento». Eso era la felicidad máxima, sobre todo para los más pequeños, que aún no sabían leer. En la biblioteca circulante, además de prestar libros había sesiones de cuentacuentos capitaneadas por Elena Fortún, que tras estudiar los cursos de Biblioteconomía en la Residencia impartía un curso sobre las técnicas del cuento infantil, enseñaba a contarlos y, a partir de ahí, había creado un grupo de mujeres que iban a poner en práctica lo aprendido los domingos. En los cursos, Elena coincidió con Ernestina de Champourcin, que también participó en estas sesiones

y no lo debió de hacer mal, porque después presumía de que los niños se pegaban por oír sus cuentos.

Aunque en el proyecto inicial de la Casa de los Niños hablaban de niños de hasta seis años, en los reportajes que hace la prensa a lo largo del tiempo se constata que los niños mayores no pasaban de los cuatro. En cuanto entraban a la Casita, el niño era también matriculado en el colegio más cercano a su casa, siempre procurando que en él hubiera cantina escolar para que le dieran de comer, y le reservaban la plaza para cuando cumplía los cinco años. Así se aseguraban de que no se quedara sin una escuela donde ir al salir de la Casita. Esto era posible gracias a una prebenda que lograron del alcalde de Madrid, Pedro Rico, que se interesó mucho por la institución, la frecuentó y hasta regaló juguetes a los niños. Se implicó tanto que hasta iba algunas tardes a jugar con ellos: recuerda Manuel Bastos que «el que fue alcalde de Madrid en la primera etapa de aquella tempestuosa República mostró por la Casita un particular interés. Era un hombre gordo, jovial, madrileño de los que se llaman a sí mismos castizos. [...] Aquel buen regidor se hizo el gran amigo de los niños de la Casita, pues todos los ratos que le dejaban libre sus múltiples funciones los pasaba jugando como un chico con las criaturas y entreteniéndolos cariñosamente».

Me gusta imaginarme a ese alcalde escapando de sus obligaciones para volver a ser niño por un rato. Me gusta imaginarlo terminando rápido una reunión aburrida, un trámite pesado, impaciente por que acabara ese pleno interminable, para irse a jugar con esos pequeños que le hacían pensar en otras cosas, muy alejadas de la política municipal. Me gusta imaginar a este hombre orondo, tanto como para que bautizaran en su honor las nuevas papeleras que se instalaban en Madrid, panzudas como él, y las llamaran «pedritos», sentado en el césped como un chiquillo más, jugando con esos

modernos buques que les había regalado que «alegran la mirada del nene y le ayudan a empezar a comprender el mundo de los grandes, en cuya complejidad tendrá que sumergirse».

Si habían peleado por que les concedieran esa prebenda era porque quienes gestionaban la casa no querían perder de vista a los niños cuando la dejaban, y estaban al quite de cualquier dificultad que les pudiera surgir. El vínculo que creaban con los pequeños era intenso y duradero, y se notaba en las continuas visitas que recibían de estos niños, que volvían a verlas años después.

Tampoco perdían de vista a las familias: no solo las instruían en hábitos de higiene y llevaban control de que los cumplieran —y eran muy estrictas en eso—, sino que también las tenían presentes en fiestas como la Nochebuena: sabiendo que muchas de ellas no tendrían nada que poner en la mesa, preparaban unas cestas que cada niño se llevaría a casa: dentro había arroz, legumbres, sardinas, algo de carne, azúcar y chocolate, caramelos, turrón y castañas.

También preparaban regalos que ofrecer a los niños en Reyes: para eso pedían donativos, bien fuera dinero o bien juguetes que se hubieran quedado en desuso. Eso sí, rogaban encarecidamente que no fueran «escopetas, pistolas, cañones, etc., por ser contrarios a nuestro ideal de paz y humanidad».

En 1931 mencionan en la memoria anual que hay 596 solicitudes pendientes, casi seiscientos niños que esperan entrar; en las entrevistas que conceden a la prensa en 1932, Consuelo Bastos y Gloria de Luna mencionan que ya son novecientas. En 1934 serían ya más de mil cien. Mil cien familias sin medios, mil cien madres desesperadas que sueñan con que su hijo pueda tomar tres comidas al día.

Vendemos felicidad a precios reducidos

Consuelo Bastos y el resto de miembros del comité trabajaron mucho en la publicidad de la Casa de los Niños, una labor que continuarían mientras estuvo en funcionamiento. Si la institución se iba a sostener con las donaciones recibidas, tenían que hacer una campaña importante que llegara al corazón de quienes pudieran contribuir.

El trabajo que hicieron para publicitar la Casita debió de ser muy intenso, a juzgar por los resultados y por cómo hablaba de ella la prensa, que destacaba «la fuerza persuasiva que ellas ponen cuando hablan de su obra, como verdaderas iluminadas poseídas de una fe inquebrantable», y les auguraba un éxito formidable.

Tener en las manos estos materiales es otro de los momentos emocionantes de esta investigación. Si el proyecto era elegante, los folletos son conmovedores: el cuidado con el que está escogida cada palabra, las ideas transformadas en eslóganes imposibles de ignorar. De su diseño se encargó personalmente Consuelo Bastos: la imagino eligiendo la cartulina amarilla donde imprimirían la foto de un niño haciendo pucheros, a punto de llorar; debía ser lastimera, pero no trágica —no es un niño desnutrido, es un bebé que asiste a la Casita, rollizo, limpio y repeinado, vestido con el jersey de lana del uniforme—, y debía ocupar casi por completo la cuartilla impresa. Enmarcándola, una pregunta que interpela directamente al corazón de quien lo lee: «¿Lo va a dejar usted que llore? ¡Piense usted que es un niño!».

Las buenas obras...

Varias señoritas de buena voluntad han creado una biblioteca circulante para los niños que no tienen libros.



LA Casa de los Niños, que Lyceum Club fundó hace seis años, y que cada vez más repleta de pequeñitos vibra gorjeante todos los días, los domingos se hace silenciosa y recogida para soñar cuentos de hadas y princesas.

En el mes de Marzo del año 1933, un grupo de alumnas de los cursos de Biblioteconomía de la Residencia de Señoritas llamó a la Casita una mañana para inaugurar su biblioteca.

El día anterior alguien había advertido a cada uno de los chiquitines:

—Di a tus hermanos que mañana domingo les prestarán aquí libros de cuentos y podrán leer bonitas revistas con muchas estampas.

¡Vendrán los niños! ¡Sí, vinieron! Más de sesenta el primer día, más de ciento el segundo, cerca de trescientos el domingo tercero.

Algunas niñas miraban asombradas el precioso libro que se ponía en sus manos, sin decidirse a llevárselo. ¡Se le confiaban realmente por ocho días! ¿No tendría que dar nada su madre en cambio?

Todos los lectores tienen su *carnet*, en el que está escrito su nombre y domicilio. Una larga fila de chicos y chicas espera delante de la mesa donde una señorita recibe los libros ya leídos.

Silenciosos y ordenados, los chicos no interrumpen la apacible tranquilidad de la Casita, convertida en biblioteca.

¡Es admirable! ¡Siempre han guardado este silencio! ¡Oh, no! ¡Aquella cola inquieta y terrible de los primeros días, con empujones, riñas y mosquetes...!

—¡A ver si te has creído tú que yo me voy a poner detrás habiendo llegado antes! ¡Señorita, que éste me ha quitado el sitio!

—Diga usted que no, señorita. ¡Es una asquerosa!

—¡A ver si te callas!

—¡No me da la gana!

Y de pronto, un silbido estridente y feroz que hacía gritar a las bibliotecarias.

—¡Quién ha sido! ¡Quién ha silbado!

—Ese. ¡Ha sido ése!

Y así un domingo, y otro, y otro. Había que tener paciencia, no desfallecer. ¡Por amor al libro y al alma nueva del niño!

Poco a poco comenzaba a sentirse cómo los niños aprendían a vivir en la biblioteca. Sólo aquél, el más turbulento, el más inquieto, al que todos señalaban como autor de los silbidos, seguía descomponiendo la fila y aturdiendo a todos. ¿Qué hacer?

—Mira, hijo; de verdad lo sentimos, pero no vuelvas. Ya no podemos aguantarte más.

El hubiera deseado estarse quieto; pero algo le bullía en la sangre que no le dejaba estar tranquilo. Sin



Arriba: los niños, formados en fila para ir recibiendo de manos de la señorita bibliotecaria los libros que han solicitado.—Abajo: tres «peques» examinando una colección de libros de cuentos para elegir los que han de pedir prestados a la Biblioteca Infantil Circulante. (Foto. Cortés)



Estampa

Cómo viven los niños en "La Casa de los Niños"

Cuando hace buen tiempo, los niños comen al aire libre. Y basta observar sus caritas redondas, para convencerse que lo hacen con un envidiable apetito.

UNA CASA DE MUÑECAS

Está en los jardines del Depósito de aguas de la calle de Bravo Murillo, y aparece, entre la arbolada, como una de esas casitas habitadas por hadas amables, que todos los niños conocen por los viejos cuentos de Grimm.

O como una casita de muñecas que hubiera crecido un poco. Tiene el mismo colorido alegre, la misma gracia ingenua, y ese misterioso aroma de pureza con que se adornan las cosas que están en manos de los chiquitines.

Y si usted, lector, tiene algún día la curiosidad de acercarse a esta casa, verá usted cómo un enjambre de niños y niñas, que no alcanzan los cinco años, acuden, risueños, hasta colocarse a una distancia que ellos juzgan prudente. Durante unos minutos le observarán con curiosidad, y, si no presenta usted un aspecto demasiado impresionante, verá usted cómo una nena—siempre una *nena*—se adelanta del grupo y se planta delante de usted, chupándose un dedito por pura coquetería, por ocupar la mano.

Si le pregunta:

—¿Qué quieres, rica?

Ella contestará con esa maravillosa *sans façon* que el sexo femenino, para pedir cuanto se le antoja, tiene:

—¡*Caramelos!*

Con una peseta de caramelos hay suficiente para quedar bien. Es un buen consejo que le doy a usted. Yo no he gastado más para hacerme amigo de los treinta y tantos niños que encontré, y para que una señorita de tres años y medio que se llama Conchita, colgada de mi mano, hiciera los honores de *su* casa.

¡De *su casita*! Porque el uso del diminutivo se impone al hablar del edificio y de su ajuar. Se compone de un comedorcito con diez mesitas y cuarenta sillitas. Mesas y sillas que parecen de juguete, porque han sido construídas a la medida de quienes iban a utilizarlas. En la pieza contigua hay cuarenta cunas plegables de tela, donde los niños duermen la siesta. Un cuartito de baño dotado de toda clase de diminutos aparatos higiénicos, y una pequeña habitación que sirve de cuarto de recreo en los días lluviosos, completan la «Casa de los Niños». También hay una cocina, pero en esta pieza los seres y las cosas son de un tamaño desproporcionado al resto de la casa. Como a los cuatro años es difícil ser buena cocinera, el pequeño Estado infantil ha tenido que claudicar, abandonando la cocina a la autoridad de una *vieja*, de una vieja de veinte años.

Esta nena no puede dormirse si le falta su muñeca. Son un par de amiguitas que se cuentan todos sus pequeños secretos.

¿PARA QUÉ SIRVE LA «CASA DE LOS NIÑOS»?

Como contestación a esta pregunta, una de las damas que mantienen con su entusiasmo y su traba[jo]

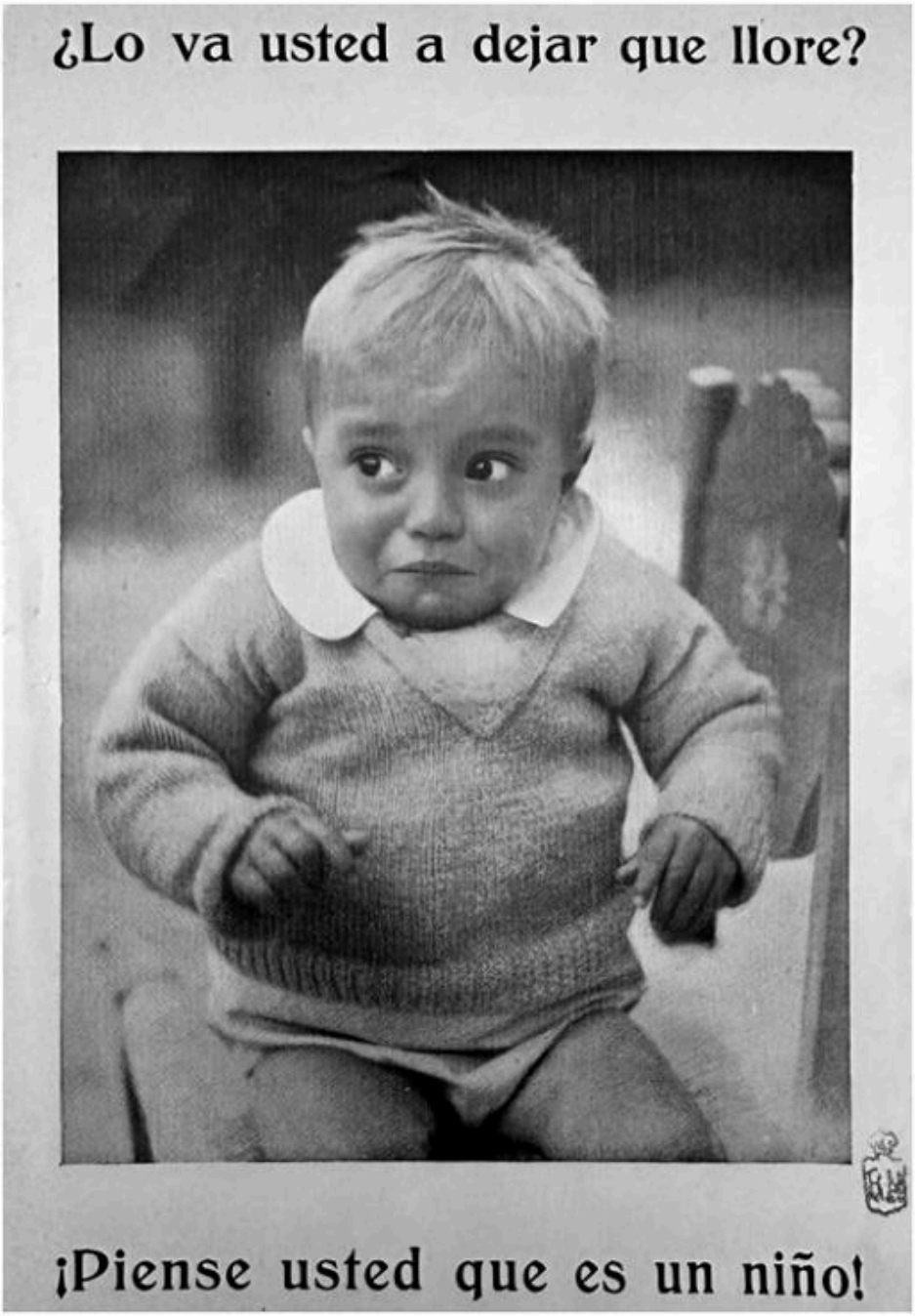
Cuánto amor y cuánto cariño hay en estos folletos, pasaportes a la esperanza de cumplir su sueño. Las imagino pensando con toda la intención lo que desean decir, lo que quieren transmitir, hasta llegar al texto final:

Si usted tiene un hijo, sabe ya, por experiencia, los temores y las alegrías que despierta constantemente su vida querida. Y si no lo tiene, conocerá, sin embargo, la inmensa fragilidad de un cuerpecito de niño, la gracia de su risa y la pena que da verlo llorar...

¿Sabe usted cuántos miles de niños, de dos a cuatro años, lloran de hambre, de frío o de descuido en Madrid?

Pues son tantos, que avergüenza pensar que dejemos pasar tanta amargura a unos niñitos tan pequeños e indefensos.

¿Quiere usted seguir leyendo?



Pero mi favorito es otro: también es un díptico, pero más pequeño, tamaño octavilla, precioso. Impreso a todo color, tiene la casita dibujada con trazos sencillos y un montón de niños jugando alrededor, al aire libre: unos se esconden detrás de un árbol, otros se inclinan sobre un estanque, juegan con la arena o, los más

pequeños, gatean despreocupados. Es la imagen de la felicidad, y de ahí el eslogan que con tan buen criterio escogieron: VENDEMOS FELICIDAD A PRECIOS REDUCIDOS.



VENDEMOS FELICIDAD
A PRECIOS REDUCIDOS

AFIRMA mucha gente que la felicidad no se compra con dinero, entre otras razones, porque no existe. Pero quien tal asegura no ha visitado nunca "La Casa de los Niños".

Allí se encuentra—disimulada entre árboles—una de las felicidades más completas de este mundo: risas, sol, juegos, alegría, comida segura y sueño tranquilo para setenta criaturas. Y también una de las felicidades más baratas: por dos pesetas se adquiere un día dichoso para un niño; por catorce, una semana de maravilla; por sesenta, un mes entero.

A tan poco precio la felicidad—en estos tiempos tan duros para los bolsillos y para los espíritus—, ¿quién no ha de comprarnos, por unas monedas, la alegría de una criatura y la propia felicidad, sin precio, de ser buenos?

JUGUETES Y DONATIVOS A:
BRAVO MURILLO, 38
JARDINES DEL CANAL DEL LOZOYA

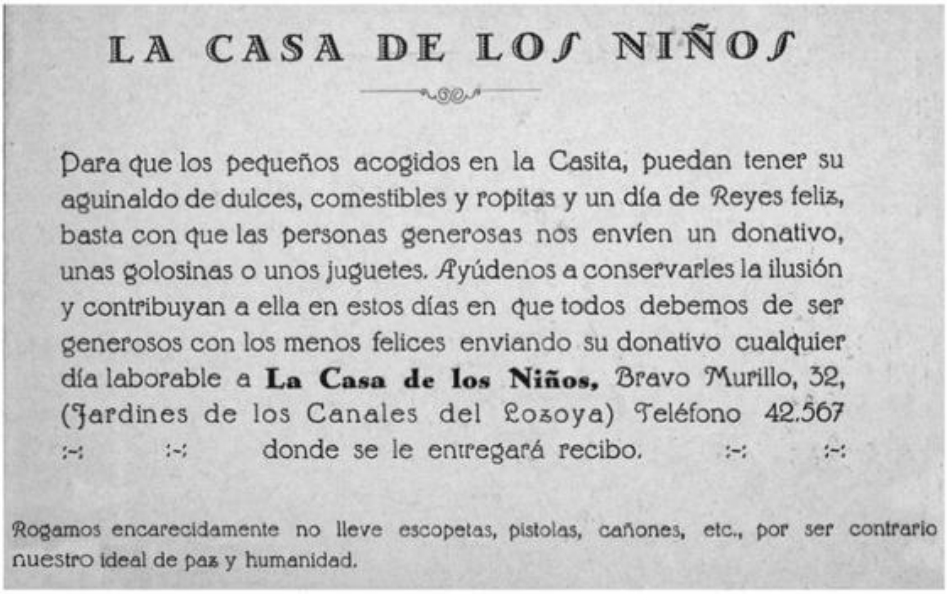
El díptico incluía una papeleta para hacer una donación (mensual, trimestral, semestral o anual). Entre los nombres de los suscriptores, encontramos a muchas de las socias del Lyceum y a un buen número de personalidades: Marañón, el doctor Muñoz Seca, Rivas Cherif, Ignacio Hidalgo de Cisneros, Vital Aza... Bergamín hizo una aportación especialmente generosa: un donativo de mil pesetas y una suscripción de cien pesetas al mes.

También lanzaron campañas en la radio: hicieron emisiones desde la Casita en *La Palabra*, diario hablado de Unión Radio, explicando cómo era la vida allí y recogiendo declaraciones de algunas madres agradecidas; escribieron un cuento que luego leyeron en antena, en la programación infantil, cuyo protagonista era un niño llamado Periquín que pasaba el día solo, pues su madre se iba a trabajar, y

era presa de toda clase de infortunios hasta que encontraba la Casita, donde lo atendían con amor.

Cuando en 1934, ya bien asentado el proyecto, preguntaron a Gloria de Luna de qué clase social procedían las donaciones, no dudó en responder que eran las clases medias quienes más se involucraban, quienes más sensibles eran para la filantropía, pues al estar situadas entre la acomodada clase alta y la clase proletaria, peor tratada, entendían bien que fuera necesaria una obra como esta. En esa entrevista, De Luna insiste al periodista en que añada algo que para la Casa es importante: con la proclamación de la República fue cuando por fin la Casita tuvo vida propia, gracias a una subvención de diez mil pesetas anuales por parte del ayuntamiento y otra del Ministerio de Instrucción Pública.

Las responsables de la Casa de los Niños no solo aceptaban donativos y suscripciones, sino que también agradecían recibir dulces y juguetes que repartirían el día de Reyes entre los pequeños. Es hermosa la advertencia que incluían en el folleto acerca de no donar juguetes bélicos; preferían dar espacio a la ternura antes que a la guerra, a la alegría antes que a la violencia. Querían, con esos juguetes, ayudar a los niños a dibujar un porvenir más amable.



LA CASA DE LOS NIÑOS

Para que los pequeños acogidos en la Casita, puedan tener su aguinaldo de dulces, comestibles y ropitas y un día de Reyes feliz, basta con que las personas generosas nos envíen un donativo, unas golosinas o unos juguetes. Ayúdenos a conservarles la ilusión y contribuyan a ella en estos días en que todos debemos de ser generosos con los menos felices enviando su donativo cualquier día laborable a **La Casa de los Niños,** Bravo Murillo, 32, (Jardines de los Canales del Lozoya) Teléfono 42.567 donde se le entregará recibo.

Rogamos encarecidamente no lleve escopetas, pistolas, cañones, etc., por ser contrario nuestro ideal de paz y humanidad.

¡Alerta, señoras españolas!

Los ataques al Lyceum por proponer una iniciativa así fueron constantes y empezaron antes incluso de que la casa fuera construida: llegaron nada más anunciarse la fiesta que culminaba la exposición de juguetes organizada para recaudar dinero para la Casita. Retrocedo un poco en el tiempo y vuelvo a ese momento inicial. No sé si fue casualidad o si lo hicieron a propósito, si fue una simple coincidencia o una estrategia premeditada, pero la fiesta se celebraría el 16 de junio de 1927, jueves, día del Corpus Christi. Si la propia existencia del Lyceum había levantado ampollas entre los sectores más conservadores y la Unión de Damas Católicas, que celebraran una fiesta en un día destinado a honrar el cuerpo de Cristo era poco menos que blasfemo. No se contentaban con existir ni con proponer una institución que propugnaba la educación de los niños sin contar con la Iglesia; encima estaban de fiesta en un día sagrado, que, además de transgredir lo religioso, haría que algunas mujeres católicas no asistieran ese día a la procesión que recorrería el centro de Madrid para llevar a su hijo a la calle Infantas. Si no

querían caldo, aquí tenían dos tazas servidas amable y servicialmente por la sección social del Lyceum.

La prensa más conservadora, sobre todo los periódicos y las revistas católicos, pusieron el grito en el cielo (nunca mejor dicho). *El Siglo Futuro* publicó un artículo en portada el día anterior a la fiesta mostrando consternación: «No hay lugar en la tierra en que haya católicos donde pase inadvertido este día —dicen, y continúan —: Pero hay señoras, muy católicas ellas, que precisamente a la hora de la procesión se estarán divirtiendo y han convidado a otras a concurrir a su diversión. Los niños aprenden lo que se les enseña y de hombres recuerdan lo que en la niñez vieron. Pues esas señoras católicas no quieren que los niños de ahora se acuerden del Corpus ni de la custodia en que la Hostia sagrada es llevada en procesión; y para eso, los convidan a su fiesta profana, en la que les harán regalos... si pagan dos pesetas por entrar».

El artículo estaba firmado por Antonio Sanz Cerrada, de nuevo el Frailazo. Para alguien como él, que un grupo de señoras ociosas y frívolas osara hacer de menos la festividad católica era gasolina, y dos días después vuelve a la carga con otro artículo encabezado con un gráfico «Otra vez el Lyceum» en el que cuestiona que siempre hagan coincidir sus actos con momentos de celebración religiosa, algo que no cree que sea una inocente coincidencia. Ninguna católica de bien puede pertenecer o apoyar una institución tan abominable, afirma.

La prensa católica y las asociaciones conservadoras no dejaron de atacar la Casita durante los años que estuvo en funcionamiento. En la furia de los periodistas se observa que hay algo que les molesta especialmente, que les resulta intolerable: que las mujeres se diviertan. Y lo envuelven en la amenaza que supone un club como este para las familias, pues las asociadas estarán prestas a

abandonar el hogar siempre que puedan para ir a disfrutar al Lyceum. Isabel Oyarzábal lo recogió en sus memorias:

> Los pequeñines estaban perfectamente cuidados y felices, pero los sectores más reaccionarios de Madrid no tardaron en atacar la guardería alegando que las instituciones laicas no merecían apoyo y que la iglesia tenía el monopolio de la filantropía. Se acusaba al club de ser una organización antirreligiosa porque una de nuestras normas prohibía la controversia religiosa y política, regla básica en cualquier club. A pesar de la oposición, la guardería infantil floreció.

También Zenobia Camprubí recordó aquellos ataques años después:

> Pero cuando la furia subió de punto fue cuando la sección social hizo público que fundaba «La Casa del Niño», una guardería modelo, alegre, clara, limpia, para niños de 2 a 5 años a cuyo frente estaba la señora del doctor Bastos y que, aparte de las señoras del Lyceum, sería atendida por enfermeras diplomadas. ¡Tener enfermeras en vez de encargar de los niños a una orden religiosa! Ya fue la bomba final. Nos atacaron en la prensa, y hasta desde el púlpito.

Explica Zenobia que esos ataques paralizaron por completo las acciones que estaban llevando a cabo, las nuevas iniciativas que habían proyectado para que el club adquiriera más importancia y una entidad mayor, y que tuvieron que invertir muchas energías en defenderse y en tranquilizar a las socias, que, indignadas, exigían respuestas contundentes y demandas en los juzgados.

A pesar de los ataques de la prensa conservadora, el resto de medios elogiaron la Casa de los Niños, aun cuando antes hubieran cuestionado que fuera buena idea la existencia del Lyceum. En *El Sol*, la periodista María Luz Morales reconoce que su opinión al principio fue tibia y nada entusiasta, pero ahora recupera ese entusiasmo que al principio escatimó y acaba llamando a la acción: «A ninguna de ellas conozco, si no es en sus obras. Ni sus nombres sé. Mas, en el nombre de muchas otras mujeres, yo les pregunto: ¿Cómo podríamos unirnos "todas" a vuestra iniciativa, a fin de que

las Casas del Niño se multipliquen pronto sobre el suelo de España?».

También diarios como *La Voz* aprovecharon la puesta en marcha de la Casita para llamar la atención a quienes habían criticado al Lyceum, a quienes lo habían retratado como un lugar ocioso, centro de ocupaciones frívolas, o lo habían calificado de casino, a quienes afirmaban que sería un lugar donde las mujeres se criticarían unas a otras y harían ganchillo. Escribieron que la sección social del Lyceum era «un milagro» y la Casa de los Niños una iniciativa digna de apoyo: «Con el corazón desbordante del puro afecto del instinto que más enaltece a la mujer, acarició la sección social, primero como una utopía sin forma concreta, después como en un sueño, la casa llena de "bebés" rubios, rosados, enloquecidos de alegría por los beneficios de la higiene, de la limpieza y de los solícitos cuidados de las madres hadas...». El sueño se había cumplido.

El álbum de fotos de Camila

Si el alma de la Casa de los Niños era Consuelo Bastos, dos de las socias que formaban parte del comité se convirtieron en sus colaboradoras más valiosas. Nunca había oído sus nombres y quiero saber quiénes son.

Con Gloria de Luna tengo poca fortuna: solo he llegado a saber que era de Burgos, que era esperantista —e impartió alguna charla en congresos sobre el idioma universal—, que vivía en José Abascal, 45 y que ella y su hermana Josefina empezaron a cobrar en 1937 una pensión de orfandad de dos mil quinientas pesetas. A pesar de llegar hasta estos detalles tan pequeños, no logro saber a qué se dedicó ni qué más hizo en su vida. Ese es todo el rastro que ha dejado alguien que se volcó en ayudar a quienes tenían menos

suerte que ella, alguien de quien me gustaría poder contar más, pero no lo consigo.

Con Camila Ventura tampoco tengo mucha más suerte, y todo lo que descubro sobre ella lo hago a través de su marido, el musicólogo y pianista José Subirá. Leo los artículos y monografías que le han dedicado, pensando en que si se traza el retrato de la vida de un hombre, su compañera de vida debería ocupar un lugar importante. Pero no es así.

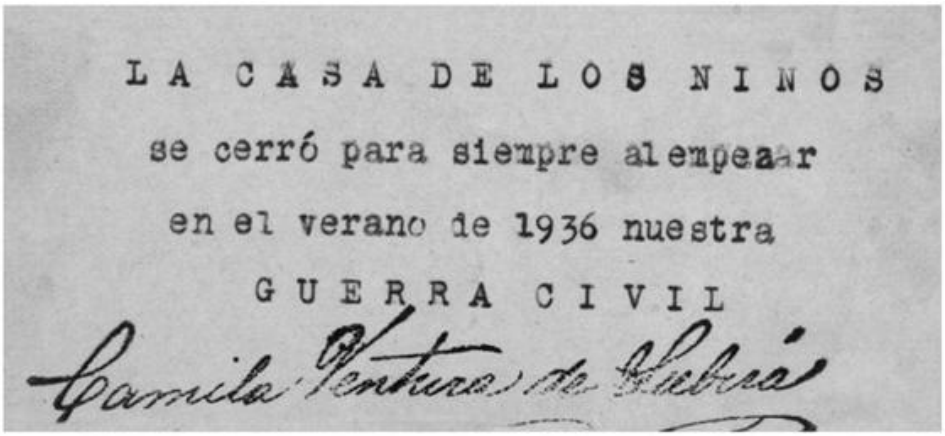
Lo único que consigo averiguar es que Camila Ventura conoció a José Subirá en Barcelona, gracias a la amistad que su familia tenía con una prima del musicólogo. Subirá, catorce años mayor que ella, la oyó cantar la mañana del día de los Inocentes de 1914 y se enamoró de aquella voz hermosa que entonaba *lieder* de Bach, Beethoven, Schubert y Schumann, acompañada al piano por su hermana y su cuñado, también pianistas. El flechazo debió de ser mutuo, porque se casaron unos meses después. De su vida, poco sabemos más que siguió cantando, acompañada por su marido al piano, en las veladas musicales que el matrimonio gustaba de ofrecer a sus amigos en las que Camila interpretaba fragmentos de ópera y de zarzuela en su casa de la calle Viriato de Madrid.

La calle Viriato está muy cerca del lugar donde se construyó la Casa de los Niños. Camila se volcó en ella, acudía todas las mañanas y, como tesorera, se encargaba de muchas tareas de administración. Gracias a eso, y al celo con el que lo guardó todo, hoy podemos consultar mucha documentación relacionada con la Casita: reglamento, memorias, papeles con cuentas de lo que debían del pan o las verduras.

En las memorias que guardó vemos que en 1935 la Casa tenía planes de expansión: iban a construir otra, el arquitecto Ignacio de Cárdenas, de nuevo, se había ofrecido a colaborar de forma altruista

y ya había preparado los planos. Estaban a la espera de que les concedieran un nuevo solar, pero ya no hubo tiempo.

Este hermoso sueño que salvó la vida a cientos de niños y a cientos de madres se apagó, como tantas otras cosas, al estallar la guerra. Con los documentos que custodió Camila, podemos comprobar que a principios de octubre de 1936 la Casita seguía funcionando: el día 6, pagan seis pesetas a la Huevería y Frutería de Jorge Barreiro, de la calle de Fuencarral, correspondientes a la compra de acelgas y cebollas, y el día 21 pagan cuatro pesetas con ochenta céntimos por seis kilos de tomates. Esos debieron de ser los últimos pagos que hicieron: ese mismo mes cayeron sobre la casa varios proyectiles de artillería que la destruyeron por completo.


LA CASA DE LOS NINOS
se cerró para siempre al empezar
en el verano de 1936 nuestra
GUERRA CIVIL
Camila Ventura de Llebrá

El edificio de la Telefónica sufrió el ataque de bombas y obuses, pero resistió. La Casa de los Niños no lo hizo. En la parte de atrás del cuaderno de Camila hay una pequeña nota mecanografiada que leída hoy transmite mucha ternura y una enorme tristeza: «LA CASA DE LOS NIÑOS se cerró para siempre al empezar en el verano de 1936 nuestra GUERRA CIVIL». ¡Tantas cosas se cerraron para siempre en ese verano en que empezó la infamia!

6

COMITÉ DEL LIBRO PARA EL CIEGO

Ver el mundo a través de los libros

Uno de los retos a los que me enfrento para escribir este libro es que no existe un archivo donde se hayan conservado los documentos originales del Lyceum: no se ha guardado la correspondencia, ni los libros de registro donde consignaban los gastos de cada actividad ni las invitaciones a los actos; no se conservan las fotos ni los folletos de publicidad que elaboraban para recaudar fondos para sus proyectos. Lo poco que queda está disperso, un papel aquí y otro allá.

Para poder ver algunos de ellos, visito la Biblioteca Nacional. Había estado antes viendo exposiciones, pero nunca había entrado para consultar sus fondos. Para verlos tengo que hacer primero un trámite, debo obtener la tarjeta de lectora que me permitirá acceder a las salas y poder consultar, por fin, los ansiados documentos. No soy demasiado fetichista para las cosas de los libros, pero cuando los tenga en las manos me daré cuenta de que me emociona acariciar las páginas donde también estuvieron las manos de María de Maeztu, las páginas donde estampó su picuda firma junto a las de Isabel Oyarzábal, Carmen Monné, Rosario Lacy, Benita Asas Manterola, María Goyri o Matilde Landa.

En cuanto recibo el correo que me avisa de que ya está lista mi tarjeta de lectora, que debo tramitar en la modalidad de investigadora para poder consultar documentos anteriores a 1930,

me dirijo a la biblioteca. Subo las escaleras en diagonal, bajo la mirada de piedra de Cervantes y Lope, pensando en que es un día importante para mí: entraré en muchas más ocasiones, pero nunca volverá a ser la primera vez. En adelante sabré ir a la sala sin preguntar, sabré que tengo que dejarlo todo en taquilla excepto el cuaderno y la tableta antes de entrar, que me revisarán el cuaderno por dentro a la entrada y a la salida. En adelante sabré que me darán una tarjeta con mi número de pupitre —el setenta y siete esta vez— y que deberé sentarme allí. Sabré lo hermosa que es la sala y no me quedaré embobada mirando los relojes que presiden los rincones. En adelante no habrá tanta sorpresa: ya sabré qué voy a encontrar. Pero esa primera mañana aún no lo sé, aún entro con el asombro intacto y me gusta reconocer la emoción. El puesto de seguridad de la entrada me saca de mi solemnidad de andar por casa; la vida es eso, las cosas prácticas siempre se imponen a las divagaciones, siempre te hacen aterrizar, te ponen en tu sitio: a saber qué me contestaría el funcionario de la entrada, que ve pasar a miles de personas por esa puerta, si le contara lo que estoy pensando.

Al entrar al edificio me piden la tarjeta de lectora: no la tengo todavía, explico, vengo a recogerla. Hago los trámites y me entregan una pegatina azul que tengo que llevar visible durante el tiempo que permanezca dentro de la biblioteca. Una pegatina que luzco orgullosa y que me acredita en letras mayúsculas, por fin y por primera vez en la vida, como lo que soy: LECTORA.

Uno de esos escasos documentos originales que aún se conservan hoy, el que voy a consultar en mi primera visita a la Biblioteca Nacional, es la memoria de uno de los proyectos más ambiciosos del Lyceum Club.

En julio de 1930, la revista *Crónica* hablaba de una iniciativa innovadora que merecía todos los elogios: el Comité del Libro para el Ciego, propuesto al Lyceum por una de sus socias, Mercedes Rodrigo.

Mercedes Rodrigo era maestra superior, se licenció en la Escuela Normal de Maestras de Madrid en 1911, a los veinte años, y después se formó en educación especial. La prensa de la época la designa como maestra «anormalista» y habla, al referirse a los ciegos y a los sordomudos, de enseñanza de anormales: qué lenguaje el de entonces, cómo nos golpea ahora leer algo así, cuánta violencia encontramos en que se llamara *anormal* a quien no podía ver, a quien no podía oír. En el Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos donde enseñaba antes de salir a formarse a Europa, cada día dedicaba una buena parte de la jornada, entre dos y tres horas, a leer en voz alta los textos a los que sus alumnos no podían acceder por sí solos, y pudo comprobar lo importante que eran esas historias para ellos, lo interesante que sería que pudieran leerlas solos, sin necesidad de una mediadora: no solo se les abriría las puertas al placer de la lectura, sino que también les permitiría estudiar, formarse en disciplinas que les sirvieran para ganarse la vida.

Antes de que estallara la Gran Guerra, Mercedes Rodrigo había viajado por Europa visitando centros de educación de sordos y ciegos en Bélgica, Francia y Alemania, y en 1920, pensionada por la Junta para Ampliación de Estudios, viajó a Suiza para seguir estudiando: en Ginebra se licenció en Psicología y trabajó con psicólogos y pedagogos pioneros como Jean Piaget y Édouard Claparède, dos profesionales que estaban llevando a cabo los trabajos de investigación más avanzados del momento.

Interesada como estaba en la educación especial, Rodrigo visitó en sus viajes y estancias las instituciones que se dedicaban a ella;

en Ginebra había una biblioteca circulante de ocho mil volúmenes y en Francia, el Instituto Valentin Haüy tenía una biblioteca de cien mil libros escritos en braille.

Valentin Haüy había sido profesor de Louis Braille. Louis se había quedado ciego siendo un niño: a los tres años, jugando a imitar a su padre, talabartero de profesión, se clavó el punzón con el que trabajaba el cuero en el ojo derecho. La herida se infectó y se extendió también al izquierdo, y el pequeño Louis perdió la vista de ambos ojos. A los diez años, gracias a una beca, salió de Coupvray, el pequeño pueblo donde vivían y donde no habría tenido muchas oportunidades, y se marchó a estudiar a un centro especializado para invidentes en París. Allí, Haüy llevaba tiempo desarrollando un sistema de lectura táctil, pero no terminaba de afinarlo. Una tarde, cuando Louis tenía doce años, recibieron la visita de Charles Barbier, un militar que estaba trabajando en un sistema parecido, pero cambiando la representación habitual de las letras por otra a base de símbolos hechos con puntos y rayas. En realidad no lo había inventado pensando en la lectura de los ciegos, sino que quería crear un sistema de «escritura nocturna» para que los soldados en el frente pudieran leer y escribir mensajes a oscuras y que, además, si eran interceptados, el enemigo no supiera descifrarlos. Pero el de Barbier tampoco era perfecto y no terminaba de funcionar, porque era un sistema fonético que representaba las sílabas tal como se pronunciaban, y no como se escribían. Braille tomó esa base y la reformuló, la simplificó y redujo el tamaño de los símbolos para que cupieran todos en la yema del dedo, hasta llegar a la combinación de seis puntos en relieve que colocados en distintas posiciones dan lugar a sesenta y cuatro símbolos que formaban letras, números y signos.

Aunque existía desde 1825, en España el sistema braille fue declarado método oficial de lectoescritura para personas ciegas en 1918. No lograban ponerse de acuerdo quienes abogaban por utilizar un mismo alfabeto para videntes e invidentes —es decir, imprimir en relieve los caracteres de nuestro abecedario— y quienes defendían que se utilizara un alfabeto propio, y, aunque el braille se estaba empleando, esa discusión retrasó su adopción como sistema oficial. En España, el Centro Instructivo y Protector de Ciegos había empezado una labor parecida a la de los institutos europeos, pero por aquel entonces su biblioteca era escasa.

Así que en 1930, de vuelta ya de sus viajes, con su título de Psicología, después de asistir al Congreso de Psicoanálisis de Berlín presidido por Sigmund Freud y trabajando ya para el Instituto Psicotécnico de Madrid —y unos años antes de ejercer como psicóloga en la clínica del Tribunal Tutelar para Niños de Madrid—, Mercedes buscó el apoyo de otras mujeres valerosas como ella para poner en marcha una idea trabajada a lo largo de los años: escribir lo que llamaron «libros blancos», adaptando al sistema braille obras literarias, tanto clásicos como literatura contemporánea, y también libros técnicos de aprendizaje y consulta. Su intención era que quienes estaban privados del sentido de la vista pudieran disfrutar de los libros y de la lectura, pero también, y sobre todo, que pudieran formarse para ejercer una profesión. Todo lo relacionado con la cultura, la educación y la preocupación por los más desfavorecidos estaba en el corazón de las ideas del Lyceum. Que la formación era básica para desempeñarse en cualquier ámbito de la vida era un precepto esencial de su filosofía y de su razón de ser, así que Rodrigo, socia junto a su hermana María, propuso a la junta directiva del club crear el Comité del Libro para el Ciego, a semejanza del que había conocido en París.

Imagino el entusiasmo del resto de socias al acoger la idea. Muchas de ellas tenían preocupaciones similares: Clara Campoamor contaría que su madre, costurera, estaba perdiendo vista, y eso había hecho pensar a la abogada en las duras condiciones que afrontaban las personas que, como su madre si su enfermedad progresaba, ya no podían ganarse la vida del modo en que lo hacían. Ese temor nunca la abandonó, y años más tarde hablaría de ello en el discurso que pronunció en marzo de 1933 en el Teatro Victoria ante los miembros de la Unión de Trabajadores Ciegos, siendo ya diputada, y defendería su causa en el Congreso. Elena Fortún había colaborado años atrás con la Asociación de Mujeres Amigas de los Ciegos y había aprendido braille; tal vez comentaron el artículo que había publicado el diario *El Sol*, que decía que el Estado no ofrecía a los ciegos muchas más opciones que mendigar en la vía pública y no se preocupaba de su inserción en el mundo laboral, mientras en otros países, como Inglaterra o Alemania, habían puesto en marcha políticas para integrarlos en distintos trabajos. María Hurdisán, que se sumó en cuanto oyó hablar de ello a Mercedes, diría que en el colegio nacional, los muchachos podían estudiar hasta los dieciséis años, pero en cuanto los cumplían debían abandonarlo. No había derecho, creía, a que los echaran a la calle tan jóvenes, sin orientación, sin poder ofrecerles un futuro. ¡Con la de trabajos que había que podrían desempeñar! Aduciría que había oficios como el de telefonista, mecanógrafo o maestro que los ciegos podían hacer muy bien. Por no hablar de las enormes virtudes que tenían como calculistas, según contaba la prensa.

Mercedes Rodrigo conocía bien las iniciativas que se llevaban a cabo en Europa. ¿Os imagináis —preguntaría— que creáramos una gran biblioteca para ciegos? ¿Que ayudáramos a que pudieran

disfrutar de las grandes obras literarias, y que pudieran estudiar y aprender nuevas disciplinas? Con esa formación podrían encontrar un trabajo digno, ganar un salario de forma honesta y dejar de pedir limosna por la calle. Y, además, daríamos trabajo remunerado a algunas mujeres ciegas que harían de copistas de nuestros libros blancos. Hay que pensar que algunas tienen estudios superiores y al perder la vista han perdido también la esperanza de ganarse la vida con lo que habían aprendido.

Tenían que hacer algo, y la propuesta de Mercedes Rodrigo, que se lo tomó como una auténtica cruzada —como se encargaría de resaltar la prensa—, había llegado al lugar adecuado.

Entre las disciplinas en las que se había formado, Mercedes estaba vinculada directamente con la enseñanza de ciegos y sordos; pero otras socias, como Pilar de Zubiaurre, también estaban sensibilizadas con el tema de un modo especial: los dos hermanos de Pilar, los pintores Valentín y Ramón de Zubiaurre, eran sordos; o como María Martos, cuyo hermano era sordomudo. También Isabel Oyarzábal y Consuelo Bastos se preocuparon por esos colectivos y estuvieron implicadas en distintos patronatos relacionados con sordomudos y de ciegos. No es difícil aventurar que la idea fuera acogida por la junta directiva con entusiasmo y las socias se pusieron a trabajar.

Aunque desde el principio habían anunciado su intención de contratar a mujeres invidentes que hicieran de copistas, el primero fue un hombre, Pascual Quirós, que todas las tardes se acercaba a la sede; las socias se turnaban y dedicaban tres horas cada una a dictar las obras que debían ser escritas en braille. A todo el mundo le resultaba sorprendente que fueran señoras de buena posición quienes dedicaran su tiempo a ello: «En esta tarea alternan señoras de apellidos ilustres, ricas, damas que con la mayor bondad dedican

unas horas diarias al referido trabajo», escribía *El Adelanto* de Salamanca; «Hay cuarenta mil españoles ciegos. Y unas madrileñas aristocráticas que tienen, como la gente del pueblo, su corazoncito, y quieren hacerles llevadera la existencia», titulaba *La Voz*.

Eligen una cartulina roja donde imprimirán el folleto publicitario, para que no pasara desapercibido, y escogen con cuidado las palabras con las que quieren conmover a los posibles benefactores: «Una de las mayores tristezas de la ceguera es la privación de la lectura. Piensa que hay muchos ciegos que quieren estudiar y no tienen libros», escriben, y siguen afinando: «Piensa que con un pequeño sacrificio de tiempo y dinero puedes procurar algunas horas felices a muchos seres desgraciados». Pero quieren algo más contundente, algo que haga sentir a quien dona una peseta al mes que está haciendo algo útil para la sociedad. Al final llegan al lema que quieren transmitir: «La mujer que confecciona una prenda para un ropero trabaja para un solo pobre. La que además emplea algunos ratos en transcribir a la escritura de los ciegos un libro útil, una novela, un poema, trabaja para un número incontable de desgraciados que bendecirán su nombre».

Esos folletos rojos surtieron su efecto y obtuvieron el dinero suficiente para poner en marcha su taller, gracias a muchas suscripciones individuales de una peseta y a algunos donativos más cuantiosos procedentes de Pilar de Zubiaurre, de la condesa de Alpuente, del conde de Casal y otras familias ilustres. Con eso, en menos de un año pudieron aumentar el número de copistas a cuatro —aunque aspiraban a tener al menos quince—, ahora ya, sí, cuatro mujeres, y alquilar una sede en el número 9 de la avenida Pi y Margall, nombre que recibía la Gran Vía en el tramo entre la plaza de Callao y la Red de San Luis.

Es María Hurdisán, secretaria del Lyceum y del comité, quien explica a la prensa que, con todo, el mayor gasto no eran los jornales de las cuatro mujeres copistas, que ganaban una peseta a la hora, ni el alquiler del piso, sino el papel que compraban para imprimir los libros, que debía ser marquilla, un papel lustroso, de «clase especial, muy blanco y grueso, para dibujar», según lo define María Moliner en su diccionario. Necesitaban un papel de más grosor del habitual y este papel marquilla, que hoy es un material barato, supuso al comité la mayor partida del presupuesto.

En papel marquilla estaban escritas en color encarnado las palabras Libertad, Igualdad y Ley, en ese mismo papel estaban recortadas las trece letras que compondrían un lema revolucionario al coserlas sobre un tafetán morado, la bandera que Mariana Pineda confecciona para levantarse contra la autoridad de un rey absolutista. Tenía veintiséis años. No sabemos en qué papel se firmó su sentencia de muerte, pero seguro que era más endeble.

En papel marquilla, no verjurado, procedente de restos de encuadernación, estampó Francisco de Goya su plancha de cobre para representar unas mujeres que se defienden de los soldados que las atacan, de la autoridad que las quiere vejar. En ese papel marquilla aplicó el aguatinta y añadió los detalles con la punta seca, sobre ese papel escribió «Las mugeres dan valor», sobre ese papel escribió «Y son fieras», dos de los grabados con los que el pintor de Fuendetodos denunció los desastres de la guerra.

En papel marquilla ponía en limpio cada mañana, con una letra que daba gusto verla, las historias sobre mujeres malas, damas hermosas e infieles que dejan a sus maridos en casa y se van de picos pardos con nobles de alta alcurnia que había escrito por la noche José Izquierdo, tío de Fortunata, unas historias que Nicanora

piensa que le han dejado el cerebro pasmado; y por eso le dan ataques como el que Jacinta ha presenciado cuando ha ido a su casa para que la llevara a ver al Pituso, ese niño pequeño que sospecha que es hijo de la amante de su marido y de Juanito Santa Cruz, el hombre al que ella no puede dar un descendiente.

De papel marquilla pensaba que estaban hechos sus pretendientes, débiles de espíritu, Ana Ozores, la muchacha que escribe versos en un cuaderno y provoca el escándalo de sus tías al descubrir que su sobrina tiene el defecto más grande y más ridículo que puede tener una señorita en Vetusta: el deseo de hacer literatura.

De papel marquilla están hechos los pliegos donde el joven burgués Pepe Fajardo debe anotar, por orden del gaznápiro de su jefe de *La Gaceta*, las líneas compuestas por cada cajista con esmero y limpieza, un requerimiento que le indigna, pues no considera propia la tarea de su gran erudición, y así lo consigna en su diario el 6 de abril del tormentoso año de 1848.

Ante la blancura del papel marquilla, aterciopelado y vulnerable, con montañas y valles por los que se deslizaba el carboncillo y el difumino, la niña Rosa, esa misma a quien Julián Marías llamaba Lechucita, intuye fascinada la promesa del arte cuando aprende con su padre a dibujar; un verbo que dejará de ser solo una palabra para convertirse en un descubrimiento, en el hechizo de crear, que extenderá después a la palabra, a la escritura, con la que contará su infancia en *Desde el amanecer* y la infancia de dos niñas que tienen mucho de ella, Elena e Isabel, en ese *Barrio de Maravillas* donde vivió.

De papel marquilla es el cuaderno donde el mayordomo con honores de intendente Antón anota lo que ingresan y lo que gastan, lo que les cuesta la leña y la paja, lo que les cuesta el alimento de

las personas y de los animales, para que doña Leandra administre su casa de la Cava Baja, esa casa a la que su marido, Bruno Carrasco, llega una noche consternado por la sesión en el Congreso en la que se ha pronunciado un insólito «¡Dios salve a la reina, Dios salve al país!», aludiendo a una reina, Isabel II, que debe casarse y aún no sabe con quién; tan asustado está, tan preocupado por el mal rumbo que toman sus negocios, que Leandra cree que, por fin, van a dejar Madrid y volver a la que siempre fue su tierra amada, la patria de don Quijote.

De papel marquilla están hechos los pliegos en cuarto en los que se imprimirá una nueva edición, correcta y magnífica, de *Don Quijote de la Mancha*, promovida por la Real Academia Española para responder al cervantista Vicente de los Ríos, marqués de las Escalonias, que viendo la mala calidad de las ediciones que circulaban desde hacía años, comprobando que no había ninguna buena ni tolerable, afeaba a la Academia el silencio que mantenía ante la obra magna de la literatura en español.

Y en gran papel marquilla escribió Rubén Darío su poema «Oda a Teodoro Roosevelt», con el que quería contestar a quienes lo acusaban de individualista, de no tener interés por lo que pasaba a su alrededor, de no tener conciencia social, y que hizo llegar en un espléndido manuscrito a Juan Ramón Jiménez.

No sabemos qué papel utilizó Juan Ramón cuando escribió uno de sus cantares: «Era el pobrecillo ciego / y cantaba sollozando / la luz de unos ojos negros».

A principios de 1931 el taller de libros blancos, escritos en papel marquilla, producía dieciocho tomos al mes. Más de cuarenta socias del Lyceum iban cada tarde a dictar durante tres o cuatro horas, y una copista tardaba una semana en producir un volumen en octavo.

Viendo que no era suficiente, algunas socias del Lyceum aprendieron el sistema de las copistas y se llevaban los libros a casa para seguir con su labor: «La señora de Fernández Alemany, y a petición de los ciegos, ha escrito un *Diccionario Inglés*; la señorita Blanca Morán, la *Vida de Pizarro*; la señora de Salas, *Roger de Lauria* y *Don Álvaro de Luna*; la señorita Escrivá de Romaní, que viene a leer con una constancia grande, *Un aspecto en la elaboración del Quijote*; las señoritas de Sánchez Román, *Guzmán el Bueno y los Apuntes de Bartrina*; la condesa de Alpuente, un *Tratado de Medicina;* la señora Samper de Díaz, la *Vida de Quintana* —además, esta misma señora se propone implantar en Méjico el "Comité del Libro para el Ciego", a imitación de lo realizado en España—. La señora viuda de don Enrique de Mesa está escribiendo un tomo de poesías del que fue su marido, un verdadero regalo, pues a los ciegos les encanta la poesía. María Ponce de León, *Leyendas y cuentos de Bécquer*; la señora de Zubiaurre, un libro de Salaverría; Carmen Monné de Baroja, *El Gran Capitán*; Pilar Riaño, *El Cid* y *Fray Bartolomé de las Casas*; la doctora Vidal, un *Tratado de Higiene* y la *Vida de Blasco* [sic] *Núñez de Balboa*, y la señorita Smit, alemana, un *Diccionario Alemán*», contaba Hurdisán.

Las socias aprendieron un sistema nada fácil. Aprendieron a manejar bastidores, reglas y ganchos, a mover sobre los surcos del artilugio que les permitía pinchar el papel colocado bajo la pauta en los huecos adecuados. Aprendieron a crear esos libros que no decían nada a quien solo los viera, pero guardaban dentro miles de historias para quien los tocara.



Acción femenina en Madrid.

Un grupo de distinguidas damas pertenecientes al Lyceum Club funda el interesante "Comité del Libro para el Ciego".

El "Comité del Libro para el Ciego", presidido por la señora de Fernández Alemany. En el ángulo derecho el escribiente ciego señor Quirós, transcribe en Braille un documento que le es dictado.

—La señora de Fernández Alemany, y á petición de los ciegos, ha escrito un *Diccionario Inglés*; la señorita Blanca Morán, la *Vida de Pizarro*; la señora de Salas, *Roger de Lauria* y *Don Alvaro de Luna*; la seño-

Isabel González es una de las copistas contratadas por el Lyceum: maestra, con conocimientos de música y mecanografía, durante el invierno de 1931 transcribió veinte volúmenes al braille. La tarde en que José del Campo, periodista del diario *La Voz*, visita el comité, ella está trabajando. Del Campo se muestra admirado por la destreza de la muchacha, la velocidad vertiginosa con la que mueve el punzón sobre la platina de aluminio haciéndolo repiquetear, sin detenerse más que para manipular el utensilio cuando es necesario. Mientras el periodista habla con una responsable del comité —de la que escribe luego que es «una figulina rubia y recortada a quien tomaríamos por la calle por una "niña pera"»—, Isabel sigue trabajando afanosamente y solo hace una pausa «para encarecernos que digamos a las mujeres de España que colaboren en la obra que realiza el Comité del Libro para el Ciego: ¡Basta una peseta al mes!».

No dice el artículo quién es esta figulina rubia, pero es muy probable que quien atendiera al periodista, como había ocurrido en otras ocasiones, fuera María Hurdisán. El suyo es uno de esos

nombres que encuentro con frecuencia en la información sobre el comité, pero poco más. ¿Quién era esta mujer de la que no se menciona nada más que su nombre? El portal PARES tiene una entrada sobre ella que la identifica como nacida en Madrid en 1895, hija de Julio Hurdisán Peralta y María del Campo, alumna del instituto Cardenal Cisneros de Madrid, donde obtuvo el título de bachiller. Añade que fue secretaria del Lyceum y del comité, y que mantuvo correspondencia con José Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional, y con la escritora peruana Angélica Palma.

Buceando en la hemeroteca llego a averiguar que su padre era médico y que en 1929 era director gerente de la empresa cervecera El Mediterráneo, de Málaga; llego a su hermano Luis, al que supongo una formación en Derecho, pues pertenece al Cuerpo Jurídico Militar y a partir de 1946 firma en *La Gaceta* los edictos como representante del Servicio Nacional del Trigo del Ministerio de Agricultura; llego a su otro hermano, Romualdo, agente de información en zona roja muerto en acto de servicio durante la guerra civil; llego a su cuñada, Fernanda Lacroix, que recibe una pensión extraordinaria por su viudedad.

Pero apenas llego a ella. Solo encuentro, además de dos menciones relacionadas con el Lyceum —la que habla de este comité y la que la sitúa como secretaria del club que firma la petición de indulto para los sublevados de Jaca en marzo de 1931—, otras cuatro breves referencias: una es de 1920 y es una nota de sociedad que habla de una fiesta en la colonia vacacional de Miraflores, donde ha participado en una obra de teatro en la festividad de la patrona siendo una niña. La segunda es un artículo que escribió para la revista *Mundo Femenino* sobre arte —la ficha de la Biblioteca Nacional sobre esta publicación, órgano de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, la incluye como una de las redactoras—. La

tercera es una entrada de *La Gaceta* de noviembre de 1941 donde figura en la lista de admitidas para la oposición a una plaza de taquígrafa-mecanógrafa del Ministerio de Asuntos Exteriores; y la cuarta mención corresponde a algo más amargo que sucede años después, en 1952: una noticia del diario *Pueblo* la sitúa como propietaria de una taberna en Málaga que ha sido estafada cuando intentaba traspasarla.

Busco a la escritora peruana Angélica Palma, con quien mantuvo correspondencia, y encuentro una de sus cartas en el Archivo General de la Nación de Perú, donde le habla de los estrenos teatrales en Madrid y le felicita el año, pues está fechada el 25 de diciembre de 1927. Pero nada más.

¿Quién fue María Hurdisán? ¿Qué fue de su vida? ¿Estudió? ¿Aprobó la oposición? Puedo suponer que no, pues acabó regentando una bodega en Málaga, quién sabe si continuando los negocios familiares del padre. Hemos visto que estaba interesada en el arte, en el teatro, pero ¿qué más? Hurdisán es una de tantas mujeres que parecen haberse borrado de la faz de la tierra, un misterio que se queda, en mi intento de contar quién fue, a medio resolver.

Libros blancos en una biblioteca

Si algo caracterizaba a las socias del Lyceum era que una vez conseguido lo que se proponían no daban por terminada su labor, sino que siempre miraban más lejos, se preguntaban si aquello que habían logrado que parecía imposible podía ir más allá. Y eso hicieron cuando en octubre de 1931 leyeron un artículo de José Nadalmay, vicepresidente de la Federación Nacional de Ciegos Españoles, donde expresaba lo mucho que le gustaría que la

Biblioteca Nacional tuviera una sección de libros para ciegos. Nadalmay, militar de carrera, hacía apenas cinco años que había perdido la vista en la campaña de Marruecos de 1926 y echaba de menos leer.

Tenían los libros. Tenían el método para escribirlos y los medios que lo permitían. Y tenían los contactos para conseguir que Fernando de los Ríos, ministro de Instrucción Pública, y Miguel Artigas, director de la Biblioteca Nacional, lo autorizaran y la biblioteca acogiera la primera sala de lectura para ciegos que existiría en nuestro país.

Apenas hacía dos años que Miguel Artigas había llegado al precioso edificio del paseo Recoletos. Había sido nombrado director de la Biblioteca Nacional en 1930, tras superar un concurso de méritos que un recién creado patronato exigió por primera vez para poder optar al cargo.

Bajo su dirección se acercan los libros al ciudadano: se toma en consideración la queja de Ortega, que había escrito que el reglamento de la biblioteca era «paladinamente ridículo» y que se tenía más preocupación por que nadie se llevara los libros que por que fueran leídos, y se modernizan los índices —en los que las papeletas se iban acumulando con el tiempo, escritas por muchas manos y con criterios diferentes, y las más antiguas estaban manuscritas por Moratín—, se permite que sean los propios lectores los que consulten los ficheros por materias o por títulos en la Sala de Estudio y, lo más importante, pone los libros a su alcance: cubre las paredes con estanterías y ya no hay que pedirlos ni hacer trámites previos. También se modernizan los sistemas de gestión, se crea un servicio de desideratas y un departamento de encuadernación.

Bajo su dirección se acomete la reforma que separará la Sala General de la Sala de Estudio, permitirá el acceso a la Sala General

desde el jardín, suprimiendo las barreras y facilitando la entrada —el primer año se registran mil doscientos lectores diarios, cuarenta mil más que cuando estaba en el piso de arriba, en la nave central—, y habilitará un espacio para crear la Sala de Lectura para Ciegos, la primera que se abre en una biblioteca pública.

Bajo su dirección, para evitar el robo de libros o los «cambiazos» frecuentes en la época, se implanta por primera vez la tarjeta de lector: un método de registro donde figurará la hora de entrada y salida, los libros consultados y su correcta devolución antes de salir. Una tarjeta que, para el diario *El Sol*, hace a sus poseedores «dueños del gran tesoro bibliográfico que tienen allí a su absoluta disposición». La misma tarjeta que hoy me hace sonreír al pensar que soy dueña de un tesoro.

El censo de 1930 recogía que la tasa de analfabetismo en España era del 42 %. De los veintitrés millones y medio de habitantes del país, diez no sabían leer ni escribir. El Gobierno de la República tenía un compromiso claro con la educación y la cultura, que reconocía como una de las atribuciones esenciales del Estado en la Constitución de 1931. Los nuevos dirigentes, apoyados como estaban por tantos intelectuales, sabían que para tener una ciudadanía fuerte y una democracia consolidada un país debía formar a sus ciudadanos, ofrecerles los recursos necesarios para que pudieran estudiar y, para ello, el acceso al libro era fundamental. Para transformar la sociedad había que crear las condiciones que permitieran a sus ciudadanos prosperar, la educación debía ser un derecho democrático. El primer ministro de Instrucción Pública, Marcelino Domingo, tomó medidas al respecto en los ocho meses que estuvo al frente del ministerio: puso en marcha las Misiones Pedagógicas y creó la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros

para Bibliotecas Públicas, que las dotaba de un presupuesto importante —multiplicaba por mucho el anterior—, normalizaba los criterios para las compras de fondos y modernizaba las bibliotecas populares existentes, escasas y mal dotadas, para convertirlas en lugares accesibles y atractivos para la ciudadanía. Las reformas en la Biblioteca Nacional eran ya parte de ese espíritu modernizador en el que querían envolver el país.

El 14 de mayo de 1932 es Miguel Artigas quien recibe al presidente de la República y a los ministros de Estado y de Instrucción Pública. Acaban de dar las doce y la inauguración de las reformas que renuevan la biblioteca y habilitan la Sala de Lectura para Ciegos se convierte en una gran fiesta. Para entonces, el ministro de Instrucción Pública es Fernando de los Ríos; el mismo día de su nombramiento, el recién estrenado ministro visitó la Biblioteca Nacional, paseó por sus salas y observó lo atestada que estaba la Sala de Lectura, las estrecheces que sufrían sus usuarios y la algarabía que se formaba al mezclar en un único espacio al lector general con el investigador o estudioso. La circunstancia no le sorprendió: era habitual de la biblioteca y siempre que la visitaba le venía a la cabeza lo difícil que era que en ese entorno, en ese ambiente frío y hostil, hubieran podido trabajar los investigadores que con sus estudios habían aportado tanto a la Historia y a la cultura del país, pues allí, «al pedir un servicio, parecía que se infería un agravio al hombre huraño encargado de prestarlo. Era como si les fuera a perturbar una buena siesta». Tras conversar con su director e interesarse por sus planes de reforma y modernización, salió convencido de la imperiosa necesidad de acometerlos, de hacer de la biblioteca un lugar más amplio, más cómodo, más tranquilo y más accesible. Y que no volviera a ocurrir lo que denunciaba un periodista en la revista *Crónica*, que afirmaba que el lector era

tratado a baquetazos y que mientras esperaba a que le sirvieran un libro le crecía el verdín. Un año y medio después, el edificio estaba listo para estrenar una nueva etapa.

En el acto de inauguración no faltaron los discursos solemnes. Para Miguel Artigas, la biblioteca había cumplido su cometido «en tiempos de escasas necesidades intelectuales y de muy escasos estudiosos», más como lugar de recreo y esparcimiento de lectores que como cuna de la investigación; pero los nuevos tiempos requerían que la institución se pusiera a la altura: el afán de saber se extendía, los jóvenes ahora viajaban y necesitaban aprender idiomas, se acostumbraban en sus viajes, sobre todo si eran para ampliar sus estudios en universidades extranjeras, a frecuentar sus bien nutridas bibliotecas, a consultar libros científicos, humanísticos y artísticos, obras modernas de la literatura. Artigas no quería seguir el ritmo de los tiempos: quería adelantarse, ir más allá, ponerse en cabeza y servir de faro. Un espíritu muy afín al del Lyceum.

La implicación de Fernando de los Ríos no se limitó a apoyar las reformas, sino que aumentó de un modo considerable el presupuesto. De las treinta y cinco mil pesetas consignadas para adquisiciones, encuadernación y gastos varios en los presupuestos anteriores, el ministro aumentó la partida a más de doscientas cincuenta mil, de las cuales cien mil estaban destinadas para comprar fondos; la biblioteca abrió con diez mil volúmenes en la Sala de Consulta, otros diez mil en la Sala de Estudio, un millón de referencias en el fichero y más de ochocientas revistas nacionales y extranjeras especializadas en distintas disciplinas, quintuplicando el fondo que había hasta entonces.

La Sala de Revistas estaba dirigida por una mujer, María del Pilar Lamarque, a la que De los Ríos y Artigas elogiaron especialmente en su discurso. Que una mujer dirigiera una sección de la biblioteca era

un hecho absolutamente inusual; pero que, además, el ministro y el director la hubieran mencionado públicamente para ponderar su trabajo era algo inaudito.

María del Pilar Lamarque fue una de las alumnas pioneras en la Universidad de Zaragoza. Se matriculó en Filosofía y Letras en 1917; para entonces, la familia vivía en Cascante (Navarra), donde su hermano mayor, médico, había sido destinado, pero ella quería estudiar y se quedó en Zaragoza, en casa de su buena amiga Pilar Moneva de Oro. Pilar era hija de un prestigioso jurista, Juan Moneva y Puyol, que dirigía el Estudio de Filología de Aragón —una institución que estudiaba la cultura y la lengua aragonesa para la creación de un diccionario—, y pronto las dos muchachas empezaron a colaborar en él. Tal vez aquella decisión y aquella amistad fraguaron el amor por las palabras de Lamarque, tal vez el aprendizaje de la técnica para componer un diccionario despertó en ella una pasión que desconocía. Tal vez el contacto con otras mujeres que estaban descubriendo esa misma pasión, como María Moliner y su hermana Matilde, hizo que prendiera en ella el deseo de trabajar con libros toda su vida. Estoy segura de que vivir en esa casa, en ese ambiente, bajo el auspicio de Juan Moneva, que firmaba como responsable de Lamarque en la matrícula de la universidad, encaminó a la muchacha hacia esa sala de la Biblioteca Nacional que años más tarde dirigiría y por la que sería elogiada.

No era la primera mujer que se matriculaba en esta universidad: antes lo habían hecho Áurea Javierre y Mur, que llegó a ser jefa de sección en el Archivo Histórico Nacional, y María Dolores de Palacio y Azara, que fue la primera mujer que dirigió un instituto de secundaria en España: ellas fueron las primeras licenciadas, justo el año en que Lamarque y Pilar Moneva comenzaban sus estudios, en la Universidad de Zaragoza, la misma en la que yo estudié.

María del Pilar Lamarque se licenció en 1920 y en 1922 aprobó la oposición al Cuerpo de Facultativos de Archivos, Bibliotecarios y Arqueólogos, a la vez que María Moliner. En su traslado a la capital, a la espera de plaza, se alojó en la Residencia de Señoritas; tras pasar por distintos destinos en Galicia y Andalucía y de solicitar varias veces la condición de supernumeraria para poder quedarse en Madrid, en julio de 1930 entró a formar parte del personal de la Biblioteca Nacional con veintisiete años y un salario de cuatro mil pesetas anuales. No era la primera bibliotecaria de la institución —Ángela García Rives lo era desde 1914—, pero que estuviera al frente de una sala de la biblioteca es significativo. Quiero pensar que los elogios recibidos en los discursos de inauguración no se los dedicaron solo por ser la única mujer, sino por la valía que había demostrado y que la había hecho merecedora del cargo.

A los políticos, al director de la Biblioteca Nacional y del Museo de Bellas Artes, Ricardo Gutiérrez Abascal —que también inauguraba las mejoras en su museo—, se les unieron en la celebración muchas figuras prominentes de la sociedad. Allí estaban Unamuno, Margarita Xirgu, Giner de los Ríos, Mariano Benlliure, Margarita Nelken, Américo Castro... Y, por supuesto, allí estaban las representantes del Lyceum —Carmen Pardiñas, viuda de Fernández Alemany, vicepresidenta del comité; y la señorita María Teresa de Madariaga, vicesecretaria— estrenando la flamante Sala de Lectura para Ciegos.

La sala estaba justo antes de entrar a la Sala de Lectura General, en una antesala diáfana a la que se podía acceder sin barreras arquitectónicas, escaleras ni estorbos. Un donativo anónimo había ayudado a ponerla en marcha: abría al público con cuarenta y cinco obras, ciento ochenta y cinco volúmenes que crecerían rápido: en un año ya habían duplicado los títulos y los volúmenes eran más de

cuatrocientos, entre los que había libros de ciencias, gramáticas y diccionarios en castellano, inglés y francés; otras que, según explicaban, eran «muy penosas de hacer», como el *Manual del organista* de Riemann, transcrito íntegramente con sus ejemplos musicales. La obra se componía de nueve volúmenes en escritura braille: con este sistema los libros ocupaban mucho más que en la escritura tradicional; por ejemplo, una gramática española de poco más de doscientas treinta páginas —la de Miranda Podadera de 1930 — ocupaba nueve volúmenes de cien páginas cada uno. También había libros como la *Vida de Santa Teresa* o el *Lazarillo de Tormes* y obras literarias de Gómez de la Serna, Azorín, Baroja, Marañón, Unamuno, Benavente, Larra, D'Ors, Blasco Ibáñez, Ramón y Cajal, Dostoievski, Rabindranath Tagore... Puesto que la traductora de Tagore al español era Zenobia Camprubí, no podían faltar las obras del escritor bengalí.

La responsable de la Sala de Lectura también era ciega y atendía las peticiones de los libros, los buscaba en los anaqueles y los entregaba al lector, resolvía las dudas y consultas de los lectores invidentes y recogía las desideratas, que el club se comprometía a copiar con la mayor celeridad posible. En esos primeros meses prestaron obras a veinticinco lectores mensuales, trescientos sesenta en todo el año.

hogar de cultura.



La sección para lectores ciegos, servida por una señorita auxiliar, ciega como su público, al que facilita hasta doscientos volúmenes de cultura general, impresos especialmente para la lectura táctil.



Un aspecto de la Sala de Revistas, en las que se sostienen más de mil suscripciones, entre publicaciones españolas y extranjeras. (Foto. Cortés)

Pero una labor como esta, además de voluntad y del saber hacer de sus responsables, necesitaba una buena cantidad de dinero. En 1932, el comité se encontró en una situación económica difícil: todo el mundo elogiaba su trabajo y no solo las alentaban a imprimir más libros, sino también a que crearan una biblioteca circulante para acercarla a quienes no visitaban Recoletos; a una parte del colectivo invidente todavía le costaba visitar la biblioteca, bien por vivir muy lejos o bien porque temían no ser capaces de completar los trámites para pedir los libros. Pero eso costaba mucho y los ingresos que provenían de los donativos no eran suficientes: en 1933 llegaron a tener en la caja un exiguo capital de catorce pesetas.

Para estimar lo que costaba el trabajo que llevaban a cabo, Mercedes Rodrigo explica en el informe anual que, por ejemplo, los ciento ochenta y cinco volúmenes que entregaron en la inauguración de la Sala de Lectura para Ciegos habían costado 3.885 pesetas; los doscientos treinta que elaboraron durante ese año, 4.199 pesetas. El coste de fabricación de un volumen variaba mucho en función de si

había que dictarlo o si eran las propias liceístas quienes lo escribían, con lo que se ahorraban los jornales de las copistas; además, destaca Rodrigo que «no solo cosen de balde, sino que pagan el hilo»; es decir, que ellas mismas costeaban el papel en un gesto de gran generosidad. Por eso, desde el comité animaban a las socias del Lyceum a que aprendieran braille para aumentar la producción todo lo posible sin tener que incrementar el presupuesto. Desde el comité se impartieron clases gratuitas todas las mañanas no solo para las socias, sino para cualquier persona interesada, sobre todo adultos que hubieran perdido la vista hacía poco; les costeaban los utensilios necesarios para que una vez aprendido pudieran ayudar desde sus casas a producir libros blancos. También hicieron que las copistas ciegas aprendieran a encuadernar ellas mismas las obras que producían, con lo que ahorraban aún más y las copistas aumentaban sus ingresos.

Para recaudar fondos que les permitieran seguir adelante, las socias del Lyceum hicieron lo que tantas veces habían hecho antes para financiar sus iniciativas: promovieron una función benéfica en el Teatro Español el 1 de junio de 1932 que consistiría en la representación de *El gran teatro del mundo*, de Calderón de la Barca, con Margarita Xirgu y Alfonso Muñoz; tras la representación, el pianista húngaro Fernando Ember, profesor del conservatorio de Budapest, interpretó a Chopin, Mozart y Schumann; y, para terminar, la violinista Lola Palatín de Higueras interpretó obras de Dvořák, Beethoven, Turina y Mozart acompañada al piano por Josefina Toharia. Las entradas costaban tres pesetas y el teatro se llenó. Con la función, una vez descontados los gastos, recaudaron 2.266 pesetas, lo que permitió que el comité siguiera adelante con su encomiable labor.

A la función asistió lo más granado de la sociedad madrileña. No faltaron Alcalá Zamora, presidente de la República, el presidente del Consejo de Ministros, Manuel Azaña, ni el ministro de Instrucción Pública, Fernando de los Ríos. Una buena muestra de los contactos del Lyceum y del apoyo político que tenía todo lo que ponían en marcha.

Curso de masajes para ciegos

Al elegir los títulos de los libros blancos que aportarían a la Biblioteca Nacional, las responsables del Comité pusieron especial énfasis en las obras de consulta. A los ya mencionados manuales de gramática y diccionarios se sumaron otros relacionados con la música y, entre los títulos que preparaban, me sorprende que hablen de un modo muy especial de «un manual para que los ciegos puedan hacerse masajistas». Lo encuentro citado en varias entrevistas y me despierta la curiosidad: a priori, la de masajista no es una de las profesiones que solían destacar entre las que los invidentes podrían desarrollar sin problemas. ¿Por qué pondrían tanto empeño en un manual como este? ¿Cuál sería el motivo de que les interesara tanto escribir en braille algo así? ¿Sería un libro muy demandado por alguna razón que se me escapa? La respuesta la encuentro de nuevo buceando en la hemeroteca, y tiene que ver con un médico innovador y adelantado a su época.

El doctor Bartrina Costa no era un desconocido: había sido durante cinco años el médico del príncipe de Asturias, era profesor de Mecanoterapia en la Facultad de Medicina de la Universidad Central, profesor de Cultura Física de la Familia Real —«de los augustos hijos de los reyes», dice la prensa— y profesor jefe del Laboratorio de Kinesiterapia y Ortopedia de San Carlos. Era además

vicepresidente de la Federación Nacional de Hockey, secretario del Comité Olímpico Español y médico de la Asociación de la Prensa. Un hombre muy activo, con muchas inquietudes, que se había formado en Berlín y Estocolmo.

A Bartrina, igual que a las socias del Lyceum, le preocupaba que la única salida que encontraran los ciegos fuera la mendicidad; no podía ser que su modo de ganarse la vida fuera extender el platillo para pedir unas monedas al transeúnte. Pensaba que quienes estaban privados de la vista tenían una enorme sensibilidad en los dedos, un sentido del tacto mucho más desarrollado que los videntes. ¿Por qué no aprovechar ese don y formarlos en el masaje terapéutico para que pudieran asistir a los médicos en el tratamiento de diversas enfermedades? Sabía que en Japón hacía siglos que se hacía: desde el periodo Edo existían escuelas de medicina para ciegos, y los «*Anma* ciegos», como se los denominaba, eran el 90 % de los profesionales. Podría enseñarles anatomía, a palpar al paciente para distinguir un órgano normal de otro patológico, y a identificar la afección para aplicar el tratamiento adecuado. Pensaba, además, que formar masajistas ciegos tenía otra ventaja imbatible: las señoras no sentirían «el natural pudor femenino» y estarían mucho más tranquilas al saber que quien les iba a dar el masaje no vería su desnudez.

Bartrina tenía una clínica moderna y avanzada en la plaza de Manuel Becerra. Tenía los medios y tenía la idea. Y tenía la sensibilidad necesaria para ponerla en práctica. El doctor viajó por Europa para ver qué iniciativas parecidas se estaban llevando a cabo y, convencido de que la suya era viable y oportuna, el 2 de enero de 1930, nada más empezar el año, puso en marcha un curso gratuito para doscientos alumnos donde no solo aprenderían la teoría, sino que harían prácticas en su clínica con los «enfermos menesterosos»

de Madrid, a los que atendía gratis tres días a la semana de sus enfermedades y traumatismos.

Y para que sus alumnos pudieran estudiar necesitaba manuales, libros donde pudieran aprender los conceptos teóricos, así que Bartrina pidió ayuda al Comité del Libro para el Ciego, que rápidamente secundó la iniciativa y se puso manos a la obra. Misterio resuelto: de ahí venía el interés por publicar estos manuales que tanto me habían intrigado.

La inauguración de la escuela fue un éxito, asistieron el príncipe de Asturias, el ministro de Instrucción pública y el conde de Romanones, que se ofreció a colocar en su casa al primer ciego que saliera con el título. El curso se llenó. Se matricularon «ciegos de ambos sexos entre los que hay de vida humilde y de posición elevada, gente de cultura, que la ceguera los sorprendió en lo mejor de sus años y de su carrera, alumnos muy entusiastas que ponen toda su atención y todo su esfuerzo por conseguir el máximo de enseñanza», según recogió la revista *Nuevo Mundo*.

En la escuela de Bartrina se matriculó Eugenio Prieto Rodríguez, abogado, que había sido juez municipal en el distrito de La Latina.

Se matriculó Petra Esteban, maestra de primaria en el Colegio Nacional de Sordomudos.

Manuel Alcázar Muñoz, funcionario de Hacienda, que había quedado ciego hacía años y esperaba una pensión que nunca llegaba.

Francisco Brunete Minaya, perito mercantil, que había perdido la vista tres años atrás. De los cuatro, es el único que se presentó al examen.

Pero un año después, cuando solo faltaban veinte días para acabar el curso y que los alumnos se examinaran en la Facultad de Medicina para conseguir su título oficial, sucedió el desastre.

Bartrina, jovencísimo —tenía cuarenta y cinco años—, sufrió una angina de pecho fulminante y murió. Su inesperado fallecimiento causó una gran conmoción entre la sociedad: miles de personas pasaron por la casa para despedirse y a su entierro, concurridísimo, asistieron todos sus alumnos ciegos.

Además de quedarse desolados, sus alumnos temieron que peligraran sus exámenes y su futura titulación, pero el ministro intercedió y un tribunal en la Facultad de Medicina examinó a los dieciocho masajistas ciegos que se presentaron, de los cuales aprobaron todos.

Al dar la noticia de la repentina muerte de Bartrina, el Boletín Oficial del Centro Instructivo y Protector de Ciegos utiliza un lenguaje curioso que provoca una sonrisa al leerlo hoy: explica que el fallecimiento del doctor sembró «el desaliento en aquella nutrida clase de invidentes, que veían disiparse la perspectiva que vislumbraron». Ver, vislumbrar… Repaso lo que he escrito y corrijo unas cuantas expresiones: «a la vista está», «un punto de vista», «ver con buenos ojos»... Demasiada vista para un capítulo que habla de ciegos.

LA VIDA DE SOCIEDAD

Para el pobrecito ciego... —Entre todos los necesitados que acuden a ti, lectora mía, en demanda de un óbolo, es sin duda el ciego, el pobrecito ciego, aquel al que con mayor piedad y conmiseración tiendes tu mano beneficiosa. Aún más desolador y triste que el cuadro que te ofrece una madre con su niño desnutrido y pálido entre los brazos es el espectáculo que a tu piedad brindan esas dos pupilas muertas, esas dos «ventanas del alma» cerradas para siempre, que nunca permitirán la entrada en las tinieblas del espíritu al más pequeño rayo de luz, fulgor de vida y de esperanza.

«Dale limosna, mujer, que no hay nada en el mundo como la pena de ser ciego en Granada...», dice Icaza, el poeta, situando, como contraste, al privado del don de la vista en uno de los escenarios más maravillosos de la Naturaleza, y Juan Ramón Jiménez nos habla conmovido del pobrecillo ciego que cantaba sollozando la luz de unos ojos negros... ¡Belleza de la Madre Tierra en sus mejores manifestaciones! ¡Belleza para siempre desterrada de los pobres ojos

sin vida, tendrás, pues, para poder llevar tu consuelo a esas almas, que convertirte en alma también, en esencia, en espíritu! Tendrás que desmaterializarte, que diluirte, y, paisaje, serás solo perfume, tibieza, trinos; y, mujer solo, dulzura, comprensión, piedad...

La Nochebuena, con sus guirnaldas de plata, sus órganos, sus campanas, sus árboles cuajados de luces, sus nacimientos y su lluvia de regalos; la Nochebuena, fiesta de familia y fiesta de hogar, toda emoción, amor y ternura, está a la puerta, lectora, y en estos días un poco febriles, en que corres de un lado a otro en busca del presente oportuno para el pequeño y para el grande, es probable que alguien deslice en tu mano distraída una proclama rosa, una modesta hoja impresa, que tú, en tu carrera risueña, quizá arrojes al suelo sin haber leído.

Mujer española, mujercita amiga del pobre, del desvalido, del que sufre, a ti me dirijo con un ruego: detente un instante en tu ruta feliz y escucha el toque de clarín que llama a filas a los sentimientos más nobles y caritativos de tu naturaleza.

«¡Mujer española, ayuda a los ciegos!» Entre tus manos se halla la varita mágica que puede abrir a esos ¡40.000! hermanos tuyos condenados a la noche perpetua la entrada en el país de ensueño y maravilla de la lectura. En tu poder está el abrir de par en par esas ventanas cerradas, el inundar con *El Sol* de la fantasía las tinieblas, el poblar de visiones consoladoras y amables las soledades, el sembrar simiente de paz y de amor en terrenos olvidados...

El Comité Español del Libro para el Ciego, Lyceum Club (San Marcos, 44, Madrid), ha creado una biblioteca ambulante para ciegos. Ayuda tú para que realmente tenga eficacia.

Piensa que existen 40.000 españoles que no ven.

Piensa que una de las mayores tristezas de la ceguera es la privación de la lectura.

Piensa que con un pequeño sacrificio de tiempo y dinero puedes procurar algunas horas felices a muchos seres desgraciados.

Piensa que hay ciegos que quieren estudiar y no tienen libros.

¡Mujer española!, dedícales *una hora* a la semana y *una peseta* al mes. El Comité Español del Libro para el Ciego te espera. Sigue los impulsos de tu corazón. Envíale mañana mismo tu nombre y tus señas. El Comité delegará a una de sus asociadas para que te indique cómo puedes colaborar en su humanitaria labor.

¡Mujer española, ayuda a los ciegos! —*Cil.*

El Sol, 18 de diciembre de 1930

7

LA EFERVESCENCIA DEL LYCEUM

Infantas, 31 se llena de vida

Uno de los regalos que me ha dado la investigación para escribir este libro es conocer la casa natal de una de las fundadoras del Lyceum, poder sentarme a leer sus cartas en la misma mesa donde ella las escribía, mirar por la misma ventana por donde ella buscaría la inspiración en los frondosos árboles que cubren las montañas de Garay, el lugar donde nació Pilar de Zubiaurre. Salgo de Zaragoza de madrugada y cuando llego a Garay el día es radiante, el sol luce alto y el cielo está tan limpio y de un azul tan intenso que parece una postal. Las indicaciones de Pilar, la nieta de la liceísta, han sido escuetas —«avísame cuando llegues al pueblo y salgo a buscarte»—, pero una búsqueda en internet me devuelve rápido la imagen de una preciosa casa blanca y azul a la entrada del pueblo. Como toda la conversación ha sido por correo electrónico, cuando por fin llego a la puerta del caserío me sorprenden la voz dulce y el suave acento de mi anfitriona. Nacida en el exilio mexicano donde De Zubiaurre y su familia se refugiaron, Pilar no solo comparte el nombre con su abuela, sino que es su viva imagen; «En el genio también», me dice riendo, y cuesta creer que esta mujer menuda y risueña, pura amabilidad, pueda enfadarse.

Pilar me enseña la casa, el hogar de varias generaciones de Zubiaurres, donde el hermano de su bisabuelo, sacerdote, construyó una capilla que más tarde sería el estudio de los hermanos pintores

de Pilar, Valentín y Ramón, y donde ahora, reconvertido en salón, aún pueden verse algunas de sus obras. Nada más entrar, en el recibidor, ya me detengo: del techo cuelga la lámpara de metal labrado con piedras incrustadas que su abuela presentó a la Exposición Nacional de Artes Decorativas e Industrias Artísticas de 1916, y no puedo evitar pensar en el farol de forja que lucía hermoso junto a la puerta del Lyceum. Le pregunto por él a Pilar, le cuento que su abuela fue una de las fundadoras que ayudó a amueblar y decorar la sede de la calle Infantas y tal vez aportara esa bonita pieza, o al menos ayudara a elegirla. Un rato más tarde volveremos a hablar del farol, cuando me muestre dos pequeños cuadros con motivos religiosos —dos postales de *La adoración de los Reyes Magos* de Gentile da Fabriano— con marcos de metal repujado, también con incrustaciones. Pero Pilar, aunque trata de hacer memoria, no recuerda haber oído que su abuela trabajara en él.

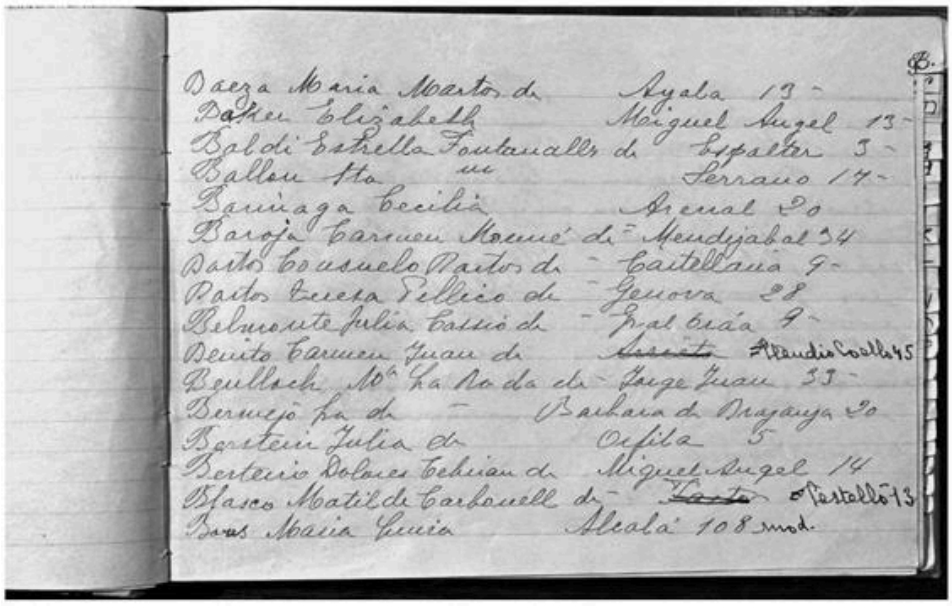
Sobre la cómoda del salón, Pilar ha dispuesto los documentos de su abuela que ha traído de México, perfectamente ordenados y clasificados. Leer las cartas que intercambiaba con sus amigas es casi como estar escuchándola a ella contar algunos fragmentos de su vida. Ya había leído unas cuantas, custodiadas en el legado Zubiaurre en el Museo de Bellas Artes de Bilbao, pero aquí descubro otras que me permiten conocer más cosas sobre ella.

Pero el momento más especial, ese que me va a emocionar de verdad, estaba por llegar. Pilar señaló uno de los montones y dijo que me había apartado todo lo relacionado con el Lyceum. Nada más empezar a mirarlo, encuentro una de las joyas de este legado: una libreta de direcciones negra, apaisada, con las esquinas y el lomo entelados en un vivo mostaza y una etiqueta pegada en el centro escrita con letra pulcra: «Lyceum Club. Asociadas». Está algo

deshojada y le faltan un par de letras —la A y la M—, pero ahí está el censo de las liceístas con sus direcciones. Algunas tienen una marca a la izquierda, una letra F que indica que fue una de las fundadoras. Otras, unas pocas, están tachadas y una B indica que fueron baja. No puedo evitar preguntarme cuál sería la razón: unas cuantas son extranjeras, ¿se darían de baja porque se marcharon de Madrid? Otras tienen título nobiliario, como la marquesa de la Puebla de Claramunt, la duquesa de Dúrcal o la vizcondesa de Casa Aguilar. ¿Se enfadarían por asuntos políticos? No figura el motivo, así que solo puedo especular.

Los nombres de las asociadas están escritos con dos letras diferentes. La primera, la que inicia el censo y escribe la mayor parte, es de Pilar. Para averiguar de quién es la segunda la cotejo con cartas de Zenobia Camprubí, que había sido secretaria del Lyceum, de María de Maeztu y de María Martos, pero no parece coincidir con ninguna. Además, Zenobia había mecanografiado su censo, no tendría sentido que mantuviera otro escrito a mano. De pronto caigo en la cuenta de que tiene que ser de Ernestina de Champourcin: fue la ayudante de Pilar en la sección de Literatura durante muchos años, desde que entró en el club; tendría sentido que fuera ella quien actualizara el listado de asociadas. Acudo a los documentos que fotografié cuando visité el archivo de Ernestina, custodiado en la Universidad de Navarra, y ahí está: es ella quien completa este censo que hoy me emociona tanto tener en las manos. Aunque ni Pilar ni Ernestina anotan hasta qué fecha lo mantuvieron actualizado, siguiendo los cambios de domicilio de algunas liceístas podemos deducir que llega hasta finales de 1931 o principios de 1932.





Otro de los tesoros de este legado es un cuaderno grande, tamaño folio —o quizá algo mayor—, en el que Pilar anotó en la primera página: «Conferencias y fiestas literarias que la Sección de Literatura del Lyceum Club organizó en el curso del 1928 Enero a Junio», aunque luego no se ciñe solo a esas fechas, sino que llega hasta 1931. Pilar anotaba los actos que organizaba en su sección y pegaba los recortes de prensa que se publicaban los días

posteriores. Dentro del cuaderno hay fotos, programas de actos organizados por el Lyceum, notas manuscritas en papelitos sueltos con listas de los actos programados y unas cuartillas donde Ernestina —de nuevo su letra, ahora la reconozco a la primera— escribe la crónica de algunos actos celebrados.

Acceder a estos documentos, para mí, tiene un valor especial: está la planificación, con listas de ciclos con los nombres de las personas que pueden intervenir y las fechas en que se celebrarán sus intervenciones; está la ejecución, con una página reservada para cada acto; está la crónica interna de lo sucedido las tardes importantes; y está la repercusión del Lyceum en la prensa. La meticulosa Pilar lo guardó todo con un cuidado que demuestra lo mucho que le importaba el Lyceum: cómo, si no, iba a llevarse todos estos documentos en su equipaje hacia el exilio, cómo iba a cruzar el océano con cartas y cuadernos si no le recordaban algo muy querido para ella. Gracias al cuidado que le puso, hoy podemos saber más de la intensa programación de actos del Lyceum, ese eje fundamental de cultura y formación sobre el que las fundadoras edificaron una obra mucho mayor.

Cuando empezaron a celebrarse los actos en el Lyceum se abrió un mundo de efervescencia cultural y artística. No había día en que la prensa no hablara de una exposición, una conferencia, un concierto o ensalzara un gran nombre que lo había visitado. Pronto las páginas culturales de los periódicos lo incluyeron entre los lugares de referencia: se hablaba de la apertura de la temporada de conciertos o de exposiciones igual que se hacía con las salas más prestigiosas, y los críticos daban cumplida cuenta de todo lo que allí pasaba. Sus salones tenían un ajetreo constante, y no era para menos: las secciones eran muy activas y se afanaban en elaborar una programación atractiva e interesante. Cuentan las crónicas que

hubo actos tan concurridos que algunos invitados —hombres— se habían tenido que sentar en el suelo. Por el Lyceum pasaron los mejores escritores, los mejores artistas, los mejores especialistas en muchas disciplinas. Pero la anécdota más repetida sobre el Lyceum, esa que se cuenta siempre que se habla del club, es un desplante. Y lo protagonizó nada menos que un premio nobel.

Todo el mundo quería que lo invitaran a dar una conferencia en el Lyceum —«se pirraban», según Carmen Baroja— y algunos insistían mucho hasta que lo conseguían. Pero hubo alguien que se negó a hacerlo y su rechazo, tan ingenioso como displicente, habría de pasar a la historia. Y es que desde el club invitaron, como a tantos otros, a Jacinto Benavente, pero al literato no debió de apetecerle mucho y se excusó diciendo que no tenía tiempo y a él no le gustaba hablar «a tontas y a locas».

Estaba llamando tonta a quien poco más tarde sería la editora de *La realidad y el deseo* de Luis Cernuda o *Razón de amor* de Pedro Salinas, a la creadora de Celia, a la primera embajadora de España, a la primera académica de número en la Real Academia Española, a la primera compositora profesional, a una de las grandes pedagogas que ha tenido este país, a la primera ginecóloga, a una premio Nacional de Literatura, a una de las precursoras de la pediatría, a la primera inspectora de trabajo... A mujeres que escribían, que colaboraban habitualmente en la prensa, que hablaban varios idiomas, que eran corresponsales de periódicos extranjeros. Mujeres que pronto ostentarían cargos importantes en el Gobierno o serían diplomáticas que representarían a España en otros países. Pero no, no eran suficiente para su excelso nivel: eran tontas, estaban locas. Las palabras son importantes, y eso un premio nobel de literatura, estoy segura, lo sabía.

La salida de tono del nobel fue uno más de los agravios que las liceístas tuvieron que soportar. Benavente era el amigo más antiguo de María Lejárraga en Madrid, y tenía gran relación con Isabel Oyarzábal, que había llevado algunos textos suyos al teatro. Sin embargo, no le costó dar ese insolente desplante a sus amigas. A pesar de la *boutade*, años más tarde Benavente permitió que en el Lyceum se celebrara una lectura dedicada a una de sus obras.

Los actos del Lyceum

> Lyceum Club Femenino Español. En nombre de la Junta directiva, y como presidenta de la Sección de Arte, tengo el honor de invitar a usted a la inauguración de la Exposición de las obras de doña Elena y doña María Sorolla, que se celebrará en nuestra Sala de Exposiciones el próximo día 16, a las cinco de la tarde, y al mismo tiempo ofrecerle una taza de té. Con este motivo tengo mucho gusto en reiterarme de usted muy atenta y s.s.,
>
> CARMEN BAROJA DE CARO

Con esta sencilla invitación, Carmen Baroja convocaba a personalidades y periodistas para que acudieran a la inauguración de la primera exposición del Lyceum. Empezaban su programación mostrando las obras de dos artistas, una pintora y otra escultora: Elena y María Sorolla, hijas del gran pintor valenciano. La elección, al margen de criterios artísticos, parece muy calculada: con semejante apellido nadie dejaría de cubrir el acto ni se atrevería a hacer una crítica negativa; al contrario, la prensa ensalzó lo atinado de haberlas escogido y el buen gusto de Carmen Baroja al estrenar los actos del Lyceum con ellas. No daban puntada sin hilo estas liceístas; en cada acto, en cada pequeña decisión, pensaban mucho más allá de lo que parecía. Los días previos habían colocado con mimo las once esculturas de Elena sobre unos taburetes altos envueltos en terciopelos y rasos. Los bustos lucirían más ahí, en alto,

mientras que los seis desnudos, más grandes y pesados, irán sobre las cómodas. Sobre la tela oscura la *Gitana* blanca, de mármol. Sobre la tela clara la *Saeta* oscura, de bronce. También habían colgado con el mismo mimo las treinta y tres pinturas de María, dispuestas de modo que destacara el hermoso retrato de su hijo, los apuntes de Guadarrama y de Nueva York o esa imponente pintura de *La chula* que mostraba una mujer castiza con mantón y peineta en un jardín. La inauguración tuvo un enorme éxito y a los pocos días visitó la exposición otra personalidad ilustre, la infanta Isabel. Los críticos se deshicieron en elogios hacia la exposición y hacia el Lyceum, y concluyeron: «Las señoras que lo forman están tan interesadas en todos los aspectos de la cultura que los caballeros profesionales de las artes no tendrán más remedio que frecuentarlo y someterse a la atracción de la cultura femenina». No podían tener mejor comienzo.

Desde aquella primera exposición, el Lyceum organizó cientos de actos en sus salones: unas tardes se hablaba de literatura; en los salones del club recitaron y ofrecieron lecturas Pedro Salinas, Victoria Ocampo, León Felipe, Alfonsina Storni, Unamuno o Marinetti, entre otros muchos autores distinguidos, y también liceístas como Concha Méndez, Elena Fortún y Ernestina de Champourcin u otras poetas jóvenes como Margarita Ferreras y Josefina de la Torre. Otras tardes había concierto, sonaba el piano de cola donde se sentaba Rosa García Ascot, virtuosa pianista que en 1930 sería la única mujer integrante del Grupo de los Ocho, el equivalente a la generación del 27 en música; o sonaban las melodías que interpretaba la violinista Lola Palatín, primera mujer en ganar el prestigioso Premio Nacional de Violín Pablo Sarasate y primera mujer también en formar parte de la orquesta del Teatro de la Zarzuela, algo absolutamente excepcional en la época; cuando se presentó a

la prueba, en 1908, no le permitieron siquiera intentarlo, y tuvo que rogar al director que la escuchara tocar —cómo debió de ser aquello, una mujer rodeada de toda una orquesta de hombres, demostrando que estaba a la altura y merecía ese lugar por derecho propio—. Otras tardes había exposiciones de pintura, escultura o diversas artes, que prestaban una atención especial a las artistas jóvenes que daban sus primeros pasos en el mundo del arte, como Marisa Roesset o Maroussia Valero.

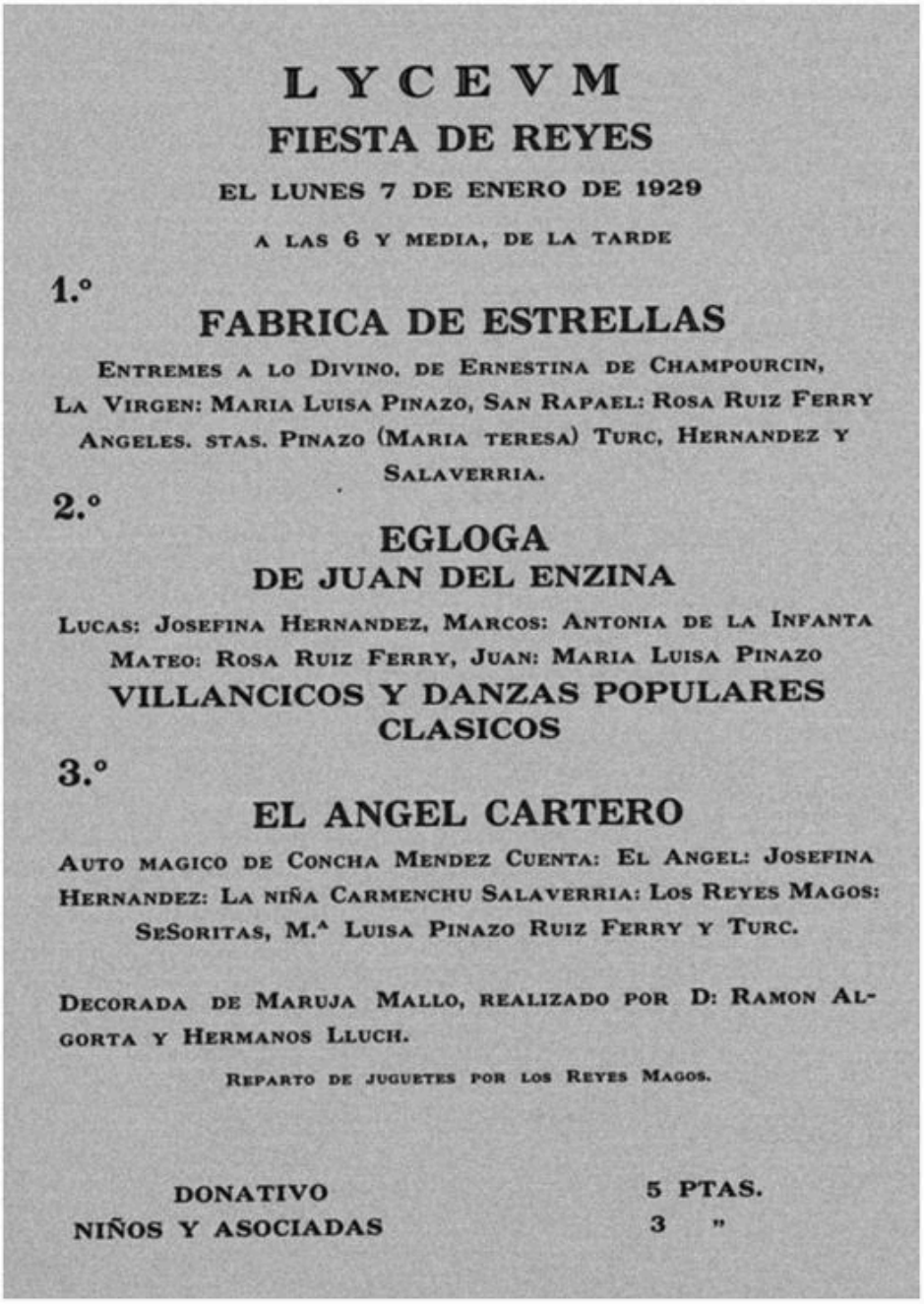
Me gustaría detenerme en todas ellas, me gustaría investigar qué sucedió aquellas tardes, cómo se desarrollaron los actos que llenaban de vida el club, pero a pesar de que la prensa informaba siempre de ellos, no contaba los detalles que a mí, hoy, me gustaría saber: ¿cómo transcurrió la tarde?, ¿quiénes asistieron?, ¿fue un acto solemne o desenfadado?, ¿se dieron encuentros entre los asistentes que significaron algo después? En sus cartas, Ernestina de Champourcin menciona con frecuencia que en una conferencia del club coincidió con un director de periódico, un editor, etc., y que de ese encuentro surgió una colaboración. Me gustaría tener más datos para trazar ese mapa de relaciones que potenció el Lyceum y que hizo que sus asociadas llegaran más lejos.

Aun con todo, la hemeroteca es lo más parecido a una máquina del tiempo que me permite trasladarme hasta esos años de esplendor, esa vibrante Edad de Plata donde el Lyceum desplegó su actividad cultural. Me encantaría poder detener la máquina por un momento y saber cómo contó la bailarina Àurea de Sarrá lo encandilado que se quedó el rey Fuad I de Egipto tras su actuación en el templo de Luxor, tanto como para regalarle el precioso manto de hilo de plata que expuso en el club; o las risas de las liceístas al verse caricaturizadas por el humorista gráfico Bon, que las retrató con mucha gracia.



Sería precioso poder detenerme aquella tarde de 1929 para ver el asombro que provocó la jovencísima Ángeles Santos cuando, tras haber dejado al público y a los críticos con la boca abierta en el Salón de Otoño, expuso en el Lyceum el maravilloso cuadro *Un mundo*, una tela de tres metros de alto por tres de ancho pintada por una desconocida muchacha de Valladolid de solo diecisiete años que hoy, casi un siglo después, sigue resultando magnético en las paredes del Museo Reina Sofía. La pintura es fascinante y cuando vuelvo a verla ahora me doy cuenta de que una de las muchas historias que encierra es una perfecta alegoría del Lyceum: esas mujeres que se acercan al sol para encender sus antorchas y llevar la luz a otros rincones más oscuros bien podrían ser las fundadoras del club, que se acercan al arte, la cultura y el conocimiento para recoger su luz y, con ella, iluminar el mundo. A esa máquina del tiempo le pediría otra parada, que retrocediera un poco más y me llevara a una tarde de mayo de 1927 para ver lo mucho que disfrutaron las liceístas al ver bailar a Antonia Mercé, La Argentina,

ilustrando una conferencia de Isabel Oyarzábal sobre bailes populares. La Argentina era una bailarina excepcional, una virtuosa de la danza, y venía de una gira por Berlín y París donde había cosechado un gran éxito. Había mucha expectación, la prensa lo había anunciado con grandes fotos de la bailarina y el público abarrotaba el salón: parecía que había entrado el doble de gente de la que cabía. Cuando La Argentina bajó la escalera desde la biblioteca, vestida de seda blanca y una falda de tul que parecía de espuma, el público, que escuchaba atento las explicaciones de Oyarzábal, ya estaba encandilado. Mientras al piano sonaban Granados, Albéniz o Falla, La Argentina iba mostrando con su arte los bailes que Oyarzábal describía luciendo los trajes de cada región: un traje de faralaes de colores para el *Amor Brujo*, un ceñido vestido de terciopelo negro que se abre en volantes para los tangos gaditanos, un traje morado y amarillo con mantoncillo para el baile de las mocitas andaluzas; cambiaba las mantillas y peinetas en cada ocasión, para adaptarse a las explicaciones de la conferenciante. La Argentina, «la de los pies de maravilla», fue aplaudida a rabiar. Qué privilegio de espectáculo, qué afortunadas las liceístas que pudieron presenciarlo. Lo recaudado esa tarde, que debió de ser bastante al decir de las crónicas, fue destinado a la puesta en marcha de uno de los proyectos más importantes del club, la Casa de los Niños.



LYCEVM

FIESTA DE REYES

EL LUNES 7 DE ENERO DE 1929

A LAS 6 Y MEDIA, DE LA TARDE

1.º

FABRICA DE ESTRELLAS

ENTREMES A LO DIVINO, DE ERNESTINA DE CHAMPOURCIN,
LA VIRGEN: MARIA LUISA PINAZO, SAN RAPAEL: ROSA RUIZ FERRY
ANGELES. STAS. PINAZO (MARIA TERESA) TURC, HERNANDEZ Y
SALAVERRIA.

2.º

EGLOGA
DE JUAN DEL ENZINA

LUCAS: JOSEFINA HERNANDEZ, MARCOS: ANTONIA DE LA INFANTA
MATEO: ROSA RUIZ FERRY, JUAN: MARIA LUISA PINAZO

VILLANCICOS Y DANZAS POPULARES
CLASICOS

3.º

EL ANGEL CARTERO

AUTO MAGICO DE CONCHA MENDEZ CUENTA: EL ANGEL: JOSEFINA
HERNANDEZ: LA NIÑA CARMENCHU SALAVERRIA: LOS REYES MAGOS:
SESORITAS, M.ª LUISA PINAZO RUIZ FERRY Y TURC.

DECORADA DE MARUJA MALLO, REALIZADO POR D: RAMON AL-
GORTA Y HERMANOS LLUCH.

REPARTO DE JUGUETES POR LOS REYES MAGOS.

DONATIVO 5 PTAS.
NIÑOS Y ASOCIADAS 3 "

También debió de ser un privilegio asistir a la fiesta de Reyes de 1929, aunque solo fuera por ver los decorados que preparó Maruja Mallo y por escuchar el auto mágico de Concha Méndez, que tituló *El ángel cartero*, donde quiso dar una vuelta a la tradición y hacer algo moderno y rompedor, nada solemne. Si en la poesía de Méndez hay

una gran presencia de coches y aviones, máquinas relacionadas con el progreso, aquí no podían faltar tampoco. La obra arrancó las risas de los niños, asombrados de ver que los Reyes Magos habían cambiado sus camellos por una avioneta y llegaban vestidos con atuendos estrafalarios, llevando bajo las capas y turbantes ropas de aviador o de alpinista.

Entre las muchas exposiciones que pudieron verse en el club, el Lyceum albergó una que sobresalió por lo que significó en su momento y porque ha trascendido hasta hoy: el I Salón de Dibujantas, una muestra de obras creadas por mujeres organizada por la Unión de Dibujantes Españoles en marzo de 1931. Era la primera vez que se llevaba a cabo una exposición así, pensada para potenciar y valorar las creaciones de veintidós mujeres profesionales, para mostrar que su trabajo estaba a la altura de sus colegas masculinos.

La ilustración era un campo fértil para las artistas. Considerado un arte menor, no molestaba demasiado que las mujeres lo ejercieran y gracias a eso muchas de ellas pudieron abrirse camino en el campo del arte como profesionales, ilustrando con sus dibujos artículos y portadas de revistas y periódicos, cuentos infantiles, novelas... Me acuerdo aquí, es imposible no hacerlo, de *Oculto sendero*, la estupenda novela autobiográfica disfrazada de ficción de Elena Fortún. En ella, María Luisa Arroyo, trasunto de la autora, está dotada para la pintura y toma clases para mejorar su técnica. Pero una vez casada —con su maestro de pintura, precisamente quien descubre su talento—, el éxito que obtiene molesta a su marido, que no quiere estar a su sombra. El modo que encuentra la protagonista de seguir practicando su arte es pintar abanicos, algo considerado menor que no molesta ni ensombrece al hombre mediocre que tiene al lado. Fortún proyectaba en las artes plásticas lo que vivió ella en

la literatura: cambiando escribir literatura infantil —algo considerado en la época como menos importante y que no molestaba a los literatos «de verdad»— por pintar abanicos mantiene el paralelismo con la situación que ella vivió.

La exposición tuvo una gran resonancia, tanto en lo práctico como en lo simbólico, que ha llegado hasta nuestros días: en 2019, el Museo ABC organizó una exposición con el mismo título que, rindiendo homenaje a la celebrada en el Lyceum, mostró obras de cuarenta ilustradoras que trabajaron para *Blanco y Negro* y *ABC* desde 1891 hasta finales del siglo XX. Algunas de ellas formaron parte de la exposición inicial, como la liceísta Viera Sparza, colaboradora de *Blanco y Negro*, *Estampa* o *Crónica*, e ilustradora de varias aventuras de Celia, tanto cuando aparecían por entregas en *Gente Menuda* como cuando fueron publicadas como libros en Aguilar; Pitti Bartolozzi, autora de historietas infantiles en la revista *Crónica* e ilustradora de cuentos de la editorial Calleja; y Rosario de Velasco, que tras exponer en el Lyceum representó a España en la Bienal de Venecia, y cuyas pinturas podemos verlas hoy en el Museo Reina Sofía, justo enfrente del cuadro de Ángeles Santos que también lució en las paredes del club.

El Salón de Dibujantas fue todo un acontecimiento en el mundo del arte y supuso una declaración en voz alta de las artistas. Estaban allí, igual que los hombres. Sabían pintar, igual que ellos. Y eran buenas, tenían calidad. Querían que el mundo lo supiera. Dibujantas ayudó a reivindicarse a una generación de artistas que pugnaban por ser reconocidas y valoradas. Y el Lyceum les ofreció el mejor marco para lanzar este mensaje con esta exposición que cambiaba la E final por la A de Dibujantas y, con eso, convertía su título en una declaración de intenciones.

La lectura de poemas de Ana María Martínez-Sagi en octubre de 1930 fue otro acontecimiento: *ABC* le dedicó la portada, una foto a toda plana de la poeta y deportista rodeada de algunas liceístas. No era para menos: había llegado a Madrid para participar en el primer campeonato nacional de atletismo femenino y, aunque ese fin de semana cayó sobre Madrid una lluvia torrencial y los hombres decidieron aplazar su competición, las mujeres salieron a la pista y batieron dos récords nacionales. «¡Bien por la Fémina!», escribía el diario *Ahora*, y continuaba: «Ha sido lástima que el tiempo haya ahuyentado a los espectadores, porque, de otra manera, el espectáculo de estos campeonatos, por los múltiples matices de belleza que encierra el atletismo femenino, hubieran constituido una propaganda formidable». No lo apena que los espectadores se perdieran la gesta que supone batir un récord, o los esfuerzos de las deportistas por obtener buenos resultados, o que el equipo de Ana María, gracias a actuaciones tan destacadas como la suya, se proclamara campeón de España, sino la belleza. Siempre la belleza.

Ana María nadaba, esquiaba, jugaba al tenis, corría, lanzaba peso, disco y jabalina; pero también ejercía el periodismo desde los diecinueve años y escribía poesía. *ABC* la llama «Atleta-poetisa-periodista»; César González Ruano, «poeta, sindicalista y virgen del *stadium*»; *Ahora* la define como «aguerrida atleta, elástica lanzadora de jabalina que [...] es, al mismo tiempo, una poetisa inspirada, que lanza el dardo de sus versos a distancias "record"»; y *Crónica*, «periodista militante y poetisa inspirada». Ana María fue una de las impulsoras del Club d'Esports Femení de Barcelona, una asociación de mujeres que promovía el deporte y el acercamiento a la naturaleza. En su visita al Lyceum madrileño, además de recitar sus poemas, contó cómo era la vida en el club barcelonés y cuál era su espíritu: era una organización democrática, explicó Martínez-Sagi, a

la que pertenecían «las obreritas y las empleadas con el mismo título que las estudiantes y las que ejercen profesiones liberales». Explicó que no tenían jerarquías ni se hacían distinciones según la clase social, y que su objetivo era ofrecer a sus asociadas los medios para practicar deporte, pero que también estaban abiertas a todas las inquietudes culturales y políticas. El Club d'Esports fue un precursor del Lyceum Club barcelonés, que se fundaría nueve meses después, en julio de 1931, presidido por la escritora Aurora Bertrana. Ana María Martínez-Sagi sería una de sus socias.



DIARIO ILUSTRADO. AÑO VIGESIMOSEPTIMO 10 CTS. NUMERO

ABC

DIARIO ILUSTRADO. AÑO VIGESIMOSEPTIMO 10 CTS. NUMERO

SUSCRIPCIÓN: UN MES, 3 PTAS. PROVINCIAS: TRES MESES, 9. AMERICA Y PORTUGAL: TRES MESES, 10 PTAS. EXTRANJERO: TRES MESES, 25 PESETAS. REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55. MADRID. APARTADO N.º 43.

ANOCHE, EN EL LYCEUM CLUB

Las letras y el deporte. La bella señorita Ana María Martínez-Sagi dió una brillante conferencia en el Lyceum femenino madrileño y recitó después versos originales suyos. Ana María encarna en la vida una hermosa alianza: la de las letras y el deporte. Porque esta poetisa, que lleva, por añadidura, un nombre poético, es nada menos que atleta y como tal intervino, el sábado y domingo últimos, en los campeonatos femeninos y consiguió para Cataluña—su región—una puntuación muy notable, especialmente en la prueba de lanzamiento de peso. (Foto Duque.)

En la gran foto de la portada de *ABC* reconozco a María Luisa Navarro y a Ernestina, pero las otras tres figuras se me resisten. Esto me pasa todo el tiempo: en los pies de foto siempre se habla de «simpatiquísimas señoras del Lyceum», «admirables damas en un grato y confortable rinconcito del club» o epítetos similares, pero pocas, muy pocas veces, aparecen sus nombres.

También desde Barcelona llegó María Luz Morales, y también su conferencia fue importante. Se tituló «Del salón al club» y versó sobre cómo los clubes femeninos como el Lyceum no eran sino un reflejo de los salones donde algunas mujeres a lo largo de la historia organizaron reuniones y tertulias, como Madame de Staël, la marquesa de Rambouillet o la condesa de Montijo. Cuando visitó el Lyceum, en mayo de 1929, Morales colaboraba con el diario *El Sol* y era periodista de *La Vanguardia*. Antes había dirigido durante cinco años la revista *El Hogar y la Moda*, precursora de la que después sería la revista *Lecturas*. Desde 1923 formaba parte de la redacción del periódico del conde de Godó, donde se encargó de una sección nueva de crítica cinematográfica. Había sabido aprovechar un hueco: mientras que la crítica teatral tenía tradición y prestigio, la de cine estaba en pañales y se consideraba menor. Así que, de nuevo, igual que las Dibujantas, igual que la pintora de abanicos trasunto de Elena Fortún, Morales aprovecha la condición de género menor para ocupar un hueco en que no molestaba, que no era pretendido por los hombres. Y la periodista supo ensanchar ese hueco y hacerlo mayor: de ahí saltó a la Paramount para adaptar los diálogos de sus películas del inglés al español, mientras seguía escribiendo crónicas para el diario: ahora ya teatrales, se las había ganado por derecho propio. María Luz Morales era la primera mujer en la redacción de *La Vanguardia* y, por el momento, sería la única. Años más tarde, con el estallido de la guerra civil y la marcha del director —el periodista Gaziel—, el comité obrero que pasó a controlar el diario la puso al frente: Morales se convertiría en la primera directora de un periódico en España.

Hay algo que me parece precioso del Lyceum y es que se celebraban mucho los logros de las asociadas ofreciéndoles tés y banquetes. Era un modo de mostrar un reconocimiento público de la valía de estas mujeres, de reforzar la calidad de su trabajo. También se celebraban bailes de disfraces, temáticos, benéficos, etc., por los que además cobraban entrada, que les servía para financiar el club. Los diarios informaban sobre ellos como actos sociales de gran relevancia y las revistas ilustradas publicaban fotos de los eventos. Cuando habla de estos bailes, Victorina Durán destaca el buen humor que imperaba: «Todos gastábamos bromas, hacíamos chistes, y lo más importante, se reía». La risa siempre desafía el poder establecido, siempre incomoda a los intolerantes, y a las liceístas les gustaba reír y pasárselo bien.

La poesía no quiere adeptos, sino amantes

En los salones del Lyceum, Federico García Lorca impartió una conferencia titulada «Imaginación. Inspiración. Evasión». Era febrero de 1929; para entonces, Lorca tenía treinta años, ya había estrenado su *Mariana Pineda* y ya había publicado su *Poema del cante jondo*, sus *Canciones* y, unos meses antes, su *Romancero gitano* en la *Revista de Occidente*. En su charla, el poeta defendió la imaginación por encima de todo; cómo no iba a hacerlo, él, que acababa de cantar a la luna, luna y le había inventado un polisón de nardos, que había dibujado estrellas de escarcha y peces de sombra, que había sembrado trescientas rosas morenas en una pechera blanca, que había hecho soplar sobre el papel un viento verde que deja sabor a albahaca.

Para el poeta, la imaginación era sinónimo de aptitud para el descubrimiento, una disposición especial para tomar la realidad

—«objetos, paisajes, números, planetas»—, observarlo todo y relacionarlo para que de ahí nazca nueva vida. Habló Lorca de la imaginación frente a la inspiración, pero también habló sobre la poesía misma y el hecho poético, y dijo cosas muy hermosas; algunas han llegado hasta hoy como frases emblemáticas. Para Lorca, el poeta «necesita una fe rotunda en la poesía» y para escribirla «hay que mirar con ojos de niño y pedir la Luna. Hay que pedir la Luna y creer que nos la pueden poner en las manos»; el hecho poético «no se puede controlar con nada, hay que aceptarlo como se acepta la lluvia de estrellas»; y acabó, maravilloso, con este emocionante parlamento: «La luz del poeta es la contradicción. Desde luego, no he pretendido convencer a nadie. Sería indigno de la poesía si adoptara esta posición. La poesía no quiere adeptos, sino amantes. Pone ramas de zarzamora y erizos de vidrio para que se hieran por su amor las manos que la buscan». Sus palabras arrancaron el aplauso entusiasmado de un salón lleno a reventar, que elogió la hondura de su discurso, su sensibilidad, su genio. La reverencia con la que lo escucharon dio al acto carácter de misa laica, como recordó un periodista tras el asesinato del poeta.

¡No más artríticos!

Tal vez el acto más sonado y de los que más se ha hablado cuando se menciona el Lyceum sea la conferencia que impartió Rafael Alberti en noviembre de 1929.

Si escuchamos a Rafael Alberti, había recibido la invitación para dar una conferencia meses atrás, pero la había ignorado hasta entonces.

Si hacemos caso a Ernestina de Champourcin, fue el poeta quien les ofreció impartir una conferencia hacía ya un año.

Y si atendemos a una socia del Lyceum que prefiere firmar en la prensa como Señora de X, Alberti imploró durante días que le dejaran ofrecer la conferencia, aludiendo a una vieja invitación por compromiso.

Sea como fuere, por interés del club o del poeta, la tarde del 10 de noviembre de 1929 Rafael Alberti entró en el salón del Lyceum dispuesto a epatar: se había vestido lo más estrafalario que había podido, con una levita grandísima, desproporcionada, que le sobraba por todas partes, un pantalón de fuelle igual de grande, un cuello almidonado enorme, una pajarita y un diminuto bombín; en una mano, una jaula con una paloma blanca; en la otra, una tortuga. Lo imagino por la calle de esa guisa, llamando la atención de los viandantes que pasaban a su lado y cruzando la puerta de Infantas, 31. E imagino el asombro de las liceístas que se habían congregado aquella tarde para escuchar al poeta. Las más jóvenes esperarían divertidas a ver por dónde salía el artista; otras, mayores o más clásicas, aguardarían escépticas a ver con qué *boutade* se arrancaba. El poema que había enviado para el programa de la conferencia, que en un principio había titulado «Divertimiento sobre la poesía cómica española» para cambiarlo a última hora por «Palomita y galápago (¡no más artríticos!)», ya daba una idea de que no iba a ser una tarde convencional:

En el Norte
nadie ha resuelto todavía el problema de la calvicie.
En el Sur,
este angustioso y latente problema continúa sin resolver.
En el Este,
el problema de la calvicie sigue siendo, aún, a pesar de
todo, todavía un problema.

En el Oeste, ¡tuviera mucho que ver que alguien se
ocupara todavía de ello!

Esa tarde se habían reunido en el Lyceum algunos invitados ilustres, como Edgar Neville, Max Aub o Maruja Mallo —que no figura como socia del Lyceum en ninguno de los censos, pero era asidua visitante—. Con el programa en la mano, esperaban con las liceístas al poeta. Alberti entró solemne en el salón, arrastrando los pantalones; dejó los animales sobre la mesa y, para empezar, declamó dos poemas absurdos mirando a la paloma, uno de ellos una oda a la estulticia:

Yo digo: ¡Viva la estulticia!
Yo, en mi anhelo de conocer
hombres y libros, llegué a ver
que el saber todo lo desquicia.
Ni aun hallaréis vuestra leticia
en el amor de la mujer,
cenizas hoy, brasa ayer.
Yo digo: ¡Viva la estulticia!
Mirar la garra en la caricia.
Regusto de hiel al beber.
Una vez sabio, el triste ayer
de la ignorante puericia.
Yo digo: ¡Viva la estulticia!

Alberti arrancó las risas del público. Todo iba bien. Pero entonces, tal vez porque lo llevaba preparado, o tal vez porque no estaba siendo lo bastante agitador y se dejó llevar, miró al galápago y le preguntó:

—Señora tortuga, ¿por qué está usted tan aburrida?

Después, levantó la cabeza, provocador, y mirando a las mujeres de la sala, continuó:

—La señora tortuga dice que está aburrida de leer las idioteces de don...

Tras un pequeño silencio, haciendo ver que la tortuga le susurraba al oído un nombre, completó:

—... Ramón Pérez de Ayala.

La mujer de Pérez de Ayala, Mabel Rick, estaba entre el público. Imagino ahí el silencio helador. Muchas de las mujeres de la sala, supongo que ella la primera, se pusieron a silbar y a protestar. Alberti, impostando su ofensa, les hizo ver la enorme descortesía que suponía increpar a un invitado. Pero siguió. Prolongando la broma, simulando que la tortuga le dictaba otros nombres, el poeta continuó su conferencia insultando y burlándose de otros hombres prominentes, entre los que había, claro, algunos maridos más: Gregorio Martínez Sierra, Juan Ramón Jiménez, Eugenio D'Ors, Ortega, Valle-Inclán... Algunas liceístas aplaudían divertidas ante el espectáculo transgresor; otras, atónitas, no daban crédito a lo que oían. Según iba creciendo el revuelo, toda una hilera de mujeres se levantó y abandonó la sala para seguir silbando y abucheando desde la sala contigua, tratando de impedir que continuara el despropósito. Para entonces ya solo quedaban en el salón unas pocas asistentes: Concha Méndez, Ernestina de Champourcin, Pilar de Zubiaurre o Maruja Mallo entre ellas.

Alberti, que debía de estar encantado con todo lo que estaba pasando, a voz en grito para hacerse oír por encima de los abucheos, exclamó:

—¡Paréntesis! Unas cabritas se han levantado de su lugar de reposo, dejando en él una bolita negra...

Continuó Alberti con su *performance:* simulando tomar una instantánea, metió la cabeza bajo el paño negro de la cámara y de ahí sacó una zapatilla que mostró triunfal al público diciendo que parecía un cuadro del pintor Manuel Benedito. En ese momento, el poeta sacó una pistola de juguete, apuntó a la paloma y disparó tres veces, dando por terminada la conferencia.

Las protestas se oían en el salón principal: había quien gritaba que no tenía ninguna gracia o que se fuera al circo, otras lo llamaban grosero o amargado, o afirmaban que quería quitarle el pan a Gómez de la Serna. También había quien apuntaba que se había metido con Ortega porque le había rechazado un artículo para la *Revista de Occidente.* A los pocos días, Alberti hacía una crónica-parodia en *La Gaceta Literaria*, donde retrataba así las protestas de las liceístas:

Una histérica orteguista de gris, junto a un caballero de gafas y dientes largos.— ¡Las que pasamos de cuarenta años tenemos derecho a reírnos! ¡Es la revancha, es la revancha! ¡Y, además, estoy muy nerviosa!

Una especie de oruga, partidaria de Farfán.— ¡Si esto es juventud, yo soy una vieja!

La pizpireta con cara de tachuela rencorosa.— ¡Hay que ver! ¡Venir a nuestra propia casa a insultar a las glorias nacionales!

Una demente estúpida.— ¡Está demasiado pálido para dar una conferencia tan agresiva!

Cuando yo condené a muerte a la Palomita:

Una voz con vegetaciones.— ¡Como la mate, que no la matará, le tiro el bolso!

Una señora gruesa, de melena cortada, junto a una niñita vestida de legionario.— ¡Pertenezco a la Sociedad protectora de animales! ¡Y no lo consiento!

Una lánguida y larguirucha lectora apasionada de Martínez Sierra.— ¡Qué poco corazón!

La muy airada esposa de alguna gloria nacional.— ¡Piiiiiii, piiiiiiii, piiiiiiiiii!

El caballero de los dientes largos.— ¡Sinvergüenza, sinvergüenza!

Voces de cotorras variadas.— ¡Kikirikíííííí! ¡Guau, guau, guau! ¡Loro-lori, loro-lí! ¡U, u, u, u, u, u!

Y al final:

Coro de arpías, haciendo mutis por la lateral derecha.— ¡Nos ha llamado bolitas de cabra! ¡Nos ha llamado bolitas de cabra! ¡Nos ha llamado bolitas de cabra!

Yo, llorando a lágrima viva sobre la tristísima concha de mi Galápago.— *Voici l'âme mystérieuse de la femme. Voici sa liberté et sa modernité*.

Una liceísta que no se quiso identificar y firmó como Señora de X opinaba que Alberti lo había planeado todo para decir a unas señoras lo que no hubiera sido capaz de decir a sus maridos a la misma distancia. Lo definió como un Charlot de plaza de toros y, después de llamarlo cobarde y tontaina, lo comparó con César González Ruano, de quien dijo que había copiado el estilo provinciano de llamar la atención. Acaba la señora con una digna afirmación: «Una institución de mujeres no puede por menos de ser generosa y se complace, al fin y al cabo, en haber dado a ese chico la limosna de notoriedad que nos pidió». El titular de la prensa al contar la noticia dando voz a las liceístas ofendidas es elocuente: «Las musas de vanguardia se rebelan contra su poeta». Sin embargo, a Ernestina de Champourcin todo aquello le había parecido muy divertido, rupturista, propio del momento. La conferencia le pareció una explosión de humor juvenil, y en sus notas, guardadas con celo por Pilar de Zubiaurre en su cuaderno negro, quita hierro al asunto: según su crónica, Alberti, caracterizado a imitación de Buster Keaton, examinó a la paloma y al galápago de filosofía, urbanidad y literatura, lo que aprovechó para hacer la crítica de algunos conocidos escritores. Aunque en la opinión de Ernestina no fue para tanto, en sus notas deja constancia de que la conferencia constituyó uno de los sucesos literarios del curso, pues fue sumamente discutida.

A todo esto, las liceístas pidieron un voto de censura para la sección de Literatura; Manuel Benedito, el pintor parodiado, también se molestó. Pilar de Zubiaurre había salido de viaje para Barcelona,

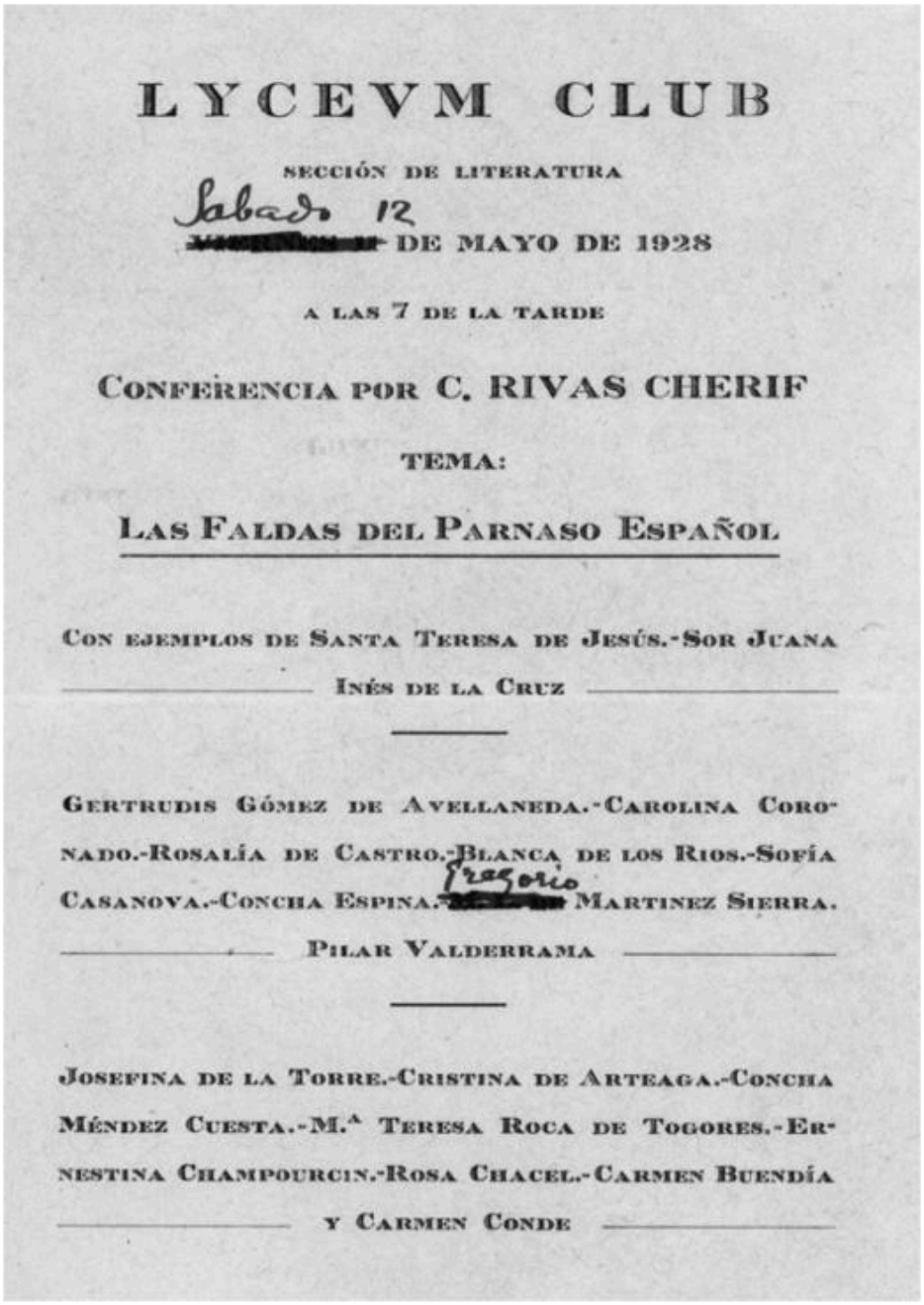
acompañando a su hermano Valentín a una exposición que ella había organizado, y es Ernestina de Champourcin, que entonces era vocal de la sección, quien la sustituye en la asamblea; el asunto la divierte y está «dispuesta a dimitir si se ponen tontas», escribe. La polémica coleó durante un tiempo y, dos meses después, Ernestina sigue contando: «Ayer en la asamblea se metieron con la tendencia "vanguardista" de nuestra sección... Y nosotras tan frescas. [...] No hay más remedio que mirar desde lo alto esas molestísimas pequeñeces». Pero, al final, parece que la sangre no llega al río.

Para quien sí que llegó la sangre al río fue para la paloma: al día siguiente, Alberti, que tal vez había salido con prisa la tarde anterior, volvió a buscarla, y allí le dijeron que la habían encontrado medio muerta entre las bombillas de la cornisa y la habían rematado. El poeta, tan provocador como hasta entonces, les aconsejó echarla a la cazuela: «¿Qué mayor gloria para una Palomita poetisa como la de ser devorada por otras poetisas?».

Las faldas del Parnaso

En mayo de 1928, el Lyceum encargó a Cipriano Rivas Cherif que impartiera una conferencia sobre poesía escrita por mujeres. Si los poetas hombres tenían presencia en todas partes y estaban valorados, las mujeres aprovecharon su espacio para reivindicarse, que se hablara de ellas y que lo hiciera un hombre bien considerado en los círculos culturales; un intelectual con prestigio que sabía de lo que hablaba y cuya opinión se tendría en cuenta. No ha llegado hasta hoy demasiada información sobre aquel acto. La prensa apenas informó de ella, pero por las cartas que escribe Ernestina a Carmen Conde a su casa de Cartagena, animándola a enviar sus poemas, sabemos que el enfoque que dio Rivas Cherif a la charla

fue, cuando menos, original: De Champourcin habla de un «torneo poético femenino» en el que competían poetas consolidadas «contra» poetas nuevas. Para empezar, coloca como referencias a santa Teresa y sor Juana Inés de la Cruz: indiscutibles, son el ejemplo que va a presidir la lectura. Las consolidadas que ha elegido Rivas Cherif para su conferencia son Gertrudis Gómez de Avellaneda, Rosalía de Castro, Carolina Coronado, Blanca de los Ríos, Concha Espina, Sofía Casanova, Pilar de Valderrama o María Lejárraga; las poetas nuevas, Concha Méndez Cuesta, Rosa Chacel, Josefina de la Torre, Isabel Buendía, Carmen Conde, María Teresa Roca de Togores, Cristina de Arteaga y la propia Ernestina. Aunque habían pedido poemas a Rosa Chacel y en un principio había accedido a enviarlos, cuando descubrió el título de la conferencia, ofendida, los retiró y prefirió no participar.



LYCEVM CLUB

SECCIÓN DE LITERATURA

Sabado 12 [redacted] DE MAYO DE 1928

A LAS 7 DE LA TARDE

CONFERENCIA POR C. RIVAS CHERIF

TEMA:

LAS FALDAS DEL PARNASO ESPAÑOL

CON EJEMPLOS DE SANTA TERESA DE JESÚS.-SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.-CAROLINA CORONADO.-ROSALÍA DE CASTRO.-BLANCA DE LOS RIOS.-SOFÍA CASANOVA.-CONCHA ESPINA.-Gregorio [redacted] MARTINEZ SIERRA.-PILAR VALDERRAMA

JOSEFINA DE LA TORRE.-CRISTINA DE ARTEAGA.-CONCHA MÉNDEZ CUESTA.-M.ª TERESA ROCA DE TOGORES.-ERNESTINA CHAMPOURCIN.-ROSA CHACEL.-CARMEN BUENDÍA Y CARMEN CONDE

Para ello, desde el Lyceum pidieron a las interesadas que enviaran los poemas con los que querían participar, que después recitaría Rivas Cherif —que, a decir de Ernestina, «posee como nadie el arte de recitar la poesía de ahora»— durante la conferencia. Casi todo el público presente eran mujeres, y no sé si Ernestina barre para casa,

pero piensa que lo más animado fue la parte final, donde estaban las jóvenes; a pesar de eso, confiesa que la más moderna y atrevida de todas no fue una de ellas, sino sor Juana Inés de la Cruz. Por su crónica, solo parece haber un poema que no gustó, un soneto de Emilia Pardo Bazán —que no aparece en el programa— «frío y crudo como ella».

Encuentro muy pocas menciones en los periódicos de la época, meras líneas que informan del acto celebrado, sin contar en qué consistió; la más extensa la publicó *ABC*, y tampoco le dedicó mucho espacio: una columna breve al final de una página donde describía el acto como una «lectura, entreverada de breves comentarios críticos, a una serie de poemas representativos de la inspiración de cada autora española importante».

De cada autora española importante. Este acto es mucho más relevante de lo que parece: de alguna manera se estaba formando una genealogía literaria femenina, se estaba reconociendo que había mujeres escribiendo poesía y que lo hacían bien, que tenían calidad. Se estaba estableciendo quiénes de ellas, y esta selección también implica que había más y ha habido que elegir, merecían figurar en una antología representativa de las mejores, de las más interesantes. Las que podían pasar a formar parte del canon de su generación.

Algunos pétalos blancos del precioso ramo de flores que entregaron a Ernestina al final de la velada viajaron dentro de un sobre hasta Cartagena.

¿Es que la poesía es menos poesía por ser de mujeres?

Cuando estudié literatura española en el colegio, mis libros no mencionaban ninguna de las poetas de las que acabo de hablar.

Cuando escribo esto, consulto los últimos estudios que se han publicado y apenas llegan al 10 % las escritoras que aparecen referenciadas en los libros de texto. Hay una idea que planea sobre mí todo el tiempo mientras escribo este libro: no podemos reivindicar lo que hicieron, porque no nos lo han contado. No nos han hablado de ellas, no nos han explicado sus logros, sus méritos, ¿cómo vamos a pedir que se las valore igual que a los hombres? ¿Cómo vamos a recordar a quien no conocemos?

Cuando se da un debate en el que hay que elegir entre un hombre y una mujer para ocupar un determinado espacio —ya sea para ofrecerle un puesto de trabajo o un cargo, para publicar una obra, incluirla en una antología o en un canon, o para distinguirla con un premio—, hay algo que tenemos que escuchar todo el tiempo y que, sobre el papel, es más que razonable: si es igual de buena que un hombre, adelante. En una sociedad ideal sería un argumento perfecto para decidir. El problema está en que los criterios que se utilizan para juzgar su calidad son distintos para los hombres que para las mujeres. Los argumentos que valen para unos no valen para las otras, y quienes tradicionalmente han decidido cuáles son los criterios que sirven han sido los hombres. Asistir a una discusión de este tipo es muy frustrante, porque el mensaje que subyace es que si no se ha elegido a una mujer no es por falta de voluntad ni porque haya ningún afán discriminatorio: es porque no era tan buena. Así se explica también la ausencia de escritoras en los cánones, las antologías y los libros de texto con los que hemos crecido las mujeres de mi generación. Las poetas que frecuentaban el Lyceum apenas han trascendido y, hasta que hace unos años ha nacido una sensibilidad que nos hace ser conscientes de la importancia de recuperarlas, han pasado por la historia de la literatura con más pena que gloria.

Cuando Pepín Bello disparó la cámara e inmortalizó a un grupo de poetas que se habían reunido en Sevilla para conmemorar el tercer centenario del nacimiento de Góngora, los poetas del 27 aún no sabían que iban a ser los poetas del 27; cuando acudieron al homenaje del escritor recordado, no sabían, aunque sospecho que tenían fuertes deseos de trascender, que ellos también lo serían; cuando paseaban por los jardines de la Residencia de Estudiantes, cuando se reunían para compartir sus poemas, para recitar sus versos, no alcanzaban a saber que hoy, un siglo después, los seguiríamos leyendo, respetando y considerando genios.

¿Qué tiene que ocurrir para que un escritor trascienda, para que sus obras resistan el paso del tiempo y cien, doscientos años después nos refiramos a él como genio, como maestro, como nombre indiscutible de las letras? Para que un poeta que escribía versos hace cien años haya llegado hasta hoy, alguien tiene que haberse ocupado de hablar de él: primero cuando los publicó, después en las diversas antologías y cánones que se van formando a medida que pasan los años.

Cuando las poetas del Lyceum publicaron sus poemarios, la prensa se ocupó de ellas: Concha Méndez vio ampliamente reseñadas todas sus obras. Ernestina de Champourcin no solo vio reseñadas y elogiadas sus obras —García Lorca escribió en una carta: «¡Quién fuera Ernestina de Champourcin!»—, sino que ella misma fue crítica literaria y colaboró habitualmente con periódicos y revistas. En los «Escaparates» que escribía hablando de poesía contemporánea, prestaba atención a sus compañeras y destacaba sus obras. También fueron reseñados y comentados los poemas de Pilar de Valderrama o de Carmen Conde. Otras poetas compañeras de generación cercanas a las liceístas también vieron reseñadas sus obras, como Josefina de

la Torre, María Roca de Togores, Cristina de Arteaga, Margarita Ferreras, María Cegarra, Josefina Romo o Elisabeth Mulder.

La zaragozana revista *Noreste* dedicó su número 10, en la primavera de 1935, íntegramente a obras de mujeres poetas y pintoras jóvenes españolas. En ella, más extensa de lo habitual, aparecieron poemas de Carmen Conde, María Cegarra, Ernestina de Champourcin, Elena Fortún, Josefina de la Torre, Juana de Ibarbourou, María Luisa Muñoz de Buendía, Margarita de Pedroso, Ruth Velázquez, María Teresa Roca, Mercedes Ballesteros, Maruja Falena, María Dolores Arana y Rosario Suárez-Castiello, acompañados de dibujos e ilustraciones de Ángeles Santos, Norah Borges, Rosario de Velasco, Menchu Gal, Rosario Suárez-Castiello, Ruth Velázquez, Dionisia Masdeu y Marisa Pinazo.

La revista incluía una nota editorial que advertía que no estaban todas las que deberían haber aparecido, y cuenta también que se expusieron los originales de las artistas en el escaparate de una librería; un homenaje que sería el primero en España en destacar el talento de las creadoras de esta generación: «En los primeros días de mayo, en la Librería Internacional de Zaragoza, se realiza una exposición de dibujos y libros de nuestras jóvenes heroínas. Ni en aquella ni en estas páginas de homenaje figuran cuantas por mérito de su arte lo merecen. Hacemos constar que las ausencias han sido cuantiosas, pese a haber puesto en tensión nuestra capacidad organizadora y nuestra mejor voluntad. A todas las poetisas y pintoras españolas y a Juana de Ibarbourou, tan presta en responder a nuestra invitación especial para colaborar en este número de "NE", nuestro reconocimiento sin límites», escribe Tomás Seral y Casas, director de la revista. En otros números, la revista publicó poemas de otras poetas como Concha Méndez o Carmen Conde.

Así que la primera parte se cumple: cuando estas poetas dieron a conocer sus versos, lograron publicarlos, sus compañeros de generación las reconocieron y los críticos leyeron sus obras, las comentaron y les dieron espacio en la prensa. Pero la cosa se empieza a torcer en los artículos que hablan de la poesía española, o de la literatura contemporánea en general. Ya solo encontramos unos pocos nombres, y en los escasos artículos que se acuerdan de ellas se les dedica un espacio menor, cuando no meras menciones.

En enero de 1929, repasando los libros de poesía publicados durante el año anterior, el poeta y crítico Enrique Díez-Canedo —marido de la liceísta Teresa Manteca—, tras elogiar los poemarios de Antonio Machado, Jorge Guillén o Federico García Lorca, entre otros, destaca también a las *poetisas*: Josefina de la Torre, Concha Méndez, Ernestina de Champourcin y Elisabeth Mulder. En 1930, Luis G. de Valdeavellano escribe sobre los nuevos valores literarios y en su artículo, tras repasar a los poetas, menciona a Ernestina y a Concha Méndez, a quien dedica el resto del artículo. A la primera la incluye también Juan José Domenchina —aunque se le puede acusar de falta de objetividad, porque para entonces ya eran novios y sería, años después, su marido— en sus artículos escritos en 1933 titulados «Poetas españoles del 13 al 31»; en el artículo mencionará, entre otros poetas que no han cabido en el artículo, pero no quiere dejar de nombrar, a Concha Méndez, Margarita Ferreras y Josefina de la Torre.

Cuando se trata de comparar el talento de ellas con el de ellos, la cosa se va poniendo más difícil. Los nombres que citaba al principio ya se han visto reducidos a cuatro. Y solo tres lograron verse incluidas en las antologías que se prepararon, que son las que sirvieron como referencia años más tarde.

En 1930, en *La poesía española contemporánea* seleccionada por Ángel Valbuena Prat aparecen Méndez, De Champourcin y De la Torre. No les dedica mucho espacio, las cita al final, un poco de pasada y sin hacer más que una mención, pero están. Las considera. Las incluye.

Gerardo Diego preparó en 1932 una *Antología poética* que reunía a los grandes nombres de esa generación a la que él pertenecía y que fue definitiva para consolidar el canon. En ella no nombraba a ninguna poeta. Dos años después de su aparición, Juan Ramón Jiménez, sabiendo que se preparaba una nueva edición ampliada, pidió que retiraran sus poemas. Preguntado por el *Heraldo de Madrid*, Jiménez explicó que ahí se sentía a disgusto; no le parecía una antología, porque «más que "escoger flores", más que "seleccionar flores" salvo en casos como los de Unamuno, los Machado, Alberti, Lorca y otros, se daban allí "todas las flores", las "pocas flores" que habían producido en toda su vida varios señores». Es decir, que para Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego no había hecho ninguna selección, sino que había metido todo lo que se le había ocurrido. Y, aun así, no había ninguna mujer. Jiménez aprovechó la polémica para reclamar, en una carta al director del mismo diario, algunos nombres que faltaban. Entre ellos, el de Ernestina de Champourcin y el de Josefina de la Torre. Gerardo Diego las incluyó a las dos en la nueva edición. Años más tarde, en 1977, Ernestina le afearía que no incluyera también a Concha Méndez en un artículo que publicó en el diario *Arriba* titulado «Algunos olvidos injustos».

En la *Antología de la poesía española e hispanoamericana* que elabora Federico de Onís en 1934 y que reúne a ciento cincuenta y tres poetas aparecen siete mujeres, ninguna española. En 1948, Dámaso Alonso escribió un artículo fundacional para la generación

del 27 en la revista *Finisterre* titulado «Una generación poética (1920-1936)» hablando de ese grupo al que, de nuevo, él pertenece. En él no nombra a ninguna poeta.

En 1952 se celebra el I Congreso de la Poesía en Segovia y en el programa no figura ninguna mujer. Es cierto que, para entonces, algunas de las poetas más consideradas, como Ernestina de Champourcin o Concha Méndez, están en el exilio, pero siguen en España Josefina de la Torre o Carmen Conde. A esta le escribe Ernestina: «Me ha extrañado no ver el nombre de ninguna mujer en el famoso Congreso de Poetas de Segovia: y eso ¿por qué? Me resisto a creer que no os hayan invitado. ¿Es que la poesía es menos poesía por ser de mujeres? Los señores poetas son muy capaces de pensarlo...».

En adelante, esto se perpetuará: se tomarán las antologías mencionadas como base, sobre todo la de Gerardo Diego, y apenas se hablará de ninguna poeta de aquella generación durante muchos años. Para ser consideradas en ellas o, simplemente, para ser consideradas poetas, estas mujeres tenían muchas cosas en contra: por un lado, una sociedad patriarcal y misógina las consideraba incapaces de desempeñar cualquier obra de creación; por otro, la concepción androcéntrica del arte: eran hombres quienes hacían las selecciones; esos hombres, poetas ellos mismos, se rodeaban de otros hombres, sus colegas, sus compañeros de tertulias, de fiestas, y era a ellos a quienes incluían luego en sus artículos o antologías. A quienes tenían en cuenta.

Hubo otro factor que también pesó mucho en ellas, y es que la sombra de sus parejas era alargada. En la crónica que escribe sobre la boda de Concha Méndez y Manuel Altolaguirre para el *Heraldo de Madrid*, Samuel Ros se pregunta: «¿Quién se ha suicidado por

quién? ¿Cuál de los dos, quiero decir, se resigna a ser la imagen del otro en el espejo? El futuro lo dirá, y los críticos pueden comenzar a jugar a rojo o a negro, mientras rueda la bolita. [...] Yo creo que todos pusieron ya su dinero a un color; pero... ¿para qué incordiar desde el primer día?». Es una pregunta que no hace falta responder; como el mismo periodista escribe, todo el mundo tiene claro quién va a sacrificar su talento por el otro.

Encontramos reflexiones parecidas en la correspondencia de algunas liceístas. En una carta, Ernestina de Champourcin escribe a Carmen Conde: «Tu *fiancé* tiene celos de la "joven literatura", ¿verdad? ¡Tiene gracia eso! Mira, no se lo consientas, te va a hacer rabiar mucho cuando os caséis. Ni querrá que publiques para que no te admiren. Eres demasiado buena, yo en tu lugar no le haría caso». Y Elena Fortún, según cuenta su biógrafa, Marisol Dorao, escribió también en una carta a su amiga Mercedes Hernández, la madre de la niña que le inspiró a Celia: «Al año de llegar de Canarias ganaba yo con *Blanco y Negro* mil pesetas mensuales, que entonces era mucho dinero. Entonces me empezó a odiar Eusebio, que hasta entonces siempre se había dado mucha importancia conmigo». Con María Lejárraga y su marido ya sabemos lo que ocurrió.

Mientras no trascendían demasiado, mientras se dedicaban a cosas menores, que no molestaban, todo iba bien. Pero en cuanto empezaban a despuntar, en cuanto ellos percibían que su mujer era admirada —y que lo era más que él— o que ganaba más dinero, las cosas ya no resultaban tan fáciles. Percibían el Lyceum como lugar de distorsión, como catalizador de una vida intelectual que alejaba a sus mujeres de la idea que ellos tenían de cómo debían ser. Cuando habla de una visita a casa de Juan Ramón Jiménez, Ernestina escribe: «¡Cuando el poeta sepa que soy del Lyceum!... ¡Le tiene una manía!... Es divertido oírle discutir con su mujer ese tema».

Cuando Carmen Conde visitó Madrid en 1929, recibía varias cartas al día del que más tarde sería su marido, Antonio Oliver, desde Cartagena, y raro era aquella en la que no se quejaba del club y de las relaciones que en él había hecho: «Menos club. Menos Ernestina. Menos jaleo. Más claridad», le pide en una; en otra le exige la «promesa de ir menos al club. Me molesta eso del club: muchísimo»; en otras le repite lo harto que está de Ernestina o le pide que no salga con Maruja Mallo, o que no vaya a los cafés que frecuenta Concha Méndez. Carmen Baroja cuenta en sus memorias que a veces tenía que irse del Lyceum antes de que acabara la conferencia que ella misma había organizado, porque su marido se ponía furioso si no estaba en casa para la hora de cenar.

Ese peso de sus parejas, que no solo consiste en las dinámicas dentro de la relación, sino que se traduce también en categorizarlas y nombrarlas a ellas en función de ellos y no por sus propios méritos, constituye una de las estrategias de borrado más evidentes. Si Concha Méndez es la mujer del poeta, ya no es la poeta: es la musa y no la creadora, es el objeto pasivo y no el sujeto activo. Esta es una de las tácticas que menciona Joanna Russ en su estupendo ensayo *Cómo acabar con la escritura de las mujeres.* Russ lo escribió en 1983 y en él enumera algunas medidas que habitualmente se utilizan para menospreciar a las escritoras y a sus obras. Un menosprecio que es el primer paso para hacerlas invisibles. Porque si no son buenas, ¿para qué nos vamos a fijar en ellas?

De todas sus medidas, hay otra que me parece especialmente acertada y es, precisamente, la que mencionaba unas líneas atrás acerca de los distintos criterios que se aplican al juzgar la obra de los hombres y la de las mujeres, la que me hacía preguntarme qué había pasado con estas poetas para no haber pasado a formar parte

de ningún canon, para no haberlas estudiado ni apenas oído, para que hayan sido invisibles durante tantos años.

Las distintas experiencias vitales que tenemos hombres y mujeres se reflejan, inevitablemente, en las obras que producimos. La trampa, explica Russ, está en considerar que unas experiencias son más valiosas y más importantes que otras; es decir, que si son los hombres quienes juzgan, consideran que lo que se acerca a su experiencia es lo válido, mientras que lo que no lo hace es menor, irrelevante. Y al no considerarlo simplemente distinto, sino menor, se devalúa, y se acaba por creer que lo que es menor es la capacidad creadora de su autora, es decir, su calidad. Para Russ, la experiencia femenina suele considerarse menos amplia y representativa, y, por tanto, menos importante. Menor.

Estamos acostumbradas a leer, ante una obra escrita por una mujer que retrata su vida, que habla de cosas íntimas, domésticas, privadas. Pero si es un hombre quien lo hace, ay, está haciendo un profundo análisis de la condición humana en toda su complejidad y esplendor. Este doble rasero que se aplica a las obras de unas y de otros contribuye mucho a situar las obras en diferentes alturas, a juzgarlas con diferentes parámetros de calidad.

Hay una historia muy llamativa que me gusta utilizar cuando tengo que explicar este doble rasero porque habla por sí sola, y que me encantó encontrar también en el libro de Russ. En 1847 se publicó en Inglaterra una obra que conmocionó a la crítica. Su autor era Ellis Bell, un nombre desconocido para los críticos, que destacaron su forma de representar la violencia y la crueldad, su modo de mostrar el egoísmo y la maldad del ser humano. Calificaron la novela de poderosa, dijeron que desafiaba toda crítica convencional y que cada capítulo tenía una fuerza salvaje; de su protagonista dijeron que era brutal y de su autor, que pronto sería uno de los grandes. «Es

imposible empezar a leerlo y no terminarlo, y también es imposible dejarlo a un lado después y no decir nada al respecto. El lector se siente conmocionado, disgustado, casi enfermo por los detalles de crueldad, inhumanidad y el odio y la venganza más diabólicos», escribió la prensa de la época. La segunda edición de la novela llegó dos años después, en 1850, y en ella se desveló que Ellis Bell era un seudónimo y, en realidad, estaba escrita por una mujer. Aunque el texto no había cambiado entre una y otra edición, los comentarios de la crítica fueron radicalmente distintos: enfatizaron que era una historia de amor, dedicaron gran parte de las reseñas a comentar la juventud de su autora, a quien compararon con un pajarillo, y afirmaron que su ingenuidad se reflejaba en la novela, aunque ninguno de los críticos lo había percibido antes. Ya no era poderosa ni brutal. Ahora, una vez conocida la autoría femenina, hablaba de sentimientos y ya no era tan buena. La autora era Emily Brontë y la novela, *Cumbres borrascosas*.

Un canon siempre es injusto. Es subjetivo, sesgado por los gustos y criterios de quien lo elabora, condicionado por sus circunstancias vitales y coyunturales. Con todo, un canon da información, y si comparamos las antologías y los artículos que han sido indispensables para conformarlo, podemos extraer algunas conclusiones. Y podemos hacernos algunas preguntas: ¿dónde estaban ellas? ¿Por qué si fueron bien consideradas cuando publicaron las olvidaron después? Más allá de los grandes nombres de la generación del 27, ¿cuántos poetas mediocres han trascendido de esa época, y por qué no lo logró ninguna de ellas? La velada poética organizada en el Lyceum bien podía haber servido para armar un canon de mujeres poetas, para aportar nombres al canon general. Pero no fue así, y una vez establecido el canon, creado solo

por hombres y formado solo por hombres, los cuarenta años de sombra que pesaron sobre este país aseguraron que esas mujeres fueran invisibles. Como si no hubieran existido.

Enseñar para ensanchar el mundo

Desde su inicio, la sección social del Lyceum organizó ciclos de conferencias para que las liceístas pudieran formarse en materias que no estaban a su alcance. Con ellas querían acercar disciplinas alejadas de su ámbito diario y abordar «problemas científicos y sociales acerca de la mujer, la herencia y el niño». Allí se impartieron conferencias sobre geología y física, sobre astronomía y biología; hablaron sobre sociología, arte, literatura, música, cine y teatro; hablaron de oratoria, de geografía e historia: siempre que pasaba un diplomático o una figura destacada del arte o la ciencia por Madrid, las presidentas de las secciones estaban muy atentas para invitarlos, a ellos o a sus acompañantes, para que disertaran sobre las peculiaridades de su país, sus costumbres o el folclore tradicional. Pero en los que más énfasis pusieron, a los que dieron gran importancia, fueron los cursos relacionados con la medicina, la crianza y el derecho.

Para los primeros contaron con reconocidos profesionales, doctores de prestigio que disertaban sobre la fisiología de la mujer, primeros auxilios, higiene, salud mental o enfermedades de todo tipo. Había un gran interés en abordar la medicina desde la óptica femenina: lo que ahora llamamos perspectiva de género es algo que ya aplicaban las liceístas al elegir los temas sobre los que hablarían sus invitados.

Hubo también algunas charlas curiosas, como la impartida por la escritora María Valero de Mazas, en la que hablaba de «La poesía

que se nos va y la mujer gorda»; no sé muy bien cuál sería la hilazón que conectaba estos dos temas, pero fue muy comentada la defensa que hizo de la gordura, sobre todo en el caso de las madres: «Una madre debe ser gorda —proclamó—. Es preciso que una madre sea la mayor cantidad de madre posible». Curioso razonamiento que, a todas luces, chocaría con el de la doctora Nieves González Barrio, que ofreció varias charlas sobre nutrición y dietética, o con el criterio de los muchos expertos que disertaron sobre maternidad consciente y crianza responsable.

Los cursos de derecho los dirigieron Clara Campoamor y Matilde Huici y me atrevería a decir que son una de las razones esenciales por las que se formó el Lyceum: solo si las mujeres conocían la ley y conocían sus derechos y deberes, serían conscientes de las profundas desigualdades que sufrían, y no solo las sociales, más evidentes, que vivían a diario, sino en su consideración jurídica como ciudadanas. Campoamor y Huici pusieron en marcha varios cursos e invitaron a figuras de prestigio, como el presidente de la Academia de Jurisprudencia o el presidente del Tribunal para Niños: en el titulado *La mujer en el derecho español* impartieron conferencias sobre «La mujer como persona» y «La mujer como ciudadana»; en el curso de *Iniciación al derecho público* hablaron a las liceístas en distintas sesiones sobre leyes políticas vigentes, la ley electoral, el derecho al sufragio, el derecho municipal o los derechos individuales y políticos; en el curso titulado *Deberes de la mujer* disertaron sobre los bienes de la mujer casada o los deberes de la madre. Cuanto más supieran las mujeres acerca de las leyes que regían sus vidas y de sus derechos, cuanto más formadas estuvieran, mejor podrían entender cuál era su situación y actuar para cambiarla.

Todo esto, tanto los actos de las secciones como los cursos, estaba apoyado en una biblioteca que era parte central del club. Las fundadoras del Lyceum sabían que no podían pretender que sus asociadas se formaran y se interesaran por nuevas disciplinas sin una buena biblioteca que pusiera libros, periódicos y revistas a su disposición. La pusieron en marcha en cuanto fundaron el club, gracias a una generosa donación de libros del duque de Alba y a otra de Gregorio Martínez Sierra y María Lejárraga, que sería la primera bibliotecaria. Tal vez por eso, cuando la prensa pregunta en sus reportajes, afirman que el autor más leído es Martínez Sierra: aunque las liceístas tal vez no lo sabían, estaban leyendo a su compañera del club.

Monumento a Cervantes

No sé cuántas veces habré pasado por la plaza de España de Madrid, cuántas veces habré visto el monumento a Cervantes que se levanta en el centro, siempre rodeado de turistas haciéndose fotos con el ingenioso hidalgo que está a los pies del monolito con su inseparable escudero. Pero por muchas veces que haya pasado por ahí, nunca imaginé que el Lyceum hubiera tenido algo que ver en su construcción.

En 1905, cuando se cumplían trescientos años de la publicación del *Quijote*, se puso en marcha una iniciativa para construir un monumento dedicado al más grande de nuestras letras. No podía ser, decían, que el creador de un libro mayor de nuestra literatura, de un personaje universal que había cruzado fronteras y trascendido el tiempo, no tuviera en la capital de España un monumento que sirviera de homenaje. El Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, promotor de la iniciativa, se lo tomó con calma: hasta 1915 no

se lanzó el concurso de anteproyectos para la creación del monumento. Una década habían tardado, pero ese año estaban en plena preparación de los actos que al año siguiente conmemorarían el tercer centenario de la muerte de Cervantes y parece que les entraron las prisas, porque dieron solo cuatro meses de plazo para prepararlos. Tras varias exposiciones de anteproyectos y proyectos, y un concurso polémico y discutido, en 1916 se elige ganador al proyecto del escultor Lorenzo Coullaut y el arquitecto Rafael Martínez Zapatero, al que más tarde se uniría otro arquitecto, Pedro Muguruza. El proyecto tenía un presupuesto que el ministerio había fijado en un millón de pesetas. Ya había ganador, pero no había dinero.

El monumento se iba a costear por suscripción popular; en 1905 se había abierto una cuenta para recaudar dinero procedente de toda España y de todos los países de Latinoamérica, pero en 1920 apenas se habían reunido ciento treinta mil pesetas. El Gobierno pensó que el fallo estaba en que no había un organismo encargado de promover esta suscripción, así que para resolver la falta de dinero se optó por una solución muy frecuente en España: crear un comité.

Este comité recaudó fondos hasta que en 1926 empezaron las obras, pero para entonces aún no habían reunido lo necesario y la suscripción popular seguía activa. Una aportación importante vendrá desde el Lyceum y en ella tendrá que ver una polémica que alcanzará a la literatura: tratándose de un monumento a Cervantes, parece un acto de justicia poética.

En 1927, al Premio Nacional de Literatura concurrían cuarenta y seis novelas publicadas el año anterior. El 1 de febrero, *La Gaceta Literaria* avanzaba que el jurado estaba formado por tres personas y cada uno de los miembros respaldaba a un candidato diferente:

Ricardo León, representante de la RAE, apoyaba *Altar mayor*, de Concha Espina; Andrés Ovejero, designado por la universidad, *Las siete columnas*, de Wenceslao Fernández Flórez; y Eduardo Marquina, designado por el ministerio, *Tigre Juan*, de Ramón Pérez de Ayala. Por más que se habían reunido, por más que habían discutido, ninguno quería dar su brazo a torcer. De ese modo, ya no es que no hubiera unanimidad: es que ni siquiera podía salir un premiado por mayoría.

Unos días más tarde, el diario *El Sol* filtró que el premio se iba a repartir entre Espina y Pérez de Ayala, lo que levantó las protestas del resto de los escritores presentados. Uno de los jurados, Marquina, hizo unas declaraciones públicas en las que manifestaba su apoyo al escritor, pues tenía «el convencimiento sincero e insoslayable de que la justicia exige conceder el premio sin discusión» a *Tigre Juan*, y aseguró no estar dispuesto a cambiar de opinión.

La noticia corre como la pólvora y al día siguiente la dan todos los periódicos, pero poco después informan de que, llegado el caso al ministerio, al que se le plantea un problema, el ministro ha optado por una «solución luminosa»: repartirán el premio, pero no en partes iguales, sino que otorgarán cinco mil pesetas a Pérez de Ayala, tres mil pesetas a Concha Espina y dos mil a Wenceslao Fernández Flórez.

Ricardo Baeza, escritor, traductor y colaborador del diario *El Sol* —y marido de la liceísta María Martos—, publica los días siguientes una columna en la que afea al jurado que no haya sabido ponerse de acuerdo, cuando no es posible que las tres obras tengan exactamente la misma calidad. Y hace evidente que no es así, puesto que se han establecido gradaciones por las que un escritor queda por encima de los demás. Recuerda que las bases no

permiten premiar a varios ganadores, pues establecen claramente que el jurado debe elegir la mejor novela de las presentadas, y eso implica que sea una sola. Como la decisión no es todavía oficial, pues no se ha publicado todavía en *La Gaceta*, pide que se reconsidere y que se premie a Pérez de Ayala, quien, para él, es muy superior. Acaba diciendo que la decisión «equivale, en suma, a un asalto a mano armada, y fuera de todo derecho, contra la propiedad ajena», y hace un llamamiento a sus compañeros periodistas y escritores a que se unan a él en la petición y lo ayuden a hacer justicia.

La columna de Baeza no gusta nada a Concha Espina. Es más, le molesta y la ofende. Intenta publicar una carta de respuesta en el mismo diario, pero el director se lo niega, y eso aún la enfada más. Acude a *La Nación*, diario conservador y opuesto a *El Sol*, que aprovecha para dar a su competidor un tirón de orejas público por no respetar la libertad de expresión cuando no le gusta lo que opinan.

Espina recuerda a Baeza que ella vive de su trabajo, de su escritura, y que no pertenece a camarillas como la suya. Hace referencia a un párrafo donde el escritor decía que «el caso nos interesa a todos; impidiendo que se cometa hoy una injusticia con uno de los nuestros, es la mejor manera de evitar que mañana se cometa con nosotros». Ese «uno de los nuestros» había molestado a la escritora, que siente que la expulsan de la comunidad literaria. Acusa a Baeza de que su artículo está lleno de «insidias intolerables», le responde diciendo que es víctima de una «crisis aguda de la virilidad literaria» y acaba anunciando que renuncia al premio. Con elegancia, en su último párrafo acusa de mezquindad al escritor: «Con mi renuncia, que aprovecho esta ocasión para hacer pública, pretendo que se evite el mayor escándalo de este suceso

vergonzoso, al que por ninguna razón me volveré a referir. Y en la rebatiña impúdica de los dineros, que no en otras lides más altas, quede usted y los suyos vencedores».

Aún le volverá a contestar Baeza, aún seguirá haciendo sangre; no le quedará más remedio que agradecer el «gesto gallardo» de la renuncia de Espina, aunque le afea que no lo haya hecho «con más gracia y de mejor talante». De nuevo, un hombre le tiene que decir a una mujer cómo debía haber hecho algo que solo le atañe a ella.

Mientras tanto, Fernández Flórez puso un poco de humor a todo el conflicto. Preguntado por un periodista, respondió que la cuantía del premio se había asignado según el grosor de la obra: como la novela de Pérez de Ayala era la más voluminosa, se llevaba el importe mayor, y cómo la suya era la que menos páginas tenía de las tres, le correspondía menos dinero.

Pero el anuncio de Concha Espina se publicó cuando la real orden por la que se hacía oficial el fallo ya estaba firmada; la escritora no llegó a tiempo para que su renuncia fuera oficial. Y puesto que ya había hecho público que no quería ensuciarse con un asunto de dinero que había levantado tanta controversia, decidió donar las 2.930 pesetas con cuarenta céntimos del premio a la cuestación que tenía en marcha el Lyceum, del que era socia, para colaborar en la construcción del monumento a Cervantes. Esa suma pasó a engordar una buena recaudación que el club recogió en España y Latinoamérica a través de su sección internacional para levantar el monumento. La primera parte de las obras concluiría en 1929, aunque no se acabó del todo hasta 1957.

Siete años más tarde, en 1934, el Lyceum le devolvería el gesto a Concha Espina solicitando para ella al Gobierno que la nombrara embajadora extraordinaria en Perú, para representar a España en las celebraciones del IV centenario de la fundación de Lima y, de paso,

llevar a cabo otras labores de representación y promoción de la cultura española por el continente americano. El Gobierno aceptó la petición y Espina ejerció de embajadora extraordinaria en Perú y en Estados Unidos.

No fue el único monumento para el que el Lyceum trabajó activamente en la recaudación de fondos: también abrió una suscripción popular para el monumento a Concepción Arenal que se erigió en 1934 en el parque del Oeste. En este caso sucedió algo parecido: desde que se lanzó la iniciativa en 1928, tuvieron que pasar seis años para que se hiciera realidad. Al frente de la comisión se puso Clara Campoamor.

La efigie de la pensadora, que había sido la primera visitadora de cárceles en España en 1864, fue obra de José María Palma y está acompañada de cuatro pequeñas estatuas que representan la libertad, la justicia, el perdón y la paz. Todas están talladas en piedra excepto esta última, que es de metal: está fundida con una aleación de hierro proveniente de los grilletes y las cadenas que se utilizaban en las cárceles y que Victoria Kent, cuando fue directora general de Prisiones, prohibió utilizar. Durante su mandato, Kent los donó para la estatua en un gesto simbólico que no podría ser más adecuado. El *Heraldo de Madrid* lo contaba así: «Los hierros infamantes hasta hace poco constituyeron útiles de suplicio para los penados, y estos hierros fueron aprovechados en la estatua que ha de acompañar a la efigie de la mujer que tanto consoló el dolor de los humildes».

Las responsables de las secciones

Todo esto solo pudo llevarse a cabo gracias al empeño y al enorme tesón de las responsables de las secciones y a las liceístas que se implicaron en el día a día del club. Llevo muchas páginas

hablando de ellas y creo que ya es hora de presentarlas. Para estimar bien la importancia de lo que hicieron, debemos tener en cuenta que todas ellas nacieron en el siglo XIX, en la época del Lyceum rondaban los cuarenta años y desarrollaron su actividad profesional en el primer tercio del siglo XX. Si estas biografías fueran de mujeres de hoy, serían notables; pero tratándose de mujeres de hace un siglo, muchos de sus logros son extraordinarios.

Voy a retroceder unas páginas, vuelvo al inicio del capítulo anterior, donde hablaba de la visita a Garay y de los documentos guardados por una de las fundadoras del Lyceum más activas, la presidenta de la sección de Literatura. Para mí, Pilar de Zubiaurre era una de las liceístas más desconocidas; nunca antes había oído hablar de ella y ha resultado ser un descubrimiento.

Pilar nació en 1884 en Garay, una anteiglesia —un conjunto de caseríos— del señorío de Vizcaya, a escasos kilómetros de Durango; su padre era músico, compositor y maestro de la Capilla del Palacio Real. La familia vivió en Madrid y los tres hijos del matrimonio recibieron una esmerada educación artística: los dos hermanos mayores de Pilar, Valentín y Ramón, eran sordos; no pudieron seguir el camino de su padre y se dedicaron a las bellas artes; Pilar estudió en el conservatorio y sus dotes como pianista fueron distinguidas con premios. También le gustaba el dibujo y tenía aptitudes para él, pero sus padres decidieron que ya había dos artistas en la familia y no hacía falta que su única hija también se dedicara a ello; aun así, Pilar no abandonó por completo el arte y, de nuevo recurriendo a las artes decorativas para no molestar, trabajó la orfebrería. Mientras sus hermanos eran enviados a París con la madre para seguir formándose, ella se quedaba en Madrid estudiando música e idiomas. Tras el regreso de Valentín y Ramón, Pilar se convirtió en

una figura central para su carrera profesional: fue su marchante, les organizó exposiciones por toda Europa y los acompañó en sus giras —algunas de varios meses—; más adelante logró también que su pintura interesara en Estados Unidos, donde consiguió exposiciones en Chicago, San Francisco y Nueva York y vendió sus cuadros, algunos a la Hispanic Society; mantuvo correspondencia con sus galeristas españoles y extranjeros y se hizo cargo de todas las gestiones necesarias con ellos; procuró que invitaran a sus hermanos a participar en muestras colectivas importantes, se ocupó de organizar los envíos de las obras al extranjero y de rentabilizarlas imprimiendo reproducciones que vendería como tarjetas o christmas navideños en tiendas de Madrid y Barcelona. La pintura de los Zubiaurre fue muy reconocida; sin duda eran grandes pintores y tenían talento —obtuvieron varias medallas en las exposiciones nacionales de Bellas Artes de distintos años, representaron a España en bienales y exposiciones internacionales con gran éxito...—, pero sin el empuje de Pilar, sin la proyección y visibilidad que les consiguió, es difícil que hubieran llegado tan lejos.

Durante años, Pilar organizó una tertulia en el estudio de sus hermanos en la calle Villanueva, en el barrio de Salamanca, llamada «Los Sábados de los Zubiaurre», y más adelante, cuando los hermanos separaron sus estudios, en el de Valentín; por allí pasaron artistas e intelectuales de primer nivel: Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, Ortega y Gasset, Carmen Baroja —una de sus más estrechas amigas—, Pedro Salinas, Carmen Monné, Ricardo y Pío Baroja, Manuel de Falla, García Lorca, Gabriela Mistral; allí conoció Ernestina de Champourcin al poeta Juan José Domenchina, por entonces secretario de Azaña... Pilar supo crear una extensa red de afectos que se convirtieron en relaciones duraderas.

Uno de los asiduos a las tertulias era el crítico de arte Ricardo Gutiérrez Abascal, conocido por su seudónimo Juan de la Encina, con quien Pilar se casó; ella, que era tan chiquera, fue madre tardía: tuvo a su único hijo, Leopoldo, a los cuarenta años. En 1928 Pilar se implicó en la puesta en marcha de la Escuela Plurilingüe, un proyecto impulsado por José Castillejo, secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, de crear un colegio donde los niños aprendieran idiomas desde muy pequeños, una propuesta pedagógica experimental y muy avanzada para la época. Esta escuela no era un proyecto de la JAE, sino una cooperativa formada por un grupo de padres entusiastas: entre ellos, Pedro Salinas y su mujer, Margarita Bonmatí, Jorge Guillén y Germaine Cahen, y Pilar de Zubiaurre y su marido. Contaba con profesores nativos de inglés, francés y alemán, querían que los niños salieran de allí trilingües y planeaban organizar intercambios con los alumnos de otras escuelas europeas.

Además de las tareas relacionadas con sus hermanos, de las del Lyceum y de su maternidad, Pilar sacaba tiempo para escribir; lo hizo desde muy joven, tanto en artículos que publicó en la revista *Hermes*, firmados con seudónimo —tal vez para que no se enterara su madre, mujer muy convencional con la que tenía una relación complicada—, como de forma privada, en un diario en el que recoge sus impresiones en los viajes por Europa —y ya observa la diferente condición de la mujer en España y el resto de países europeos—, sus estancias en Garay, la visita a Itzea, a casa de los Baroja, y donde, años más tarde, consignaría sus vivencias durante la guerra civil y su salida al exilio.

A lo largo de su vida, Pilar se volcó en la protección de la infancia; formaba parte del patronato de la Asociación Auxiliar del Niño y cuando estalla la guerra, Pilar dirige por encargo del Ministerio de

Justicia el Orfanato de San Ramón y San Antonio, que acoge a trescientas niñas. Implica en ello a algunas de sus amigas liceístas —Zenobia da cobijo en su casa a varias niñas, Ernestina también le ayuda...—, hasta que sale con su familia hacia Valencia, siguiendo al Gobierno de la República: su marido era director del Museo de Arte Moderno —precursor del Reina Sofía—, había firmado la nota de adhesión a la República y formaba parte de la Junta de Incautación y Protección del Tesoro Artístico, encargada de poner a salvo las obras de arte de los bombardeos; en 1938, tras una estancia en Barcelona, salieron al exilio mexicano vía Francia. En esa etapa también escribiría artículos en los que dejaba ver su inmensa nostalgia por la tierra, que firmaba como Hulda de Garay o Landabarrenako damia, la señora de Landabarrena, el caserío familiar.

Pilar siempre estuvo muy pegada a Garay y volvía siempre que podía. Su nieta me cuenta que sus raíces vascas eran tan importantes para ella que cuando se quedó embarazada, Pilar recogió tierra de Garay y se la llevó en una cajita a Madrid para que su hijo, nada más nacer, fuera lo primero que pisara. Y en el pueblo aún la recuerdan hoy algunos vecinos que, cuando eran niños, cada vez que se cruzaban con ella recibían un dulce que se sacaba del bolsillo.

García Lorca dedicó a Pilar de Zubiaurre los poemas de la serie *Tres ciudades*, de su *Poema del cante jondo*; Concha Méndez, su poema titulado «Capitán», de *Canciones de mar y tierra*. Pilar era una mujer importante, central en la vida intelectual del Madrid de los años veinte y treinta. Quién sabe dónde habría llegado si le hubieran permitido dedicarse a la pintura o a la música de forma profesional. Volcó sus energías y su talento en el Lyceum, y la actividad de la sección de Literatura fue reconocida por su gran calidad.

Halma Angélico sucedió a Pilar de Zubiaurre al frente de la sección y llegó con mucho empuje. Dramaturga, periodista y directora teatral, Angélico, cuyo nombre real era María Francisca Clar Margarit, fue una de esas mujeres que se salían de la norma: aunque había nacido en Palma de Mallorca, pasó su infancia en Filipinas, donde su padre, militar, era gobernador de Luzón. De vuelta a España tras la pérdida de las colonias se afincó en Madrid, estudió Arte Dramático, se casó joven, tuvo dos hijos y se separó. Desde entonces convirtió la escritura en oficio y en refugio: inició su actividad como escritora profesional, colaborando de manera regular en la prensa española —*ABC*, *Blanco y Negro*, *Heraldo de Madrid*, *Mujer*, *Mundo Femenino*, entre otras— y en medios hispanoamericanos. Su teatro y su narrativa, desplegados con firmeza en los años veinte y treinta, se atrevieron a interrogar la moral dominante desde dentro, revisando mitos clásicos, como *Fedra*, y situaciones contemporáneas para contarlos desde su mirada incómoda, especialmente en lo que atañe al deseo femenino, la condición inferior de la mujer, la conciencia de clase y la culpa socialmente impuesta. Era tan avanzada que en los años treinta llegó a proponer un desnudo femenino integral en uno de sus libretos. Su voz se inscribió en un Madrid intelectualmente febril, donde estrenó, publicó y dirigió, llevando a escena una palabra densa, moral y poética a la vez.

Además del Lyceum, Angélico se implicó con muchas organizaciones reivindicativas como la ANME y la Unión de Mujeres de España. En 1938, Halma Angélico estrenó en el Teatro Español una obra del escritor ruso Jefim Sosulia que ella misma adaptó. Fue la única mujer que logró estrenar en el teatro durante la guerra civil, y el texto, titulado *Ak y la humanidad*, era un canto a la paz y el amor que evidenciaba el sinsentido de la guerra: denunciaba el

derramamiento de sangre, se preguntaba qué podía justificar aquello y llamaba a la reconciliación. Por entonces militaba en la CNT, y sus compañeros no se tomaron muy bien que una de las suyas difundiera ideas que, según los dirigentes del sindicato, desalentaban a los muchachos que estaban en el frente y bajaban la moral de los ciudadanos. La acusaron de deslealtad y pusieron en marcha una campaña de insultos y descrédito contra ella y contra la obra, que dos semanas después fue cancelada. Angélico abandonó la militancia en la CNT, pero también dejó de escribir y de dirigir. Esa militancia de la que salió escaldada llevó, además, a que la juzgaran y la encarcelaran durante unos meses después de la guerra.

Aunque María Teresa León la cita en sus memorias como última presidenta del Lyceum, por más que busco no encuentro ninguna mención en documentos de la época que lo respalde; León tampoco lo asevera con rotundidad, lo introduce con un «creo» que indica cierta duda. Repaso la prensa de esos años, busco alguna noticia que me permita constatarlo, pero lo que encuentro es que, en abril de 1936, el diario *El Sol* publica una aclaración a petición de la propia Angélico que lo desmiente: unos días atrás, en una noticia sobre la Fiesta del Libro en la que participó, le han atribuido por error el cargo de presidenta del club, y ella les solicita que rectifiquen, pues su cargo real es el de presidenta de la sección de Literatura. Otra noticia acerca de un homenaje a Ernestina de Champourcin, esta vez de junio, nombra a María de Maeztu como presidenta del Lyceum, aunque tal vez sea por su cargo honorífico. Puesto que la sección de Literatura era la más activa en esa época —en diciembre de 1935 habían anunciado una ambiciosa programación para el año, con un premio, un ciclo de lecturas dramáticas que inauguraría Unamuno, la puesta en marcha de una pequeña compañía teatral de la que sería directora artística ella

misma...— y Angélico tenía mucha visibilidad, pues su nombre aparecía una y otra vez en los diarios, tal vez la memoria de María Teresa León le hiciera confundir su cargo.

La primera sección que se puso en marcha fue la de Artes Plásticas e Industriales, que empezó a trabajar nada más inaugurarse la sede. Al frente estaba Carmen Baroja, una mujer lúcida, crítica y profundamente consciente de las limitaciones impuestas a las mujeres de su tiempo. «Era la época del feminismo. Yo era francamente feminista, veía la poca diferencia que había entre los dos sexos. Encontraba a muchos hombres estúpidos, tan estúpidos o más que las mujeres, y que, sin embargo, gozaban de un sinfín de prerrogativas en todas partes [...]. Esto me sublevaba.» Carmen Baroja escribía esto en sus memorias y es un signo de su carácter: en una época en la que la mayoría renegaba del término *feminista*, Carmen lo abrazaba y lo celebraba. Tenía claro que si las mujeres no llegaban más lejos era por culpa de la falta de formación, algo que a ella le pesó durante toda su vida.

Carmen nació en 1883 en Pamplona. Sus padres eran muy aficionados a la música y ella, como buena señorita, estudió piano, además de inglés y francés. El ambiente artístico que se respiraba en su casa era notable: su padre, ingeniero de minas de profesión, tocaba el chelo; su hermano Ricardo pintaba y Pío escribía. Y Carmen, inquieta y ávida de aprender, hubiera querido dedicarse también a actividades artísticas, sobre todo a la orfebrería, pero algo determinante la diferenciaba de sus hermanos: era una mujer. En 1906 viajó a París y allí, en la pensión donde se alojaba, conoció a unas cuantas muchachas de su edad procedentes de los Países Bajos. Con ellas descubrió la libertad de salir a la calle sin pedir permiso y de no necesitar acompañante, algo inédito en la España

en la que había crecido. Solo el hecho de poder visitar a su aire todas las tardes el Museo de Cluny para ver cómo trabajaban los maestros el metal era para ella un regalo.

Creció en una casa en la que la moral era «rígida para mí en cosas pueriles y sin importancia, y muy laxa para mis hermanos en cosas que yo, ya entonces, consideraba importantes. Luego, después de casada, esa moral todavía se acentuó más y ya no tuve derecho más que a hacer mis labores domésticas y llevar la carga de muchísimas cosas». Qué complicado debió de ser para ella compartir inquietudes con sus hermanos, asistir a las tertulias que organizaban en casa con los intelectuales más brillantes del momento, para después no poder canalizar su energía creativa de ninguna manera. Qué frustrada se debía de sentir cada vez que uno de sus hermanos producía una obra mientras ella tenía que dedicarse a tareas mucho más prosaicas. En 1913 se casó con Rafael Caro Raggio y su matrimonio marca el inicio de una etapa de desencanto personal: la convivencia y las obligaciones domésticas limitan aún más sus aspiraciones intelectuales. Carmen hubiera querido trabajar, ser independiente, pero su vida fue otra. Por eso, estoy segura de que cuando en 1925 viaja con su cuñada Carmen Monné a Londres y se alojan en el Lyceum Club británico, Carmen pensaría en la falta que les hacía algo así en España: era la solución a tanta asfixia, un lugar donde podría respirar ese aire de libertad y cultura que tanto necesitaba.

Cuando se fundó el Lyceum, en 1926, Carmen tenía cuarenta y tres años. Aunque había empezado antes tímidamente, en esos años colaboró con regularidad en prensa —firmaba con el seudónimo de Vera de Alzate—, escribió un libro sobre *El encaje en España* —otro tema en el que era experta—, colaboró con el Museo Histórico Textil en la catalogación de tejidos, formó parte del patronato del Museo

del Pueblo Español y se encargó de la programación relacionada con las artes industriales en el club. Los años del Lyceum fueron para ella un tiempo de intensa actividad cultural y de tardía afirmación personal, una etapa de efervescencia intelectual y de conquista del espacio público.

Victorina Durán sucedió a Carmen Baroja en la presidencia de la sección de Artes Plásticas e Industriales en 1932. Durán era moderna hasta para las modernas: una mujer libre, libérrima, que asumió su lesbianismo sin ocultarlo y vivió siempre fuera de la norma. No es de extrañar que su actitud vital chirriara a las liceístas más conservadoras: vestía atuendos masculinos, llevaba el pelo cortado a lo chico, sus allegadas la llamaban Vic, un nombre tan andrógino como ella.

Victorina nació en Madrid en 1899 y creció entre las bambalinas del Teatro Real, algo que parece inevitable si tres generaciones de mujeres de tu familia son —y fueron— bailarinas de su cuerpo de baile, tu padre es el abonado número uno del teatro y tu tía es la famosa bailarina Antonia Mercé, La Argentina. Su educación fue artística: primero estudió en el Conservatorio Nacional de Música y Declamación y después en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, donde coincidió con Maruja Mallo, Rosa Chacel o Salvador Dalí. Empezó a trabajar como profesora de dibujo mientras investigaba y aprendía nuevas técnicas artísticas, como el batik; una de sus telas fue premiada en 1924 en la Exposición Nacional de Bellas Artes, y en 1925, becada por la Junta para Ampliación de Estudios, viajó a París y allí continuaron sus éxitos: dos medallas de plata en la Exposición Internacional de Artes Decorativas.

En 1929 obtuvo la cátedra de Indumentaria del conservatorio. Fue la primera mujer en ejercerla, y una muestra de su empuje es todo

lo que hizo para conseguirlo. Un año antes había muerto su padre, y su madre y ella habían recibido en herencia el dinero justo para pasar un año. Victorina sabía que el profesor de Indumentaria había muerto hacía poco y su cátedra, que llevaba años inactiva por la enfermedad del titular, había quedado vacante. Dispuesta a llegar donde hiciera falta, se remangó y fue a hablar con unos y con otros para pedir que la sacaran a concurso: consiguió hablar con el mismísimo ministro de Instrucción Pública. Y lo consiguió. La cátedra salió a concurso en junio de 1928, Victorina se impuso a los otros siete opositores —una de ellos, Isabel Oyarzábal— y obtuvo la plaza en febrero de 1929, con un salario anual de cuatro mil pesetas. Victorina iba a ganar en un año lo mismo que había recibido en herencia de su padre.

Además de desarrollar su faceta artística en sus telas y encuadernaciones, Victorina fue una de las fundadoras de la TEA (Teatro Escuela de Arte), una compañía teatral promovida por Cipriano Rivas Cherif; colaboró regularmente en prensa, fue dramaturga, escenógrafa y figurinista de teatro; también de cine, en una época en que el oficio no existía como tal: eran los propios actores quienes debían llevar el vestuario que les marcaba el director —Fernando Fernán Gómez cuenta en *El tiempo amarillo* cómo tuvo que gastar una buena parte de lo que iba a ganar con su primer papel en el traje que llevaría en la película— y no existía lo que ahora conocemos como dirección de vestuario. Ya en el exilio, en Buenos Aires en 1938, Margarita Xirgu la llamó para que se ocupara del vestuario en *Bodas de sangre*, la primera adaptación que se hacía de Lorca a la gran pantalla: su nombre ni siquiera figuró entre los créditos de la película.

Victorina formó parte de los ambientes lésbicos de Madrid. En una época en la que ni siquiera era frecuente que se pronunciara la

palabra *lesbiana* o *sáfica*, sino que para describirlas se recurría a la fórmula *es así*, las mujeres homosexuales crearon espacios clandestinos donde relacionarse libremente. De ellos no ha quedado constancia escrita: bien para protegerse o bien para proteger a sus amantes, quienes frecuentaron estos ambientes no han dejado testimonios que permitan reconstruirlos, pero parece sensato pensar, a la luz de las referencias veladas que deslizaron en sus obras y de las investigaciones de sus biógrafas, que a este «círculo sáfico» perteneció Victorina junto con otras liceístas, como Elena Fortún o Victoria Kent.

Además de dirigir la sección de Arte, Victorina expuso en dos ocasiones en el Lyceum: una, al principio —sería la segunda exposición del club—, al poco de volver de París, en la que mostró las encuadernaciones artísticas y los batiks que había elaborado junto a Matilde Calvo Rodero; la otra, en 1933, en solitario, donde mostró una selección de figurines que había creado para el teatro y las revistas de moda. Tiene algo de mágico ver sus dibujos: están hechos hace un siglo, pero son modernísimos, parecen estar hechos hoy. Me gusta imaginar a Victorina estudiando, documentándose en libros, revisando revistas de moda y almanaques antiguos para recrear con rigor la indumentaria de una época pasada. Sus figurines debían ser precisos y minuciosos; la exactitud, el cuidado y la buena adaptación de esos diseños tan llenos de detalles para que sus patrones pudieran cortarse y coserse con facilidad fueron aspectos que se elogiaron mucho de su trabajo, un oficio que ella ayudó a que fuera reconocido.

Cuando se fundó el Lyceum, la sección de Música tuvo al frente a Bérengère Pascault, a quien nunca he encontrado citada por su nombre, sino como Pasquita o Ela, y siempre acompañada del

apellido de su marido, el violinista, compositor y director de orquesta Enrique Fernández Arbós. Busco información sobre ella, pero no tengo mucho éxito: ni por su nombre real ni por el de casada encuentro información; tampoco en los artículos que hablan de su marido la mencionan, solo en alguno de ellos citan su nombre. Pero no cuentan que era francesa, nacida en Burdeos en 1883, ni que era concertista de arpa, ni ningún otro detalle que nos permita saber algo sobre ella. Pascault y Arbós se conocieron en Londres, donde Ela estaba en una gira de conciertos; nadie les pregunta si la dirigió, si tocaron juntos, o si lo harán en el futuro... En la prensa de la época encuentro una entrevista, una doble página que me hace pensar que, por fin, la voy a conocer un poco más. Pero no: el título del reportaje, «La mujer en el hogar de los hombres célebres», habla por sí solo; el texto gira en torno a su marido, y el escaso espacio que le dedican a ella es, halagos empalagosos aparte, para hablar de la casa de veraneo que han construido cerca de San Sebastián, a la que han bautizado, en su honor, como Pasquita-Enea y que Ela está amueblando y arreglando el jardín. Durante la entrevista, Ela habla del carácter despistado de su marido, del que dice que apenas sabe rellenar un cheque sin dejarse algo y eso le provoca problemas en las giras; ella lo acompaña y debe encargarse de todo lo práctico. De nuevo estamos ante una mujer que dedicó la vida a su marido y que no mereció ni unas líneas que nos cuenten hoy quién es.

A Ela la sucedió al frente de la sección de Música la compositora María Rodrigo. El matrimonio Rodrigo Bellido tuvo dos hijas brillantes. A la pequeña, Mercedes, ya la hemos conocido unas páginas atrás: pionera de la psicología y de la educación especial, y principal artífice del Comité del Libro para el Ciego. La mayor, María,

fue igual de talentosa: fue la primera compositora profesional de nuestro país y la primera mujer en estrenar una ópera en España. Nació en Madrid en 1888, desde muy niña se formó con su padre, profesor de música, y a los catorce años ya había completado los estudios de piano en el conservatorio con premio extraordinario de fin de carrera. A los veintitrés terminó los estudios de composición y se marchó a Europa, becada por la JAE, para completar su doctorado. En Alemania, donde recibió clases de Richard Strauss, compuso sus primeras obras y a su vuelta en España siguió trabajando sin descanso: pianista del Teatro Real, catedrática de Conjunto Coral e Instrumental en el conservatorio, María compaginó su labor de concertista de piano con la composición —tanto de obras sinfónicas como de zarzuelas y ópera— y con la docencia y divulgación, algo capital en su carrera: entendió que la música clásica debía salir de la academia y llegar a todos los ciudadanos. Con el Gobierno de la República, se implicó en llevar la enseñanza musical a distintos rincones de España con las Misiones Pedagógicas.

María Rodrigo fue una *rara avis*: a su juventud se sumaba la osadía de dedicarse a la composición; estaba aceptado que las mujeres interpretaran, pero, de nuevo, eso de crear música era otra cosa. Volvemos a las teorías que afirmaban que la mujer no está dotada para la creación artística o intelectual. En un artículo que le dedicó Margarita Nelken, la periodista cuestiona que las mujeres puedan ser compositoras: una sinfonía debe provocar toda clase de sentimientos y emociones, explica, y «una mujer, por muy libre que sea, por muy preparado que esté su espíritu, tiene forzosamente que vivir una vida menos completa que la de un hombre, tiene que quedar extraña a un gran número de sensaciones». Sin embargo, a su juicio, las mujeres, por esa limitación que ha explicado, son unas fabulosas intérpretes, porque eso sí que saben hacerlo. Crear no

está a su alcance, pero interpretar lo que otros crean sí. Visto con los ojos de hoy, es difícil que nos hagamos una idea de lo complicado que lo tuvieron estas mujeres, de los prejuicios que debieron derribar. Si ahora nos parece una proeza lo que consiguió María Rodrigo, en aquel momento debió de ser como subir al Himalaya con los pies atados: una hazaña colosal. Ella misma reconoce en una entrevista que no tuvo un camino fácil y que estuvo a punto de tirar la toalla: «He luchado... lo que usted se podrá figurar... Me han hecho bastante guerra, y estaba ya tan desanimada, no obstante mi entusiasmo y mi amor por el arte puro, que me encontraba decidida a dedicarme a componer música para el género chico... Los Quintero me dieron el libro de *Becqueriana* y entonces... respiré. ¡Podía hacer Arte!». Esa ópera, inspirada en una rima del poeta andaluz, se estrenó en abril de 1915 en el Teatro de la Zarzuela. «¿Una señorita compositora llamada al proscenio por la partitura de una ópera?... Creo que el hecho no tiene precedentes en el mundo», se preguntaban los periodistas, que se referirán a ella como «la damita compositora».

Al estallar la guerra, María y Mercedes salen al exilio: pasan por Francia, donde visitarán a María Lejárraga en su casa de Cannes; después a Suiza y luego a Colombia, donde vivirán ocho años hasta marchar definitivamente a Puerto Rico. Allí enseñarán las dos en la universidad hasta el final de su vida.

Tanto Ela de Arbós como María Rodrigo sabían bien de lo que hablaban y prepararon un conjunto de actos de gran calidad para la sección de Música del Lyceum. Su programación anual era anunciada en los periódicos igual que las de las grandes salas de conciertos.

Una de las joyas del Lyceum fue su biblioteca y la primera liceísta que se encargó de ella fue María de la O Lejárraga, una de las

fundadoras mayores del Lyceum y también de las más activistas. Nació en San Millán de la Cogolla (La Rioja) en 1874, y era la mayor de ocho hermanos. María no fue a la escuela; la educó su madre en casa, y parece que lo hizo muy bien, pues con esos conocimientos pudo impartir clases de idiomas en una academia para señoritas, tradujo del francés y accedió a la universidad para estudiar Magisterio Superior. María se casó a los veintiséis años con Gregorio Martínez Sierra, seis años menor que ella, con quien compartía su pasión por el teatro y la escritura.

Unos capítulos atrás hablaba de María Lejárraga y la autoría de sus textos. Que fue ella quien los escribió y él quien los firmó parece demostrado. Lo que no se sabe a ciencia cierta es la razón para que esto sucediera. Existen diversas teorías: Gregorio se lo impuso, María estaba cegada por el amor, se vio obligada por las costumbres de la época... Pero me parece más acertada la que propone que fue una estrategia de María, aunque tal vez se le fue de las manos o no estimó bien las consecuencias de esa decisión.

Sabemos, porque ella lo ha contado en *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*, que María firmó su primer libro, *Cuentos breves*, con su nombre, y Gregorio hizo lo mismo con el suyo: mientras que en la familia de él todo fueron alegrías y parabienes, la de ella apenas reaccionó más que para mostrar desprecio: una mujer escritora, qué deshonra. Además, María era maestra —era ella quien llevaba el dinero a casa hasta que sus obras empezaron a dar sus frutos y se levantaba todos los días a las cinco de la mañana para hacer dos jornadas laborales: una en la escuela y otra en casa, escribiendo— y temía que eso manchara su nombre y pudiera dejarla sin su única fuente de ingresos. Estas razones, junto a otra bastante poderosa —el amor—, son las que María aduce para justificar su decisión de no volver a firmar un libro con su nombre.

Sabía que solo por el hecho de ser mujer la obra se juzgaría de un modo más severo, se valoraría mucho menos y, además, ella tendría que defenderse de prejuicios irracionales.

María tenía cosas que decir y quería que llegaran lejos: sabía que se oirían si las firmaba un hombre. Sabía, ya desde el principio, lo diferente que sería que fuera un hombre quien empezara una conferencia diciendo: «Todas esas absurdas ideas sobre feminismo son mentiras bonitas que les dicen a ustedes los hombres, con un poco de mala fe, porque les conviene que sigan ustedes en santa ignorancia, haciendo su papel de muñecas graciosas e irresponsables [...]. El feminismo quiere sencillamente que las mujeres alcancen la plenitud de su vida, es decir, que tengan los mismos derechos y deberes que los hombres, que gobiernen el mundo a medias con ellos, pues a medias lo pueblan...». Visto ahora, conociendo el carácter rabiosamente feminista de muchos de sus textos, es una estrategia muy inteligente y, a pesar de que eso la obligó a pagar un precio demasiado alto renunciando a su nombre, la decisión de crear una marca familiar con el nombre de su marido fue suya.

También sabemos que en el mundillo literario y periodístico este arreglo era conocido. En 1920, Magda Donato empieza así una entrevista para el diario *La Tribuna*: «Hasta ahora, María Martínez Sierra era, para todo el mundo, "la mujer de Martínez Sierra"; y siendo más que esposa y aún más que asociada, siendo la colaboradora inteligente y activa del escritor y dramaturgo, y sabiéndolo todo el mundo, permanecía voluntariamente en una sombra discreta [...]. Pero algo superior a este papel, noblemente desinteresado, pero un poco borroso, emanaba, indudablemente, de ella, pues cuantos la conocían, poco o mucho, tenían una fe absoluta en su valor propio e independiente». En 1925, Rivas Cherif escribe

en el *Heraldo de Madrid*: «María de la O Lejárraga, más conocida como "Gregorio Martínez Sierra", cuya personalidad interesantísima reviste tan singular carácter en las letras españolas contemporáneas»; y unos días después incide en ello: «María de la O. Lejárraga, verdadero autor de las novelas, comedias, poesías, traducciones y artículos firmados "Gregorio Martínez Sierra", nombre de su marido». A continuación cuenta algunas anécdotas que lo certifican; la más concluyente es la que explica que María le pidió ayuda cuando estaba escribiendo el libreto de una zarzuela y trabajaron codo con codo sin que Gregorio interviniera. Es decir, que no solo lo sabía, sino que pudo certificarlo él mismo.

Cuando *Canción de cuna*, una de sus obras más célebres, se estrenó con gran éxito en Nueva York y en París, el diario *El Sol* escribió que «en España esa obra aparece como obra de un solo autor. En Francia la firman Gregorio y María Martínez Sierra. La colaboración, para nuestro mundo teatral, no es un secreto; pero aún no tenía en esa ni en otras comedias el estado público que ha venido a adquirir en el extranjero». A raíz de esos estrenos internacionales, Gregorio manifestó a sus amigos que tenía el propósito de declarar públicamente su colaboración y, según Rivas Cherif, fue María quien se negó a que lo hiciera. Ella misma lo certifica en otra entrevista concedida a Blanca Silveira-Armesto en 1933:

—Y a propósito, María: ¿Por qué no firman ustedes dos las obras?
—Eso ya lo hemos dicho infinidad de veces.
—Pero yo no lo sé.
—Pues... porque yo no quiero, no quiero...
—Bien —corto presto—. Y todas las obras firmadas por su esposo, ¿son de los dos?
—Sí —responde lacónica.

María aceptaba la autoría conjunta, la «colaboración voluntaria y efectiva», pero no quería hacerla pública. Sin embargo, en *Gregorio y yo* —el primer libro que firma como María Martínez Sierra—, aunque insiste en que siempre fue un trabajo de los dos, se le escapan algunas cosas sin querer, algunos indicios que apuntan en la dirección real de su autoría única, como cuando dice que «los personajes y su amanuense nos entendimos perfectamente: hablaban y se movían ellos sin melindres ni indecisiones, seguía yo sus movimientos, cazaba al vuelo sus palabras, tecleaba vertiginosamente la Corona portátil, mi fiel compañera», o cuando explica que no todos sus textos «tuvieron la suficiente madurez. He procurado, sí, presentarlos al mundo con la cara bien lavada [...]. De ninguno me avergüenzo». A María se le escapa el singular, la primera persona que reprime con tanto cuidado el resto del libro.

Con «colaboración voluntaria y efectiva», tal vez María se refería al trabajo de Gregorio para vender lo que ella producía: buscaba editorial para sus libros y fundó la suya propia, Renacimiento; montó una compañía teatral, negociaba con los productores para estrenar sus obras, buscaba las colaboraciones en los periódicos y la urgía a escribir. Gregorio era la cara visible y la parte comercial de la marca «Gregorio Martínez Sierra», y María, la parte creativa.

Tras la muerte de Gregorio en 1947, María perdió todos los derechos sobre sus obras. Llevaban más de treinta años separados —Gregorio había iniciado una relación con la actriz Catalina Bárcena hacia 1909 y abandonó definitivamente a María cuando nació su hija, en 1922— y, aunque no llegaron a divorciarse, los derechos pasaron a la hija del empresario. En 1930 Gregorio había firmado un documento ante el abogado Tomás Elorrieta —marido de Rosario Lacy— y dos testigos —Eusebio de Gorbea, marido de Elena Fortún, y Enrique Ucelay, marido de Pura Maortua; las tres mujeres eran

fundadoras del Lyceum, como María— reconociendo que la autoría de sus obras era conjunta; al menos hubiera correspondido a María el cincuenta por ciento de los derechos de autor; pero Gregorio no mencionó nada de eso en el testamento, y en la práctica no fue así: Catalina Bárcena no lo permitió y, a sus setenta y tres años, María se quedó sin el producto de su trabajo y sin la marca bajo la que escribía. «Estoy muerta en vida», afirmó. No podía seguir firmando sus obras un muerto.

Lo cierto es que esas dificultades derivadas de no obtener su parte de los derechos de autor llegaron antes de la muerte de Gregorio: la Segunda Guerra Mundial sorprendió a María en la casa que compró en Niza tras el abandono de su marido, y Gregorio, que se había mudado a Buenos Aires, no la había informado de su paradero y hacía mucho que no le enviaba dinero. Hacia 1944, sin dinero ni recursos, María había perdido treinta kilos, había tenido que vender su máquina de escribir para comer y vivió escondida —estaba perseguida y su casa fue incautada por los nazis— gracias a la ayuda generosa de muchos amigos que le enviaban comida y pequeñas sumas para ir tirando. Cuando esos mismos amigos la ayudaron a encontrar a Gregorio, él se justificó con excusas baratas, diciendo que pensaba que había dinero en sus cuentas y que le llegaba la mitad de los derechos de las obras. Nunca se había preocupado de preguntarle ni de comprobarlo él mismo. Eso sí, no tardó mucho el empresario en pedirle una nueva obra para representar en Argentina.

María no solo había *colaborado* con Gregorio con sus textos —además de las obras teatrales y los artículos, también es la autora del libreto de *El amor brujo* de Manuel de Falla, entre otros—, sino que también colaboró en los proyectos que Gregorio ponía en marcha, como en la fundación de la revista literaria *Helios* con un

grupo de amigos entre los que se encontraba Juan Ramón Jiménez, íntimo amigo de María durante toda su vida; tanto es así, que en un tiempo en que estaba exhausta por el trabajo y el médico le prescribió que comiera carne de ternera sangrante, era él quien compraba en la farmacia sellos —unas obleas redondas que permitían meter medicamentos dentro para tragarlos sin notar el mal sabor—, picaba la carne para rellenarlos y se los hacía comer. En la risa de María, Juan Ramón encontraba «una veladura violeta».

El acuerdo entre María y Gregorio Martínez Sierra sigue rodeado de un halo de misterio: no sabemos qué parte de estrategia hubo en todo ello ni cuánto pesó el amor, si no en la decisión inicial, al menos en el encubrimiento posterior; no sabemos si todo se hizo demasiado grande o si fue algo controlado, al menos hasta la muerte de Gregorio. Y tampoco sabemos por qué María nunca quiso declarar que ella era la única autora, reivindicar su talento. Tal vez no quería que le echaran en cara que había levantado una farsa, que había engañado a todo el mundo. Tal vez temió que nadie la fuera a creer, y tenía razón: tras afirmar que la autoría era conjunta, tuvo que leer muchos ataques que la desprestigiaban. O tal vez concluyó que no iba a servir de nada y, por tanto, para qué molestarse, para qué pelear.

Más allá de los muchos enigmas que encierra el asunto de su autoría, María tuvo una vida comprometida con los derechos de las mujeres desde muy joven: militó y tuvo cargos en diversas asociaciones además del Lyceum, como la Asociación Nacional de Mujeres Españolas o la Unión de Mujeres de España; fue secretaria del comité español del Consejo Supremo Feminista de España, dictó varias conferencias en el Ateneo sobre la mujer y la República, fue la delegada de España, junto a Isabel Oyarzábal, en el Congreso de la Alianza Internacional para el Sufragio de la Mujer celebrado en

Ginebra en 1920, presidenta del Patronato para la Protección de la Mujer (una entidad que protegía de la explotación sexual), participó activamente en campañas abolicionistas, fundó la Asociación Femenina de Educación Cívica... En 1933 fue diputada en el Congreso por el Partido Socialista y en octubre de 1936 ocupó un cargo diplomático en la embajada de España en Suiza.

Al dejar Francia, María pasó por Estados Unidos y allí aún tuvo que soportar un nuevo revés: ofreció a Walt Disney un guion titulado *Merlín y Viviana*, una historia de amor entre una gata egoísta y un perro atontado, pero él lo rechazó. Al poco tiempo, Disney estrenaba *La dama y el vagabundo*, en la que el guion era sospechosamente parecido. María no se vio con fuerzas para litigar y no pudo demostrar que la idea de la película de Disney nacía de un texto suyo.

María vivió un siglo, acabó su vida exiliada en Buenos Aires y murió en 1974 dejando muchas incógnitas en el aire.

María Martos sucedió a María Lejárraga al frente de la biblioteca. Fue ella quien escribió a las asociadas y a cuantos allegados del club se le ocurrieron pidiendo que contribuyesen con cinco pesetas anuales para comprar libros; es ella quien cuenta en sus cartas cómo Zenobia se pasaba el día trabajando en la biblioteca o cómo Maruja Mallo la volvía loca recortando páginas de las revistas a escondidas. Martos fue una pieza central en la fundación del Lyceum, y es también una de las menos conocidas.

María Martos nació en 1888 en Manila, donde su padre, gentilhombre del rey, tenía un cargo en el Gobierno colonial. Estudió idiomas y música —terminó la carrera de piano—, como hacían las señoritas de buena familia de su época, pero su curiosidad sin límites y su carácter inquieto la empujaron a buscar siempre nuevos

horizontes intelectuales. Lectora voraz en varias lenguas hasta el final de su vida, atenta a cuanto se escribía y se pensaba, moderna y avanzada para su tiempo, formó parte de los círculos intelectuales de los años veinte y tuvo una clara conciencia de las desigualdades sociales y políticas que existían en todo lo referente a la mujer; fue una feminista de acción: no fue autora de libros, pero sí de vínculos, y logró afinar ideas y aunar voluntades para lograr un espacio real de emancipación femenina a través de la cultura. Su ejemplo muestra una coherencia sólida con unas ideas que reivindicaban la igualdad y la responsabilidad cívica de las mujeres.

Frente al carácter monárquico de la familia, María se declaraba republicana y la monarquía le parecía «una antigualla enteramente inadmisible»; era rabiosamente anticlerical y consideraba un error que el Estado abrazara un credo religioso: defendía la libertad de culto y, para ella, que existieran distintas religiones conviviendo en paz solo podía hacer mejor un país; apoyaba la existencia del divorcio; abogaba por la participación de la mujer en todos los ámbitos: opinaba que la diplomacia y la política local, más cercana a los problemas del ciudadano, eran áreas donde su presencia podía ser especialmente útil y deseaba que llegara un día en que las concejalías de los ayuntamientos estuvieran ocupadas enteramente por mujeres; y no veía este ejercicio solo como un derecho, sino como una obligación: que la mujer interviniera en la «cosa pública» no era un premio, sino algo que debía hacer. Para ella, el feminismo era un postulado ético y estaba segura de que llegaría un día en que sus deseos se harían realidad sin tener que forzarlos, sino como algo natural. Qué complicado debía de ser, en su época, tener unas ideas tan rupturistas, tan fuera de la norma.

Cuando la entrevistaron en 1931 en la revista chilena *Para Todos*, al poco de llegar al país acompañando a su marido, Ricardo Baeza,

que había sido nombrado embajador, la periodista la describe como «cerebro privilegiado entre los cerebros femeninos de España»; en esa entrevista se constata la importancia que tuvo el Lyceum en la vida de María: cuando le preguntan si hablan con ella en calidad de intelectual, embajadora o mujer de un hombre ilustre, María no duda en elegir que se refieran a ella como fundadora del Lyceum. Ha estado trabajando en él cinco años y afirma que seguirá haciéndolo en la distancia con el mismo amor. María había vivido en Londres a principios de los años veinte, cuando Baeza fue nombrado corresponsal del diario *El Sol*. En la capital inglesa entró en contacto con el Lyceum inglés y al descubrirlo soñó con hacer algo parecido en España, aunque menos elitista, en el que no fuese necesario tener una buena posición, sino que pudieran formar parte de él mujeres de todas las clases sociales. En su casa se celebraron algunas reuniones previas a la fundación del club, se ocupó de convocar a muchas de las fundadoras, de limar las diferencias entre ellas y de convencer a María de Maeztu para que las liderara. María Martos fue una pieza esencial en la fundación del Lyceum, donde volcó su convencimiento de que la educación y la cultura eran las herramientas más necesarias para la emancipación de las mujeres. Su carácter generoso y vital, preocupada siempre por los demás, la llevó a formar parte de muchas entidades implicadas con causas sociales, como la Asociación Auxiliar del Niño, la Liga Femenina Española por la Paz y la Libertad —surgida al amparo del Lyceum y liderada por las mismas liceístas que se implicaron en la gestión del club; su lema era «Prepárate en la paz para la paz»— o la Asociación Nacional de Mujeres Españolas.

Entre 1931 y 1933 vive en Chile; más tarde, en 1937, su marido es nombrado cónsul general de España en Sídney y la familia se muda a Australia, donde María se implicó mucho políticamente: dio

discursos en la radio a favor de la República, apoyó la causa con toda la propaganda que pudo y dirigió el Comité de Ayuda Española a la Victoria Aliada. A finales de 1938 el consulado es suprimido y la familia regresa. Baeza debe reincorporarse a su trabajo en el ministerio y su hijo ha sido llamado a filas; tras dos meses y medio en barco, llegan al puerto de Marsella y cuando padre e hijo están ya saliendo hacia Madrid les comunican cuál es la situación: Barcelona está a punto de caer y Madrid no tardará en hacerlo. La familia se establece unos meses en París y en 1940 se exilian definitivamente en Argentina. En sus años en Buenos Aires, María se emplea a fondo en ayudar a los exiliados que llegan e incluso en hacer las gestiones oportunas con la cancillería argentina en Francia para que algunas amigas suyas salgan de la zona ocupada o para arreglarles el visado y que salgan de Europa, como es el caso de Magda Donato. En Buenos Aires mantuvo estrecho contacto con Elena Fortún, María de Maeztu, Victorina Durán, Maruja Mallo, María Teresa León y cuantas amigas llegaron al país. En 1947 regresó a España con una triple herida: una enorme precariedad económica, que aligeró admitiendo huéspedes en su casa —allí se alojó una temporada su amiga Elena Fortún en su vuelta en 1948—; la enfermedad de su marido, que regresó en 1952 y murió cuatro años después, y un exilio interior que le pesará con honda intensidad. Qué cruel debió de ser para ella, una mujer que defendió la libertad y el derecho de las mujeres a formar parte de la vida pública, vivir bajo el yugo de la dictadura; qué gran tristeza debió de provocarle ver que todos los avances que habían conseguido en el Lyceum se habían esfumado; que tanto esfuerzo, tanto trabajo y tantos insultos soportados no habían servido de nada.

Además de ayudar a su marido en su labor de traductor —Baeza fue quien vertió al español a Wilde, Conrad, Dostoievski, Schwob,

Wells o D'Annunzio—, casi podríamos decir que el oficio de María Martos fue escribir cartas. Lo hizo durante toda su vida, convirtiéndose en el nexo que unía a tantas amigas y conocidas que estaban dispersas, pero esta labor fue particularmente intensa a partir de la guerra civil: María mantuvo una abundantísima correspondencia entre las exiliadas y las que permanecieron en España y se ocupó de mantener informadas a sus interlocutoras de cómo estaban las demás. «Como ves, no pierdo el contacto con todos vosotros y sería mucho más de disponer de algún tiempo y sobre todo de un cuartito propio», escribió a Pilar de Zubiaurre, lamentando no poder dedicarse aún más a interesarse por el resto de amigas. Nada más regresar a España reanudó el contacto con quienes se habían quedado en Madrid y se veían con mucha frecuencia; sobre todo, con su íntima amiga Carmen Baroja, a cuyas tertulias acudía dos veces por semana y con quien pasaba temporadas en Itzea, la casa de los Baroja en Vera de Bidasoa. En sus cartas, según avanza el tiempo, María informa de las pérdidas y lamenta con sus amigas las muertes de quienes no pudieron regresar a España. María se interesaba por todas y trataba de estar cerca de quienes podían necesitar alguna ayuda. El «grupo del Lyceum» está siempre presente en sus cartas con sus amigas al otro lado del océano; para ella, el Lyceum fue mucho más allá del Lyceum: las relaciones allí creadas fueron duraderas, mantuvo la amistad con muchas liceístas hasta el final de su larga vida y siguió viéndolas en los tés que organizaba cada domingo en su casa. Esas amistades y los libros que devoraba fueron su alimento intelectual y moral.

Una de las iniciativas en las que María Martos trabajó con tesón fue el homenaje a Elena Fortún, que cristalizaría en un monumento en el parque del Oeste erigido en 1957 por suscripción popular. La

idea surgió cuando estaban conmemorando el segundo aniversario de su muerte, y María formó parte de la comisión organizadora, se encargó de reunir a sus amigas del Lyceum y, según escribe a su amiga Pilar de Zubiaurre, de llevar el peso de las gestiones necesarias. En el monumento, entre las figuras de Celia y de Cuchifritín, que ofrecen una flor y un libro a la escritora, está grabada una leyenda hermosa: «Los niños españoles a Elena Fortún». Sería más hermoso aún que una placa nos contara que María trabajó con el tesón que siempre le ponía a todo para que el homenaje se hiciera realidad cinco años después de la muerte de su querida amiga: recordarla al pasear por el parque sería un modo de hacer justicia a esta valiosa pionera que no ha tenido la relevancia que hubiera merecido.

En la biblioteca también colaboró Elena Fortún, probablemente la fundadora del Lyceum a la que más influyó el club. Si para todas fue una obra importante donde volcaron su energía y su talento, a Encarnación Aragoneses —su nombre real— el Lyceum le cambió la vida y la convirtió en la escritora que fue. Ella es el mejor ejemplo de esa red de conocimiento, ayuda y fraternidad femenina de la que hablaba María de Maeztu cuando se fundó el club: gracias al apoyo y a los contactos que otras liceístas pusieron a su servicio, Encarna se convirtió en Elena.

Encarna nació en Madrid en 1888. A diferencia de otras liceístas, ella no venía de una buena familia; aunque en su infancia no vivió estrecheces, pues su padre, alabardero, fue mejorando de posición, tras su muerte la familia quedó en una situación poco favorecida. Fue a la escuela hasta los doce años, y, por supuesto, en su caso no hubo formación en música o idiomas: no era una señorita de la alta sociedad. Encarna se casó a los veintiún años con Eusebio de

Gorbea, primo segundo suyo, un poco por la inercia social —el matrimonio era el destino natural para una chica de su edad— y un poco por la presión de su madre. Eusebio, depresivo y ciclotímico, era militar y pretendía ser escritor: colaboraba en prensa, escribía teatro y tenía proyectada una ambiciosa serie de novelas dedicadas a la historia de ciudades españolas. La primera —y única que publicó — de la serie, titulada *Magerit*, llevaba como subtítulo *Los mil años de Elena Fortún* y de ella tomaría Encarna su nombre artístico; es significativo, porque la protagonista de la novela es un personaje similar al Orlando que Virginia Woolf crearía seis años más tarde, una mujer que cambia su sexo a lo largo de la historia, y Encarna escondió su homosexualidad toda su vida: a pesar de pertenecer al mismo círculo sáfico que Victorina Durán o Victoria Kent, ellas vivieron su lesbianismo de un modo más abierto, mientras que Encarna lo ocultó y lo vivió con culpa. Años más tarde, al final de su vida, escribiría a Carmen Laforet: «¡Qué bien eso de que hay que podarnos! Yo no lo he sabido y he dejado crecer ese árbol de deseos cuanto ha querido. Algunas de sus ramas han dado frutos venenosos. ¡Bien lo he pagado!».

Mientras su marido se movía por España y África en sus destinos militares, Encarna se quedaba en Madrid y llevaba todas las mañanas a sus hijos Luis y Bolín al parque del Retiro. Aunque ella no lo sabía, su mente de escritora ya estaba trabajando en ese momento: gran observadora de lo que ocurría a su alrededor y encandilada siempre con los niños, a Encarna le encantaba escuchar a los pequeños que jugaban en el parque y anotaba en cuadernitos aquellas conversaciones que tanto la divertían. Esa naturalidad en el habla, ese acierto en retratar el modo de expresarse de sus personajes infantiles serían más adelante una de las claves de su éxito.

En 1920 llegó la primera tragedia de la vida de Encarna: la muerte de su hijo pequeño, Bolín, con solo diez años, que la sumió en una tristeza que no se sacudiría nunca. A eso se sumaron varias recaídas de su marido, siempre sumido en el pozo de la depresión. Hasta dos años más tarde no empezaría a ver algo de luz: concedieron a Eusebio el destino en Tenerife que había solicitado y esta vez Encarna no se quedó en Madrid, sino que fue con él. En la isla vivían Eduardo y Mercedes, grandes amigos del matrimonio, y los dos años que pasaron allí fueron providenciales para ella: por un lado, sus amigos le consiguieron una pequeña colaboración en un periódico local, donde empezó a ejercitarse en el periodismo y la escritura; por otro, la hija pequeña de la pareja, Florinda, le inspiró su maravilloso personaje de Celia y su hermano Félix el de Cuchifritín.

A su regreso a Madrid, Encarna necesitaba sentirse útil y se implicó con la Asociación de Mujeres Amigas de los Ciegos, donde aprendió braille, y con la sociedad teosófica —Encarna siempre estuvo muy interesada en el ocultismo y la espiritualidad—. Cuando en 1926 se funda el Lyceum, algunas amigas que había conocido en las tertulias que organizaba su marido en su casa de la calle Ponzano años atrás, como María Lejárraga, María Martos y María Rodrigo, están participando en su puesta en marcha. Encarna enseguida se suma, y eso, a primera vista algo sin demasiada importancia, resultó ser un hecho fundamental en su vida. En el Lyceum encontró apoyo y red, un lugar donde saciar sus ansias de saber, donde sentirse entendida, donde refugiarse de las continuas recaídas de su marido; allí encontró amigas que la apoyaron y la alentaron: fue María Lejárraga quien en 1928 le quitó de la cabeza que pidiera trabajo en Electrolux para vender aspiradoras, como iba a hacer, y la empujó a escribir de forma profesional; en cuanto leyó los cuadernos que Encarna había llenado en el Retiro, Lejárraga la

convenció de que eso era material literario de calidad y la puso en contacto con Torcuato Luca de Tena, director de *ABC*, para que publicara sus cuentos en el suplemento infantil, *Gente Menuda*. María Lejárraga no solo le consiguió esa colaboración que pronto daría paso a la creación de Celia: convenció a Encarna de que tenía talento y la hizo creer en sí misma.

Encarna siempre sintió el peso de no haber estudiado y en cuanto entró en contacto con el Lyceum y la Residencia de Señoritas se propuso remediarlo. En la Residencia se matriculó en los cursos de Biblioteconomía y puso en práctica lo aprendido en la biblioteca circulante que el Lyceum llevó a la Casa de los Niños los domingos, donde, además de acercar los libros a los pequeños, un grupo de narradoras hacían «La hora del cuento». Encarna, que abandonó tan pronto la escuela, demostró tener un talento natural y acabó impartiendo una asignatura en los cursos de la Residencia sobre las técnicas de la narración infantil.

Mientras tanto, de sus colaboraciones en *Gente Menuda* había nacido ese personaje inolvidable que hablaba a los niños en primera persona y les contaba sus confidencias y aventuras. Celia nació en 1928 y fue creciendo en popularidad; cuando la editorial Aguilar decidió reunir esas historietas dominicales en libros, Elena Fortún se convirtió en un fenómeno que no paraba de firmar ejemplares en la Feria del Libro y a quien los niños le preguntaban por su personaje como si fuera una amiga que existiera de verdad. Así de creíble era Celia, que hablaba como sus lectores y hacía las mismas cosas que ellos. Ese éxito, que debía ser fuente de alegría, también le trajo disgustos: su marido no llevó demasiado bien que ella triunfara mientras él, que siempre había tenido el propósito de ser escritor, no era reconocido, y sus celos no se lo pusieron nada fácil. Según cuenta Inés Field, su amiga y amor durante los años que vivió en

Argentina, Encarna tenía que encerrarse en el baño para escribir porque su marido llegó a prohibirle que lo hiciera.

Al final de la guerra civil se exilió en Buenos Aires, donde trabajó en el Registro Civil y en una biblioteca pública dirigida por Borges, y también siguió colaborando en prensa y escribiendo; Celia crecía, y Encarna recogía en sus libros la evolución de la pequeña, que había empezado en *Celia, lo que dice* con siete años y, en la última entrega, *Celia se casa*, ronda los veinte. A lo largo de la serie, Celia se hace mayor, pierde a su madre y se hace cargo de sus hermanos, sufre la guerra civil —*Celia en la revolución* es uno de los grandes libros sobre la guerra y no fue publicado en España hasta 1987—, se exilia en Argentina, quiere ser escritora y acaba casándose y, con ello, perdiendo su voz, ya que en ese último libro la narradora ya no es Celia, sino su hermana Mila. Cuántos rasgos de su propia vida volcó Encarna en Celia; cuántas cosas quiso decirnos disfrazadas en esa ingenuidad infantil que todo lo hacía fresco e inofensivo.

Encarna volvió a España en 1948 con la intención de arreglar los papeles para que su marido pudiera regresar también; pero unos pocos días después de su llegada, Eusebio se quitaba la vida en su casa de Buenos Aires. Fue Victorina Durán quien lo encontró y tuvo que pasar el mal trago de dar la noticia a su amiga. Con su hijo Luis en Estados Unidos, Encarna se quedaba sola y acabó su vida en una residencia, con la única compañía de las cartas de tantas amigas que la querían.

La secretaria del Lyceum y la presidenta de la sección internacional, encargada de las relaciones con la casa madre de Londres y el resto de clubes repartidos por el mundo, fue Zenobia Camprubí. Durante décadas, su nombre permaneció a la sombra de Juan Ramón Jiménez, como si su vida hubiese existido solo en

función del poeta. Pero aquella sombra contenía su propia luz. Zenobia no fue un reflejo, sino una presencia distinta: más silenciosa, más serena, más consciente del papel que eligió ocupar. Mientras él buscaba la pureza absoluta de la palabra, ella vivía para sostener el equilibrio con una inteligencia práctica asombrosa. Su vida, extendida entre España, Puerto Rico y Estados Unidos, entre la conservadora tradición europea y el impulso regenerador del Nuevo Mundo, dibuja la figura de una mujer moderna antes de que la modernidad fuese un atributo reconocible.

Nació en Malgrat de Mar en 1887, hija de Raimundo Camprubí, ingeniero catalán, y de Isabel Aymar, puertorriqueña de ascendencia estadounidense. Desde niña vivió entre lenguas, paisajes y costumbres que marcaron su mirada cosmopolita. Al olor de los magnolios aprendió de su madre a no hacer nada sin pensar, una máxima que regirá su existencia. A los diecisiete años se trasladó con su madre y su hermano a Nueva York. Allí completó su formación en instituciones norteamericanas, donde asimiló la eficacia práctica, el sentido del tiempo y la idea de que la utilidad era una virtud. En sus diarios de juventud dejó escrito: «Estoy tan encantada y tan entusiasmada con todo, que no creo que haya una persona que disfrute la vida más que yo». La frase, lejos de la frivolidad, expresa su descubrimiento de la autonomía y de la posibilidad de pensar por sí misma: el hallazgo que fue para ella aprender a vivir con libertad. Aquella educación cosmopolita moldeó su temperamento racional, tan alejado de la exaltación sentimental que caracterizaría al hombre con quien compartiría su destino.

Ya de vuelta en Madrid, una tarde de 1913, en la Residencia de Estudiantes, conoció a Juan Ramón Jiménez. Él era un poeta introspectivo y frágil; ella, una joven culta, alegre, dueña de un sentido práctico que lo fascinó. Pero antes lo había fascinado su risa:

primero al oírla a través de la pared de la pensión Arizpe de la calle Villanueva, donde el poeta se desesperaba por el ruido de sus vecinos, que no lo dejaban trabajar. Hasta que la oyó reír. «Con ruido no veo», escribió Juan Ramón, pero la risa de Zenobia no era ruido para él, no le impedía ver la promesa del amor. Después se volvieron a encontrar en la Colina de los Chopos, en una conferencia de Cossío. Zenobia, por su parte, percibió en él una inteligencia vulnerable y un alma que necesitaba ser acompañada. En sus diarios escribe que la tristeza del poeta despierta su energía y quiere ayudarle a ver el sol cada mañana. La frase encierra un principio que la acompañará a lo largo de su vida: estar ahí para él sin dejar de ser ella, acompañar sin renunciar a la propia luz.

Juan Ramón la cortejó hasta conquistarla, a pesar de que a ella le había parecido alguien «de otra especie» y de la oposición frontal de sus padres, que conocen los problemas nerviosos del poeta. Jiménez perseveró, recurrió a amigos y conocidos comunes: les debió de dar mucho la lata, porque algunas liceístas amigas de Zenobia recuerdan en sus cartas lo mucho que insistía en que le prepararan citas o lo avisaran cuando fuera a estar ella en sus reuniones. Se casaron en Nueva York en 1916.

Aunque desde muy joven tradujo textos y nunca dejó de publicar artículos en revistas americanas, Zenobia renunció a tener una obra propia. Decidió que su obra sería Juan Ramón. Al casarse, Zenobia, que ya era traductora de Rabindranath Tagore, se convirtió también en traductora y mediadora de su marido: lo acompañó en la tarea de dar a la poesía un alcance universal, y lo hizo todo para que su marido destacase como el gran poeta que fue: le procuró el ambiente necesario para que escribiera; mecanografió sus poemas y recopiló los dispersos, una tarea laboriosa, pues los publicaba en revistas que a veces solo tiraban uno o dos números; trató con las

editoriales, gestionó los cobros... Se ocupó de cualquier aspecto práctico de la vida —sobre todo, de llevar el dinero a casa— e incluso fue ella quien años más tarde impulsó que la Universidad de Maryland presentara su candidatura al Premio Nobel y preparó la documentación necesaria. En 1917, un año después de casarse, escribe en su diario que le gusta ser su ayudante, pero no su sombra. Ese matiz —ayudar sin desaparecer— define su posición en una relación donde el genio y la fragilidad masculina habrían podido anular a cualquier otra mujer.

Zenobia fue una mujer de gran iniciativa: con apenas veinte años montó un negocio de exportación de artesanía; más tarde abrió una tienda llamada Arte Popular Español con su amiga y liceísta Inés Muñoz; emprendió otro negocio de alquiler de pisos; decoró los primeros paradores nacionales; impartió clases en universidades americanas... Gracias a su pragmatismo y a los fondos que heredó, el matrimonio siempre tuvo ingresos y Juan Ramón pudo dedicarse a escribir. También se implicó con causas que consideraba importantes, como instituciones que protegían la infancia —acogió a un grupo de niñas huérfanas gestionado por Pilar de Zubiaurre en su casa al principio de la guerra— y asociaciones de mujeres, colaboró con la Junta para Ampliación de Estudios, y desde el principio, desde que Victoria Kent le contó la idea y María Martos la convocó a las primeras reuniones en su casa, Zenobia se implicó en el Lyceum Club. Su feminismo era práctico, ajeno a la retórica, alejado del manifiesto y la proclama y cercano a la coherencia y los hechos: «No hay libertad sin trabajo», escribió en 1924. Esa convicción, tan moderna, la situó junto al resto de fundadoras del club en la pretensión de mejorar la vida del país y de las mujeres.

La guerra civil truncó aquella plenitud. En 1936, el matrimonio abandonó Madrid, primero hacia Cuba y luego a Estados Unidos. En

el *Diario de Cuba* se advierte el tono sobrio del exilio: listas de tareas, anotaciones de salud, fragmentos de cansancio. «He tenido que aprender a no quejarme —escribe en 1938—, porque cada día trae bastante trabajo y eso basta para sostenerme.» No hay heroísmo impostado en esas líneas, sino pura resistencia. Zenobia tuvo que sobrellevar la debilidad física y mental de su marido como un peso que hay que cargar en la vida, como si se tratara de un padre enfermo o de un hijo eternamente pequeño. Algunas anotaciones en su diario muestran esta zozobra —«A J. R. no se le puede dejar solo en absoluto. ¡Él es queridísimo aunque me vuelva loca!»—, sobre todo al final de su vida, pero también muestran el enorme amor que sentía por él, un hombre triste y depresivo, enfermizo, egoísta, solo centrado en sí mismo y todo el tiempo convencido de que se estaba muriendo. Sus neurastenias aumentaron con el tiempo y el exilio; enfermar era casi una ocupación para él. Mientras Juan Ramón se encerraba en su melancolía, Zenobia sostenía el hogar, las gestiones, las traducciones, las relaciones con editores y amigos. Lo sostenía a él.

En Puerto Rico, donde se establecieron en 1951, su salud, maltrecha desde hacía tiempo, empeoró. El cáncer avanzaba, pero ella continuaba volcada en Juan Ramón. En una de las últimas anotaciones que escribe en su diario, fechada en octubre de 1956, confiesa: «A veces creo que no me queda fuerza, pero aún me queda deber». Es la frase de una conciencia que no se rinde, incluso ante el límite. Pocos días después moría en San Juan, mientras Juan Ramón, devastado, repetía que era ella quien merecía el Premio Nobel que acababa de recibir.

Tras la muerte de Zenobia, María Teresa León escribió: «Zenobia Camprubí acababa de recibir el Premio Nobel. Me diréis: No, estás confundida, el Premio Nobel fue para Juan Ramón. Pero yo

contestaré: ¿Y sin Zenobia, hubiera habido premio? Y abriría una interrogación grande como sus vidas». Es seguro que Juan Ramón Jiménez no habría sido la figura consagrada que es sin ella a su lado. No sabemos qué hubiera sido Zenobia si hubiera volado libre. Tras su muerte, la historia la redujo a la figura de «la esposa del poeta», una etiqueta que, poco a poco, se va rectificando con justicia. Zenobia fue una intelectual republicana, una traductora excepcional, una gran gestora cultural, una empresaria atrevida. Una mujer adelantada a su tiempo.

Dejémoslas en ridículo

Teresa de Escoriaza había apuntado en uno de sus artículos contra el club que la idea del Lyceum y su nombre en inglés eran idea de Ramiro de Maeztu, el hermano de María. También se dijo que en sus salones, las liceístas se limitarían a reproducir lo que habían escuchado decir en casa a sus maridos. La acusación de no pensar por sí mismas, de no ser capaces de tener una opinión formada sobre las cosas y de requerir a su lado la presencia constante de un varón fue un argumento de ataque recurrente.

Esa misma tesis la adoptó el escritor José Díaz Fernández, autor que se haría célebre por *El blocao*, sobre la guerra del Rif, o por *Octubre rojo en Asturias*, su crónica de los acontecimientos sobre los sucesos revolucionarios en 1934. En su novela *La Venus mecánica*, el club femenino trasunto del Lyceum es insoportable y está lleno de loros, y no se refiere solo a que hay muchas viejas, porque también van chicas jóvenes, sino a que son charlatanas y no hablan de lo que correspondería —de vestidos—, sino de otras cosas. En el club las mujeres se esfuerzan en demostrar que no necesitan del otro sexo, sino que prefieren el trato entre ellas; solas lo pasan muy bien

y disfrutan de su tiempo libre tumbándose en los divanes despreocupadamente, fumando egipcios e inventando fiestas artísticas para que acudan los hombres, pues a esos actos sí les dejan entrar.

Díaz Fernández reproduce en la novela la tesis que las sitúa como maridas, pues dice que casi todas las asociadas eran esposas, madres o hijas de intelectuales, y por tanto, lejos de tener opinión propia, llevaban al club la opinión del hombre de la casa, ya fuera marido, padre o hijo, y las defendían «aún con más encono y mayor agresividad». También lanza otra acusación velada Díaz Fernández, y es que dice que algunas de las socias no pisan el salón de té cuando hay un hombre, pero eso no es porque los odien, sino porque tienen un cariño demasiado intenso «por las jovencitas, a las que atraían vorazmente a los rincones más íntimos y silenciosos». Lo cierto es que estaban tardando mucho en insinuar que las socias del Lyceum eran lesbianas, pero no podía faltar quien lo hiciera.

En el club de *La Venus mecánica*, el protagonista se encuentra con una poeta y nadadora —aquí el trasunto de Concha Méndez se llama Gloria Martínez y es, como ella, campeona de natación— que relata sus triunfos deportivos en San Sebastián, donde nadó durante más de tres horas, mientras presume de bíceps, y continúa: «Yo para escribir necesito hacer mucho deporte. A veces, en la piscina se me ocurre un poema. Salgo del agua y me pongo a escribir desnuda».

Con ellos está Maruja Montes, pintora, una muchacha que al protagonista le parece la única mujer realmente inteligente del club y que reniega de los clásicos, de los que dice que solo le interesan para olvidarlos; el trasunto de Maruja Mallo reivindica un arte moderno que mire al futuro, califica a la poeta nadadora como «burguesa sin espíritu empeñada en tener talento» y reniega del

esnobismo, «internacional del ocio ilustrado», mientras se lamenta de que son quienes tienen el dinero y el poder.

Aún habrá más ataques con el paso del tiempo. El más importante vendrá de Ernesto Giménez Caballero, fundador y director de *La Gaceta Literaria*. Gecé —«gran falange y mayor majadero», lo llama Carmen Baroja— había intentado con insistencia ofrecer una conferencia en el club, y parece ser que le habían dado largas hasta que, finalmente, consiguió que lo invitaran para hablar de la formación del artista moderno («Eoántropo», la tituló, y anunció que habría proyecciones, algo que en esa época suponía un avance técnico nada frecuente).

Hasta ese momento, su revista, bandera de las vanguardias, daba cuenta de los actos literarios y artísticos celebrados en el Lyceum, algunas de las liceístas colaboraban en ella —escribieron artículos María Luisa Navarro o Carmen Baroja— y el club era lugar de inscripción de suscriptores. Incluso con motivo del recital poético que ofreció otro colaborador de la revista, Antonio de Obregón, escribían: «Nuestra sincera adhesión al Lyceum, que organiza estos actos de selección, a los que —como en esta vez— asisten las más destacadas personalidades de la joven literatura».

Pero algo, en algún momento, se torció. Aún volvió Giménez Caballero a dictar otra charla en el club dos años más tarde, esta vez inaugurando un «Ciclo romántico de conferencias» y ahí fue donde debió de surgir el desencuentro. Su disertación se tituló «Cultos románticos de la mujer española: San José», pero se queja el periodista del «excesivo temor de las damas al título de su conferencia, que han cercenado por la mitad, pues llevaba el complemento de "o el amor libre", y "para mujeres solas"». La conferencia debió de ser polémica, Giménez Caballero se las arregló

para enlazar el culto a san José con temas escandalosos en la época, como la menstruación y el coito, y aunque trató de dar un tono erudito, acabó siendo tan provocador como solía serlo y se ofreció, junto a sus amigos, a las asociadas que quisieran practicar el amor libre.

Carmen Baroja recuerda que, después de la charla, las socias le reprocharon «su pesadez y creo que hasta algo de incorrección». Ernestina de Champourcin lo recuerda como un acto explosivo y grosero, que provocó gran escándalo en la junta y la indignación de las asociadas contra la sección de Literatura. Tal vez por eso, o tal vez por el signo republicano de algunas de las liceístas, mientras que Giménez Caballero, que fue uno de los primeros ideólogos del fascismo en España, se escoraba hacia el extremo contrario, el periodista cambió sus simpatías y sinceras adhesiones por la sátira y el ridículo al club.

Un año más tarde, a finales de 1931, Giménez Caballero publica un folletín por entregas donde parodia al Lyceum con mucha mala leche. Iban a ser cuatro, pero la revista cerró y quedó la última sin publicar. Parece un acto de justicia poética.

El número en el que apareció la primera entrega estaba redactado íntegramente por Ernesto Giménez Caballero, dieciséis páginas de contenido firmadas por él. Tal vez tenía que rellenar espacio y se le ocurrió esta chanza, o tal vez era algo que tenía largamente guardado y encontró entonces el momento oportuno para sacarlo. Tituló esa primera entrega *La feminidad en mi República*, pero las siguientes las encabezó como *Las mujeres de Cogul*, pues es la historia de las habitantes de una península imaginaria la que cuenta en el folletín. Estas mujeres viven en un sistema patriarcal donde cada hombre es propietario de una mujer, y ella le debe a él, y solo a él, sumisión, siguiendo una ley llamada «honra». Como los

hombres de Cogul —«apuestos, heroicos y convincentes»— son guerreros y tienen que abandonar sus casas durante largas temporadas para defender la península del invasor, inventan una clase social intermedia llamada «sacerdotal» formada por un grupo de hombres abnegados que juren castidad y así puedan vigilar a las mujeres y ofrecerles consuelo espiritual; puesto que están en el punto medio entre el hombre y la mujer, llevarán faldas. Era un patriarcado idílico en el que las mujeres viven felices. Los hombres que no son propietarios de ninguna mujer pasan a ser llamados genéricamente «don Juan», y los sacerdotes deben mantenerlos a raya, pues son masculinos y carnales.

Pero a la península llega una náufraga que procede de la isla de Kent —«alta, esbelta, severa, tenía una cejijuntez extraña, un aire taciturno y, a la vez, atractivo»—, a quien meten en la cárcel por si es peligrosa, pero la liberan al ver que en prisión lo único que hace es leer los libros que en Cogul solo leían los sacerdotes y los juristas.

La náufraga de Kent se gana la confianza de las mujeres de Cogul, que con gran curiosidad le preguntan qué decían aquellos libros. Y ella, siguiendo las costumbres del lugar de donde procedía, les propone fundar «un local de señoras solas que no sería ni convento ni casa de prostitución, sino una especie de locutorio» presidido por ella al que llamarían, en el idioma de su país, Lyceum.

Y cuenta aquí Gecé cómo la náufraga sabe ganarse a gran parte de la sociedad insistiendo en que en el club se cumpliría a rajatabla con la honra, colgando un cartel en la puerta advirtiendo que estaba prohibido hablar de política y recordando que se debía respetar la religión. Las mujeres de Cogul que la siguen convencen a sus maridos de las bondades del lugar, y los ganan para la causa.

A partir de ahí, el periodista presenta a las mujeres que siguen a la náufraga de Kent: Zenobia —una mujer hermosa que, pretendida

por muchos, eligió a un poeta con mirada de nazareno—, Amalia —de temple guerrero, que defiende su casa como una leona mientras su marido está siempre enfermo—, María Luisa —que se multiplica en hijos, obras e intervenciones sociales—, Pilar —de trato áspero y enamorada de su único hijo—, Carmen —de tipo valquírico, de tono enérgico y enjuto—, Matilde —jurisperita, mujer que no ha terminado de ecuacionar el código con el corazón—, Concha —que con apariencia de chica burguesa, modosa y buenísima, es un torpedo, que hace gimnasia y lee versos, y que es una monja alférez casta y guerrillera que recorre el mundo—, Ernestina —con una irredención mansa, un alma lírica que se escapa por la tubería del verso como el humo por la chimenea de un cigarrillo—, o Clara, que habla muy bien en público.

No es difícil saber a quién se refiere Gecé: ni siquiera les cambia los nombres. Parodia la revolución que supone la llegada de Kent a este lugar donde todo transcurría de un modo tan plácido, donde las mujeres no se cuestionaban si el orden establecido era el correcto, sino que se limitaban solo a cumplirlo.

No se sabe qué final quería darles a estas osadas mujeres Giménez Caballero, pero presumo que no sería muy feliz.

La mujer de Ernesto Giménez Caballero, Edith Sironi, era socia del Lyceum.

También la periodista Josefina Carabias publicó un artículo sobre el club con un tono lleno de sorna, una página completa en la revista *Crónica* donde relata en clave de ficción la alegría de una asociada cuando vuelve a sus salones después de la pausa veraniega. Lo primero que hace la señora de R., pues así se llama, nada más llegar a Madrid y dar las órdenes necesarias para que la casa funcione, es tomar un taxi para ir al Lyceum. Ahí Carabias ya deja la primera

pulla: si ha dado órdenes es que tiene servicio y, por tanto, es de una clase acomodada. Y ha tomado un taxi: una burguesa. Continúa Carabias contando cómo ha cambiado la vida de esta señora desde que conoció el club: antes llevaba una vida lánguida y aburrida, con un marido dedicado a sus negocios que no le hacía caso y unos niños ya crecidos. No sabía qué hacer, y las mujeres en su situación optaban por hacerse beatas o echarse un amante. Pero por fortuna para la señora de R., una amiga le habló del Lyceum y allí conoció a otras mujeres interesantes, esposas de hombres interesantes.

Con una finísima ironía, Carabias escribe que, al conocer el club, la señora de R. descubrió que su verdadero camino era el intelectualismo y se hizo intelectual en tres meses. Y que, después de conocer a sus nuevas amistades y a sus brillantes maridos, cada día encontraba a su marido más aburrido, más vulgar. La señora de R., acaba, ha sido feliz en su veraneo presumiendo de sus nuevas relaciones ante otras mujeres tan grises como era ella antes de conocer el Lyceum.

El artículo, publicado en 1934 en la revista *Crónica*, es una muestra de las susceptibilidades que seguía arrastrando el club por la condición acomodada de sus asociadas; Carabias, por entonces una joven periodista que había empezado a trabajar tres años antes, retrata a su protagonista con todos los prejuicios de clase que habían despertado el recelo de una parte de la sociedad.

8

UN TIEMPO DE CAMBIOS Y CONQUISTAS

Muchas transformaciones en diez años

> Especialmente cuando voy al Lyceum, aquello se me viene encima. El día 4 hemos celebrado el aniversario de la Fundación: seis años. ¡¡Qué seis años de vida intensa ha vivido España en este tiempo!! Con qué ilusión fundamos esa obra para contribuir al despertar de la mujer española– sin sospechar que estaba tan cerca este movimiento que a todos nos ha unido... y separado.
>
> Carta de María de Maeztu a María Martos,
> *8 de noviembre de 1932*

En su corta vida, el Lyceum vivió momentos de profundos cambios sociales y políticos. Nació durante una dictadura y murió al estallar una guerra que desembocaría en otra dictadura; en ese tiempo, entre 1926 y 1936, España atravesó uno de los periodos más intensos y decisivos de su historia contemporánea. En apenas una década, el país pasó de la inmovilidad autoritaria de la dictadura de Primo de Rivera a la efervescencia política y social de la Segunda República, para precipitarse finalmente en el abismo de la guerra civil. Fue un tiempo de transformaciones de gran calado, de tensiones acumuladas y de constantes contradicciones entre la modernización y la tradición, entre la libertad y el orden.

En 1926, amparada por la monarquía de Alfonso XIII, la dictadura de Miguel Primo de Rivera sustentaba su política en la censura, la represión de la disidencia y la exaltación de un nacionalismo paternalista. El país experimentaba algunos avances materiales —infraestructuras, obras públicas, cierta modernización administrativa

—, pero a cambio tuvo que pagar un precio alto: la suspensión de las libertades políticas y la anulación del parlamentarismo. Bajo esa fachada de progreso técnico, la vida pública española, en apariencia estable, estaba sometida a un rígido control y a una gran desigualdad.

En 1930, debilitado por la crisis económica mundial, que también azotó a España, y por el descontento general, Primo de Rivera dimitió y se exilió. La monarquía intentó sostenerse con una transición moderada, pero carecía ya de legitimidad: se instauró la «dictablanda» del general Berenguer, pero el desgaste del sistema era ya irreversible y la corona había perdido el apoyo de la opinión pública y del propio ejército. El Pacto de San Sebastián, firmado por republicanos, socialistas y nacionalistas, preparó el terreno para un cambio de régimen: fue el punto de convergencia de la oposición democrática y el preludio de la transformación política que llevaría a España del viejo régimen monárquico y dictatorial a una nueva etapa de libertad y modernización. En abril de 1931, tras las elecciones municipales, la victoria de las candidaturas republicanas en las grandes ciudades marcó el fin del reinado de Alfonso XIII y el nacimiento de la Segunda República.

La Constitución de 1931 proclamó la soberanía popular, la separación de la Iglesia y el Estado, el sufragio universal —que por fin incluía el voto femenino, un hito en la historia de los derechos de las mujeres— y un ambicioso programa de reformas educativas, sociales y territoriales. Fue un intento serio de modernizar España y de integrar en la vida política a sectores hasta entonces excluidos. Sin embargo, el entusiasmo inicial convivió desde el principio con resistencias poderosas. Las reformas agraria, militar y religiosa despertaron la hostilidad de los terratenientes, del clero y de gran

parte del ejército, mientras la izquierda más radical reclamaba medidas más profundas y urgentes.

La alternancia política acentuó la polarización. Las elecciones de 1933 dieron la victoria a la CEDA y al Partido Radical, inaugurando el llamado «bienio conservador». Durante este periodo se frenaron las reformas, se reprimieron las movilizaciones obreras y se reinstauraron viejos privilegios. La Revolución de Asturias en 1934, duramente sofocada, mostró hasta qué punto el país estaba escindido entre dos proyectos irreconciliables: el reformista y el reaccionario. Las posiciones se endurecieron, y el diálogo político se transformó en enfrentamiento ideológico.

El triunfo del Frente Popular en febrero de 1936 pareció devolver la esperanza a los sectores progresistas. La amnistía de los presos políticos, la reapertura de instituciones suprimidas y la recuperación de las reformas del primer bienio anunciaban un nuevo impulso democrático. Sin embargo, la violencia callejera, los atentados y las conspiraciones militares fueron aumentando hasta desembocar en el golpe de Estado de julio de 1936, que derivó en la guerra civil.

La década que comenzó bajo el signo del orden autoritario terminó envuelta en el caos de la confrontación. España había recorrido, en apenas diez años, un proceso de modernización política y social tan acelerado como conflictivo. El intento republicano de conciliar libertad, justicia social y democracia fue, a la vez, su mayor logro y su tragedia: nació con vocación de futuro, pero en un país que todavía no había resuelto los fantasmas de su pasado.

El Lyceum no podía mantenerse al margen de todos estos acontecimientos que, cada poco tiempo, provocaban profundos cambios en el país. Entre 1926 y 1931, las diferencias ideológicas en el seno del club fueron haciéndose más grandes. Aunque uno de sus principios esenciales era que pudieran convivir distintas ideas y que,

lejos de separarlas, esas diferencias sirvieran de estímulo, el delicado equilibrio que se mantenía entre las distintas posiciones —progresistas y conservadoras, monárquicas y republicanas, católicas y laicas— empezó a tambalearse. Y algunos acontecimientos aumentaron este clima inestable entre las liceístas que pensaban diferente.

Victoria sube al estrado

Las mujeres del Lyceum fueron pioneras en muchas cosas. Entre ellas, en actuar ante un tribunal militar en un consejo de guerra. Debió de ser muy impactante ver aparecer a Victoria Kent el 20 de marzo de 1931 entre un plantel de abogados importantes en la sala donde el Consejo Supremo de Guerra y Marina iba a juzgar por rebelión contra el Gobierno a los líderes de los principales partidos republicanos. Imagino las caras de los jueces, entre el asombro y el fastidio, ante la provocación de uno de los acusados, que ha elegido a una mujer para defenderlo en un juicio en el que están puestos todos los ojos del país.

Una mujer defendiendo la libertad de un hombre.

Pero ¿qué llevó a Victoria Kent hasta allí? Todo empezó en diciembre de 1930, en un lugar del Pirineo aragonés.

A Jaca, una ciudad que por entonces tendría unos siete mil habitantes, había llegado seis meses atrás el capitán Fermín Galán. Ferviente antimonárquico, Galán había conseguido que lo nombraran delegado en Aragón del comité revolucionario surgido del Pacto de San Sebastián, donde una amplia mayoría de partidos republicanos se habían conjurado para acabar con la monarquía. El comité se encargaba de coordinar una sublevación que se alzaría en distintos puntos de España y, después de muchos vaivenes, de muchos

atrasos y cambios de fecha, la había fijado para el 12 de diciembre de 1930. Pero a última hora, el comité vuelve a hacer un cambio, toma la decisión de retrasarla una vez más y la pospone tres días, hasta el día 15. Desde Madrid salen emisarios hacia los distintos puntos de España donde se gesta la sublevación: a Burgos, Sevilla, Vizcaya, Galicia y Asturias, y también a Jaca. Dos de ellos viajan hasta el Pirineo aragonés para comunicar el cambio a Galán, que está nervioso e impaciente porque sabe que se anuncian grandes nieves y será imposible cualquier acción. Llegan a Jaca la noche del día 11, pero ya es tarde, es de madrugada, y deciden esperar a la mañana siguiente para hablar con el capitán, confiados en que no actuará sin esperar una última orden. Pero Galán, enterado de que el Gobierno conoce sus planes y temeroso de que todo se quede en agua de borrajas, sin saber aún que los dos emisarios duermen en un hotel cercano al suyo y que le van a comunicar que debe esperar, sin saber que en otros puntos de España aguardarán hasta el día 15, decide actuar. Hacerlo de una vez. No esperar más órdenes. A las seis de la mañana ya está Galán marchando con los militares a sus órdenes hacia el ayuntamiento de Jaca. Tras colgar la bandera tricolor y proclamar la Republica, se dirigen hacia Huesca. Antes de llegar a la ciudad, la sublevación es sofocada y Fermín Galán es apresado; con él detienen a Ángel García Hernández, que antes de la acción se había pronunciado abiertamente contra la monarquía. Los dos militares fueron fusilados al día siguiente, sin esperar, sin importar que fuera domingo, tras un consejo de guerra de carácter sumarísimo.

Pero detrás de los dos militares estaban los ideólogos de la sublevación, ese comité revolucionario que suponía un Gobierno en la sombra y que habían firmado un manifiesto, listo para ser publicado al mismo tiempo que la sublevación, donde se proclaman

Gobierno provisional. Álvaro de Albornoz es uno de los firmantes de este manifiesto junto a nombres como Niceto Alcalá Zamora, Miguel Maura, Fernando de los Ríos, Francisco Largo Caballero o Santiago Casares Quiroga, que serán detenidos, conducidos a la cárcel Modelo y recluidos a la espera de un juicio que se celebrará en marzo, acusados de delito de conspiración e incitación a la rebelión. El fiscal togado solicitó para ellos severas condenas: anunció que pediría para Alcalá Zamora, considerado el jefe más destacado de la sublevación, la pena inmediatamente inferior a la de muerte; para el resto, la inmediatamente inferior a reclusión perpetua. Al final, cuando empieza el juicio, lo que solicita el fiscal es quince años de cárcel para el primero y doce para los demás.

Álvaro de Albornoz encargó su defensa a Victoria Kent. Que una mujer defendiera la libertad de un hombre era inaudito y la prensa se ocupa de contarlo: escuchar a la abogada atrae un superlativo interés. Para entonces, Kent llevaba cinco años ejerciendo la abogacía; no es de extrañar que empiece su defensa afirmando que en esa primera vez que interviene ante un tribunal de tal naturaleza no puede ocultar la preocupación y el sentimiento de responsabilidad. No es para menos.

Imagino el ejercicio de autocontrol de Victoria, sabiéndose observada no solo por su actuación como jurista, sino por su condición de mujer. Sabiendo que sus palabras pesan menos que las de sus compañeros, que serán recibidas con mayor seriedad. Segura de que entre los miembros del tribunal habrá quien piense, si no son todos, que una mujer no debe ocupar el lugar que ella ocupa. Los periódicos que hacen la crónica del juicio destacan que su defensa está llena de doctrina jurídica, política y filosófica.

A la vez que procesan a los responsables políticos, en Jaca se está juzgando a los detenidos por la rebelión y el fiscal solicita la pena de

muerte para cinco de los sublevados y cadena perpetua para más de sesenta. En todas partes, en todos los estamentos, surgen voces que piden la amnistía o, si no la conceden, la mayor clemencia posible. Desde organizaciones obreras a eclesiásticas, desde las autoridades de Jaca a los comerciantes y empresarios de la comarca: son muchos los que envían súplicas, escriben a la prensa y salen a la calle pidiendo misericordia.

Una de las entidades que dirige una súplica al Consejo de Ministros es el Lyceum, una petición que solicita, atendiendo al sentir general, y al de la mujer española en particular, haga objeto de su máxima clemencia al juzgar a los encartados de Jaca. La súplica está firmada por su presidenta, Isabel Oyarzábal, y por la secretaria, María Hurdisán. Se han coordinado con otras asociaciones como la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, que dirige al Consejo la misma súplica.

A los encartados de Jaca, finalmente, se les conmutan las penas por años de cárcel; el tribunal del consejo de guerra dicta sentencia e impone penas mínimas, solo seis meses de prisión, a los responsables políticos. Para enaltecer la actuación de Victoria Kent, su desempeño en el proceso y el hito que ha marcado al convertirse en la primera mujer que oficia ante un tribunal militar, el Lyceum organiza un homenaje que se llenará de invitados; nadie querrá perderse la celebración de esta brillante mujer.

Pero lo sucedido en Jaca y su resolución tendrán una consecuencia más para el Lyceum.

La duquesa de Alba recibe una carta

A principios de abril de 1931, la duquesa de Alba recibe una carta donde la firmante, María Díaz, le afea que pertenezca a un club «de

ideas republicanas, comunistas y revolucionarias» y que ayude con su dinero a mujeres «enemigas de las normas de la Iglesia y de ideas contrarias a la monarquía». Parece mentira, le dice, y desliza que en palacio y en los círculos aristocráticos se habla de ello. Nunca se ha entendido, le escribe, que la duquesa aceptara ser presidenta de honor junto a la reina, pero ahora, tras la sublevación de Galán y García Hernández contra la monarquía, tras posicionarse el Lyceum pidiendo el indulto para los sublevados que querían acabar con la institución, aún se entiende menos. Díaz insiste: es algo que indigna a muchos. «Indudablemente Vd. es una de las muchas engañadas que con fines culturales han sabido conquistar», acaba la carta, en un intento de exculpar a la duquesa y dejar claro que no la acusan de nada más que de ser víctima de unas retorcidas manipuladoras.

La presión social dio resultado y, el 28 de abril, el secretario de la duquesa escribe a la tesorera del Lyceum, por entonces Adelina Gurrea, solicitando su baja en el club. La decisión sorprendió a la directiva, que aún, en un último intento, respondió a la carta preguntando a la duquesa el motivo que la había llevado a dejarlas. En la breve nota recuerdan las atenciones del duque con su biblioteca y con la obra social y por eso, escribe María Hurdisán, estaban lejos de esperar su marcha.

No sé si la duquesa respondió. En el archivo de la Casa de Alba no hay constancia de que lo hiciera. Dada la influencia de la aristócrata parece atrevido que le pidieran explicaciones. Pero en el Lyceum quisieron, al menos, hacerle llegar el disgusto por su decisión.

Con la caída de la monarquía y la marcha de España de Alfonso XIII y su familia, habían perdido la protección de la reina Victoria Eugenia, una de sus presidentas de honor. Con la baja de la duquesa de Alba, se quedaban sin su otro apoyo, su otro escudo frente a los ataques del sector más conservador de la sociedad.

En medio de este cruce de pareceres, entre carta y carta, sucede algo que lo cambia todo: se proclama la República.

14 de abril de 1931

Cuenta Isabel Oyarzábal que el 14 de abril amaneció soleado y luminoso. Pasó el día en busca de noticias y redactando el texto que enviaría, primero en un telegrama y después en una nota más larga, a *The Herald*, el periódico británico donde colaboraba, anunciando que en algunas ciudades —Éibar, Zaragoza, Valencia...— se había proclamado la República, que el Gobierno provisional se había reunido y el rey había sido instado a irse de España. Cuando acabó su trabajo, salió a la calle con su marido y sus hijos y vieron el sueño que largamente habían deseado: la bandera con los colores de la República, la tricolor, la púrpura, rojo y oro, ondeando esplendorosa en Correos y en los edificios gubernamentales. Pero había más, más banderas, las que envolvían a la gente que, como ellos, se había echado a la calle para celebrarlo. En el trayecto entre el paseo de la Castellana y la Puerta del Sol, Isabel no para de saludar a amigos, de dar abrazos. La alegría es máxima.

Algo parecido hizo María Lejárraga, que confiesa que la proclamación de la República fue la mayor alegría de su vida. Ella también lo celebró, también se echó a la calle y contó que la Puerta del Sol era al anochecer un hervidero de gente que no cabía en sí de gozo, una muchedumbre que, en comunión, asistía entusiasmada al inicio de una nueva época de libertad. Un gentío que aplaudía al presidente del Gobierno provisional en el balcón de Gobernación con el grito jubiloso de «¡Viva España libre!». María escribió a Gregorio contándole la actitud ejemplar del pueblo, el civismo con el que se había comportado, y lo incomprensible que le resultaba que el

Gobierno hubiera dejado salir al rey, quien no había renunciado al trono.

A ese mismo balcón del Ministerio de Gobernación está asomada Victoria Kent, que contempla la alegría de la gente desde una posición privilegiada. Antes había ido al Palacio de Comunicaciones y en el camino, arrastrada por un mar humano, se había deshecho en abrazos, en celebraciones y en gritos de ¡Viva la República! con cuantos amigos se cruzó. Al llegar a la Puerta del Sol, los guardias que custodian la puerta le franquean el paso en cuanto escuchan su nombre. Con una emoción honda, Victoria no acierta a saber si eso tan hermoso que está viendo es real o es un sueño.

A Pilar de Zubiaurre, el 14 de abril la pilla en Málaga, que también hierve efervescente con las celebraciones del pueblo echado a la calle. La ciudad arde en alegría y movimiento, escribe en su diario, y la bandera tricolor ondea en todas partes. En el hotel donde se aloja, han sido el director y sus empleados más cercanos quienes han tenido que preparar y servir la cena, pues se ha declarado día de fiesta nacional y los trabajadores están en la calle. Pilar plasma en su diario algunos altercados: han arrancado la estatua del marqués de Larios y su cabeza cortada ha acabado en el mar. En su lugar han colocado un busto del sublevado capitán Galán, elevado ahora a la categoría de héroe. Se pregunta Pilar si lo han hecho por rabia de clase, por los cuarenta mil duros gastados en las últimas elecciones para que triunfasen los monárquicos. También cuenta otros altercados: contra un empresario que hizo fracasar una huelga años atrás, contra un exalbañil enriquecido. El pueblo guarda sus rencores, afirma.

La experiencia de Carmen Baroja es otra bien diferente. La tarde del 14 de abril la coge también en la calle, pero no ha salido a celebrar, sino a comprarse un sombrero de verano. En la sombrerería

de la calle Hortaleza se extiende un rumor, las muchachas que atienden a las clientas dejan lo que están haciendo y se asoman a la calle. Ven pasar coches que llevan retratos de Galán y García Hernández. Carmen se disgusta cuando se entera de que el rey se ha marchado, es monárquica y se preocupa al saber que la reina y los infantes aún están en palacio. Al día siguiente, fiesta nacional, Carmen sale de casa para visitar a una amiga que recibe ese día, pero la multitud en la calle le impide tomar el tranvía. Le espantan los cánticos de quienes celebran, la cantidad de gente que sale por todas partes, que le parecen insectos; los peleles que representan al rey y que, atados a un palo, pasean por Madrid. Escribe Carmen que para ella la República fue el comienzo de la tragedia.

Cambian las cosas, y no solo para el país

En 1931, con la llegada de la República, las diferencias se hicieron mayores y esa brecha ideológica que tan bien habían salvado al principio se fue ensanchando. María de Maeztu en su carta lo hace evidente: «Este movimiento que a todos nos ha unido... y separado». También Carmen Baroja recuerda en sus memorias que con la llegada de la República en el Lyceum todo se hizo demasiado político, más de lo que creía deseable. Un lugar que se había fundado con la vocación de convivencia de los distintos pareceres, un lugar que había sido ejemplo de tolerancia, veía como el ambiente se iba enrareciendo. Tanto fue así, que hacia 1934 se dio de baja del club. En el salón de té, cuenta Carmen, se formaron grupos que ya no tienen tanto que ver con las afinidades o con la edad, sino con la posición política. Las pretensiones de conseguir enchufes y prebendas provocan que se formen mesas en torno a las mujeres de quienes habían logrado puestos relevantes en el nuevo

Gobierno. Carmen es dura cuando habla de algunas de ellas: dice de Trudy Graa, la misma que había dado cariño y apoyo a De Maeztu en sus malos momentos, que era una mujer con una falta absoluta de moralidad que despreciaba todo lo que la rodeaba, hasta a sus amigos y su marido, una mujer soberbia que por ser extranjera se creía por encima de las demás. Graa, casada con Luis Araquistain, diputado en las Cortes republicanas, y Mabel Rick, casada con Pérez de Ayala, también diputado y director del Museo del Prado, congregaban en torno a ellas a quienes querían conseguir algo. De Matilde Huici dice que es una roja rabiosa; de Victorina Durán, que es gorda y grande, y la acusa de ser una experta conseguidora de enchufes. Se despacha Carmen Baroja a gusto con muchas de las liceístas que frecuentaban esas mesas: Georgina Porrúa, la liceísta que había escrito al duque de Alba para que las defendiera de la Unión de Damas Católicas es, para Carmen, la mujer más pedante que ha conocido, amén de gorda, vieja y desagradable; Ernestina de Champourcin es rara e histérica; Elena Fortún era buena persona, pero estaba chiflada...

En 1932, María Lejárraga, que considera que el Lyceum se ha quedado un poco atrás, que ha dado un giro elitista y alejado de los problemas de las mujeres más humildes, funda la Asociación Femenina de Educación Cívica, enfocada a la formación de las mujeres de clase media y obrera; y Pura Maortua y María Rodrigo la siguen. No se desvincula del Lyceum, pero en adelante pondrá sus energías en su nueva asociación.

Para entonces, no solo los maridos de algunas liceístas habían ocupado cargos, sino que también, en un hito extraordinario, lo habían conseguido dos mujeres que eran parte importante del Lyceum. En las elecciones a Cortes Constituyentes celebradas en 1931, en las que las mujeres no podían votar, pero sí podían ser

elegidas, Victoria Kent por el Partido Republicano Radical Socialista, y Clara Campoamor por el Partido Radical, hicieron historia al convertirse en las primeras diputadas en el Parlamento de España. A ellas se uniría después Margarita Nelken por el Partido Socialista Obrero Español. Nelken no fue elegida en las elecciones de junio, sino que obtuvo su escaño por Badajoz en unas elecciones parciales que se celebraron en octubre para ocupar los escaños que dejaban libres algunos candidatos que habían sido elegidos por varias circunscripciones a la vez. Es emocionante, y muy significativo, que las dos primeras salieran de los salones del Lyceum: así de lejos llegó su voluntad de cambiar la historia y contribuir al progreso de la sociedad.

Una vez constituidas las Cortes el 14 de julio, los cuatrocientos sesenta y ocho diputados y las dos diputadas asumieron el encargo de redactar una nueva Constitución democrática. Inauguraban una época de esperanza donde la democracia y la libertad aparecían, por fin, en un horizonte cercano. Para redactar el proyecto de la nueva Constitución se formó una comisión de veintiún diputados representantes de las distintas fuerzas políticas y territoriales, que trabajaron sin descanso durante veinte días para presentar a la Cámara una propuesta que recogiera los nuevos valores de la República. Una de esos veintiún diputados era Clara Campoamor. Fue ella quien pidió a la dirección del Partido Radical que la incluyera entre los miembros de la comisión: se iban a redactar artículos que la concernían especialmente, se iban a regular asuntos clave para la vida de las mujeres y no podía ser que no hubiera ninguna para defender sus intereses. Lo consiguió.

Era, por supuesto, la única mujer.

Dentro de los muchos asuntos espinosos que tendrían que abordar, con la redacción de la nueva Carta Magna llegó el debate sobre el derecho de la mujer al voto. Ya había sido un paso que se aceptara el sufragio pasivo, esto es, que las mujeres pudieran presentarse y ser elegidas en unos comicios para representar a los ciudadanos en el Parlamento. Pero los votos que decidirían si obtenían un escaño o no provenían de los hombres. Ahora faltaba consagrar el sufragio activo y conseguir ese derecho cuya ausencia evidenciaba que aún estábamos lejos de ser consideradas iguales.

No sabemos qué hubiera sucedido de no estar Clara Campoamor en la comisión redactora. No sabemos si alguien más, si algún otro parlamentario progresista que abogara sin reservas por la igualdad habría propuesto en las reuniones preparatorias abordar el sufragio femenino. Pero podemos presumir, aunque no tengamos la certeza, que no habría habido nadie que lo defendiera con tanto tesón y tanto ardor como Clara. Con su empuje y su valentía logró que se recogiera en el proyecto de la nueva Constitución.

Es hermoso ver el borrador que presentan, donde por fin se plasman los acuerdos alcanzados en la comisión. Es hermoso ver cómo en el artículo segundo, después de haber acordado una redacción que se extendía hasta completar seis líneas, la pluma revisora tacha lo que no es esencial, lo que tal vez lo complete, pero le resta fuerza. Tachan que se propone «en principio» la igualdad de derechos en los dos sexos. Tachan que la clase social, la riqueza o las ideas políticas o religiosas no supondrán un privilegio. También tachan que el Estado no reconocerá los títulos nobiliarios. Al final, dejan ocho palabras importantes, ocho palabras que expresan un principio fundamental y a las que no les hace falta más explicación: «Todos los españoles son iguales ante la ley».

En el borrador hay tachaduras y hay enmiendas, hay erratas corregidas y fallos de redacción arreglados, hay pequeños apuntes introducidos y palabras que aportan matices. Hay párrafos añadidos, tal vez los acuerdos alcanzados a última hora, en las últimas discusiones. Uno de ellos establece la abolición de la pena de muerte. Las palabras tachadas y añadidas suponen debate, discusión, negociación. Cuantas más intervenciones en el texto, más controvertida debió de ser su redacción, mayor debió de ser la dificultad para alcanzar un acuerdo.

En el artículo tercero también han tachado siete de sus ocho líneas. Al final queda una escueta declaración: «No existe religión del Estado».

El artículo 34 tiene un par de correcciones que solo afectan a la redacción, pero no al sentido. Dos líneas, veinte palabras, ciento nueve letras que definen un derecho largamente esperado por las mujeres: «Los ciudadanos de uno y otro sexo, mayores de veintiún años, tendrán los mismos derechos electorales conforme determinen las leyes». Cada una de esas letras habrán costado a Clara sangre, sudor y lágrimas. Pero nada comparable con lo que estaba por venir.

Dice la revista *Crónica* que se espera el choque de unas ideas contra otras ideas y de unos intereses contra otros intereses. Será mucho más lo que choque: dos visiones del mundo enfrentadas, dos formas opuestas de entender la democracia y el papel de la mujer en ella.

Cuando el Parlamento llegó al debate del artículo 34, llevaban ya más de un mes debatiendo, analizando cada artículo, argumentando su pertinencia; atacándolo o defendiéndolo, según las convicciones ideológicas, los intereses de partido o, simplemente, la visión que cada uno tenía del país que estaba naciendo.

El ambiente ya estaba caldeado. Los días anteriores habían debatido el artículo 27, que proponía la abolición de la pena de muerte, o el 24, que decía que el Estado disolvería todas las órdenes religiosas y nacionalizaría sus bienes. También habían votado ya otros artículos en los que Clara debió esforzarse: el artículo 21, que establece que la mujer no pierde su nacionalidad al casarse; o el artículo 23, que habla de garantías individuales, y que ya había sido muy discutido dentro de la comisión. Han llevado ahí lo tachado en el artículo primero: No podrán ser fundamento de privilegio jurídico el nacimiento, la clase social, la riqueza, las ideas políticas y las creencias religiosas. Lo que ha causado discusión al redactarlo es lo que viene a continuación: se reconoce, en principio, la igualdad de derechos en los dos sexos. En principio. Clara había defendido en la comisión que se redactara de otro modo, que el sexo estuviera en el primer párrafo junto a lo demás, y sin ninguna coletilla que diera a entender que era interpretable. Pero perdió, no consiguió convencer a sus compañeros. Aun así, y haciendo gala de una perseverancia tan extraordinaria como ella, emitió un voto particular y logró que unos cuantos miembros de la comisión la apoyaran.

Cuando se debatió el artículo en la Cámara, Clara hizo valer el voto particular para debatir de nuevo la redacción, para volver a explicar, esta vez delante de todos los parlamentarios, lo importante que era eliminar cualquier matiz que convirtiera ese principio en interpretable. Entre quienes lo cuestionaron estaba Victoria Kent, que quiso presentar un par de enmiendas. Clara le respondió con pedagogía, muy didáctica, explicándolo todo despacio y desde el principio, sin entender muy bien la posición de su compañera. Tras un debate encendido, Clara consiguió sacar adelante el artículo tal y como ella quería desde que empezaron a redactarlo.

Acababa septiembre cuando llegaron al artículo que hablaba de los derechos electorales. Empezaron discutiendo la edad legal para votar, que entonces estaba fijada en los veinticinco años. Es uno de los aspectos que causa controversia en este artículo: las derechas creen que el voto más joven irá a las formaciones de izquierdas y puede perjudicarlos; los socialistas, sabedores de que eso les puede conceder ventaja en las urnas, defienden que así sea. Dedican un buen rato del debate a discutir esta cuestión.

Pero no solo litigan por si deben ser los veintiuno o los veintitrés años los que marquen el límite legal para votar, sino que hay quien propone que las mujeres, de ser aprobado su derecho al voto, lo hagan a los cuarenta y cinco. Un parlamentario afirma que, antes de esa edad, la mujer tiene disminuida la voluntad, la inteligencia y la psiquis. Otro sostiene lo contrario, dice que a partir de entonces la mujer empieza a perder serenidad y dominio de sí misma; si se concede el voto a la mujer a los cuarenta y cinco, se haría en la fase en que su equilibrio mental corre mayor peligro. Impresiona ver cómo hablan de las mujeres: son seres influenciables y manipulables, seres que no piensan por sí mismos y que en un determinado momento pierden la razón. Es decir, que por mucho que se esté debatiendo concederles un derecho, el lenguaje que utilizan y las ideas que argumentan denotan que siguen considerándolas seres inferiores, muy por debajo del hombre.

Clara Campoamor tendrá que aguantar chanzas y burlas: ¡Cuidado! Que a esa edad todas son beatas, dice un diputado; ¡Cómo conocéis el alma de la mujer!, dice otro. ¡Eso sí que es histerismo!, dice un tercero sobre el discurso de Clara. Risas. Risas. Más risas. Las crónicas de las sesiones lo recogen todo: Clara Campoamor es un pimpampum, debe contestar en nombre de la comisión a todas las intervenciones, a las serias y a las que se

mofan, a quienes muestran sus preocupaciones y a quienes se regodean en el insulto chabacano. No pierde el temple, responde correcta a todo el mundo, es incisiva cuando toca; argumenta hasta la enmienda más peregrina, hasta las que proponen que se conceda el voto a la mujer, pero reservándose la República el derecho a retirárselo al día siguiente si vota «con el cura», bajo la influencia de la Iglesia o de su confesor. O frente a quienes proponen que se les permita votar en las elecciones municipales, pero no en las generales. O solo a las trabajadoras. Son casi las diez de la noche y Clara ya está cansada, pero consigue no perder los nervios y les recuerda, y lo dice en voz alta, que eso que proponen es un despropósito con exceso de maldad.

Algunos de los que se burlan son de su propio partido.

Entre tantas risas, algunas esperanzas: voces que defienden que si se tiene miedo de lo que pueda votar la mujer, se debe trabajar para educarla. Ese es el camino, el mismo que emprendieron las fundadoras del Lyceum cuando pusieron en marcha el club.

Un diputado del partido de Clara propone redactar el artículo sin concretar ese punto, de modo que sea la ley electoral, que se desarrollará después, la que determine si la mujer puede votar o no. La última votación de la noche es la de esta enmienda, que intenta aplazar la concesión de ese derecho: «Los ciudadanos de uno y otro sexo, mayores de veintitrés años, tendrán los derechos electorales conforme determinen las leyes». Sale rechazada por 153 votos contra 98.

Todos los que argumentan en contra de conceder este derecho a la mujer empiezan diciendo que están a favor de la igualdad.

Pero no ahora.

Pero no así.

Pero no.

Pero.
Siempre hay un pero.

El 1 de octubre de 1931 se inicia la sesión a las cinco menos veinte de la tarde. Si el día anterior Clara tuvo que responder a unos y a otros y aguantar la insolencia de muchos, en esta sesión tendrá que soportar lo indecible. Cuando años más tarde escribe sobre lo sucedido, Clara llama a ese jueves primero de octubre el día del histerismo masculino.

Tras un nuevo intercambio de pareceres sobre la edad mínima para votar, toma la palabra Victoria Kent, que se dirige a la Cámara para afirmar que el voto femenino debe aplazarse. Es significativo, asegura, que una mujer como ella así lo pida, pues supone renunciar a un ideal. Para ella, la mujer española no está en condiciones de votar: antes debe comprobar por sí misma los beneficios que la República va a traer a todo el país: las escuelas para sus hijos, el pan que les ha negado la monarquía. Entonces, cuando lo haya visto con sus propios ojos y no la puedan engañar ni manipular, podrá decidir a quién entrega su voto, pero antes no. Aún no es el momento. Su conciencia le dicta que vote en contra de concederle ese derecho. Pedirá el voto de las mujeres, dice, cuando todas se hayan colocado a la altura que exige esa concesión.

Clara responde al alegato de Kent en un tono que está lejos de la confrontación. Apenas puede decir dos frases sin que la interrumpan, sin que entorpezcan su discurso. Empieza diciendo que ella no va a censurar ni atacar a su compañera, y que entiende lo torturado que debe de estar su espíritu al negar la capacidad de la mujer. Pero, para Clara, las afirmaciones de Kent no están apoyadas en la realidad. Si hay universitarias, si hay obreras, si hay mujeres que han intervenido en la vida pública y han luchado por la

República, o que han salido a la calle para protestar por la guerra de Marruecos, por la de Cuba, por el desastre de Annual, su capacidad está más que demostrada y no cabe cuestionarla. Pidiendo a la Cámara que la respeten, recordando a los parlamentarios irrespetuosos que sus agresiones y sus ironías no van a vencer su fortaleza, Campoamor evidencia que conceder a la mujer todos sus derechos no es solo un problema jurídico, sino ético.

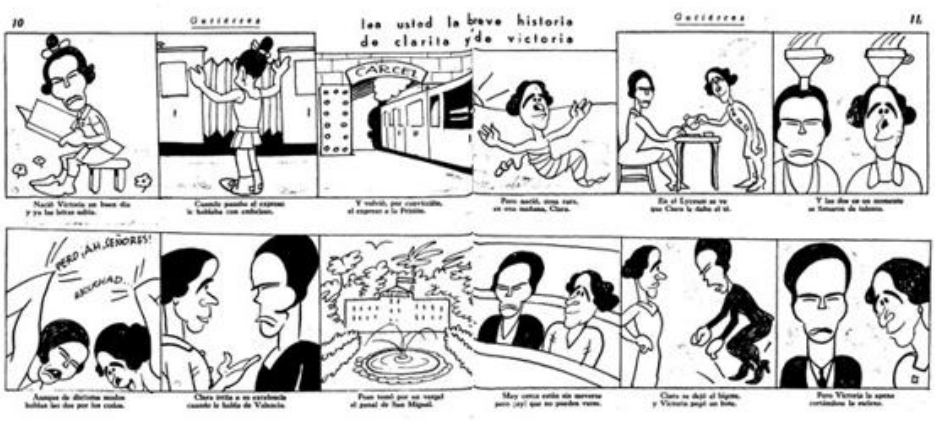
Cuando Clara Campoamor alude al espíritu torturado de Victoria Kent, seguro que en su cabeza estaba todo lo que habían luchado juntas en el Lyceum para mejorar la condición jurídica de la mujer: cuánto esfuerzo y cuánto trabajo habían dedicado para que se derogara el artículo 438, para que cambiara el código penal. Seguro que Clara recordaba las declaraciones de Victoria a la prensa defendiendo la valía y la capacidad de las mujeres, como aquella entrevista en la que Kent afirmaba que desde el Lyceum solicitaban que se reconociera, sin limitaciones de ningún tipo, la facultad de la mujer para una infinidad de actos civiles para los cuales tiene una capacidad intelectual y moral tan perfecta como la del hombre. Clara era consciente de las contradicciones que sentiría su compañera, seguro que las habrían discutido una y otra vez en los salones del club, que esos días sería un hervidero.

Por fin llega la votación. Ciento sesenta y un diputados votan a favor, ciento veintiuno en contra. En medio de un gran alboroto queda aprobado el artículo. Lo hace con el apoyo de muchos parlamentarios que han votado en contra de lo que su partido defendía, entre ellos, muchos del Partido Socialista, que aportan más de la mitad de los votos. El Partido Radical, en el que militaba Clara, votó en contra. Igual que votó en contra Victoria Kent, la otra diputada en Cortes el 1 de octubre.

Dos líneas, veintiuna palabras, ciento cinco letras que encierran un derecho que, ahora sí, es universal: «Los ciudadanos de uno y otro sexo, mayores de veintitrés años, tendrán los mismos derechos electorales con arreglo a las leyes».

Un diputado grita «¡Viva la República de las mujeres!».

El debate encendido que mantuvieron las dos liceístas dio mucho que hablar. La prensa satirizó el enfrentamiento con titulares como «La yema y la clara», y varios editoriales, como el del diario *Ahora*, afirmaban que la Cámara se había equivocado. Milite donde milite, escriben, la mujer lleva a la lucha un espíritu de intransigencia y defiende siempre las soluciones más radicales. La mujer española, insisten, no está preparada para intervenir en la vida pública y concederle este derecho supone una aventura cuyas consecuencias son difíciles de prever. No les parece razonable, concluyen, añadir una nueva incógnita a las muchas que ofrecía el porvenir.



No seguéis el trigo verde

Parece que ya ha pasado lo más difícil: una vez debatido y votado un artículo, no hay vuelta atrás. Pero algunos diputados, incapaces de asumir que las mujeres irían a las urnas, incapaces de concebir que así fuera, intentaron torpedear la aprobación del artículo en el

debate final del 1 de diciembre, en el que se aprobaría la Constitución. Pusieron todo su empuje y todas sus fuerzas para hacerlo caer. Pero Clara Campoamor, extenuada ante tanta cerrazón y ya al límite de sus fuerzas, consiguió salvarlo con tanta brillantez como había desplegado hasta entonces.

Puesto que ya no era posible alegar nada a un artículo aprobado, el diputado de Acción Republicana Matías Peñalba se sirvió de una última treta legal: no podía pedir que se modificara el texto, pero estaba a tiempo de solicitar que se añadiera a la Constitución una disposición adicional, y en ella intentaría matizar el artículo. La disposición, acordada y trabajada con Victoria Kent, propone que para que una mujer pueda votar en unas elecciones generales deberá haberlo hecho antes al menos dos veces en los comicios municipales.

Ni Peñalba ni Kent cuestionan que una mujer tenga derecho a votar.

Pero.

No se trata en ningún momento ni en ningún caso de la posibilidad de arrebatar a la mujer el voto que se le ha concedido, dice Peñalba. Se trata simplemente de condicionárselo.

Como si eso fuera poco.

En cuanto trascendió el registro de la disposición adicional, se convocaron mítines en defensa del voto femenino. Las mujeres se movilizaron, se organizaron y protestaron en voz alta. «¡Mujeres, acudid todas, las de todas las ideas, al mitin que se celebrará mañana!», dice el anuncio que publican en los diarios; un mitin que presidirá Clara Campoamor y en el que intervendrán otras liceístas, como Isabel Oyarzábal, Benita Asas Manterola, Matilde Huici, María Luisa Navarro o Elisa Soriano.

Al Congreso acudieron muchas mujeres en representación de distintas asociaciones, como la Liga Internacional, la Cruzada de Mujeres Españolas y, por supuesto, el Lyceum. Las liceístas presentan a las Cortes un escrito muy argumentado en el que expresan su inquietud por lo que está pasando, definen la enmienda como una «retractación poco meditada» y hacen un llamamiento a los diputados para que defiendan lo que es justo, para que «se respete y prevalezca lo ya acordado». No se podía consentir que se cuestionara el derecho conseguido. No podían consentir que todo volviera a empezar.

Debieron de ser muchas las mujeres que se presentaron en la Cámara para protestar al grito de que esa enmienda «era un pastel»: Josefina Carabias contó en el *Ahora* que los ujieres no sabían qué hacer ante un grupo tan numeroso; no dice cuántas eran, pero alude a otro periódico que las cifraba en más de cien. También cuenta Carabias la condescendencia de los diputados que se las cruzaban por los pasillos, que «oponían galantes sonrisas a la actitud bélica de las señoras, mientras comentaban en voz baja: "¡Pues las hay muy guapas! ¡Verdaderamente, no sabe uno para qué quieren el voto!"». Qué gran resumen de todo: para qué querrán estas mujeres votar, si no les hace ninguna falta.

Llegado el día de la sesión, la discusión fue encendida. Un diputado propuso que solo tuvieran derecho a votar las mujeres solteras, viudas o divorciadas, pero no las casadas. Claro que las monjas tampoco podrían, aunque estuvieran solteras. Ni las prostitutas. Otro diputado argumentó que si dos de las mujeres presentes en la Cámara consideraban peligroso e inadecuado el voto femenino, debían tenerlo en cuenta. Para entonces ya eran tres las diputadas, pues se había incorporado al hemiciclo Margarita Nelken.

Para Clara, esta propuesta significó tener que argumentar de nuevo lo ya argumentado, tener que explicarlo todo desde el principio, otra vez, y no solo lo referente a los derechos de la mujer, sino también a los procedimientos democráticos, al respeto a lo discutido y votado por la Cámara, al respeto a una Constitución que estaba naciendo y ya querían retorcer. Clara se empleó a fondo al contestar: utilizó argumentos jurídicos, datos históricos, antecedentes legales, referencias a otras legislaciones. Hizo referencia a anteriores intervenciones de los diputados en la Cámara plasmadas en el Diario de Sesiones para justificar que si han respaldado un artículo que dice que todos los españoles son iguales ante la ley, ahora no pueden apoyar esta disposición que supone, otra vez, una profunda desigualdad.

Escuchados los argumentos de unos y de otros, el presidente de la Cámara pidió a los diputados que se pronunciaran acerca de admitir o no la disposición adicional planteada por Peñalba. Había que votar y las fuerzas estaban muy justas: los diputados de derechas, que en octubre habían apoyado el sufragio femenino, habían abandonado el Parlamento enfadados en protesta por los artículos que hacían referencia a la religión. Victoria Kent votó a favor. Margarita Nelken se ausentó de la sala.

Ciento veintisiete diputados apoyaron la disposición. Ciento treinta y uno la rechazaron. Por cuatro votos, el artículo 34, que con los cambios en el articulado pasaba a ser el artículo 36, se quedaba como estaba. Y gracias a la extraordinaria inteligencia y a la excepcional valía de Clara Campoamor, esta vez no había vuelta atrás.

No seguéis el trigo verde, había pedido Clara a los diputados de las Cortes Constituyentes. Solo tenían que esperar a que madurara,

a que las espigas se doraran al sol y al calor de la democracia para dar sus granos, sin dejarse vencer por el miedo o la impaciencia.

Nada más ser aprobado el sufragio femenino por las Cortes, los periódicos preguntan a algunas mujeres.

Me gusta mucho la agudeza de María de Maeztu al preguntarse en voz alta cómo podían llamar sufragio universal al ejercido hasta entonces, si estaba ausente la mujer. Proclama María que está encantada con la consecución de este derecho, siempre ha sido feminista y se avergonzaría de no serlo, insistiendo en lo que ya había afirmado años atrás.

Me gusta mucho la sensatez de María Lejárraga cuando se rebela: no somos un instrumento, ya basta de decir que si las mujeres van a las urnas darán el triunfo a las derechas o confirmarán el de las izquierdas, ya vale de decir que serán sustentadoras o acatadoras de artificios políticos que no son cosa suya. ¿Por qué no esperar que el voto de las mujeres dé el triunfo a lo que deba ser?, se pregunta. ¿Por qué siempre tienen que ser un instrumento? ¿Por qué siempre tienen que ser rebaño?, se rebela. ¿Debilitar doctrinas para fortalecer conciencias? ¿Hay nada más profundamente deseable?, cuestiona.

Clara Campoamor se convirtió en el blanco de todos los ataques. La increpaban por los pasillos del Parlamento, la insultaban por la calle, la amenazaban por teléfono, a ella y a su familia. Muchos de esos ataques provenían de su propio partido. Muchos de esos ataques provenían de mujeres.

Es razonable pensar que el debate sobre el voto femenino también se dio en los salones del club. No era algo de lo que las socias del Lyceum pudieran abstraerse y allí, en sus salones, estaban las dos

posiciones enfrentadas, las dos protagonistas del enfrentamiento en el Parlamento. Es razonable pensar que la diferencia de opiniones fuera patente y no solo en el asunto del sufragio, sino también en otros aspectos políticos.

La llegada de la República abrió una brecha en una convivencia que hasta entonces había sido modélica. Pero no solo eso: también alejó a algunas de las fundadoras y de las liceístas más activas e implicadas con el club, pues ocuparon cargos en el Gobierno o salieron de Madrid siguiendo a sus maridos, a quienes habían ofrecido puestos de representación en el extranjero: Victoria Kent y Clara Campoamor fueron diputadas en las Cortes de 1931; Isabel Oyarzábal fue nombrada en 1931 inspectora de trabajo —la primera mujer en España en ocupar el cargo— y representante de España en la Organización Internacional del Trabajo, para lo que tenía que viajar con frecuencia a Ginebra; Matilde Huici formó parte de la Comisión Jurídica Asesora del Ministerio de Justicia y del Consejo Superior de la Protección de la Infancia, participó en la redacción del código penal de 1932, fue designada delegada de España en la Comisión de Protección a la Infancia y a la Juventud, también en Ginebra; María Lejárraga fue diputada en 1933 por el Partido Socialista y ocupó la vicepresidencia de la Comisión de Instrucción Pública; María Martos se trasladó a Chile entre 1931 y 1933, donde su marido, Ricardo Baeza, fue destinado como embajador; Trudy Graa y Mabel Rick se marcharon en 1932 a Berlín y a Londres, donde sus maridos, Luis Araquistain y Ramón Pérez de Ayala, ocuparían las embajadas.

La República, para De Maeztu, las ha unido, pero también las ha separado: «Lo único que tengo, en serio, contra la República es que se nos llevan a todas las amigas y amigos», escribe, en unas cartas en las que no esconde su enorme tristeza por estar viviendo una

soledad que le pesa mucho cuando todas esas mujeres que la acompañaron al inicio de esta aventura no están.

La implicación de las fundadoras del Lyceum ya no pudo ser la misma. A pesar de eso, el club siguió organizando actos y continuaron con los proyectos que tenían en marcha; progresivamente se fueron renovando la junta directiva y la presidencia de las secciones, a las que se sumaron liceístas asociadas desde hacía tiempo, pero que no habían ejercido cargos de responsabilidad, y otras más recientes. Con el nuevo Gobierno, por primera vez conseguían subvenciones que ayudaban al Lyceum y sus proyectos.

En diciembre de 1935, la sección de Literatura, presidida entonces por Halma Angélico, cuenta a la prensa el programa de actos que van a organizar durante el nuevo año que están a punto de estrenar. Se nota que lo han preparado con ilusión, con ganas de proponer cosas nuevas: van a poner en marcha un premio literario, un ciclo de lecturas teatrales para apoyar a los dramaturgos cuando consideran que están pasando por momentos precarios; en ellas leerán obras inéditas y originales, sobre todo de autores noveles, e invitarán a críticos teatrales, actores y actrices a que asistan para apoyar a su creador.

Anuncian que van a poner en marcha la edición de una Biblioteca de Escritoras Mundiales Contemporáneas que funcionará por suscripción; serán las propias liceístas quienes traduzcan las obras de las autoras extranjeras, y se comprometen a entregar a cada suscriptor un ejemplar, que imprimirán en tiradas limitadas y numeradas.

Y anuncian también una iniciativa hermosísima, sobre todo dirigida a la sección juvenil: una escuela de lectoras, donde darán clases de

lectura en distintos idiomas, ofrecerán orientaciones para interpretarlas y propondrán ejercicios que fomenten su juicio crítico. Una propuesta precursora de los clubes de lectura que conocemos hoy, que aún tardarían cincuenta años en llegar a España; una actividad que pondrá sus esfuerzos en hacerlas mejores lectoras y, por tanto, mejores intérpretes de la realidad.

Querían hacer muchas cosas. Tenían muchos proyectos y la misma ilusión que al principio. Pero en julio de 1936 estalló la guerra y el sueño acabó.

9

EL FINAL DE UN SUEÑO

Un expolio físico y simbólico

Siempre fui una niña muy tranquila que prefería leer o charlar a los juegos más animados o a los deportes, para los que siempre he sido bastante torpe. Muy pocas veces jugaba a juegos que implicaran actividad física, como el balón prisionero; normalmente lo hacía obligada en clase de gimnasia y, en esos casos, era la primera a la que «mataban». No me recuerdo jugando a nada que me hiciera correr por voluntad propia. Pero esa vez, que habría borrado de la memoria si no hubiera sucedido el accidente, estaba jugando a polis y cacos. Tenía ocho años y me había tocado en el bando de los polis. Iba persiguiendo a una niña. Ella corría más que yo, lo que no era nada difícil; cruzamos a la carrera el recreo hasta llegar al pabellón donde estaban las aulas, ella delante y yo detrás, con la lengua fuera. La niña se metió en el baño y cuando llegué ya estaba cerrando la puerta. Apoyé las manos para tratar de impedirlo, pero ella tenía más fuerza que yo y consiguió cerrar de un portazo. Pero mi mano izquierda estaba demasiado cerca de las bisagras y, al cerrar, aplastaron un trozo de mi dedo. No recuerdo si grité o si alguna otra niña que estuviera cerca me vio y consiguió abrir la puerta. Lo que sí recuerdo es que la parte superior de mi dedo meñique colgaba de un hilillo de piel.

Me mareé un poco y ese mareo impidió que me echara a llorar, lo que todo el mundo tomó como una muestra de valentía. Me

condujeron al baño que había en el despacho de la directora, que me lavó y protegió mi meñique accidentado para llevarme al hospital.

Allí me cosieron la herida y me vendaron el dedo con una especie de cucurucho hecho de gasas que recordaba a esas bombillas antiguas que parecen la llama de una vela. Nos avisaron de que en unas semanas tendría que pasar por el quirófano: los médicos querían reconstruir el trozo faltante y para ello haría falta un injerto de piel que cogerían de mi antebrazo.

Llegó el día de la operación y me recuerdo perfectamente tumbada en la camilla intentando mirar lo que me iban a hacer. Me habían puesto anestesia local en el brazo. Yo estaba muy espabilada y, curiosa como era y nada impresionable por la sangre —con la edad esto está cambiando—, quería ver cómo hacían esa magia, cómo cogían el pequeño pedazo de piel que necesitaban y me lo pegaban en otro sitio, como si fuera una manualidad del colegio, para tener un dedo nuevo.

La enfermera intentaba entretenerme. La pobre empezaba a cantar canciones infantiles para que yo la siguiera —solo me acuerdo de *Los Pitufos*— sin mucho éxito. Me recuerdo pensando «qué pesada es esta mujer, me está distrayendo y yo quiero ver esto». No me acuerdo de mucho más, así que supongo que lo conseguiría. Pero aunque no veía lo que hacían los cirujanos, sí que oía todo lo que decían.

Cuando salí del quirófano, mi madre me estaba esperando. Cuando me preguntó qué tal había ido, le contesté bastante angustiada que no me había dolido nada, pero que estaba muy preocupada porque los médicos se habían pasado toda la operación hablando de «la Falange». Todavía me acuerdo de su carcajada, la

misma que se le escapa más de cuarenta años después cada vez que recordamos aquella tarde.

En mi casa siempre hubo mucha conciencia política. Unos años después, en 1983, mi madre fue una de las tres primeras diputadas en las recién constituidas Cortes de Aragón y yo crecí siendo una niña de izquierdas. No sé si habría muchas más niñas de ocho años que supieran lo que era la Falange, pero yo me asusté.

Esa Falange que tanto me preocupó durante mi operación fue la que ocupó la sede del Lyceum cuando acabó la guerra.

En octubre de 1933, mientras en el Lyceum pensaban en crecer y poner en marcha nuevos proyectos, consolidar los que ya tenían y tantas cosas más, en el Teatro de la Comedia de Madrid José Antonio Primo de Rivera pronunciaba ante mil quinientas personas el discurso fundacional con el que nacía la Falange Española. Y un año más tarde nacería la Sección Femenina, presidida por su hermana, Pilar Primo de Rivera.

Algunas mujeres —Pilar, su hermana Carmen, sus primas Inés y Dolores y una amiga, Luisa María de Aramburu— habían intentado afiliarse al partido fundado por José Antonio, pero el líder no lo consintió: una empresa tan importante no era cosa de mujeres. Seguidor de las doctrinas frenológicas que afirmaban que eran seres inferiores a las que dominaban los sentimientos y la emoción, no permitió que ellas se incorporaran a un partido viril como el que acababa de crear, una formación de hombres muy hombres que ejercerían la violencia si era necesario. Las derivó al SEU, el Sindicato de Estudiantes Universitarios, donde ya había otras jóvenes colaborando. Pero cuando le propusieron crear un brazo femenino del partido que se ocupara de cosas «de mujeres», no le pareció mal. Era una especie de «ponlas ahí, donde no molesten», y,

de paso, podrían hacer proselitismo, encargarse del cuidado de los heridos y sus familias, captar a otras muchachas y ayudar a construir un modelo de mujer sumisa, supeditada siempre al poder masculino y que, por fin, estuviera de vuelta en el hogar, de donde nunca debió salir, para dedicarse a su marido y a sus hijos. Si lograban imponer su ideario, todo volvería a su sitio.

En enero de 1936, la Sección Femenina organiza en Madrid un acto «en honor de los falangistas del porvenir», un reparto de juguetes y de chocolate con bollos para los hijos de los falangistas. El diario conservador *La Nación* describió el acto como «un ejemplo de las virtudes patrióticas y sociales» y destacaban que era «altamente simpático que un puñado de muchachas, dignas descendientes de Isabel de Castilla, destacadas por su posición social las más de ellas, se proporcionen molestias y preocupaciones por servir lo que creen que puede dar modernos rumbos a la España inmortal». Con lo que habían insultado a las fundadoras del Lyceum por ser burguesas y ahora resultaba que el hecho de que las mujeres de buena posición se implicaran en una iniciativa social era algo simpático.

En febrero de 1936, el Lyceum anunciaba su baile anual de Carnaval. Los salones del club se habían quedado pequeños el año anterior. Por eso, en esta ocasión lo celebrarán en el hotel Ritz y esperan que de nuevo sea un éxito.

Entre marzo y junio, las conferencias siguen su curso: la doctora Nieves González Barrio habla a los asistentes sobre la importancia de la leche en la dietética infantil y los medios caseros para detectar sus principales adulteraciones. El doctor Juarros imparte una conferencia sobre poesía japonesa, y el profesor Luis Huerta habla del amor como escultor de la vida.

El 4 de julio de 1936, la sección de Literatura del club falla el Premio de Poesía Lyceum, creado para conmemorar la muerte de Gustavo Adolfo Bécquer. El 14 de julio se celebra la entrega del premio. Qué felices estarían las liceístas, que seguían celebrando la literatura. Cómo imaginar que cuatro días después iba a estallar una guerra civil.

Tal vez sea este el último acto que se organiza en el Lyceum; al menos, es el último documentado por la prensa. A partir de entonces, las escasas menciones que aparecen son para informar de la campaña de recogida de alimentos que enviarán al frente, para aliviar las fatigas de los soldados. Pedirán huevos y limones, pedirán azúcar y chorizo, café y tabaco, con los que harán paquetitos para que los valerosos combatientes que luchan por España estén bien alimentados.

El 30 de julio, el Lyceum aparece en una lista de donantes para una suscripción abierta por el Ministerio de Industria a favor de los heridos y las familias de los caídos del Frente Popular. En la lista hay todo tipo de efectos: toallas y sábanas, calcetines de diferentes tallas, medias blancas para enfermeras, camisetas, mantas, pañuelos, calzoncillos..., cada uno, particulares y empresas, dona lo que puede. Chocolates Vázquez dona cien tabletas de chocolate; Almacenes Rodríguez dona veinte pijamas; Casa Santos dona veinticuatro kilos de codillo de jamón y doce kilos de tocino; Federico García dona doce abrigos, doce vestidos y doce trajes; una enferma dona dos toallas y cuatro servilletas. El Lyceum, cincuenta bocadillos y veinte cantimploras con café.

El 5 de agosto aparece publicado en los periódicos por última vez su nombre, Lyceum Club Femenino. Lo encuentro en *La Voz* y en *El Socialista*, en ninguno más; un breve de unas pocas líneas en una columna estrecha. Después de los ríos de tinta que corrieron cuando

se fundó, después de los ataques de unos y los elogios de otros, después de las noticias publicadas a diario dando cuenta de las conferencias, lecturas, exposiciones y conciertos o de la campaña para cambiar la ley, después de los reportajes sobre la Casa de los Niños o el Comité del Libro para el Ciego, la última vez que el Lyceum aparece mencionado es para dar las gracias:



flor, 4."

Lycéum Club Femenino

"Lycéum Club agradece a sus asociadas y simpatizantes los donativos en metálico y en especie que con tanta generosidad está recibiendo para los envíos al frente, rogando nuevamente sigan contribuyendo a la labor que esta entidad está realizando con tanto éxito."

Socorro Rojo Internacional

Es hermoso que la última vez que se dirigen a la sociedad sea para reconocer la generosidad con la que está respondiendo a su llamamiento. Para reconocer la solidaridad, que ha sido uno de los pilares fundamentales del club en sus diez años de existencia. Parece que supieran que ese iba a ser su último comunicado, que esas iban a ser sus últimas palabras publicadas, y quisieran despedirse así, con una muestra de gratitud.

Esos días, los periódicos ya no traían las noticias de siempre, ya no hay pequeños sucesos ni actos de sociedad. Ahora las noticias hablan de ataques de la aviación, de columnas de artillería, de

desbandadas, fusiles y ametralladoras; los nombres de cantantes y actrices han cambiado por los de generales y coroneles; se habla de heroicos esfuerzos y del pueblo en armas, de rebeldes y leales, de victorias y derrotas.

Entro en la hemeroteca y comparo la prensa de ese día con la de un año atrás. Ha cambiado el lenguaje. Ya no hay baile, ahora hay zozobra. Ya no hay verbenas, estrenos de cine o corridas de toros, ahora hay obuses, incautaciones y huérfanos; ya no hay bodas de la aristocracia o simpáticas señoritas que asisten a una conferencia en el Lyceum, ahora hay desafectos y hospitales de sangre. La colonia Flores del Campo, que se anunciaba a página completa, cede su espacio a las fotos de los eficaces colaboradores en la lucha, oficiales de telégrafos o marinos a punto de embarcar. Ya no hay granizo que destroce cosechas ni incendios en fábricas; ya no hay sucesos como los que había, ya no interesa leer sobre esos asuntos que en tiempos de paz eran importantes: ahora los sucesos son más graves y más funestos.

Ha cambiado el tono. Ha cambiado el país. Ha cambiado todo.

Escribe Victorina Durán en sus memorias que «parece que la risa murió de un balazo en la guerra civil». Es un hermoso modo de contar lo que ocurrió, de contar que con el inicio de la guerra se acabaron las risas y la alegría, cualquier atisbo de felicidad. Se acabó la vida tal como la conocían.

Sabemos por el libro que homenajea a Consuelo Bastos que la Casa de los Niños fue bombardeada y reducida a escombros. Y sabemos por las memorias de Carmen Baroja que durante la guerra todo lo que había en el Lyceum quedó intacto. Al proclamarse el nuevo régimen, Serrano Suñer entregó la sede a una delegada de la Sección Femenina y, por lo que le contaron a Carmen otras liceístas,

expoliaron todo lo que encontraron, bien para quedárselo o bien para venderlo en una almoneda de la calle La Palma.

En 1942 utilizaron los salones del club para alojar el Círculo Medina, un club femenino que tenía la voluntad de formar y educar a las mujeres. Claro que su idea de formación y educación estaba lejos de la del Lyceum: aquí no había que aprender derecho o idiomas, ni era importante potenciar las capacidades artísticas de las mujeres ni alentar la creación. Aquí debían aprender cómo ser buenas esposas y madres, cómo ajustarse a un modelo de mujer radicalmente opuesto al que las liceístas defendían.

Los libros de la biblioteca del Lyceum que resisten al expolio verán cómo las falangistas estampan el sello del Círculo Medina para apropiárselos. No lo hacen en el espacio que queda libre en la página de respeto, sino encima del sello de la Biblioteca del Lyceum. Como si al imprimir su nombre encima lo borraran de nuevo. Como quien coloca su bandera en la cima de una montaña y presume de su conquista. Como quien, lejos de la elegancia, no se conforma con haber ganado, sino que, además, tiene que humillar al derrotado.

La periodista María de los Dolores Pérez-Camarero firmó en 1945 un elogiosísimo artículo sobre el Círculo Medina en *ABC* a página completa. Tras ponderar lo necesario que era que las mujeres tuvieran un lugar donde reunirse, leer, charlar y aprender escuchando interesantes conferencias —de nuevo, no puedo evitar recordar la cantidad de insultos que profirieron a las fundadoras del Lyceum por reivindicar un lugar así y, ahora, con un doble rasero que produce sonrojo, resulta que era algo necesario—, la periodista escribe: «Y no deja de ser interesante cuanto la palabra del inteligente padre Mauricio de Begoña diga sobre los inquietantes problemas del matrimonio. Sin que todo ello impida que en la salita

o en el comedor se hable alegremente de trapos, de cine, de estudios o de novios».

Los mismos salones que habían albergado conferencias de grandes juristas sobre la mujer como ciudadana, o de importantes médicos sobre la fisiología de la mujer, ahora escuchaban a sacerdotes hablar de problemas conyugales y a chicas alegres, sencillas y coquetas hablar de chismes. Los asuntos importantes para formarse como mujer y como persona habían cambiado por otros más acordes a su doctrina, como cocina o corte y confección: los saberes básicos para saber llevar una casa con primor. La periodista se apresura a aclarar: «No creáis que el Círculo Medina es la sede de un grupo de niñas intelectualoides, que viste a "lo chico", llevan gafas de concha, que no son de sol (estas ya son imposibles de combatir) y hablan con descaro de Kant y de su imperativo categórico. No. [...] Maneras severas, vestidos sin gusto, charlas absurdas, mentes ásperas, espíritus tristes. Pues no, el Círculo Medina no es así». Aquí son todas muy femeninas, «fervorosas católicas y buenas españolas» a las que les gusta coser y bordar, pero les dan un poco igual las tablas de multiplicar.

Cuenta la periodista como algo original que en el Círculo Medina hay una biblioteca donde las muchachas pueden leer y que hay conciertos y conferencias de personalidades de la cultura y la política que hablan de arte, de medicina, de religión, de matrimonio, de amor... Y añade que incluso, como algo extraordinario, algunas veces asisten la esposa y la hija del caudillo.

La dirigente de la Sección Femenina tenía una idea un poco distorsionada de la realidad. Para Pilar Primo de Rivera, jefe de la Sección Femenina —durante toda la vida pidió que la nombraran así, en masculino—, su organización había sido fundamental para el

avance de la mujer en España; incluso se atrevió a afirmar años más tarde, sin atisbo de ironía, que sin ellas las españolas llevarían cuarenta años de retraso en comparación con las europeas. Es curioso que Pilar Primo de Rivera preconizara un modelo de mujer que ella misma no cumplía; dictaba las reglas que debían seguir las mujeres, les decía cómo debían ser, cómo debían comportarse, pero a ella no le importaba saltarse todo aquello y dar el ejemplo contrario. En un perfecto ejercicio de hipocresía, su discurso decía que la forma de realizarse de una mujer era el matrimonio, pero ella nunca se casó; el fin último de una mujer era la maternidad, pero no tuvo hijos; la dedicación de una mujer debía estar enfocada al hogar, mientras ella estaba al frente de la organización, viajaba por España evangelizando, recaudando fondos para la Falange y fundando sedes que mantuvieran a las mujeres de todo el país a raya. Para todas las demás, atender la casa, al marido y la familia era su lugar natural, y todo lo que estuviera fuera de ahí era una aberración. Para ella, las normas eran más laxas. Si el objetivo de la mujer era ser el complemento del hombre, ella se bastaba y se sobraba sola.

Cuando en la corte de Nerón preguntaron a Séneca por qué predicaba el desprecio a la riqueza, cuando él la atesoraba en gran cantidad, respondió: haz lo que digo y no lo que hago. Esa misma doctrina seguía Pilar Primo de Rivera.

Tiempo de decir adiós

Muchas de las fundadoras del Lyceum se marcharon de España y vivieron en el exilio el resto de su vida: María de Maeztu, tras un breve paso por Estados Unidos, vivió en Buenos Aires, donde ocupó una cátedra en la universidad. También allí vivieron el resto de su vida María Luisa Navarro y María Lejárraga, tras una temporada en

Niza. Victoria Kent pasó por Francia y por México antes de establecerse definitivamente en Nueva York, donde editó la revista *Ibérica*. Isabel Oyarzábal vivió el resto de su vida en México, donde también encontraron refugio Pilar de Zubiaurre, Concha Méndez —tras pasar primero por Cuba— y Magda Donato. Tras vivir en distintas ciudades de Estados Unidos y en Cuba, Zenobia Camprubí acabó sus días en Puerto Rico, donde impartió clases en la Universidad de Río Piedras. También allí se establecieron definitivamente María y Mercedes Rodrigo, tras unos años en Colombia. Matilde Huici se marchó a Chile, donde se dedicó a la enseñanza universitaria. Clara Campoamor se exilió en Lausana; después vivió diecisiete años en Buenos Aires; en 1955 intentó volver a España, pero no lo consiguió —en cuanto cruzara la frontera sería detenida—, y regresó a Suiza. Todas ellas murieron lejos de España.

Otras vivieron unos años en el exilio, pero regresaron después: Elena Fortún vivió en Buenos Aires, donde siguió escribiendo; volvió a España en 1948; Victorina Durán se exilió también en Buenos Aires, donde trabajó como figurinista, escenógrafa y directora artística de los teatros Colón y Cervantes hasta su regreso a España en 1960. Ernestina de Champourcin volvió de su exilio en México en 1972. María Teresa León vivió en Argentina y en Roma hasta 1977. Y también en Argentina se exilió María Martos, que regresó a España en 1947.

Otras se quedaron aquí, viviendo lo que Miguel Salabert acuñó como exilio interior: Carmen Baroja, Carmen Conde, Consuelo Bastos, Camila Ventura, Carmen Monné, Rosario Lacy, Amalia Galarraga o Benita Asas Manterola, que quiso volver a ejercer el magisterio, pero la depuraron y no le devolverían la posibilidad de trabajar hasta los sesenta y siete años.

De todas ellas, solo Victoria Kent, Concha Méndez, María Martos, Ernestina de Champourcin, Victorina Durán, Mercedes Rodrigo y María Teresa León pudieron ver cómo regresaba la democracia a España.

Muchas de ellas mantuvieron la amistad toda su vida y siguieron en contacto. En sus cartas, con frecuencia, escriben cuánto echan de menos los años del club.

Me gusta imaginar dónde habría llegado el Lyceum, dónde habrían llegado todas aquellas mujeres formidables si la guerra y la dictadura no hubieran parado ese reloj de España que querían adelantar, si el dictador no hubiera parado todos los relojes y hubiera hecho retroceder el tiempo para que este país volviera a la Edad de las Cavernas, y con ello la condición social, política y jurídica de la mujer. La generación de mujeres brillantes que estaba despuntando habría florecido y habría servido de ejemplo y referente para las más jóvenes, para las generaciones que venían detrás. Como ellas mismas afirmaron al fundar el club, habrían colaborado para que España progresara.

Con el exilio de muchas de las liceístas y el cierre del Lyceum acababa un sueño, pero la semilla estaba sembrada. Aquel grupo de mujeres valientes y valiosas había ensanchado el mundo para muchas de sus asociadas, había logrado despertar en ellas una conciencia cívica en la que pensarse y reconocerse como ciudadanas de pleno derecho. Había demostrado que el talento y la capacidad creadora no eran patrimonio exclusivo de los hombres. Había conseguido que las mujeres ocuparan un espacio público tradicionalmente masculino sin tener que justificarse. Había logrado que el pensamiento de las mujeres brillara y fuera reconocido. Había enseñado que *feminismo* era una palabra hermosa que

representaba, como escribiría Angela Davis años después, la idea radical que sostiene que las mujeres somos personas. Había abierto un camino hacia la igualdad que hoy seguimos recorriendo.

Sin ellas no estaríamos donde estamos. La suya fue una labor colosal, de una generosidad y una grandeza inconmensurables, y hoy, cien años después, quiero seguir su ejemplo. Del mismo modo que las mujeres del Lyceum se despidieron agradeciendo la solidaridad y el apoyo, yo quiero despedirme igual, agradeciéndoles su audacia y su resistencia, su modernidad y amplitud de miras; reconociendo la importancia de sus gestos y de sus palabras; diciéndoles, aunque no me puedan oír, que lo que hicieron fue valiosísimo, que su hermoso sueño de conseguir la igualdad aún lo perseguimos hoy, pero gracias a ellas, a su empuje y a su fe inquebrantable en lo lejos que podía llegar el Lyceum, lo tenemos más fácil. Quiero despedirme de ellas reivindicándolas: he hablado de su vida y de sus logros porque merecen ser reconocidas igual que sus compañeros de generación. Porque ¿cómo vamos a valorar a quienes no conocemos? ¿Cómo vamos a estimar en su justa medida la importancia de lo que hicieron si no nos lo han contado?

Las fundadoras del Lyceum creyeron que podían conseguir aquello que todo el mundo les decía que no era posible. Por todo lo que soñaron y lo que hicieron, solo les puedo decir: GRACIAS.

CENSO DEL LYCEUM CLUB

He construido este censo a partir del elaborado por Zenobia Camprubí, el de Pilar de Zubiaurre, el recopilado por Concha Fagoaga y los nombres que he encontrado en la prensa de la época. He optado por escribir sus nombres reales —igual que he hecho a lo largo de todo el libro— seguidos por el apellido de su marido en los casos en que los censos las nombran así.

Edith Abell
Carmen Abreu de Peña
Adelia Acevedo
Berenice Adams
María Adrados de Martín
Paulina Adriansens
Luisa Aguirre de Seriñá
Natividad Albertos de Gutiérrez
Josefina Alcalá de Campos
Concepción Aleixandre
María Alfaro de Gil Grávalos
Margarita Almonte de Zarraluqui
Isabel Alonso de Cirajas
Ester Alonso de Ortiz
Prudencia Altuna
Maruja Álvarez Delatte
Ángeles Alvargonzález
Herminia Alvargonzález
Adela Anaya Buire

Encarnación Aragoneses de Gorbea (Elena Fortún)
Rosa Aranaz
Ramona Aranda de Torrubiano
Marichu Arisqueta de Abreu
Isabel Ariza del Arco
Julia Armisén de Catalá
Julia Arroyo de Brotóns
M.ª Luisa Arroyo de Orturán
Trinidad Arroyo Villaverde
Benita Asas Manterola
Amelia Asensi d'ocón
Beatriz Asensio, Marquesa de Fuente González
Carmen B. de Palencia
Rachel Bach
Elizabeth Baker
María Cruz Baldasano y López
Salomé Baldasano y López
María Ballesteros, viuda de Herráiz
Sta. Ballón
Isabel Bañón de Morales
Cecilia Barinaga
Carmen Baroja de Caro
Zoila Barros
Paz Basabe de Ruiz Castillo
María Basterrechea de Gimeno
Consuelo Bastos Mora
Helene Beckler
María Luisa Belaúnde de Lantero
Sra. de Bermejo
Julia Berstein

Elvira Blanco de Nombela
María Blanco de Valentín Coca
Y. Bliss
M.ª de los Ángeles Boceta de Fernández Bordás
Pilar Bolívar de Tapia
M.ª Luisa Bores
Carmen Bores de Rodrigo
Guillermina Braums de Ibáñez
Rosario Bravo
Carmen Brea Zavala
Gloria Brime de Gowantes
Laura Brunet de Noblejas
Mme. Bruns
M.ª Teresa Busó
Emilia Caballero Vaquero
Teresa Cabanillas de Iribarren
Eulalia Cáceres de Machado
Josefina Calvert
María Calvert
María Calvo Agustí
Isabel Calvo Rodero
Matilde Calvo Rodero
Clara Campoamor
Zenobia Camprubí de Jiménez
Ana Canseco de Pérez Ferrero
Matilde Carbonell de Blasco
María Carbonne de Castro
María Casares de Enjuto
M.ª Luisa Castellanos de Alonso
Rosario Castiello de Gil

Eloísa Castro Hurtado de Mendoza de Sangróniz
Carmela Cavenght
Catalina Cebrián
Dolores Cebrián de Besteiro
Amparo Cebrián de Zulueta
Marisol A. Chameta
Mme. Chavanon
María Chinchilla de Ortega
M.ª Francisca Clar Margarit (Halma Angélico)
María Clavé, viuda de Fiter
Pilar Claver y Salas
Carmen Conde
Matilde Contreras de Luque
Luisa Contreras de Moro
Carmen Coppel
Concepción Corro Elcano
Mercedes Cortés de Echevarría
Julia Cossío de Belmonte
Adela Crespo
Margaret Alice Culley
Concha de Albornoz de Segovia
Carmen Juan de Benito
Ernestina de Champourcín
M.ª del Consuelo de Cubas y Erice, condesa de Santa María de la Sisla
M.ª Dolores de Gabriel López de Moria, condesa de Venadito
Ignacia de García Horta
M.ª Isabel de García Sanchiz
Isolina de Górriz
Marcelle de Juan
Dolores de la Vega

Susana de Lucía
Gloria de Luna Corral
Josefina de Luna Corral, viuda de Palero
Gloria de Miguel
Enriqueta de Miquel marquesa de Pobla de Claramunt
Clara de Murga y Suynaga, condesa del Vado
Teresa de Pablo
Margarita de Pedroso y Sturdza, condesa de San Esteban de Cañongo
Dolores de Rivas Cherif
Engracia de Rojas
Dolores de Rojas y Vicente, marquesa de la Regalía
María de Romrée de Palacio, marquesa de Amposta
Carmen de Usango
Pilar de Valderrama
María de Vignier de García Vela
Carmen de Villasante
Sra. de Yela
M.ª Elena de Zimmerman
Pilar de Zubizaurre de Gutiérrez Abascal
M.ª del Pilar del Arco, condesa del Vado
Ana María Delgado Tena
Josefina Díaz de Artigas
Carmen Díaz de Mendoza, condesa de San Luis
Sra. de Duarte
Higinia Ducloux
Victorina Durán
Margarita Durand
Duquesa de Dúrcal
Mercedes E. de Lanzarote
Consuelo Echevarría de la Hidalga

Dorothy Echous
Catherine Elliott
Emma Escalera
Mercedes Escrivá de Romaní de Pérez de Guzmán
Rosario Escrivá de Romaní y Roca de Togores
Isabel Espada
Carmen Esparza Pérez de Petinto
M.ª Dolores Esparza Pérez de Petinto (Viera Sparza)
Concha Espina
María Espinosa de los Monteros
María Espuig de Ruiz Ferry
María Estrada
Emilia Ezquerra
Camila Fabra de Vigo
Mme. Fabri
Teresa Fajardo Frías
Irene Falcón
Beatriz Faure de Criner
Yolanda Fernández Bordás
María Fernández de Pérez
Isabel Fernández del Castillo del Campo
Pilar de Fernández Ferrer
María Fidelman de Negrín
Kathe Fliedner
Margarita Flores y López
Estrella Fontanals de Baldi
M.ª de los Ángeles Forniés
Susana Fourlan Decreux
Teresa Frías Serrano de Fajardo
Eva Fromkes

M.ª Luisa G. de Agulla
Josefina G. de Herrero
Estefanía G. de Salazar
Mercedes Gaibrois de Ballesteros
Josefina Galarraga
Amalia Galarraga de Salaverría
María Gáldiz de González Agustina
Carmen Gallardo de Mesa
Eulalia Gallego de Haro
Isolina Gallego de Zubiaurre
Aurora Gancedo
Elvira Gancedo
Luisa Gancedo
María Gancedo
Cecilia García de Cosa
Elena García de Guisasola
Regina García García
Ángeles García Mauriño
Concepción García Miranda
Guadalupe García Quevedo
María García Sardinero de Salmerón
Edvige Gifford
María Gillman de Sachi
Soledad Giménez Fernández
Eugenia Giráldez Espinosa
Raymonde Goldenberg
Pilar Gómez Cano
Carmen Gómez Cano, viuda de Marín
Dolores Gómez Martín
Elena Gómez Spencer

Natividad González
Serafina González
Nieves González Barrio
Victoria González del Campillo
Norah de González Hontoria
Dolores Goñi de Gutiérrez
Luisa Graa de Alvarez del Vayo
Trudy Graa de Araquistáin
Herta Grimm
Peggy Gripenberg
María Güell de Oriol
Blanca Güell de Zancada
Luisa Guri Mayorga
Adelina Gurrea
Carmen Guzmán de Yotti
María H. de Massip
Manuela H. de Mitjans
María H. de Tapia
Paulina Hartgell
Ana Hermida
Adela Hernández Álvarez
Pilar Herrera
Margarita Higgeris
Alice Mabel Hill de Maeztu
Adela Horneman
Adela Huelin y de Salas, marquesa de Alonso Martínez
Matilde Huici de San Martín
María Hurdisán
Carmen Ibáñez Gallardo
Dolores Ibáñez Gallardo de Lobo

Dolores Inglada Chapaprieta
Julia Iruretagoyena de Meabe
María Iruretagoyena, vizcondesa de Casa Aguilar
Pilar Isasi de Allende
Sra. de Jiménez Castiello
María Jiménez de Espinosa
Rafaela Jiménez Quesada
Lucía Jral
Victoria Kent Siano
Alicia Keone
Edvige Klauber
María la Roda de Benlloch
Vicenta la Roda Morris
Carmen Laá García
Rosario Lacy de Elorrieta
María Laffite, marquesa de Campo Alange
Ana Lafora
Jacinta Landa
Sra. de Landsman
Isabel Lang de Salas
M.ª Paz Lantero
Aurora Lanzarote de Riaño
Eulalia Lapresta
Milagros Lara
Leontine Lecomte
M.ª Teresa León y Goiry
Francesca Linares
Catalina Lindner
Margarita Llusiá
Sra. de Lois

Amparo López Brime
Gloria López Brime
Luisa López de Agudo
Marina López de Rodríguez
Avelina López de Rumayor
Luisa López Navarro
María López Navarro de Bores
Consuelo Lozano
Rafaela Lozano de Buen
Antonia M. de Ramis
Dorothy Mac Curdy
Ascensión Madariaga
María de Maeztu
Concepción Magallanes de Sanz
Teresa Manteca de Díez Canedo
Pura Maortua de Ucelay
Carmen Marañón
Luisa Marañón
María Marín de Echeandía
Concepción Martín de Antonio
Rosa Martín de Antonio
Enriqueta Martín Ortiz de la Tabla
Ana Martín, viuda de Cuesta
Isabel Martínez Albacete
Soledad Martínez Romarate de Macho
María de la O Lejárraga / Martínez Sierra
María Martos de Baeza
Antonina Maté Prieto
Carmen Mauriño de Carrera
Nellis Mcbroom

Carlota Melgarejo
Concha Méndez Cuesta
M.ª Luisa Mergelina de Burmester
Condesa de Michelena
Dolores Miranda de Álvarez
Magdalena Mitjans y Sans de Pinazo
Francisca Molinero Manrique
Ramona Monasterio de Gurrea
Rita Moncada de Diéguez
Concha Moncauberg de González
Carmen Monné de Baroja
Soledad Moraleda
Rosa Moraleda de Casas
Teresa Morales de Suárez Rivas
Blanca Morán
Amparo Moreno
Luz Moreno
Teresa Moreno Morales
Dolores Moya de Marañón
Angustias Multedo Villarreal
Inés Muñoz
María Muñoz
Matilde Muñoz
Sagrario Muñoz
Dolores Muñoz de la Riva
Celia Muñoz de Sabater
Carlota Mutters
Genoveva Aixela de Nadal
M. Luisa Navarro de Luzuriaga
Carmen Eva Nelken (Magda Donato)

Beatrice Newhall
Sra. de Nimeyer
Dolores Nogués Sardá
Enriqueta Normand de Echevarría
Teresa Nyssen
Elisa Olaiz y Miranda
Alcira Olivé
Beatriz Olmedillas
María Oñate
Irene Orensanz
Bernardina Ortega
Alicia Ortiz
Elena Ortiz
Marta Orueta
Ascensión Otaola
Clara Ouxley Du Bose
Isabel Oyarzábal de Palencia
Soledad P., viuda de Palomo
Paulina Padrós
Amparo Palancar
Margarita Palmer
María Pantoja
Carmen Pardiñas de Fernández Alemany
Luisa Pardo
Bérengère Pascault de Arbós
Duquesa de Pastrana
Teresa Pavía
Isabel Pedroso
Linda Pedroso
Julia Peguero de Trallero

Natalia Peinador Porrúa
Teresa Pellico Bastos
Herminia Peñaranda de Grau
Gloria Pérez de Casares Quiroga
María Pérez Peix D'ors
H. H. Peter
E. G. Phillips
Helen Phillips
Pella Phillips
Nieves Pi de Galvao
María Pinazo de Morán
Elisa Pintó de Salas
Cristina Plá
Josefina Plá
Pilar de Plauché
Dolores Plaza
Srta. Plazas
Amanda Polley
María Ponce de León
Mercedes Ponce de León de Sangróniz
Josefa Pons de Zamora
Georgina Porrúa de Peinador
Carmen Posada
Lucila Posada de Gamero
Elena Potestad
Mercedes Power
Carmen Pradel Malla
Srta. Prat
Pilar Queipo de Llano
María Queméneur de Fabra Rivas

Antonia Quiroga Sánchez Fano
Josefa Quiroga Sánchez Fano
Jimena Quirós
Catalina R. de Palacio
Pilar R. de París
Alicia Raddé, viuda de Gomez Quintana
M.ª del Rosario Rallo García
Matilde Ras
Sra Recón y González
Ángela Redondo Repullés
Nonnie Reineke de Van Eeghen
Pilar Riaño Herrera
Mabel Rick de Pérez de Ayala
Ramona Roca de Roca
María del Carmen Rodero
María Rodrigo Bellido
Mercedes Rodrigo Bellido
Aurora Rodríguez Carballeira
Hildegart Rodríguez
Julieta Rodríguez Colette
Adela Rodríguez de Amato
Araceli Rodríguez de Cantero
Magdalena Rodríguez de Mata
Quintina Rodríguez de Pérez
Teresa Rodríguez del Valle
Luisa Rojo de González Martínez
Ana Rolland Maritorena, condesa de Alpuente
Julia Romero
Pilar Rubio y Queraltó
Concepción Ruiz de Rivas

María Ruiz Espuig
Piedad Salas de Leifschuz
Luisa Salín Cigarraga de Gorostidi
Catalina Salmerón García
Elena Samain
Sra. de Samper de Díaz
Vizcondesa de San Antonio
Elena Sánchez Anido de Ortega
María Sánchez de Cabrera
Amparo Sánchez de Múgica de Sangróniz
Isabel Sánchez R. de Magdalena
Ángeles Sánchez Roman
Ramona Santos y Corral
Josefa Sanz Echeverría
Mercedes Sardá Uribarri
W. Saunt
Emma Schmidt
María Teresa Schneider
Josefina Sela de Martín Granizo
Luz Sela Sampil
M.ª Luisa Sela y Sela
Eleonor Sherman
M.ª del Rosario Silva Gurtubay, duquesa de Alba
Berta (ausente) Singerman
Edith Sironi de Giménez Caballero
Marjorie Smith
Mary Therese Smith
Lucy Smith de Bonilla
Herlinda Smither de Seris
María Societs

Manuela Somogy
Elisa Soriano
Clotilde Sotil
Marcelina Sotil de Génova
Elizabeth Sparshott
Rosa Spottorno de Ortega Gasset
Gaby Sterne
Carmen Suárez de Ortiz
Pilar Suarez Rivas
Luisa (Transeunte) Sweeney
Mary Sweeney
Ana María Tena de Delgado
María del Mar Terrones de Vega
Helene Toertech
Carmen Torres de Vega
Carmen Torromé Santaló
Emilia Tovar y Roca, condesa de Lizárraga
Alfonsa Triviño
Concha Triviño
Mrs. Troy
Elena Turián
Asunción Usera
María V. de Gutiérrez Cano
Pilar V. de Martínez Remarache
Carmen Valera de Serrat
María Valero Martín
Ana Vallecillo
Regina Vaquerizo de Cenamor
Margarita Vasseur
Pilar Vega de Ferrándiz

Pilar Velasco
Dolores Velasco de Alamán
Camila Ventura de Subirá
Amparo Verardini
Asunción Vidal Prazuelo
Emilia Vivero de Gutiérrez
Sra. von Eggeling
Lily Walz
Anne Louise Whitney
Esperanza Wills de Pérez Mangado
Luisa Yardón de Soler
Ana Zabala Pring
Carmen Zabala, viuda de Díez Berrio
Elvira Zaforteza
Inocencia Zurita

FUENTES CONSULTADAS

Libros

ALBERTI, Rafael, *La arboleda perdida*, Alianza, Madrid, 1999.

ALZURI, Miriam, *Pilar de Zubiaurre. En la penumbra familiar*, Muelle de Uribitarte, Bilbao, 2015.

ARENAL, Concepción, *La mujer del porvenir*, Nórdica Libros, Madrid, 2020.

BALLÓ, Tania, *Las sinsombrero*, Espasa, Madrid, 2016.

BAREA, Arturo, *Cuentos completos*, DeBolsillo, Barcelona, 2006.

—, *La forja de un rebelde*, DeBolsillo, Barcelona, 2006.

BAREA-KULCSAR, Ilsa, *Telefónica*, Hoja de Lata, Gijón, 2019.

BAROJA Y NESSI, Carmen, *Con voz propia. Colaboraciones en prensa de Carmen Baroja* (ed. Carmen Caro Jaureguialzo), Caro Raggio, Madrid, 2018.

–, *Recuerdos de una mujer de la generación del 98* (ed. Amparo Hurtado), Tusquets, Barcelona, 1998.

BARRERA, Begoña, *La sección femenina (1934-1977)*, Alianza, Madrid, 2009.

BASTOS ANSART, Manuel, *Una vida de mujer*, edición del autor, Barcelona, 1965.

BUSSY GENEVOIS, Daniele, *Les Espagnoles Dans L'Histoire : Une Sociabilite Democratique (xix-xx siecles)*, Presses universitaires de Vincennes, Vincennes, 2002.

CABALLÉ, Anna, *Breve historia de la misoginia*, Ariel, Barcelona, 2019.

CÁCERES-PIÑUEL, María, *El hombre del rincón: José Subirá y la historia cultural e intelectual de la musicología en España*, Edition Reichenberger, Kassel, 2018.
CAMPOAMOR, Clara, *Clara Campoamor. De viva voz* (ed. Isabel Lizárraga Vizcarra y Juan Aguilera Sastre), Renacimiento, Sevilla, 2021.
—, *Del foro al parlamento* (ed. Isabel Lizárraga Vizcarra y Juan Aguilera Sastre), Renacimiento, Sevilla, 2021.
—, *El derecho de la mujer*, Tirant Lo Blanc, Valencia, 2018.
—, *El voto femenino y yo. Mi pecado mortal*, Renacimiento, Sevilla, 2018.
—, *La forja de una feminista* (ed. Isabel Lizarrága Vizcarra y Juan Aguilera Sastre), Renacimiento, Sevilla, 2019.
—, *La mujer quiere alas y otros ensayos* (ed. Beatriz Ledesma), Renacimiento, Sevilla, 2019.
—, *La revolución española vista por una republicana* (ed. Luis Español Bouché), Renacimiento, Sevilla, 2018.
CAMPRUBÍ, Zenobia, *Diario [1. Cuba (1937-1939); 2. Estados Unidos (1939-1950); 3. Puerto Rico (1951-1956)]* (ed. Graciela Palau de Nemes), Alianza, Madrid, 2006.
—, *Diario de Juventud. Escritos. Traducciones* (ed. Emilia Cortés), Fundación José Manuel Lara, Barcelona, 2015.
CAMPRUBÍ, Zenobia y Juan Ramón Jiménez, *Monumento de amor. Epistolario y lira*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2020.
CAPDEVILA-ARGÜELLES, Nuria, *Autoras inciertas. Voces olvidadas de nuestro feminismo*, Horas y horas, Madrid, 2008.
CARNÉS, Luisa, *Tea Rooms (Mujeres obreras)*, Hoja de Lata, Gijón, 2016.
CARO BAROJA, Julio, *Los Baroja*, Caro Raggio, Madrid, 1997.

Cela, Camilo José, *San Camilo 1936*, RBA, Barcelona, 1994.
Conde, Carmen, *Por el camino, viendo sus orillas*, Plaza y Janés, Barcelona, 1986.
Cortés, Emilia, *Zenobia Camprubí. La llama viva*, Alianza, Madrid, 2020.
Darío, Rubén, *Rubén Darío, del símbolo a la realidad. Obra selecta*, RAE, Madrid, 2016.
De Burgos, Carmen, *El artículo 438*, Prensa Gráfica, Madrid, 1921.
—, *El divorcio en España* (ed. Concepción Núñez Rey), Renacimiento, Sevilla, 2023.
—, *La mujer moderna y sus derechos* (ed. Concepción Núñez Rey), Renacimiento, Sevilla, 2024.
De Champourcin, Ernestina y Conde, Carmen, *Epistolario (1927-1995)* (ed. Rosa Fernández Urtasun), Castalia, Madrid, 2007.
De Gouges, Olympe, *Déclaration des Droits de la Femme et de la Citoyenne*, Les Public' del APFUCC, Québec, 2010.
De la Fuente, Inmaculada, *Las republicanas «burguesas»*, Punto de Vista, Madrid, 2014.
—, *La roja y la falangista*, Planeta, Barcelona, 2006.
De la Guardia, Carmen, *Las maestras republicanas en el exilio*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2020.
—, *Victoria Kent y Louise Crane en Nueva York*, Sílex, Madrid, 2016.
De Maeztu, María, *Feminismo, literatura y exilio*, Renacimiento, Sevilla, 2020.
De Zubiaurre, Pilar, *Epistolario de Pilar de Zubiaurre (1906-1970)* (ed. Iker González-Allende), Tamesis Books, Londres, 2014.
—, *Evocaciones. Artículos y diario (1909-1958)* (ed. Iker González-Allende), Saturrarán, San Sebastián, 2009.
De Zulueta, Carmen y Alicia Moreno, *Ni convento ni college. La Residencia de Señoritas*, Publicaciones de la Residencia de

Estudiantes, Madrid, 1993.
—, *La España que pudo ser*, Ediciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 2000.
—, *Misioneras, feministas, educadoras*, Castalia, Madrid, 1984.
Del Saz Manzanares, Florentino, *El Lyceum Club Femenino de Madrid. Actividades socioculturales 1926-1936*, Autoeditado, 2024.
Díaz Fernández, José, *La venus mecánica*, Revista Literaria «Novelas y cuentos», Madrid, 1933.
Dorao, Marisol, *Los mil sueños de Elena Fortún*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 1999.
Durán, Victorina, *Mi vida (Sucedió, El Rastro, Así es)* (ed. Carmen Gaitán e Idoia Murga), Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2018.
Fagoaga, Concha, *La voz y el voto de las mujeres*, Icaria, Barcelona, 1985.
Ferris, José Luis, *Carmen Conde*, Temas de Hoy, Barcelona, 2007.
Flecha, Consuelo, *Las primeras universitarias en España (1872-1910)*, Narcea, Madrid, 1996.
Fortún, Elena e Inés Field, *Mujer doliente. Cartas a Inés Field 1*, Renacimiento, Sevilla, 2020.
—, *Sabes quién soy. Cartas a Inés Field 2*, Renacimiento, Sevilla, 2020.
Fortún, Elena y Carmen Laforet, *De Corazón y alma (1947-1952)*, Fundación Santander, Madrid, 2017.
Fortún, Elena, *Celia en la Revolución* (ed. M.ª Jesús Fraga e Inmaculada García Carretero), Renacimiento, Sevilla, 2020.
—, *Celia, lo que dice* (ed. M.ª Jesús Fraga), Renacimiento, Sevilla, 2020.
—, *Oculto sendero* (ed. M.ª Jesús Fraga y Nuria Capdevila-Argüelles), Renacimiento, Sevilla, 2016.

GAITÁN SALINAS, Carmen e Idoia Murga Castro, *Al bies. Las artistas y el diseño en la vanguardia española*, Ministerio de Cultura, Madrid, 2023.

GALLUD JARDIEL, Enrique, *Enrique Jardiel Poncela*, Espasa, Madrid, 2001.

GUTIÉRREZ VEGA, Zenaida, *Victoria Kent, una vida al servicio del humanismo liberal*, Universidad de Málaga, Málaga, 2001.

HERRERO, Fania, *Mercedes Rodrigo, una pionera de la psicología aplicada en España y Colombia* (tesis doctoral), Universidad Complutense de Madrid, 2000.

IBSEN, Henrik, *Casa de muñecas & Solness, el constructor* (ed. traducción de Cristina Gómez Baggethun), Nórdica Libros, Madrid, 2010.

JIMÉNEZ, Juan Ramón, *Ideolojía (1897-1957)*, Anthropos, Barcelona, 1990.

KIRKPATRICK, Susan, *Mujer, modernismo y vanguardia*, Cátedra, Madrid, 2003.

LAFUENTE, Isaias, *Clara Victoria*, Temas de Hoy, Barcelona, 2021.

—, *La mujer olvidada*, Temas de Hoy, Barcelona, 2006.

LASTAGARAY ROSALES, María Josefa, *María de Maeztu Whitney: una vida entre la pedagogía y el feminismo*, La Ergástula, Madrid, 2015.

LEJÁRRAGA, María, *Cartas a las mujeres de España* (ed. Juan Aguilera Sastre e Isabel Lizárraga), Renacimiento, Sevilla, 2022.

—, *Epistolario del exilio* (ed. Juan Aguilera Sastre, Isabel Lizarraga Vizcarra, Antonio González Lejárraga), Renacimiento, Sevilla, 2021.

—, *Una mujer por caminos de España* (ed. Juan Aguilera Sastre), Renacimiento, Sevilla, 2019.

LEMUS, Encarnación, *Ellas*, Cátedra, Madrid, 2022.

León, M.ª Teresa, *Memoria de la melancolía*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999.
Mainer, José-Carlos, *La edad de Plata*, Cátedra, Madrid, 1987.
Mangini, Shirley, *Las modernas de Madrid*, Península, Barcelona, 2001.
Marina, José Antonio y M.ª Teresa Fernández de Castro, *La conspiración de las lectoras*, Anagrama, Barcelona, 2009.
Márquez Padorno, Margarita, *Motor de igualdad. La Residencia de Señoritas (1915-1936)*, Fundación Ortega-Marañón, Madrid, 2023.
Martín Gaite, Carmen, *De viva voz*, Siruela, Madrid, 2023.
—, *Pido la palabra*, Anagrama, Barcelona, 2006.
Martínez Sierra, Gregorio, *La mujer moderna*, Renacimiento, Madrid, 1930.
Martínez Sierra, María, *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*, Pre-Textos, Valencia, 2000.
—, *La mujer española ante la República. Conferencias leídas en el Ateneo de Madrid, en los días 4, 9, 11, 15 y 18 de mayo de 1931*, Tipografía Artística, Madrid, 1931.
Mena Pablos, M.ª del Mar, *Isabel Oyarzábal Smith: una intelectual de la Edad de Plata. Nuevas aportaciones para una biografía literaria* (tesis doctoral), Universidad de Málaga, 2015.
Méndez, Concha, *Memorias habladas, memorias armadas*, Renacimiento, Sevilla, 2025.
Mistral, Gabriela, Victoria Ocampo y Victoria Kent, *Preciadas cartas (1932-1979). Correspondencia entre Gabriela Mistral, Victoria Ocampo y Victoria Kent* (ed. Elizabeth Horan, Carmen de Urioste Azcorra, Cynthia Tompkins), Renacimiento, Sevilla, 2019.
Moebius, Paul Julius, *La inferioridad mental de la mujer*, Sempere y compañía, Valencia, 1900.
Moreno Lago, Eva M.ª, *Hijas de España*, Dyckinson, Madrid, 2021.

—, *Victorina Durán. Una vida llamada teatro*, Renacimiento, Sevilla, 2025.

Morla Lynch, Carlos, *En España con Federico García Lorca*, Aguilar, Madrid, 1958.

O'Connor, Patricia W., *Mito y realidad de una dramaturga española, María Martínez Sierra*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2003.

Oñoro, Cristina, *En el jardín de las americanas*, Taurus, Barcelona, 2025.

—, *Las que faltaban*, Taurus, Barcelona, 2022.

Oyarzábal de Palencia, Isabel, *He de tener libertad* (ed. Nuria Capdevila-Argüelles), Horas y Horas, Madrid, 2010.

Pardo Bazán, Emilia, *Algo de feminismo y otros escritos combativos*, Alianza, Madrid, 2021.

Paz Torres, Olga, *Isabel Oyarzábal Smith (1878-1974): Una intelectual en la Segunda República española*, Consejo Económico y Social de Andalucía, Sevilla, 2009.

Pérez Garzón, Juan Sisinio, *Historia del feminismo*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2018.

Pérez-Villanueva Tovar, Isabel, *María de Maeztu: una mujer en el reformismo educativo español*, UNED, Madrid, 1988.

Rey Baliña, Paula Antía, *La obra poética de Ernestina de Champourcin (1926-1936): una mujer del Lyceum Club* (trabajo de fin de grado), Universidad de Santiago de Compostela, 2019.

Rodrigo, Antonina, *María Lejárraga. Una mujer en la sombra*, VOSA, Madrid, 1994.

—, *Mujeres olvidadas. Las grandes silenciadas de la Segunda República*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2013.

Russ, Joanna, *Cómo acabar con la escritura de las mujeres*, Dos Bigotes, Madrid, 2018.

SALABERT, Miguel, *El exilio interior*, Hoja de Lata, Gijón, 2025.
SANMARTÍN MONTILLA, M.ª Nieves, *Matilde Huici Navaz. La tercera mujer*, Narcea, Madrid, 2023.
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Contra la ignorancia de las mujeres*, Taurus, Barcelona, 2023.
UGALDE GIL, Elixabet, *Interseccionalidad literaria: biografía, testimonio e historia. Diario de la Guerra Civil de Pilar de Zubiaurre* (tesis doctoral), Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea UPV/EHU, 2021.
VARELA, Julia, *Mujeres con voz propia*, Morata, Madrid, 2011.
VÁZQUEZ RAMIL, Raquel y Ángel Serafín Porto Ucha, *María de Maeztu. Una antología de textos*, Dyckinson, Madrid, 2015.
VÁZQUEZ-RAMIL, Raquel, *Mujeres y educación en la España contemporánea*, Akal, Madrid, 2012.
VERA-ROJAS, M.ª Teresa, *Se conoce que usted es moderna*, Iberoamericana Editorial Vervuert, Madrid, 2018.
VV. AA., *100 años en femenino. Una historia de las mujeres en España* (ed. Oliva María Rubio e Isabel Tejeda), Acción Cultural Española, Madrid, 2012.
VV. AA., *Con un traje de luna* (ed. Pepa Merlo), Fundación Lara, Barcelona, 2022.
VV. AA., *Dibujantas*, Museo ABC, Madrid, 2019.
VV. AA., *Elena y sus amigos* (ed. Purificació Mascarell), Renacimiento, Sevilla, 2023.
VV. AA., *La Residencia de Señoritas y otras redes culturales femeninas* (ed. Josefina Cuesta, M.ª José Turrión y Rosa M.ª Merino), Universidad de Salamanca, Salamanca, 2016.
VV. AA., *Las sinsombrero y un nuevo 27*, Alba, Barcelona, 2024.
VV. AA., *María Martínez Sierra y la República. Ilusión y compromiso* (ed. Juan Aguilera Sastre), Instituto de Estudios Riojanos,

Logroño, 2002.
VV. AA., *Modernas, flappers y garçonnes* (ed. Rocío González Naranjo), Dyckinson, Madrid, 2022.
VV. AA., *Mujeres en el exilio republicano de 1939. Homenaje a Josefina Cuesta* (ed. Ángeles Egido, Matilde Eiroa, Encarnación Lemus y Marifé Santiago), Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado, Madrid, 2021.
VV. AA., *Mujeres en Vanguardia* (ed. Margarita Márquez Padorno y Almudena de la Cueva), Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2015.
VV. AA., *Ni tontas ni locas. Las intelectuales en el Madrid del primer tercio del siglo xx.* (ed. Paloma Alcalá Cortijo, Capi Corrales Rodrigáñez y Julia López Giráldez), Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología, Madrid, 2009.
VV. AA., *Peces en la tierra* (ed. Pepa Merlo), Fundación Lara, Barcelona, 2010.
VV. AA., *Una mujer moderna. Concha Méndez en su mundo (1898-1986)* (ed. James Valender), Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2001.
VV. AA., *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la Cultura española* (ed. Emilia Cortés), Universidad Internacional de Andalucía, Sevilla, 2017.
WOLLSTONECRAFT, Mary, *Vindicación de los derechos de la mujer*, Taurus, Barcelona, 2012.

Capítulos de libros

EIROA, Matilde, «El Lyceum Club. Cultura, feminismo y política fuera de las aulas». En *La Residencia de Señoritas y otras redes*

culturales femeninas (ed. de Josefina Cuesta, M.ª José Turrión y Rosa M.ª Merino), Universidad de Salamanca, Salamanca, 2016.

FAGOAGA, Concha, «El lyceum Club de Madrid, una élite latente». En *Les Espagnoles Dans L'Histoire : Une Sociabilite Democratique (XIXème-XXème siècles)*, Presses universitaires de Vincennes, Vincennes, 2002.

GONZÁLEZ-ALLENDE, Iker, «El adiós del exiliado: las rutas de la memoria». En *El Exilio republicano de 1939 y la segunda generación* (ed. de Manuel Aznar Soler y José Ramón López García), Renacimiento, Sevilla, 2011.

GONZÁLEZ NARANJO, Rocío, «Création et association : le Lyceum Club» (ed. de D. Gay-Sylvestre). En *Il, Elle: Entre Je(u)*, PULIM, Limoges, 2015.

PATRÓN SÁNCHEZ, Marina, «Las antologías poéticas de mujeres en los siglos XX y XXI: retrospectiva y comentario crítico». En *Entre la tradición y la novedad. Nuevas perspectivas sobre las culturas y literaturas del mundo hispanohablante* (ed. de Agnieszka Kłosińska-Nachin, Ewa Kobyłecka-Piwońska, Amán Rosales Rodríguez, Anna Wendorff y Judyta Maria Woźniak), University of Lodz Press, Lodz, 2020.

POZO ANDRÉS, M.ª del Mar, «Actividades culturales y pedagógicas del Lyceum Club Femenino de Madrid». En *La educación en la España Contemporánea. Cuestiones históricas*, Sociedad Española de Pedagogía, Madrid, 1985.

Artículos

AGUILERA SASTRE, Juan, «Las fundadoras del Lyceum Club Femenino Español». En *Brocar. Cuadernos De Investigación Histórica* n.º 35, 2011.

—, «María Martínez Sierra: artículos feministas a las mujeres republicanas». En *Berceo* n.º 147, 2004.

BLANCO, Alda, «María Martínez Sierra: hacia una lectura de su vida y obra». En *Arbor*, 2006.

DEL AMO DEL AMO, M.ª Cruz, «Mujeres que tomaron la palabra. Periodistas de la Edad de Plata». En *Historia, espacio público y mujer (siglos xvi-xx)*, ed. de Teresa Nava Rodríguez y María Dolores Ramos Palomo, 2025.

DÍAZ FERNÁNDEZ, Estrella y Rafael Mérida Jiménez, «La ficción autobiográfica de Elena Fortún». En *Estudios Hispánicos* n.º 29, Wrocław, 2021.

ESTEBAN CEREZO, M.ª Dolores, «"¡Quién fuera Ernestina de Champourcin!". Contribución de la poeta en el Lyceum Club Femenino (1926-1936)». En *Hispania Nova* n.º 23, 2025.

FARIÑA BUSTO, M. J. (2019), «El beso deseado de tu boca. Nombres y voces para una ginealogía lesbiana». En *Investigaciones feministas* 10(1), 2019.

FUSTER, Francisco, «Las memorias de Carmen Baroja: una lectura en clave familiar». En *Bulletin of Spanish Studies*, 2017.

—, «Repensar el canon: la ausencia de mujeres en la historiografía sobre la Edad de Plata». En *Historia y comunicación social* n.º 28(2), 2023.

GAITÁN SALINAS, Carmen e Idoia Murga-Castro, «Alma Tapia: la línea moderna». En *Archivo español de arte*, tomo 90, n.º 360, 2017.

GALLARDO, Sara, «Elena Fortún en *Oculto Sendero*, la posibilidad de un testimonio». En *Kamchatka. Revista de Análisis Cultural* n.º 21, 2023.

GARCÍA CARRETERO, Inmaculada, «El archivo personal de Elena Fortún en la Biblioteca de la Real Academia Española. Un fondo

desconocido». En *Boletín de información lingüística de la RAE* n.º11, 2019.

GONZÁLEZ NARANJO, Rocío, «Ilustres, tontas y locas: el Lyceum Club». En *Locas, escritoras y personajes femeninos cuestionando las normas: XII Congreso Internacional del Grupo de Investigación Escritoras y Escrituras,* 2015.

—, «Las dramaturgas republicanas: propuesta para un movimiento literario ausente de las antologías». En *HispanismeS* n.º 8, 2016.

GONZÁLEZ-ALLENDE, Iker, «Los espacios ideológicos en Carmen Baroja, escritora del 98». En *Annali Dell'Istituto Di Studi Latinoamericani* n.º7, 2006.

—, «Pilar De Zubiaurre: entre el cometa y la sombra». En *Non Zeuden Emakumeak? La Mujer Vasca En El Exilio De 1936* (ed. José Ramón Zabala), Saturrarán, San Sebastián, 2007.

—, «De retornos incompletos: patriotismo crítico y exilios imborrables en la correspondencia epistolar de María Martos de Baeza». En *Letras Femeninas* n.º 39(2), 2013).

GUIL BOZAL, Ana y Sara Vera Gil, «Entre Europa y América Latina. Mercedes Rodrigo, psicopedagoga pionera». En *Historia de la Educación Latinoamericana* vol. 13, n.º 17, 2011.

HURTADO, Amparo, «El Lyceum Club Femenino (Madrid, 1926-1939)». En *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* n.º 36, 1999.

LEGGOTT, Sarah, «The female intellectual in 1920s Madrid - Writing the Lyceum Club». En *Journal of the Australasian Universities Language and Literature Association* n.º 110, 2008.

MANGINI, Shirley, «El Lyceum Club de Madrid: un refugio feminista en una capital hostil». En *Asparkia: Investigació feminista* n.º 17, 2006.

MASCARELL, Purificació y Verónica Zaragoza (coords.). «Canon, género y escritura: el rescate de las mujeres de la Edad de Plata española». En *Revista Impossibilia* n.º 23, 2022.

MELIÁN, Elvira M, «Elena Fortún y el grupo de alumnas de biblioteconomía de la Residencia de Señoritas (1930-1936)». En *Historia y Memoria de la Educación* n.º 7, 2018.

—, «Rastros de nube. María Martos de Baeza y su mundo». En *Arenal* n.º 8(2), 2001.

NAVA RODRÍGUEZ, Teresa y M.ª Dolores Ramos Palomo, «¿Mujeres en un tiempo pasado?». En *Historia, espacio público y mujer (siglos xvi-xx),* 2025.

NIEVA DE LA PAZ, Pilar, «Isabel Oyarzábal Smith y su testimonio republicano en la literatura *(En mi hambre mando yo)*». En *Anales de la Literatura Española Contemporánea* n.º 40(1), 2015.

OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, «La mujer moderna. Sociedad urbana, mercados de trabajo y educación en España, 1900-1936». En *Historia, espacio público y mujer (siglos xvi-xx)*, 2025.

PÉREZ, Gabriel, «El proceso de elaboración del código penal de 1928». En *Anuario de Historia del Derecho Español*, 2012.

RANCH SALES, Amparo, «José Subirá Puig-Eduardo Ranch Fuster, memoria de una amistad y epistolario». En *Quodlibet* n.º 57(3), 2014.

TORRAS, Meri, «El pecado es de omisión. La propuesta feminista de Martínez Sierra/Lejárraga». En *Lectora: Revista de Dones i Textualitat* n.º 3, 1997.

VÁZQUEZ RAMIL, Raquel, «Desde el castillo interior: cartas de María de Maeztu a María Martos de Baeza». En *Historia De La Educación* n.º 37, Ediciones Universidad de Salamanca, 2018.

Prensa

Son muchísimos los artículos que me han servido para documentarme sobre el Lyceum Club y sus fundadoras. Cito aquí los más importantes, de los que he extraído los entrecomillados que aparecen a lo largo del texto:

«¿Son injustas las leyes con las mujeres?», *Heraldo de Madrid*, 22/02/1927.

«La señorita Victoria Kent, presidenta del Lyceum, nos habla de las peticiones formuladas en pro de la emancipación femenina», *Heraldo de Madrid*, 23/02/1927.

BAEZA, Ricardo, «El blanco y el negro (una lanza por el Lyceum)», *El Sol*, 21/08/1927.

CARABIAS, Josefina, «Cuando yo era modistilla», *Crónica*, 25/02/1934.

—, «Las mujeres van a ser jueces, notarios, registradores», *Estampa*, 09/04/1932.

—, «Cuando yo era chica... La infancia de Clara Campoamor», *Estampa*, 31/10/1931.

—, «Las mil estudiantes de la Universidad de Madrid. Lo que podrán ser las mujeres», *Estampa*, 24/06/1933.

—, «La señora vuelve a su club», *Crónica*, 30/09/1934.

CASTELLÓN, José, «Una sala para ciegos en la Biblioteca Nacional de España», *El Adelanto de Salamanca*, 15/07/1932.

DE ALDECOA, Luis, «Una visita al Lyceum Club Femenino Español», *Estampa*, 05/06/1928.

DE CASTRO, Cristóbal, «Casino de señoras», *La Esfera*, 04/12/1926.

DE GORBEA, Eusebio, «Lyceum Club Femenino Español», *La Libertad*, 20/11/1926.

DE PALENCIA, Isabel, «La mujer y la vida moderna», *ABC*, 28/11/1926.

—, «Lyceum Club Femenino Español», *Nuevo Mundo*, 14/01/1927.

De Sarto, Juan, «Un grupo de distinguidas damas pertenecientes al Lyceum Club funda el interesante Comité del Libro para el Ciego», *Crónica*, 06/07/1930.
Del Campo, José, «Hay cuarenta mil españoles ciegos», *La Voz*, 28/09/1931.
Díaz Roncero, Francisco, «Los ciegos leen...», *Estampa*, 10/12/1932.
Donato, Magda, «Al cumplir los cinco años de su fundación, el Lyceum Club va a inaugurar un nuevo domicilio social en el que proyecta realizar grandes cosas», *Ahora*, 06/02/1931.
—, «Las mujeres republicanas», *Ahora*, 09/04/1933.
—, «Se funda en Madrid un club de señoras», *Heraldo de Madrid*, 16/03/1926.
—, «Las mujeres de la República: Isabel Oyarzábal de Palencia, ministro plenipotenciario de la República española en Suecia», *Mi Revista*, 01/05/1938.
—, «Las mujeres de la República: un reportaje a Victoria Kent», *Mi Revista*, 28/02/1938.
Fornet, Emilio, «Vida espiritual del Lyceum», *Heraldo de Madrid*, 24/08/1928.
Fortún, Elena, «Varias señoritas de buena voluntad han creado una biblioteca circulante para los niños que no tienen libros», *Crónica*, 06/01/1935.
Gil de Escalante, «Ecos diversos de sociedad», *ABC*, 06/11/1926.
Granados, Francisco, «Un hermoso ejemplo de protección a la infancia: la Casa de los Niños, recién fundada en Madrid», *Heraldo de Madrid*, 29/03/
1929.
Kent, Victoria, «La Casa de los Niños», *El Sol*, 23/04/1927.
L. G. de L., «Cómo viven los niños en la Casa de los Niños», 21/01/1930.

LORVENT, «Lyceum. Una institución exótica», *El Iris de Paz*, junio-julio 1927.

MASSA, Pedro, «Té en el Lyceum. Una hora de charla con Clara Campoamor, Pilar Velasco y María Martos de Baeza», *El Liberal*, 22/04/1930.

MONTERO ALONSO, José, «El Lyceum Club Femenino Español entra en su cuarto año de vida», 15/11/1929.

DE MUNÁRRIZ, Carmen, «la Residencia de Señoritas en la intimidad», *Estampa*, 15/04/1930.

NAVARRO DE LUZURIAGA, M.ª Luisa, «Los clubs Lyceum», *El Sol*, 21/10/1927.

PUERTAS DE RAEDO, G., «Una obra social favorecida por la República», *El Liberal*, 27/06/1934.

ROMANO, Julio, «Lyceum, el primer club femenino inaugurado recientemente en Madrid», *La Esfera*, 20/11/1926.

SALAVERRÍA, José M.ª, «El primer club femenino», *ABC*, 12/11/1926.

SÁNCHEZ OCAÑA, V., «El Primer club de mujeres de España», *Heraldo de Madrid*, 05/11/1926.

SANZ CERRADA, Ángel, «El Lyceum club femenino español, un botoncito de muestra», *El Siglo Futuro*, 15/06/1927.

—, «Otra vez el Lyceum - Es un grave mal que amenaza a España», *El Siglo Futuro*, 17/06/1927.

En la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional se puede acceder a los siguientes periódicos y revistas, de los que he consultado mucha información publicada entre 1926 y 1936: *ABC*, *Ahora*, *Caras y Caretas*, *Crónica, El Debate*, *El Día*, *La Esfera*, *Estampa*, *La Gaceta Literaria*, *El Imparcial*, *El Iris de Paz*, *Heraldo de Madrid*, *El Liberal*,

La Libertad, *La Nación, Nuevo Mundo*, *Mujeres Españolas*, *El Siglo Futuro*, *El Socialista*, *El Sol* y *La Voz.*

AGRADECIMIENTOS

Este libro no existiría sin Elena Ramírez, que creyó en mí mucho más de lo que creía yo y me ha dado confianza, acompañamiento y cariño durante todo el proceso de escritura. Mi gratitud más especial es para ella.

Agradezco enormemente a Pilar Gutiérrez de Zubiaurre que me abriera la casa de su familia y me permitiera perderme entre los documentos traídos de México; también a Laura Baeza por esa larga conversación sobre su abuela.

Elvira Lindo me llevó de la mano bajo un intenso aguacero cuando el libro estaba empezando a ser una posibilidad real: muchas gracias, amiga. Gracias también a Margarita Márquez Padorno, que compartió conmigo su tiempo y su pasión por estas mujeres deslumbrantes.

Si el mundo estuviera gobernado por los archiveros y bibliotecarios, la vida sería más fácil y mucho más amable. Los responsables de los archivos que he consultado no solo me recibieron con los documentos preparados, me ayudaron a localizar información o me evitaron viajes, sino que en muchos casos se implicaron en la búsqueda como si la investigación fuera suya. Así que gracias a Jorge Magdaleno y María Luisa Fernández, de la Fundación Ortega-Marañón; Mikel Urizar, del Museo de Bellas Artes de Bilbao; Inés Irurita, de la Universidad de Navarra; Javier Villalón, de la Residencia de Estudiantes; José Manuel Calderón, de la Fundación Casa de Alba; Rosa M.ª Cruellas, del Arxiu Nacional de Catalunya; Daniel Gozalbo, del Archivo General de la Administración;

Rocío Bejarano, de la Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez; Cari Fernández, del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver, y al personal del Archivo Regional de la Comunidad de Madrid y de la sala Barbieri de la Biblioteca Nacional.

Muchas gracias a Julia Millán, Lorenzo Rodríguez Garrido, José Luis Melero y Yolanda Polo, que con su atenta lectura mejoraron el texto. José Luis, además, me prestó algún volumen inencontrable de su formidable biblioteca. Y Lorenzo no solo leyó el manuscrito, sino que me regaló un puñado de historias que han acabado formando parte de este libro.

Unos cuantos amigos me ayudaron a tomar conciencia de lo desconocidas que eran muchas de estas modernas: Maribel Ayuda, Marta Borraz, Mari Burges, Ignacio Martínez de Pisón, Rodolfo Notivol, Vicente Pinilla y Chusé Raúl Usón. A todos ellos les agradezco que me dedicaran su tiempo. También agradezco su ayuda a Federico Buyolo, Alicia Gómez Navarro, Jesús Marchamalo, Ana Santos y Mónica Monmeneu.

Jesús Rocamora y todo el equipo de edición de Seix Barral han cuidado de este texto con una enorme sensibilidad y paciencia: gracias.

Y GRACIAS, con mayúsculas, a Félix González, que no solo ha hecho mejor este libro, sino que me hace mejor a mí.

El club de las modernas
Eva Cosculluela

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Bettmann / Getty Images

© de las imágenes del interior:
pp. 83, 117, 124, 125, 126, 129, 130, 132, 139, 167, 168, 177, 180, 223, 224, 247, 258, 276, 381 y 394, © procedentes de los fondos de la Biblioteca Nacional de España
pp. 225 y 226, ©Archivos procedentes de la Biblioteca Nacional de España
pp. 95 y 270, © Herederos de Pilar Zubiaurre
pp. 208, 211, 212, 213, 227 y 233, © Biblioteca Regional de Madrid
p. 161, Cortesía de © Centro Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
p. 278, © Residencia de Estudiantes
p. 282, © DIARIO ABC, S.L.
p. 293, Cortesía de © Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver

Iconografía: Grupo Planeta

Eva Cosculluela Quintín, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-322-4983-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
El club de las modernas
1. LYCEUM CLUB FEMENINO ESPAÑOL: EL PRIMER CLUB FEMINISTA Y CULTURAL
2. EL LYCEUM FRENTE A LA SOCIEDAD DE SU TIEMPO
3. NACE EL LYCEUM CLUB
4. QUEREMOS UNA SOCIEDAD MEJOR
5. LA CASA DE LOS NIÑOS
6. COMITÉ DEL LIBRO PARA EL CIEGO
7. LA EFERVESCENCIA DEL LYCEUM
8. UN TIEMPO DE CAMBIOS Y CONQUISTAS
9. EL FINAL DE UN SUEÑO
CENSO DEL LYCEUM CLUB
FUENTES CONSULTADAS
AGRADECIMIENTOS
Créditos